



HUNTER

NEREA PANTIGA

Crossover

Nerea Pantiga

Derechos de autor © 2024 Nerea Pantiga

Corrección: Sonia García

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Para todos esos personajes escondidos en libros que me han hecho lanzarme a por mis sueños.

Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Dedicatoria](#)

- [1.LA VIDA ES ESO QUE PASA ENTRE LA FELICIDAD Y LAS DECEPCIONES.](#)
- [2. ESTE POZO NO TIENE NI LUZ NI AGUA.](#)
- [3. NECESITO UN RADIOCASETE PARA MI BOLSO](#)
- [4. NO HAY NINGÚN RECUERDO BONITO EN ESTA HISTORIA](#)
- [5. ¿Y SI NO ESTAMOS TAN PERDIDOS?](#)
- [6. EL MENSAJE](#)
- [7. DEFINAMOS LOS TÉRMINOS](#)
- [8. LA DESINTOXICACIÓN](#)
- [9. NOTICIAS VAN, NOTICIAS VIENEN.](#)
- [10. EN LA BÚSQUEDA DE LA SOLUCIÓN PERDIDA.](#)
- [11. NO SON PESADILLAS, SON RECUERDOS.](#)
- [12. BUENA SUERTE.](#)
- [13. VOY A HACER QUE ARDAN.](#)
- [14. EL REGRESO](#)
- [15. LA ESPERA, DESESPERA.](#)
- [16.BIENVENIDA A TU INFIERNO PERSONAL.](#)
- [17. HAY FUEGO EN SUS VENAS](#)
- [18. ESTO EMPIEZA.](#)
- [19. UNA EXCUSA DE ESTUDIO.](#)
- [20. NADA ES LO QUE PARECE, O SÍ.](#)
- [21. ESTA PUÑETERA TENSIÓN ME ESTÁ MATANDO](#)
- [22. SE ACABÓ VIVIR DE ILUSIONES.](#)
- [23. UNA NIÑERA Y UNA REUNIÓN.](#)
- [24. ¿Y SI NOS CONVERTIMOS EN LOS PROTAGONISTAS DE UNA COMEDIA ROMÁNTICA?](#)
- [25. QUÉ FÁCIL ES HACERME FELIZ.](#)
- [26. BIENVENIDOS, A LA EMOCIÓN DEL CIRCUITO DE ZAANDVORT.](#)
- [27. EL OLOR DE LA VENGANZA](#)
- [28. VUELTA A LA REALIDAD](#)
- [29. UNA Y NO MÁS, HUNTER.](#)
- [30. ESTO ES UNA MIERDA.](#)
- [31. SEÑORITA, ¿NECESITA USTED DE UN ACOMPAÑANTE?](#)
- [32. UNA SONRISA PA' LA CÁMARA](#)
- [33. CÁLLATE Y BÉSAME.](#)
- [34. DOS SIMPLES PALABRAS.](#)
- [35. EL PUZZLE SIN FIN.](#)
- [36. UNA DISCULPA A TIEMPO.](#)
- [37. UN TRATO DE CONFIANZA.](#)

38. EL CRONÓMETRO NO MIENTE.
39. ¡SORPRESA!
40. NI YO TU ARIEL NI TU MI ERIC.
41. ¿MENTIRAS O VERDADES?
42. EL PESO DE LOS RECUERDOS.
43. UNA PROMESA.
44. EL MALDITO DRS.
45. MISIÓN FALLIDA.
46. UNA SOLUCIÓN INMEDIATA.
47. SE HACEN LLAMAR LAPAS, PERDÓN, GUARDAESPALDAS.
48. EL SUEÑO SE CONVIRTIÓ EN UNA PESADILLA.
49. ¿QUÉ COJONES HA SUCEDIDO?
50. EL BLANCO DE LA MUERTE
51. UNA NUEVA VISIÓN
52. LA QUIERO EN MI ESPEJO RETROVISOR
53. LA SITUACIÓN LO MERECE
54. NO HAY MARCHA ATRÁS.
55. PON UN NATE EN TU VIDA.
56. LO TENEMOS.
57. TODO AL ¿ROJO O AL VERDE?
58. MERECIÁMOS OTRO FINAL.
59. SIGUE NADANDO, SIGUE NADANDO.
60. COLORÍN, COLORADO...
61. ESTE CUENTO AÚN NO SE HA ACABADO.
62. HAZ LAS MALETAS, EMPIEZA UNA NUEVA VIDA.
EPÍLOGO.

1.LA VIDA ES ESO QUE PASA ENTRE LA FELICIDAD Y LAS DECEPCIONES.

IRIS

¿Por qué Beck está repetido delante de mis ojos?

¿POR QUÉ HAY DOS BECK MIRANDO HACIA MÍ?

Mi mano derecha pierde el agarre que mantenía sobre la puerta. La puñetera puerta de mi tío es tan diferente como todo lo que ellos portan.

El aire está entrando en mi cuerpo, de no ser así ya me hubiera desmayado, sin embargo, no siento ninguna de las extremidades. Es como si mi piel se hubiera adormecido, mis músculos estuvieran tensos por puro reflejo y el resto de mi cuerpo hubiese decidido ponerse en modo ahorro para que mi cabeza no generase un cortocircuito y todo se quedará sin luz.

Ambas figuras se levantan al mismo tiempo.

Los dos, idénticos.

Con diferentes vestimentas pero con la misma mandíbula marcada, los mismos ojos grises y la misma cara de inocencia que...

ME CAGO EN TODO.

Ninguno dice ni una palabra.

Ni mi tío, ni los Becks repetidos que tengo delante.

Todos movemos los ojos de un lado a otro. Los pechos de cada uno se elevan y se hunden de forma arrítmica. Nadie se esperaba esta situación.

—Iris, todo tiene una explicación.

Uno de los repetidos ha hablado.

Ha utilizado el tono de voz de Beck pero no recuerdo si llevaba esa ropa esta mañana. Ahora mismo no soy capaz de entender nada.

—Te lo podemos explicar.

El otro repetido habla y, ¡JODER!, que tienen el mismo tono de voz.

Una arcada crece por mi garganta. Todos los vellos de mi cuerpo se crispan. En mi vida he sentido esta sensación. Es una mezcla de repulsión e incompreensión.

Doy un paso hacia atrás como acto reflejo.

Uno de ellos da un paso hacia delante. Diría que es Beck porque ha sido el primero en hablar pero ya no estoy segura de nada.

Mis brazos se extienden con fuerza delante de mi pecho.

No quiero que se acerque.

No quiero que me toque.

Solo quiero...

Respirar.

Sí, necesito respirar.

Observo la mirada de cada uno de ellos. No lo hago el tiempo suficiente como para sacar conclusiones que me den respuestas porque al instante mi cuerpo me pide que me dé la vuelta y salga de esta sala. Así que lo hago.

Necesito que las paredes dejen de apretarse la una contra la otra porque si no cesan en su movimiento me aplastarán.

El primer paso que doy para alejarme me cuesta horrores. Siento que no debería hacerlo y al mismo tiempo no encuentro otra forma de conseguir que el dolor en el pecho cese.

Mira, otra cosa de la que me acabo de dar cuenta, mi esternón pesa diez kilos más que hace unos minutos, por eso me cuesta tanto respirar.

Cuando consigo que el pie se apoye para permitir que el otro se eleve y me aleje unos centímetros más del despacho, algo genera un estruendo a mi espalda.

No me giro, pero ha sido un golpe fuertísimo, como si algo hubiese caído al suelo con mucha fuerza.

Este paso consigo que sea más rápido, más certero, mis piernas ya no tiemblan tanto y lo agradezco porque aún me quedan muchos más por dar hasta llegar a la libertad.

Estoy a punto de pedirle a mi cerebro que mande la orden de correr cuando unas manos se apoyan en mis hombros. Son grandes y me generan tal rechazo que salto lejos de ellas. Con el movimiento puedo observar a la persona que me intercepta desde atrás.

No es ninguno de los repetidos, ni el falso Beck ni el verdadero Beck, sino que es mi tío.

Su mandíbula no está apretada como de costumbre. No tiene esa aura de: «me voy a comer el mundo y si te tengo que pisotear la cabeza de alguien, lo haré». En cambio, sus ojos parecen confusos, su respiración tampoco es acompasada, y sus manos caen de mis hombros hasta cerrarse a ambos lados de sus caderas en busca de fuerza.

—No hagas ninguna locura, Iris. Todo tiene una explicación.

Quiero hablar.

Quiero llorar.

Quiero gritarles.

Quiero pedir una explicación.

Pero para mi sorpresa, y creo que para la de todos, no sale nada. Abro la boca y la tengo que volver a cerrar. Me he quedado muda.

Michael asiente como un muñeco con un defecto de fábrica. No para, incluso mientras comienza a hablar, ese gesto sigue captando mi atención.

—Es demasiado, lo entiendo. Pero no te vayas, Iris. No hagas ninguna locura. Enciérrate en tu habitación hasta que puedas procesarlo todo. Danos tiempo.

Tiempo.

¿Me está pidiendo tiempo?

Esto es increíble.

Todo es increíble.

Mi puta vida es una mentira. Empezando por mi padre, siguiendo por el modo en el que los Douglas me abandonaron, y ahora esto.

Una idea se fragua en mi cabeza con rapidez y fuerza.

Aquí no puedo respirar, no obstante hay otro lugar en el mundo en el que podría generar branquias con tal de volver a vivir si me ahogase.

Necesito volver a casa con mi madre.

Suelto la mirada de Michael y giro mi cuerpo de nuevo hacia la salida. No miro atrás. No quiero tener otra imagen que mi cerebro recuerde de su rostro. De sus rostros.

¿Cuándo fue Beck y cuando su hermano?

Los primeros pasos son pausados, a pesar de ello, a partir del cuarto mi cuerpo se pone en formación y me permite correr.

Nunca un regalo de los Douglas supuso tanta libertad.

Aprieto el botón de mi coche y salgo derrapando de la finca. Las piedras blanquecinas y diminutas del suelo chirrían a mi paso.

No he tenido tiempo de conocer el funcionamiento del automóvil. Tampoco he contado con el espacio para disfrutarlo como me hubiese gustado, aún así es lo más parecido a la felicidad que puedo experimentar en estos momentos.

Espero que mi madre no se lleve una sorpresa tan ingrata como la que me he llevado yo hace unos minutos cuando me vea aparecer por la puerta de nuestra casa.

2. ESTE POZO NO TIENE NI LUZ NI AGUA.

BECK

¿Qué cojones acaba de pasar?

Mis ojos siguen clavados en el suelo que acaba de pisar Iris cuando se ha zafado del agarre de Michael. No entiendo por qué no he reaccionado. Por qué no he sido capaz de ir detrás de ella. Quizá el dolor en sus ojos, algo que había creído ver pero que no era ni comparable con lo que me había enseñado hace unos segundos, me paralizó.

Me dejo caer sobre la silla que antes recogía mi cuerpo. Si ésta se hubiera movido me hubiera caído al suelo sin frenarlo.

—Beck, vete, dale las explicaciones que tengas que dar.

—No.

Los ojos de Asher se amplían conforme mis palabras abandonan mi boca.

Iris ha descubierto el secreto, se merece una explicación, aunque ahora mismo no estoy capacitado para ofrecérsela.

Un motor rugiendo y la voz de mi madre gritando su nombre me indica que se ha ido. Que no va a volver.

Una oportunidad muerta.

Asher se mueve a mi alrededor. Se lleva las manos al cuello, resopla y espera a que la espalda de Michael vuelva a cobrar vida. Nuestro padrastro también ha entrado en un trance incómodo.

Carraspea como si hubiera invocado a su mente y se centra en nosotros.

—No está bien la mentira.

—¿Y POR QUÉ NADIE LE HA QUERIDO DECIR LA VERDAD? —La voz de mi hermano gemelo tiembla.

Hacía demasiado tiempo que no veía cómo sus barreras se desmoronaban. No es bueno que Ash se ponga nervioso, pero ahora mismo soy incapaz de poner calma a su mente cuando la mía es una puta fiesta con luces de neón.

Michael se acerca hasta él y lo toma de los hombros como ha hecho con Iris hace unos minutos.

—No podíamos confiar en ella. Hacía muchos años que no la veíamos. Ya lo hemos hablado, se lo íbamos a decir llegado el momento.

Asiento por acto reflejo.

Eso fue lo que Michael me explicó cuando, después de Hungría, le pedí que solucionara esta situación. Iris era de fiar. Vale que es una mujer de armas tomar con fuego en las venas en lugar de sangre, pero iba a guardar el secreto de nuestra familia con medida.

Eso sí, nadie tuvo el detalle de pensar que si se enteraba de ese secreto de la peor forma posible, su reacción iba a estar a la altura.

—Va a creer lo peor de ti, Beck.

Asher sigue sin parar de moverse por el despacho. Me señala, se lleva las manos al pecho, y

luego al pelo. Mira a Michael que lo observa desde la lejanía como yo, frío, impertérrito.

—Ya me odiaba mucho antes de saber que somos dos.

—¡MENTIRA! Estás enamorado de ella y la has dejado escapar. ¿Es que eres gilipollas o qué te pasa?

Ojalá entender qué me está sucediendo, sí.

Unos pasos acelerados dejan en silencio nuestra conversación. El rostro de mi madre, desencajado, nos observa a los tres desde el quicio de la puerta. Es una mirada muy diferente a la de Iris aunque esté en la misma posición. Mira hacia mí, después hacia Asher y por último hacia Michael que ya camina en su dirección.

La rodea con su cuerpo antes de que rompa a llorar.

—Todo es culpa mía.

Ruedo los ojos con hartazgo.

La culpa. La puñetera culpa que todo lo cubre y en nada ayuda.

¿De qué sirve lastrar ese pensamiento si no va a solucionar nada? No va a hacer que Iris vuelva ni que la situación mejore.

Escucho como Asher se acerca a ellos y nuestra madre toma su mano para darle un apretón y un beso.

Sigo sentado en la silla viendo el tráiler de esta película de mierda suceder sin ser capaz de actuar.

—Hay que descubrir quién es ese tal Matías. Puede que Iris esté en peligro.

—Pero, Beck...

Es mi madre la que ha hablado. La que ha intentado entender por qué no actuaba en consecuencia de lo que ha ocurrido. Elevo la mano hacia ella para que no haga preguntas. Ahora no, ahora no soy capaz de dejarme llevar por todos los sentimientos que quieren entrar en mi mente. Porque si de algo soy consciente, es que, cada uno de ellos está revoloteando por mi cuerpo: rabia, culpa, ganas de salir corriendo, amor, decepción... Como alguno de ellos se enganche a mis pensamientos, estoy muerto. Y en nuestra liga de vida, alguien que está en peligro no es ninguna broma.

—Beck tiene razón.

Observo cómo mi padrastro se separa del toque de mi madre y se acerca de nuevo a la mesa de su despacho. Coloca la silla que antes con la efusividad de su movimiento se había caído y toma asiento.

Acaba de aparecer Michael Douglas, el empresario que cuida de su familia, atrás ha quedado el momento de flagelación que ha demostrado. Y, ojo, soy el primer sorprendido con su reacción.

Él mismo me dijo hace unas semanas que se sentía en deuda con Iris, no obstante una cosa es sentirse en deuda y otra diferente anhelar su cariño.

Creo que mi padrastro oculta un sentimiento de cariño hacia su sobrina que ha retenido durante demasiado tiempo o por lo menos, no lo ha sabido demostrar.

Si es que somos una familia que más parece un cuadro colgado del revés.

—Necesito la información de ese tal Matías. ¡Cuanto antes!

Tanto mi madre como Asher reaccionan con un pequeño salto tras la subida de tono de voz de Michael. Es la primera la que pone una excusa vaga para salir de la situación cuanto antes, Asher la retiene por un segundo.

Mi hermano entra en movimiento cuando el ceño fruncido de nuestro padrastro queda fijo en su rostro.

He aprendido a lo largo de mi vida que Michael es la mejor cosa que le ha podido suceder a mi

madre, pero el tío es raro y maniático de narices.

Cambio la atención a mi progenitora que ya se despide de nosotros.

Va a ser verdad eso que dicen que las madres lo saben todo, porque la mía me está lanzando una mirada de pena que no puedo soportar.

He perdido a Iris, aunque, para ser sincero, tampoco nunca la tuve.

—¿Quieres hablar? —me pregunta en un tono de voz conciliador.

Sé que su profesión de psicóloga ayuda a mucha gente, pero ahora mismo lo que menos necesito es una de sus charlas conciliadoras.

Quiero que el mundo arda del mismo modo que quiero meterme en esa hoguera.



Llevamos más de cinco horas encerrados en el despacho. El único que ha salido de casa ha sido Asher para buscar su ordenador. Según sus palabras, todo lo que necesita está en él.

Michael ha hecho varias llamadas. Una de ellas a la escudería. El padre de Ada le ha enviado hace un par de horas las grabaciones de las cámaras de seguridad. En ellas se puede ver a la perfección la interacción que han tenido Iris y ese tal Matías. Ver las imágenes me transportó directamente a la sensación que tuve cuando vi su rostro después de la carrera. Yo estaba pletórico y ella ya tenía las armas cargadas. Ahora lo entiendo. No soy un experto en leer el lenguaje corporal pero en todo momento quería huir de la situación y de ese tipo.

Ha sido una pena que la cámara no contara con sonido, según Ash no está todo perdido porque las imágenes son fundamentales para una posible interpretación.

Ha hecho captura al rostro del tipo y a la tarjeta que le entregó a Iris.

Mientras todos han tenido una tarea, yo he estado observando a cada uno sin poder hacer mucho más que quedarme en medio. Y, de nuevo, desconectado de mis sentimientos por el bien de mi cordura.

¿Dónde habrá huido?

A casa, seguramente haya vuelto con su madre a... Cinco horas de distancia.

—Asher, ¿cómo vas? —pregunta Michael a la espalda de mi gemelo.

Se ha enterrado en su ordenador y no habla con nadie.

—Es una putada que no tengamos las cámaras de seguridad de la salida. Si pudiéramos saber a dónde se dirigió después...

—LO TENGO —corta Asher el discurso de Michael.

Se levanta de la silla y comprueba mi rostro antes que el de nuestro padrastro.

Algo me dice que no me va a gustar una mierda lo que va a decir.

Toma aire con fuerza, cierra el ordenador con la mano derecha y cambia el peso de su cuerpo incómodo.

—Matías fue chófer de papá hace algunos años.

Y *pum*, de repente entiendes que el mundo, tu mundo, se puede destruir dos veces en un mismo día.

3. NECESITO UN RADIOCASETE PARA MI BOLSO

IRIS

La sensación de agobio cada vez es más pronunciada. Me tiemblan las manos sobre el volante y noto como mi respiración está tan agitada que el pelo que me cae por la frente se mueve constantemente. No he derramado ni una lágrima y cada vez que intento llevarlo a cabo, algo hace que se queden bloqueadas en mis párpados.

Tomo aire con fuerza, aunque siento que no entra de lleno en mis pulmones. Sé lo que es un puñetero ataque de ansiedad y estoy a las puertas de perder el control. Voy conduciendo, me quedan dos calles para alcanzar la puerta de mi casa, porque sí, esta sí es mi casa y no el espejismo que he vivido unos meses con los Douglas.

Y pensar que por un momento les di un voto de confianza...

Acelero el vehículo siendo consciente que debería de reducir la velocidad cuando no estoy en todas mis facultades.

La amplia avenida en la que vivo con mi madre me recibe. Igual que siempre, con su color oscuro debido a la porquería que rodea las fachadas de los viejos edificios. Puedo asegurar que por esta zona nadie se preocupa del exterior, todos solemos cuidar que la casa se mantenga caliente y con vida.

Dejo el coche mal aparcado y en cuanto levanto el culo del asiento y salgo por la puerta, lo siento.

Siento el peso del estrés en el pecho. Siento como el aire deja de entrar. Cómo todo a mi alrededor se difumina. Los oídos me pitan y busco de la forma más rápida un apoyo para no caerme redonda.

No quiero hacer el puto drama, y cuanto más lo pienso mi cuerpo más se toma licencias en actuar como le da la gana.

Alguien se ha acercado. Creo que es un hombre que debe de ser vecino, junto con una niña adolescente. Veo sus rostros difuminados mientras intento batallar con mi garganta. Ésta se ha cerrado y no deja que el aire pase.

Hay gritos.

La niña se mueve, así que ha debido de ser ella la que ha dado la voz de alarma.

Cierro los ojos mientras el hombre me repite que tome aire.

No soy capaz de hacerlo. Lo estoy intentando con todas mis fuerzas pero...

Un olor reconocible me rodea.

Es mi madre, lo sé antes de poder captar el color de su pelo y su camisa de andar por casa. No ha venido sola, ha traído una bolsa de plástico que me acerca a la boca.

Me pide que la utilice, me la tiende cerca, pero de nuevo los colores y mi alrededor se difumina. Me duele el pecho.

Mucho.

Y quiero llorar. Quiero llorar con todas mis fuerzas porque mi cuerpo está gritando de dolor.

No sé cuantos minutos de agonía suceden. Solo soy consciente de cómo mi cuerpo se va relajando con las respiraciones amplias dentro de la bolsa blanca de plástico que huele a plátanos. Resbalo por la puerta del coche y me siento en el suelo. Mi madre me acompaña y el hombre también se arrodilla. La niña sigue flipando con lo que ha sucedido.

—Muchas gracias, Vicent, ya lo manejo yo.

Teresa Stars y su dulzura habitual.

—¿Estás segura? Podemos llevarla al hospital más cercano.

Mi madre mide la expresión del hombre y después la mía. No está segura de si solo ha sido un ataque de ansiedad como habitualmente me solían acontecer hace unos años o es que ha ocurrido algo grave. No he hablado con ella, no tiene ni idea de lo que ha sucedido.

—¿Prefieres que te revise un médico, cielo?

He mantenido la bolsa en la boca, formando una enorme «o» con mis dedos durante todo este tiempo. No la retiro cuando digo:

—Ni de coña. Estoy bien.

Vicent, que es así como se debe llamar el vecino, asiente a la tranquilidad de mi madre y le repite en dos ocasiones que si necesita algo lo puede avisar. Se va de la mano con su hija, que la pobre va a tener pesadillas conmigo esta noche, y desaparecen por la calle.

El brazo de mi madre rodea mis hombros antes de que apoye su cabeza sobre la mía.

—¿Cómo de grave es?

Una madre siempre conoce a sus crías, o eso es lo que dicen. La mía reconocería delante de cualquiera que una de mis características es el dramatismo. En ocasiones corrijo su error porque no soy dramática, solo que vivo y me expreso con más intensidad que ella. A lo que me rebate que pueden ser cosas de la edad. Con esto quiero decir que está midiendo si solo se trata de un enfado tonto con los Douglas o alguien está en peligro de extinción.

—Me duele el corazón.

Asiente. Es lo único que hace antes de volver a apoyar todo su cuerpo sobre el mío en un abrazo que sana un poco la presión del pecho.



—¿¡NO VAS A DECIR NADA!?

Han pasado exactamente cincuenta minutos desde que hemos entrado en casa y le he contado el hallazgo a mi madre. Es cierto que le he puesto un poco más de intensidad de lo que en realidad ha sucedido, pero es que no portaba un radiocasete en el bolsillo para poner música tenebrosa en la escena.

No todos los días una se entera de que el tío que se está tirando, que además le gusta, que es parte de su familia por matrimonio de su tío, y en el que había creado una especie de confianza, tiene UN PUÑETERO DOBLE.

—Iris, te tienes que calmar.

—No me va a dar otro ataque de ansiedad. O bueno sí, porque estoy flipando con tu «no» reacción, mamá.

Estamos en medio del salón. Le he pedido que tomara asiento pero no me ha hecho caso, así que yo tampoco lo he hecho. Nos hemos quedado de pie, con la mesa en la que cenamos cada noche entre nosotras y con el ruido de los coches pasando a nuestro alrededor por la calle.

Mi madre se ha sorprendido al conocer que no hay solo un Beck, sino dos. ¡Faltaría más! pero no ha hecho más comentarios que un escueto «madre mía».

—Bueno, hija, perdona porque no todo el mundo reacciona como tú esperas, pero es que no soy Iris Stars, soy Teresa y yo dirijo mis actuaciones.

De lujo, lo que me faltaba para rematar el día, discutir con ella.

Me llevo las manos a la cara y respiro con fuerza.

La desesperación, la rabia, el estrés, la incompreensión... todo se ha apoderado de mí y, lo más cojonudo de todo, es que Beck, no se ha puesto en contacto conmigo.

Ni una llamada.

Ni un mensaje.

Ni un paso al frente cuando la bomba detonó.

Le he importado una mierda desde el principio. Era un juego.

Eso sí, me encantaría conocer cuál era el premio, ya que debería de ser muy jugoso para haber cruzado esta línea.

—Iris, estamos muy nerviosas.

La yema de los dedos de mi madre toca la piel caliente de mi espalda. Es un movimiento que suele hacer cuando estoy muy agitada.

—Es que no entiendo nada, mamá.

Dejo que mis manos choquen con fuerza contra mis muslos.

—Sin embargo, no te has quedado a la espera de explicaciones.

—Estaba incómoda y dolida. No soy tan perfecta como una muñeca de anuncio...

Los días de no convivencia entre nosotras parece que han pasado factura. Me separo de su agarre y me voy directamente al sofá. Me estoy enfadando por momentos porque parece que lo que he descubierto es similar a encontrar un chicle en un parque. Es emocionante e inesperado pero no debería de remover más emociones. Cuando mi cuerpo y mi mente no opinan de tal modo.

Me sigue hasta el lugar reconfortable y entonces suelta otra bomba.

—Yo sabía que Mai había tenido dos hijos.

Mi cabeza gira como si de un muelle automático se tratase. Encuentro el rostro de mi madre esperando mi reacción.

Venga ya, ella no me haría eso.

Piensa lo que estoy pensando, lo veo en sus ojos, por ese mismo motivo mueve la mano con agitación antes de comenzar a hablar de nuevo.

—No tenía ni idea de que eran gemelos, pero tu padre, en una ocasión, dejó caer que Mai había tenido dos hijos y que uno de ellos ya no estaba presente. Intuí que había fallecido, incluso pensaba que su depresión durante años se debía a ello.

—¿Y por qué no preguntaste más?

—Porque tu padre y los Douglas nunca han tenido una relación muy estable. No me quería entrometer en sus vidas y mucho menos en la de Mai. Tú eras pequeña y no lo recordarás pero ha sido una mujer que ha sufrido mucho.

—¿Por eso su hijo se esconde?

Los hombros de mi progenitora suben y bajan dejando a mi mente más confusa de lo que ya estaba.

Me fijo en un punto de la alfombra. No lo he hecho a propósito, sino que mi mente lo ha captado como un remanso de paz visual para poder pensar e hilar todos los cabos sueltos. Es muy habitual que me empane y que parezca una loca durante unos minutos.

—No se diferencian en nada —detallo con la voz ida.

—¿Cómo se llama?

Vuelvo al rostro de mi madre.

—Asher.

Y lo más jodido de todo es que lo he tenido delante de mis narices todo este tiempo. Creía que era un amigo raro, un friki inadaptado que no le gustaba socializar. Es verdad que tuve varias señales a las que aferrarme: el modo en el que Beck cortaba la conversación cuando preguntaba por él. Cómo Mai hablaba de él en cada desayuno pero, claro, creyendo que era uno de los mejores amigos de Beck y que además trabajaba para mi tío, tan solo supuse que tenían una buena relación.

—¿Y si he estado con los dos?

—¿Cómo?

El rostro de mi madre, ahora sí, parece confuso hasta que me quedo en silencio más tiempo del esperado.

—Así que no eran invenciones mías que le ponías ojitos al piloto de F1...

—Cállate, mamá. Te juro que ahora mismo lo pienso y quiero vomitar. Como se hayan intercambiado los papeles en algún momento.

—Eso solo lo podrás saber si le preguntas a él. A ellos.

Pensar en Beck como otra persona es cuanto menos extraño y doloroso a partes iguales.

El teléfono móvil zumba en el bolsillo de mis pantalones con insistencia. Mi madre lo nota y se separa de mi cuerpo para permitirme realizar el movimiento y comprobar quién es.

En la pantalla aparece el nombre de Nate en letras blancas.

Vaya, justo la última persona que hubiera creído que me llamaría.

Reviso la expresión de mi madre, está a la espera de que responda a la llamada, lo sé porque aparece una pequeña sonrisilla en la cuenca de sus labios. No lo voy a hacer y por eso bloqueo el teléfono y la llamada se corta al instante.

No quiero hablar con ninguno de ellos y Nate, aunque no es parte de los Douglas, sí que tiene una implicación directa con ellos.

Es más, seguro que el muy cabrón conoce del secretito de Beck. Michael y su padre son mejores amigos desde hace muchos años. Están todo el día en casa de visita, digo yo que en alguna de esas cenas elegantes que tienen, comentarán entre ellos algo así como: oye, que tengo un hijo escondido en el armario, ¿no te lo había contado?

Al pensar en esas palabras, que no sé por qué mi cabeza les ha puesto la voz de Mai, pienso justamente en ella.

La escuché cuando salía como una furia de la mansión y cogía el coche. No miré hacia atrás, no la quería ver, no obstante es cierto que su grito desgarrador dejó en evidencia que estaba afectada por lo que había sucedido. Tuvo que ser Núñez quien la puso al tanto. El maldito chófer cotilla lo sabía también todo.

Pensar que Mai es un ser de luz ya no tiene cabida en mi mente. Ella sabe que tiene dos hijos, y si no es así sería la historia más enrevesada jamás contada. Me ha visto con Beck, incluso me ha animado a pasar tiempo con él. ¿Qué coño pretendía con esas acciones? ¿Qué narices ganan esta familia de mierda riéndose de mí?

Los ojos de mi madre repasan mi cuerpo antes de levantarse del sofá.

—Voy a preparar una infusión para relajar los nervios.

—No me gusta beber «meados» con sabores frutales.

—Lo vas a hacer.

Me quedo en silencio como pocas veces en mi vida lo hago. Quizá porque el teléfono comienza a zumbir hasta que se agota o quizá porque después de que cesa me llega un mensaje de Nate que leo desde la pantalla de inicio.

Nate: Todo tiene una explicación, no huyas o le destrozará el corazón.

Beck Hunter no tiene corazón, es una puñetera alma sin vida.

4. NO HAY NINGÚN RECUERDO BONITO EN ESTA HISTORIA

ASHER

Lo he vuelto a hacer.

Ha vuelto a suceder.

Todo se ha desmoronado.

Todo es mi culpa.

Cambio la atención del ordenador al rostro de Michael que parece desencajado.

—¿Qué quieres decir con que el tal Matías fue chófer de tu padre?

Exactamente, eso, que Matías estaba relacionado con la vida de mi padre.

—No he conseguido encontrar cuantos años trabajaron juntos, entiendo que los últimos de su vida.

Beck da un paso adelante. La información le ha pillado de sopetón y se ha puesto nervioso. A diferencia de mí, a él solo se le nota si lo conoces muy bien. La rodilla derecha le tiembla hacia dentro y suele llevar la mano derecha a la zona posterior del cuello para jugar con los pelos de su cabellera.

—¿Qué tipo de información puede tener? —pregunta.

—Nadie lo sabe —apostillo muy seguro.

—O eso es lo que creemos —añade mi hermano gemelo.

Michael se mete en el pasillo de Beck y comienza a hablar con su tono de voz más duro.

—¿Crees que puedes contactar con él para tener una reunión?

—¿Vas a intentar chantajearle? —pregunto.

—No, solo quiero conocer el tipo de información que posee.

—Puede que él no sea el propietario de la web en la que está toda la información. Podemos levantar sospechas y, si no lo sabe, lo conocerá por puro cotilleo.

No me gusta nada esta situación.

—Haz lo que te pido Ash. Consigue una cita con ese tío. Necesitamos solucionar el problema de raíz.

Michael, con su casi metro noventa, trajeado y con esa planta imponente que siempre ha lucido, sale del despacho sin decir ni una palabra más. Nos deja a Beck y a mí solos. Mirándonos como si de un espejo se tratase. Entiendo por qué el rostro de Iris se convirtió en una mueca de incredulidad al instante. A no ser por el tipo de ropa que utilizamos, mi hermano y yo somos idénticos. Los mismos gestos, la misma cara, el mismo cuerpo, incluso tenemos varios lunares en los mismos lugares. Siempre se ha dicho que los gemelos pueden ser muy iguales por fuera pero muy diferentes por dentro, eso siempre ha sido así en nuestro caso. Admiro la confianza de mi hermano, que nunca pierde el control. Y eso no lo hace ahora que compite en un deporte que requiere de ese tipo de templanza, no, Beck siempre ha sabido conseguir sus objetivos, luchar

por ellos. En cambio, yo siempre me he perdido por el camino.

—Tienes que ir a hablar con ella —comienzo a decir.

Beck se acerca corriendo hacia mí y toma mi cara entre las manos.

—Déjame a mí controlar la situación.

—¿Es que no lo ves? Si no vas detrás de ella, no te va a perdonar en la vida.

Y aquí uno de los mayores defectos de mi hermano, creer que haciéndose el fuerte, el que no tiene sentimientos, conseguirá que todo se solucione.

—Necesita tiempo. Iris es muy impulsiva y ahora mismo no querrá hablar conmigo. Lo intentaré dentro de unos días.

—No es que quiera hablar, Beck, es que le tienes que explicar qué narices ocurre.

—No sé si puedo confiar en ella —suelta muy seguro de sus palabras.

—No puede ser cierto...

Niego con fuerza y rompo su agarre. Es mentira lo que está diciendo. Por supuesto que confía en Iris, sin embargo, está cagado de miedo y no lo va a admitir en la vida.

—Ash, yo sé lo que hago.

—No tienes ni puta idea de lo que haces. ¿Te has puesto en la piel de ella? ¿Crees que no va a pensar que nos hemos intercambiado en alguna ocasión?

—Se lo aclararé cuando regrese.

—¡Que no va a volver! Joder, pareces imbécil.

Rodeo su cuerpo y salgo del despacho. No me gusta esta actitud que toma ante las situaciones en las que la derrota es más cercana que la victoria. Siempre me ha protegido más de lo que era necesario y ha pagado las consecuencias con creces.

Por mi culpa, mi hermano nunca ha sido feliz y, ahora que creía haberlo conseguido, vuelvo a hundir su vida.

5. ¿Y SI NO ESTAMOS TAN PERDIDOS?

ADA

Hace escasos minutos que he recibido la llamada de Mai. No le entendí mucho más que, «Ada, tienes que venir o Asher va a hacer una locura».

Mai Hunter es una madre coraje, de esas que darían la vida por sus hijos sin pestañear. Mai Douglas, la que todo el mundo conoce, es encantadora, guapa, inteligente y parece que su carrera profesional y la de su marido va por encima de todo. Son dos contrastes que no deberían de asombrarme porque en el mundo en el que he crecido es muy habitual, pero después de conocer su secreto sí que me siento más cercana a ella.

Durante toda mi existencia he repelido como la peste las apariencias engañosas. No me gusta el mundo en el que se mueve mi padre, aunque bien es cierto que por suerte o por desgracia he nacido en él, así que alguna de las técnicas de engaño las conozco.

—¿A dónde vas con tanta prisa?

Mi hermana Lyn deja de espejarse para retocar el labial que su nueva novia le ha borrado con el morreo de despedida que se estaban dando en la entrada principal.

—A casa de los Douglas, se me ha olvidado algo en el coche de Beck.

Lyn me mira como si no creyera ni una de mis palabras, pero no hace preguntas, regresa a su reflejo y deja que coja la bicicleta sin entrometerse.

Sé que estoy acudiendo a la llamada de una madre desesperada. Y aunque ponga como excusa que la estoy ayudando a ella, un remolino de emociones incómodo se ha despertado en mi estómago cuando he escuchado el nombre de Asher.

La distancia es corta, así que llego en un visto y no visto. Uno de los trabajadores de la casa se hace cargo de mi bicicleta mientras yo busco a Mai con la mirada. No está por ningún lugar de la finca, sin embargo, la figura por la que mi cuerpo ha temblado los últimos diez minutos baja por las escaleras principales de la mansión.

—Asher —lo llamo.

En mi voz percibo miedo, no sé si él ha sido capaz de captarlo del mismo modo.

Su cabeza se eleva al instante.

Ya no tiene el efecto en mí de las primeras ocasiones.

No es sencillo enterarte de que tu mejor amigo de la infancia tiene un hermano gemelo. Y es que Beck y Asher no es que tengan algunos gestos o la forma de la cara similar, no, es que son idénticos. Si no has hablado con ninguno de los dos y los ves juntos, el vello del cuerpo se te eleva porque es como mirar a un espejo.

Cuando me lo contó me sentí decepcionada en un primer momento. Habían sido muchos años de amistad como para que no hubiera confiado en mí ese secreto porque, uno de los requisitos con mayor peso es que nadie debía de conocer la existencia de Asher.

Para mí Beck es un hermano. Confío en él del mismo modo que lo hago en Lyn. Siempre me creí con la fortuna de tener dónde elegir dependiendo de las circunstancias del contexto, por eso

me dolió tanto.

Conocí a Asher unos días después de la revelación y fue la presentación más incómoda y extraña de mi vida. Me fui a mi casa con ganas de llorar y vomitar a partes iguales porque, por un lado, mi cuerpo veía que era idéntico a Beck y por otro mis ojos percibían que su modo de expresarse, cómo sus ojos se retiraban con rapidez de los míos eran muy diferentes a los de mi mejor amigo.

—Me tengo que ir —dice antes de pasar por mi lado y dejarme atrás.

—¡No!

Tomo su brazo entre mis manos y empujo su cuerpo hacia el mío. Mai en la llamada dejó muy claro que Asher era capaz de hacer una locura. Lleva unas semanas bajo de ánimo y el descubrimiento de Iris ha debido de catapultar su estado porque siempre se repite el mismo cuento: uno de los dos gemelos sale perdiendo, y en esta ocasión ha sido Beck.

Para Asher, si su hermano tiene que perder, entonces el mundo arderá.

Quiero con todo mi corazón a Beck, no obstante soy de la opinión que, en esta ocasión, se ha buscado él mismo ser el derrotado en la batalla porque algo me dice que Iris hubiera guardado el secreto hasta la tumba.

—Claro que sí. Debería haberlo hecho hace mucho tiempo.

—Huir no es siempre la mejor opción.

Arruga el ceño. Parece cansado con la vida, aunque Ash siempre da esa visión cuando tiene un día malo.

—No me vengas con esas, Ada. Sabes que, de las pocas elecciones que hay, es la más inteligente.

—¿Y dónde será en esta ocasión?

—A Lellos.

No lo ha dudado ni un instante. Es más, debe de ser un plan de lo más estudiado, no me cabe ni la menor de las dudas.

—¿Vas a huir a la otra punta del mundo, a un pueblo recóndito de la montaña?

—Sí.

Sus ojos grisáceos se clavan en los míos. Más duros de lo que habitualmente me miran.

—Ash...

Doy un paso hacia él y no se retira.

Asher es alto, unos milímetros más que su hermano y a diferencia de Beck el contacto humano no le desagrade en absoluto, es más, el brazo que antes tenía retenido entre mis manos está en alto, a la espera de que si quiero, él tocará una parte de mi cuerpo.

—No lo hagas.

—¿Por qué?

No estoy preparada para entender el porqué.

¿Por qué debería de pedirle que asuma un riesgo innecesario? ¿Por él o porque en realidad me gustan los momentos que compartimos? ¿Por Beck para que no se sienta solo? ¿Por Mai?

—Iris lo va a entender. Tenemos que hacerla entrar en razón para que no caiga en manos de ese tal Matías.

La mirada de Asher se ensombrece. No era lo que esperaba escuchar.

—Dudo que sea a mí a quien quiera escuchar en estos momentos.

¿Cree que Iris lo rechazará, es eso?

—Asher, no eres un monstruo.

Retira la mirada y la clava en un punto a mi espalda. Él sí que piensa que es un monstruo y por

ello se merece vivir en soledad y alejado de todos.

—Oye... —tomo su cabeza entre mis manos. Está apretando la mandíbula, más tenso que de costumbre.

Puedo enumerar la cantidad de veces que él me ha hecho sonreír cuando había tenido un día de mierda, o cuando mi padre me dictaba mis actividades como si de una muñeca se tratase. Asher aparece siempre de la nada como un rayito de luz.

No lo pienso, aunque debería, y me lanzo.

Tomo impulso para llegar hasta su altura y cubro sus labios con los míos. Solo quiero que entienda las palabras que le acabo de decir, pero cuando su mano me ayuda a mantener el equilibrio para que no me caiga sobre él, el calor se instaura en todo mi cuerpo. Lo que iba a ser solo una muestra de cariño, al instante se convierte en una necesidad. Él no ha tomado ninguna iniciativa, está a la espera de mis pasos, así que me separo para comprobar lo que piensa.

—No te vayas, por favor.

—No quiero ponerlos en peligro y...

—Juntos lo podemos solucionar, ¿vale?

Estamos tan cerca que cuando hablo mis labios rozan los suyos. Me gustan las sensaciones que despiertan en mí, pero no es el momento.

Claro que no, Ada, no es el momento.

Cojo aire con fuerza y dejo que mis talones toquen de nuevo el suelo. Él parece confuso por un segundo, vaya, ¿puede que le haya molestado y no me lo quiera decir y...?

—Lo siento por lo del beso, quería hacerte entender que eres importante aquí, quizá me he confundido en el modo...

Antes de que pueda seguir con mi discurso de pacotilla es él quien se lanza a mis brazos. En un parpadeo estoy rodeada por el enorme cuerpo de Asher, con la cabeza en el hueco de su cuello y siendo la primera ocasión en mucho tiempo en el que mi respiración es cómoda y no pesada.

—Vuelve a hacerlo siempre que quieras.

Me río y la tierna piel del inicio de su mandíbula me parece un lugar ideal para dejar un pequeño beso.

Parece ser que los abrazos y los besos de Asher Hunter me gustan demasiado, ¿quién lo diría?

6. EL MENSAJE

IRIS

Han pasado dos días.

Dos días con sus cuarenta y ocho horas.

Y aun así, el desastre sigue siendo el mismo. Silencio por parte de los Douglas y mucho ruido a mi alrededor por parte de mi madre.

Esta mañana, antes de irse a trabajar, me preguntó por enésima vez cuáles eran mis planes a corto plazo. Soy consciente de que Mai estará dando explicaciones a mis profesores sobre mi ausencia en la universidad, en ese plano estoy más que cubierta pero, ¿voy a ser capaz de volver como si nada al nido de mentirosos? Lo dudo, y como yo lo dudo también lo hace mi madre que me conoce muy bien.

Michael dejó muy claro cuáles eran las normas si quería ir a la universidad, no va a aceptar que no resida con ellos, y por el movimiento que ejecutó cuando me fui ahora va a aferrarse aún más a ese poder que tiene. Sigue llamándome la atención que, para ser un secreto que tan bien habían guardado, ninguno se ha puesto en contacto conmigo para amenazarme por si se me ocurre ir a la prensa.

Es una opción.

Es más, es una opción de lo más llamativa porque cualquier periodista que tuviese un chisme de esa familia estaría dispuesto a pagar una suma de dinero que a mi madre y a mí nos resolvería unos años económicos.

Para ser sincera no sería capaz de llevarlo a cabo. No sé qué narices se ha apoderado de mi cerebro pero soy incapaz de pensar más de cinco minutos en esa opción. Por no decir que mi madre pondría el grito en el cielo si se enterase.

Otra de las posibilidades es que, ya que ellos además de mentirosos se han convertido en unos cobardes, sea yo la que tome el teléfono y exprese mis cláusulas para regresar a la mansión, finalizar el año obligatorio y volver a mi vida normal. Así todos estarían contenidos, mi tío, mi madre y de algún modo yo por salirme con la mía. Eso sí, en el momento de actuar me parece la elección más mala del universo y acabo por soltar el teléfono lejos de mi cuerpo.

Por consiguiente, sí, esta ha sido mi rutina desde las últimas cuarenta y ocho horas.

Mi madre me ha pedido que limpie la casa, ya que, según su gran estudio de la vida hogareña, cuando realizas dichas tareas tu cabeza es capaz de pensar con mesura. Me parece una idea de mierda, pero más mierda me va a parecer cuando ella llegue agotada de trabajar y tenga que hacerlo. Aquí no hay equipo de limpieza como en la mansión de los Douglas. Coloco el teléfono sobre la mesa para ponerme a faenar, cuando este vibra.

Es un mensaje del diablo con ojos grises.

UN

MENSAJE

«Cobarde» es lo primero que viene a mi mente.

Beck Hunter, además de mentiroso, es un maldito cobarde.

Abro el mensaje sin miedo a que él pueda descubrir que lo hago al segundo siguiente de que lo haya enviado.

El texto es corto, no ocupa más de dos líneas en mi pantalla.

El tono cortante me molesta. Que se haya desconectado de WhatsApp después de enviarlo me molesta aún más.

Releo de nuevo lo que dice antes de bloquearlo con rabia y dejar el aparato olvidado en el sillón que ha visto tiempos mejores.

Todo tiene una explicación.

7. DEFINAMOS LOS TÉRMINOS

BECK

No es usual que Michael nos reúna a todos, mucho menos que Ada y Nate estén presentes. En algún punto de nuestra historia, hemos dejado de estar mi hermano, mi madre y yo, para contar con más apoyo.

La forma en la que mi mejor amiga sostiene a Asher relaja parte de los nervios que siento desde hace días. Sus manos están unidas bajo la mesa del despacho. Nate es otro tema, está tan pendiente de mí que llega a ser agobiante, él, junto a mi madre, se han convertido en una sombra que no necesito y que me está asfixiando.

—El objetivo principal es que Iris no se ponga nerviosa y monte un escándalo delante de la prensa.

—¿Eso deberías de haberlo meditado antes, no?

Si aún no lo ha hecho, no lo hará. La conozco, ella actúa en caliente. No ha aparecido ninguna noticia, lo he revisado a cada minuto de estos días. Ningún periodista se guardaría la información un par de días, lo sacaría al instante, más ahora donde las noticias digitales son cómodas y eficaces.

—Sí, es verdad. Quería tener más información, pensaba que iba a ser más sencillo recabar el perfil del tal Matías.

—Debemos protegerla —indica Asher.

—Lo haremos.

El semblante de Michael hace presagiar que su mente está a kilómetros de distancia, a una velocidad similar a la de mi monoplaza. Lleva días entrando y saliendo de casa en modo automático. Ha reunido a los mejores informáticos, ha estado durante horas con el padre de Nate intentando encontrar una solución, pero nada aparece. No se ve la luz al final del túnel.

—¿Y cuál es el plan? —pregunta Nate acomodado en una de las sillas de invitados del despacho de mi padraastro.

—Tenemos que darle una explicación, pero a su debido tiempo.

—¡Eso deberíamos haberlo hecho hace tiempo!

Sé que mi hermano se siente culpable de lo que está sucediendo. Por mucho que repitamos que la decisión de mantener el silencio no fue suya, sino de todos, él no entra en razón.

—El pasado es pasado, Asher —expresa Michael mientras coloca la chaqueta de su traje—, no podemos enfocarnos en eso ahora. Tenemos que seguir hacia adelante.

—¿Seguimos hablando de Iris? —pregunta Nate extrañado.

—Sí — responde Michael—. Quiero conocer vuestra opinión. Habéis pasado tiempo con ella, confía en vosotros, ¿cómo podemos convencerla de que regrese?

—¿Regresar? Iris no volverá si no es obligada.

Nate ha soltado la frase con el toque de picardía que le caracteriza, no se ha parado a pensar que podía hacer daño al resto con su comentario. Hacerme daño a mí en concreto.

Ante el silencio que se forma, el de los ojos azules revisa el rostro de cada uno hasta que se da cuenta de que ha metido la pata.

—Joder, Beck, lo siento. Ya sabes a lo que me refería.

—Nate tiene razón. No va a volver por nada ni por nadie.

Lo que hubiera entre nosotros ya está eliminado de su cabeza. La forma en la que me miró la última vez, deja mucha duda que pueda sanar esa herida en algún momento. No confíe en ella, cuando debería haberlo hecho. No corrí detrás de ella, cuando lo debería de haber hecho. Y luego fui tan cobarde de enviar un mensaje de mierda.

—Ahora mismo no atenderá a razones. —Oigo como Michael comienza a decir al resto.

No soy capaz de enfocarme en otra cosa que no sea mi último movimiento con ella.

Hace cuatro días que le envíe el mensaje de texto. Estaba roto, con los pies en la piscina, rememorando todas las cosas que habíamos vivido en poco tiempo. Me derrumbé como no me había permitido en años y le di al botón de enviar con la esperanza de que al otro lado hubiera el mismo dolor y la necesidad de una respuesta.

No llegó nada.

No quiere saber nada de mí. Y lo entiendo, he sido un cabrón por esconderle a mi hermano. No un hermano cualquiera, uno que lleva a mi sombra toda la vida y que, casualidades, tiene el mismo aspecto físico que el mío.

Por mucho que quiera ponerme en su posición, dudo que mi capacidad mental llegue a entender cómo se tiene que estar sintiendo en estos momentos.

Me separo del grupo para volver a abrir la conversación.

No hay nada, la respuesta sigue siendo inexistente.

Una mano se apoya en mi antebrazo y resoplo de forma inmediata.

—No quiero hablar —le susurro a mi madre con un tono de disculpa y súplica que, como no, ella pasa por alto.

—Cariño, es mejor que saques ese dolor, ¿de qué te sirve sufrirlo en soledad? Todos hemos herrado en esta ocasión, todos compartimos el mismo barco. Debemos disculparnos con ella, por eso estamos aquí, para pensar la mejor forma de hacerlo.

—No te equivoques. Esta reunión es un corta fuegos de daños.

Hay asombro en el rostro de mi madre. Se lleva la mano al pecho y comienza a hablar.

—¿Te crees que Michael o yo, o tu hermano o Nate, no queremos su perdón? Hemos disfrutado de los momentos que Iris nos ha regalado del mismo modo que lo has hecho tú, no te confundas, hijo.

—Solo hay que abrir los oídos, mamá.

No quiero llamarla hipócrita, pero en estos momentos el dolor y el hartazgo pueden hablar por mí en esos términos.

—No estás entendiendo nada, Beck. Si Iris se expone a la prensa, no solo nuestro secreto se puede ver comprometido, también su vida. ¿Por qué crees que Michael está tan nervioso con ese tal Matías? Porque llegó a ella de una manera muy sencilla, y la acorraló con sus secretos. ¿Crees que por dinero, por fama, o por lo que busque no la venderá al mejor postor?

Me tiemblan tanto las manos que ya no sé ni qué hacer, ni qué decir.

Solo quiero hacerme una bola y esperar a que el vendaval pase por mi lado. Así de maduro soy.

La primera lágrima desciende por mi rostro sin poder frenarla. La retiro corriendo porque no quiero que ninguno me vea débil en esta situación, mucho menos Asher.

Mi madre me rodea con su cuerpo, no llega a cubrir mi cara, así que bajo la cabeza hasta su cuello para conseguir el efecto calmante que necesito en estos instantes.

No me permito llorar, solo necesito unos minutos de calor, respirar con intensidad y pensar en la mejor forma de solucionar esto.

Ajeno a lo que dicta mi corazón, a cómo me hace sentir haberle fallado a una persona que me miraba como nunca nadie lo había hecho.

—¿Y si no hablamos con ella? —escucho decir a Ada.

Me seco las lágrimas, le doy un beso a mi madre y ella me responde con un corto abrazo antes de volver la atención a mis amigos.

—¿A qué te refieres? —le pregunta Ash muy concentrado en ella.

—Vosotros mismos afirmáis que Iris no va a querer atender a razones. Si queremos mantener su seguridad hasta que se aclare todo, no podemos hablar con ella. No querrá hacerlo, pero quizá si convencéis a su madre.

—Teresa —dice Michael en un susurro.

Por la forma en la que sus ojos buscan los de mi madre, siento que entre ellos se han dicho algo que ninguno de los demás comprendemos.

—Exacto —continúa Ada—, si hablas con su madre y le proponéis un trato. Iris volverá hasta que se resuelva todo.

—¿Un trato? —pregunta Nate.

—Estamos hablando de Iris, si no es un reto, ella no volverá a pisar esta casa —sentencio.

—Si no hubiese sido por uno, ella jamás hubiera venido, así que, Beck tiene razón, debemos de pensar muy bien el modo de actuar. Teresa es una mujer cabal, pero Iris está llena de rabia. Le hemos dado motivos para que así sea.

Michael nunca se lamenta de nada de lo que hace. Sus actuaciones siempre son impecables porque lo mide todo al milímetro. Mi madre, al ver como baja la cabeza, se acerca hacia él, le pasa las manos por la espalda en un gesto que intenta buscar algo de alivio para él.

—¿Y qué proponéis? —pregunta Nate.

Después de mi escueto mensaje, será mejor que me mantenga en silencio. Ella no quiere saber nada de mí y todas mis ideas van a tener un desenlace pésimo.

Nate mira hacia Asher, este busca la atención de nuestro padrastro, pero ninguno habla.

—Yo tengo una idea, aunque no sé si ella la aceptará.

Todos miramos hacia Ada.

—Su sueño es competir con Beck, llegar a cumplir los objetivos que tiene como piloto pero, para llegar hasta ahí, primero debería de entrenar, ¿o no?

La luz vuelve a los ojos de Michael.

—Habla claro.

—¿Y si el trato consiste en tener un entrenador personal para ella, conseguir una carrera como ella desea?

8. LA DESINTOXICACIÓN

IRIS

He conseguido sobrevivir a la primera semana sin la presencia de mentirosos a mi alrededor. Ni una llamada, ni un mensaje. Nada de nada. Al parecer, tras mi silencio, ya se han olvidado del dolor que han causado.

—Mamá, esta alfombra está más rota que antes.

Ella, que se encuentra sacando el contenido de una caja para algo relacionado con el trabajo, levanta la mirada, sonríe y vuelve a lo que estaba haciendo.

—No te vas a creer lo que sucedió hace unas semanas.

Observo el agujero que tiene la alfombra. Como no haya entrado un ratón, no sé lo que ha podido ocurrir, no.

—Me compré ese aspirador nuevo que te dije, el que era una revolución. Pues bien, la potencia es tan alta que cuando lo puse sobre la alfombra, *flup*, se tragó una parte.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

Ante mi pregunta, mi madre suelta lo que tiene entre las manos y se queda observando mis manos alzadas al aire.

—Como te lo digo, hija.

Vuelvo a mirar el agujero y entonces sucede. La primera carcajada después de días de incompreensión y dolor. Abrazar el dolor no es lo mío, aun con esas, en esta situación he remoloneado más de la cuenta.

Noto unos brazos rodeándome, y una risa más leve que la mía alrededor.

—Sienta bien que vuelvas a reírte conmigo.

—Mamá, me estoy riendo de ti. ¿Cómo es posible que te sucediera eso? Ni en las películas de Netflix.

—En las comedias románticas que nos ponemos los viernes por la noche sí que sucede.

No sabía que echaba de menos esta parte de mi vida hasta que he vuelto a tenerla.

—Eres la mejor, mamá.

Me giro para rodear su cuerpo, ella se deja hacer. Acepta mi abrazo y me lo devuelve con la presión necesaria para que comprenda que, con ella a mi lado, nada va a suceder porque estaremos juntas para solucionarlo.

—Con la devolución, me voy a comprar una nueva alfombra.

Lo ha susurrado en mi oído como si fuera un secreto, hecho que causa aún más gracia en mí.

—Eres de lo que no hay.

Cuando me separo, más allá del momento de alegría, hay una mirada de alivio.

—Tu tío me ha llamado. Viene hacia aquí.

—¿Qué?

Dejo caer la mano que reposaba en su mejilla.

¿Por qué narices no pueden dejar las cosas como están?

—Llegará en las próximas horas. Ha querido hablar con nosotras en persona.

—¡Yo no quiero hablar con él, mamá!

—Yo sí, hija. Quiero las explicaciones que me debe. Le dejé al cargo de tu bienestar y no ha cumplido con el acuerdo que teníamos ambos. Si no quieres estar en la misma sala, lo entenderé, pero esto va mucho más allá de tus deseos.

—Esto es increíble.

Desaparezco de su lado y me meto en la ducha a ver si con el agua caliente descendiendo por mi cabeza, consigo algo de paz. Demasiado tiempo habían estado sin hacer una reparación de daños. Tan solo estaban creando el mejor plan porque, me temo que, si es el propio Michael Douglas el que se presenta en mi casa, no va a venir con las manos vacías.

Una hora y media después, el timbre de la casa suena. No hago el amago de moverme del sofá, mi madre, que estaba leyendo en uno de los rincones, cierra el libro con cuidado, lo deja en la mesa y va directa hacia la puerta. Escucho cómo saluda al enemigo con un tono de voz de lo más agradable.

Para estar enfadada con él, no lo demuestra lo suficiente.

Ver aparecer a Michael en el salón de mi casa, la verdadera, es cuanto menos extraño. Con su altura, y ese porte de empresario que derrocha, no cuadra en el humilde hogar que nosotras tenemos.

—Hola, Iris.

Agradezco que sea más frío que un témpano y no haga el amago de darme dos besos o un abrazo. Rechazarlo sería aún más incómodo de lo que ya lo está siendo de por sí.

—Hola.

Mi mente grita un «adiós, vete de mi casa y de mi vida de una vez por todas», pero la mirada de súplica de mi madre me retiene de hacerlo.

Si quiero que me tomen en serio, debo de ser la primera en demostrar que puedo asumir decisiones con madurez.

—Toma asiento, Michael, por favor.

Hace lo que mi madre le pide, se sienta en el butacón individual mientras nosotras lo hacemos en el sillón grande de dos plazas. Desde fuera puede resultar cómica la imagen. Él, tan serio y recatado, mirando hacia nosotras que esperamos algún tipo de explicación o de disculpa.

—Bien, he querido hablar contigo, Teresa, para darte las explicaciones que mereces.

—Me has mentado, Michael. Lo único que te pedí cuando llegamos a un acuerdo, es que sería lo mejor para ella, el mejor momento de su vida porque la ayudarías a crecer. Ha vuelto a casa rota de dolor.

«Qué exagerada, mamá...» Tan solo me he enterado de que el tío del que me estaba enamorando, tiene un hermano idéntico.

—Lo sé, y te pido disculpas. Os pido disculpas.

«Disculpas no concedidas, querido tío».

No abro la boca y espero paciente a que sea mi madre la que lleve la voz cantante. Debido a su silencio, Michael continúa con su discurso aprendido.

—Me encantaría daros más detalles de lo que acontece en la vida de Beck y Asher, pero no es mi historia y no estoy en condiciones de hacerla pública. Solo sé que ninguno de nosotros queríamos hacer daño a Iris.

—Para no querer, os habéis esmerado en esconderme el secreto.

Ya no lo soportaba más.

—¿Cómo es posible que los dos gemelos no convivan de forma habitual? —pregunta mi madre

obviando mi respuesta.

—Repito, eso es algo de su historia en la que no quiero profundizar. Si Asher tiene este estilo de vida es por su decisión, y nosotros lo respetamos, eso no quiere decir que hayamos actuado de forma sensata estando Iris en casa, con nosotros.

—Mai nunca dijo...

—Teresa, no me pidas más, por favor.

Es la primera ocasión en la que escucho a Michael decir esa palabra y transmitirla con sensación de agobio. Algo ve mi madre en él, que asiente convencida y cambia de tema.

—Entiendo. Bien, aceptamos tus disculpas.

—¿Qué? No, yo no las acepto. A mí no me sirve esta fachada de mutismo que lleváis a cabo. Yo quiero una puñetera explicación. —Me giro hacia mi madre que abre los ojos, alucinada con mi actitud— ¿No te das cuenta de que he convivido con ambos ¿Que he ido a la universidad, he dialogado con uno, pensando que era Beck, y en realidad era el otro, su doble? ¿No os dais cuenta de que me voy a volver loca? ¡Queréis que me vuelva loca!

Mi madre extiende el brazo para que tome asiento a su lado pero no le hago caso. Las lágrimas azotan en mis lagrimales. Quiero una explicación sincera, quiero que deje de doler porque mi cabeza no deja de repetirme que soy idiota por haber confiado en ellos.

—Si vuelves conmigo, ellos te darán una explicación.

—Ni de coña —respondo al instante.

—Iris ... —susurra mi madre.

—¿Iris, qué? ¿Quieres que regrese con ellos, como si no hubiera pasado nada? No.

—Tienes que acabar los estudios, me lo prometiste.

—Lo haré en la universidad pública, la que está a unos metros de aquí.

—¡No tenemos una beca!

—Trabajaré durante este año y lo pagaré de mi bolsillo.

Se lleva las manos a la cara, frustrada por cómo está yendo el curso de la conversación. Niega con la cabeza mientras tomo asiento a su lado, simulando estar más tranquila para que ella no sufra. De igual manera, lo hace, se pone a llorar sin que mis consuelos surtan efecto.

—Tienes una oportunidad, Iris, no puedes desaprovecharla de esta forma.

Cuando retira las manos y percibo sus lágrimas, algo en mi corazón, la parte que aún no se había roto, se resquebraja en mil fragmentos.

Ella ha tenido una vida complicada, siempre al límite, viviendo con lo puesto. Era muy joven cuando me tuvo, también era una cría madurando cuando mi padre la dejó en la cuneta. La he visto llorar noches enteras mientras observaba la nada. Desde que he vuelto, simula estar feliz, pero sé que no es así. No hay el mismo brillo en su voz que cuando la llamaba desde Londres, algo ha cambiado, y me duele en el alma que yo sea la causante junto con el impresentable de traje que está sentado en frente.

—Por eso mismo he venido.

Michael se acerca hacia mi madre, deja sus codos apoyados sobre las rodillas y comienza a hablar.

—Sé que la confianza no se gana con unas simples palabras, que necesitaremos tiempo. Sigo teniendo el mismo objetivo, quiero recuperar el tiempo con mi sobrina. —Mira hacia mí pero retiro la cara antes de bajar las defensas—. Ambos sabemos que, una vez iniciado el curso, Iris debería continuar con él.

—Tengo edad suficiente para realizar la elección por mi cuenta, gracias.

—No solo he venido a eso, Iris. En esta ocasión quiero hacer un trato contigo.

—¿Otro? ¿No fue suficiente el anterior que aún tienes repertorio? No voy a ir a la prensa, si es el miedo que tienes. Mi madre me ha educado bien, mejor que a vosotros, porque las mentiras, me ha repetido desde niña, que hacen daño. A mí y a los demás.

Cierra los ojos y se queda unos segundos en esa posición.

—No solo te puedo asegurar unos estudios. Quiero ofrecerte una carrera profesional.

—¿Cómo?

Mi madre aprieta con fuerza mi mano derecha.

—Cuando hablamos sobre lo que sucedió con tu padre, me hiciste darme cuenta que fui muy injusto contigo en muchos aspectos, el primero de ellos fue en el ámbito deportivo. No has tenido oportunidades, cuando sí había talento. O no, nunca lo supimos. Ahora que nos hemos conocido, no me equivoco al asegurar que tu máxima expectativa es lograr competir al más alto nivel. Si me das unos años, antes de que cumplas los veintiuno, puedo financiar tu formación.

—Sin olvidar los estudios —detalla mi madre ante mi estupor.

—¿Cuál es la letra pequeña?

No me fio ni un pelo.

—La misma que el primer trato, vivirás con nosotros.

—¿Por qué? No me gusta estar en la mansión, no cuadro con vuestras costumbres, me gusta la vida con mi madre. Me gusta estar aquí.

—Teresa, me gustaría que en esta ocasión también nos acompañaras. Trabajo hay, y el apoyo moral que Iris puede tener de tu parte es fundamental.

Espera, ¿qué?

Miro hacia mi madre que está tan petrificada como yo.

—Michael, yo... No sé, llevo muchos años viviendo sola con Iris, no me gustaría interrumpir en vuestra familia.

—Se te dispondría una vivienda para ti, cercana a la nuestra. La empresa tiene diferentes apartamentos para los empleados.

—Yo viviré con ella.

—Las viviendas son de una habitación, y si quieres una formación completa, necesitarás un gimnasio, una piscina, y diferentes necesidades básicas que podrás cumplir solo en la casa familiar.

Que cabrón, siempre se sale con la suya.

Busco la mirada de mi madre. La oferta es muy golosa. Tener una oportunidad de formarme con los mejores es algo que solo me lo puede aportar el dinero. Millones que tiene mi tío, por supuesto.

Un trabajo digno para mi madre es otro de mis sueños. Salir de las horas extras y poder vivir ajena a los problemas económicos puede ser un crecimiento de vida.

—¿Qué dices, cielo? —pregunta con una ilusión en la mirada que hacía años que no veía.

¿Cómo podría enterrar una propuesta como esta?

Cambio el foco de atención a mi tío. Con la mirada le mando un mensaje muy claro: «Has ganado esta partida pero no la ronda final».

—Supongo que tendremos que hacer las maletas.

9. NOTICIAS VAN, NOTICIAS VIENEN.

BECK

Michael me prometió una respuesta vía WhatsApp cuando saliera de casa de Iris. Hace más de ocho horas que se ha ido de casa, y no hemos tenido noticias de él. El trayecto es largo, aún así...

—¿No está tardando demasiado?

Desde que todo voló por los aires, el padre de Nate y el propio Nate, están más tiempo en mi casa que en la suya.

Este segundo está revisando el periódico de Michael mientras yo camino adelante y a atrás toda la superficie que ocupa el salón.

—Miraría el reloj, pero lo he dejado en casa.

Ruedo los ojos y suspiro.

—No me hacen gracia tus chistes, Scoll.

—Saca ese palo del culo, Hunter. Michael enviará el mensaje cuando esté seguro de la respuesta, ya sabes cómo es. No da un paso en falso.

—Estoy seguro de que ella no va a aceptar.

—Yo estoy seguro de que vendrá en un avión privado a más tardar dentro de una semana.

Volteo el cuerpo hacia él para quedar frente a frente.

—¿Por qué estás tan seguro?

Dejo que las inseguridades hablen por mí, puede que me haga bien soltar algo de tensión acumulada.

—Iris se muere por tener una oportunidad. Necesita entrenar, ha visto la exigencia a la que estás sometido y no es tonta. Yo no dejaría pasar esta oportunidad.

En ocasiones me olvido que Nate lleva toda su vida luchando por lo mismo que ella. Todos sabemos que su momento va a llegar, está en forma, y tiene buenos patrocinadores detrás, solo necesita un asiento libre y que llegue un golpe de suerte. A pesar de ello, sigue viajando cada fin de semana como acompañante y no como piloto. Puede que, ese punto de vista, lo acerque más a ella de lo que yo podré estarlo nunca.

—¿A qué le das tantas vueltas? —pregunta.

Suelta el periódico y atiende a mis movimientos. Me acerco hasta el sofá más cercano y tomo asiento.

—Si acepta, no lo hará por estar cerca de ninguno de nosotros.

Es una obviedad que necesito que alguien me confirme. Algo así como un golpe de realidad de una vez por todas.

—Yo la considero mi amiga. Espero que me dé una oportunidad también.

—No quiero decir eso, sino que, no volverá a ser la misma.

—Ninguno lo seremos, tampoco nosotros con ella. Ya no hay secretos que ocultar, puedes poner todas las cartas sobre la mesa, y eso puede resultar favorecedor, o hundirte por completo

en la mierda. Sea el resultado que sea, es la realidad, lo demás era una pura fantasía.

Observo su rostro sin dar crédito a lo que acaba de decir.

—¿Desde cuándo eres tan reflexivo?

—Desde que gastas un minuto en escucharme, idiota.

Vuelve a coger el periódico y me da una cachetada en el hombro que me hace sonreír.

Nate es una cara bonita que enmascara más de lo que dice. No debe de ser fácil para él apoyar mi carrera cuando desea mi asiento. Abrazar mis victorias con una broma, o saber que el padre de su amiga tiene una escudería y nunca le ha tenido dentro de su radar.

No puedo pensar más allá porque el móvil vibra encima de la mesa. Ambos saltamos hacia él, soy más rápido que Nate así que leo en voz alta el mensaje de Michael.

«He conseguido un acuerdo con ella. En una semana volverá a casa. Solo ha pedido una cosa; que no te entrometas en su camino».

Sabía que Michael no me iba a ocultar la realidad. Si hubiera sido mi madre, hubiera utilizado palabras más pomposas para decirme que Iris no me quería ver ni en pintura.

—Por lo menos, puedes hacer que cambie de opinión. Si te ve todos los días, en algún momento te dirá buenos días.

—Me enviará a la mierda.

Enfoco mi visión en un punto de las escaleras mientras mis pensamientos van a dos cientos por hora.

Paso por alto la carcajada de Nate.

—Sí, lo hará. Y te lo mereces, tío. Estoy con Ash, debería de haber sabido la verdad.

—No ayudas, Nathaniel.

—No he venido a eso, solo estoy haciendo compañía.

Suelto el punto muerto y me fijo en él. Se ha desparramado en el sillón, algo en él ha cambiado, ha liberado esa tensión que de mi cuerpo no ha salido.

—¿Por qué parece que estás contento? Te he dicho que venía con las armas cargadas.

—Exactamente por eso, porque esto se va a convertir en una guerra de pullas, y yo ya estoy cavando la trinchera para no perderme N-A-D-A.

10. EN LA BÚSQUEDA DE LA SOLUCIÓN PERDIDA.

ASHER

Ya he perdido la cuenta de las horas que llevo pegado al ordenador buscando respuestas. La obsesión de las últimas semanas se resume en: «respuestas».

Es imposible que no halle ni un cabo suelto, nada que me permita tirar del hilo.

Pantera camina por encima de la mesa, haciendo que aparte la mirada de la pantalla del ordenador.

—Sé que estás aquí, no me olvido de ti.

La cojo con cuidado, y la deposito en mi regazo, ella remolonea hasta que encuentra un sitio cómodo entre los pliegues de mi sudadera. Desde que todos vienen a visitarla cuando tienen un rato libre, se ha convertido en una gata más mimosa y dependiente.

Una de las alertas aparece en la pantalla, así que rasco la cabeza negra de Pantera y atiendo al mensaje. No es un descubrimiento de información, sino un mensaje de Michael:

He conseguido un acuerdo con ella. En una semana volverá a casa. No quiere tener relación con tu hermano ni contigo. Tenemos que respetar sus deseos, ya hablamos en casa.

Aunque lo quiera evitar, me desilusiona la petición de Iris. Me encantaría que me diera una oportunidad, que escuchase lo que le tiene que contar Beck. Por más que ellos crean que lo mejor para ella es no conocer lo que ocurrió, mi opinión dista mucho de ese punto de vista.

Lo poco que la conozco, apostarí a que por las personas que quiere, no traicionaría su confianza o su bienestar. Sé que está enamorada de mi hermano. Del mismo modo que lo está él de ella. Hasta ahora no se han dado la oportunidad que merecen, ni el uno ni la otra. Ella por reticencias del pasado, y él, por más de lo mismo, unido a que tenía que guardar mi presencia.

Todo es una mierda, pero este sentimiento se enfatiza cuando hace daño a personas que no tienen culpa. Iris es una de esas personas. Llegó a nuestra vida hace mucho tiempo, en concreto a la vida de Beck, y él jamás se ha permitido ser verdaderamente quien es por miedo a lo que pudiera descubrir.

Resoplo, Pantera sube y baja debido a mi movimiento, y meto nuevas claves en las pestañas del ordenador que tengo abiertas a ver si descubro cómo puedo ponerme en contacto con Matías. He dejado un mensaje en la web, pero no he recibido respuesta por su parte.

Más allá del secreto y de la confianza que tenemos que trabajar con ella, su protección está en juego.

No sé por qué tengo esta sensación, pero desde que llegó ese hombre algo no me gusta. Más allá de que conoce el secreto de mi existencia, siento que guarda un as bajo la manga que nos puede sorprender en cualquier instante.

Ser precavidos deberá de ser nuestra nueva forma de actuar hasta que encuentre todo lo que necesite de su pasado.

¿Y si no encuentro nada porque Matías no es su nombre real?

Vuelvo a abrir el archivo de las cámaras de seguridad que Michael me aportó. La inteligencia artificial me puede ayudar a encontrar similitudes de su rostro en otros lugares. Los usuarios de internet no están al tanto de lo que se puede lograr con una simple búsqueda cuando sabes dar a la tecla adecuada.

Destino parte de mi tiempo a encontrar las mejores imágenes, quitarles el ruido para que se vean nítidas, y esperar a que aparezca alguna milagrosa coincidencia.

Paciencia, ven a mí, te necesito.



Cuando escucho el timbre, no sé ni qué hora es. Reviso el reloj del ordenador y me doy cuenta de que ya es media tarde, la misma hora en la que quedé con Ada para cenar juntos.

Corro hacia la puerta, Pantera me sigue de cerca, ya que se asusta cuando la dejo en el suelo. Detrás de la puerta está ella, con una sonrisa de cansancio y con el pelo recogido en una coleta que no sé si me gusta por cómo se le despeja la cara, o porque su cuello queda a disposición de mis labios.

No expreso ninguno de estos pensamientos, tan solo doy un paso hacia atrás que ella entiende como una invitación.

—Estás muy guapa.

Se agacha para saludar a Pantera, la coge entre sus brazos, y entonces se acerca a mí. Deja un tierno beso en mi mejilla que me sabe a poco, por ese motivo remoloneo juntando mi mejilla contra su cara. Si la gata lo puede hacer, ¿por qué yo no?

Me gano una sonrisa por su parte, pero ningún beso más.

—Dudo que esté guapa cuando llevo todo el día enterrada en papeles. Me he puesto lo primero que he pillado en el armario y me he venido hacia aquí, no me quería perder nuestra cita cinéfila de fin de semana.

A mí sí que me parece que está guapa con el chándal que ha escogido.

—Ahora mismo voy, quiero dejar esto preparado por si entra alguna alerta.

Señalo los ordenadores, y ella, en lugar de dirigirse hacia el sofá, se aproxima a mi rincón de trabajo.

—¿Cómo lo llevas? ¿Has podido encontrar algo?

Si lo hubiese hecho, habría avisado a todos, pero no ha sido así.

—Nada, no hay nada en la red. Me va a llevar más tiempo del que esperaba para disgusto de Michael.

—¿Puedo hacer algo?

—No.

Sonrío después de la negativa. Tanto ella como Nate están ayudando en todo lo que pueden, pero como no encontremos información de debajo de las piedras, no sé cómo podremos solucionar esto.

—¿Qué tal tu día?, cuéntame cómo te ha ido con ese examen tan guay que estás preparando.

Suspira y toma asiento a mi lado. Pantera no se despega de su agarre, es más, me mira desde la distancia y podría advertir una mirada de triunfo por su parte.

No he pasado por alto que ha sido a ella a la que ha saludado primero.

—Muy mal, no creo que esté a la altura de lo que puedo dar, pero entre el proyecto de Tirso y todo lo demás... Estoy despistada. Odio este sentimiento. Como no me puedo desprender de él, he decidido aceptarlo de una vez por todas.

Tirso Ferretti cree en la capacidad de Ada del mismo modo que lo hago yo. Le ha dado tiempo para tomar una decisión con respecto a su futuro, y ella lo ha tomado como un indicativo de que puede presentar un proyecto mejorado. Sé que tenemos una conversación pendiente después de lo que ocurrió en Nueva York, pero ahora mismo solo me apetece ser egoísta, tenerla a mi lado por si el temporal se pone feo, y esperar a que lleguen las soluciones de una vez por todas. Si después tiene que irse, seré el primero en despedirla con una sonrisa, aunque algo me hace presagiar que está tan muerta de miedo como lo estoy yo.

—Sé que lo harás todo lo mejor que sabes, confía en ti.

Aparece una tímida sonrisa en su rostro.

—Es gracioso que me lo digas tú, que eres la persona que menos confía en sí mismo.

No le falta razón.

Antes de que pueda abrir la boca, extiende la mano, toma la mía con fuerza y me atrae hasta su cuerpo. Escucho como Pantera se queja del poco espacio que le hemos dejado. Lo paso por alto porque los labios de Ada están cubriendo los míos con cariño y dulzura.

Cierro los ojos y dejo que sea ella la que me ofrezca todo lo que desee.

—Ash, estás aplastando a Pantera —susurra tan cerca de mis labios que me hace cosquillas.

Abro los ojos con una mueca que exagero y miro hacia la gata que, juro que se está riendo de mí por volver a conseguir la atención exclusiva.

—Es una dramática.

Aunque me acaricie la mejilla con ternura mientras nuestras miradas conectan, no vuelve a besarme y sé quién es el motivo de dicha escasez.

—Mañana no te pondré tu sesión de Olaf por dejarme sin besos.

Por más que señalo con lo que intenta ser una exclamación, Pantera pasa de mí, se acomoda en el regazo de Ada y cierra los ojos.

11. NO SON PESADILLAS, SON RECUERDOS.

ADA

Mi plan perfecto se ha convertido en pasar tiempo con Asher mientras vemos una película con Pantera ronroneando a nuestro alrededor.

—¿Estás cómoda?

Sujeto el bol de palomitas hasta que Ash se coloca a mi lado del sofá, asiento porque no podría estar más a gusto y espero a que encienda la televisión con Disney + de fondo. Cuando volvimos de Nueva York creía que no iba a tener solución, que me iba a expulsar de su vida, tirándome en la cuneta sin tener la opción de explicar mis sentimientos. No sé lo que le hizo cambiar de opinión, quiero pensar que lo que estamos construyendo ha sido el peso fundamental. O quizá fue debido al miedo constante que tiene de que Iris y Beck se vean afectados por sus decisiones, que ha hecho que esté más sensible de la cuenta.

Como sea, no quiero que Asher Hunter se separe de mi lado y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para conseguirlo.

—Debería de haber preparado una cena más elaborada, pero con todo el tema de la información...

—Es genial, esto es genial, Ash.

Cojo el vaso con el batido de fresas y plátano que ha hecho para mí y se lo ofrezco antes de beber. Lo rechaza mientras elige una película.

—¿Un clásico o una novedad?

—Algo que no sea demasiado intenso.

Ya tenemos suficiente drama a nuestro alrededor como para seguir orbitando en esas energías. Todos a nuestro alrededor están muy nerviosos. Beck está irreconocible, Lyn sabe que algo ocurre pero nadie le ha dicho lo que es, Nate parece más maduro que de costumbre, quizá lo he estado subestimando todo este tiempo, y Ash y yo somos dos planetas que giran uno sobre el otro y que sacan un ratito al día para estar juntos.

Cuando reposo la cabeza en su hombro, sé que me voy a dormir en un tiempo récord. Estoy agotada y Asher es más cómodo que una almohada.



En algún momento de la noche, tengo el vago recuerdo de que Asher me llevó hacia la cama. Si su hombro es cómodo, ya ni hablar del pecho. Me hice una bola cuando toqué el suave colchón y volví a perder el conocimiento cuando él me abrazó.

Algo hace que me despierte agitada. Abro los ojos y no veo absolutamente nada hasta que me acostumbro a la oscuridad. Ya no tengo los brazos de Asher abrazándome, sino que están desparramados alrededor de su cara que no deja de gritar.

Me incorporo para despertarlo con cuidado. Siempre he escuchado que es peligroso sacar a alguien de una pesadilla, pero las lágrimas abrazando su rostro y la agitación de su pecho es un claro indicativo que, a peor, no puede ir la situación.

—Ash —el susurro se queda encapsulado con uno de sus gritos.

Toco con cuidado su pecho, no advierte mi peso, así que lo zarandeo y vuelvo a repetir su nombre. No hay una reacción por su parte, lo que sea que esté viendo en el sueño, lo tiene atrapado. Repito la acción, con el resultado de que sus ojos se abren de par en par, se sienta con énfasis y me empuja hacia sus pies. He salido disparada con su movimiento, por suerte no me he hecho daño.

—Mierda, Ada, ¿estás bien?

Antes de que pueda asentir, me recoge contra él para comprobar si tengo alguna herida.

—Sí, no ha sido nada. ¿Qué te ocurría?, me has asustado.

Aunque niega con énfasis, no dejo que se escape de mi cercanía. Paso con delicadeza los dedos por su mejilla, me hace cosquillas la barba arreglada de un par de días que siempre luce. Por más que desee que el momento fuese otro, su pecho sigue rebotando con agilidad, y las lágrimas y el sudor cubren parte de la piel de su cuello.

—Nada, no ha sido nada.

—¿Cómo que no ha sido nada?

Me abraza y dejo que lo haga porque sé que necesita cercanía en estos momentos. Lyn sufrió de pesadillas cuando éramos pequeñas, lo único que la calmaba era meterse en mi cama y sentir que la abrazaba muy fuerte hasta que se dormía.

—Cuando estoy muy nervioso me suele ocurrir.

—¿Las pesadillas?

—No son pesadillas, son recuerdos.

Me separo de él para verle el rostro.

—¿Del momento de...?

Puede que no sea el instante idóneo para hablar de esto, pero desde que nos hemos conocido, hemos tapado la realidad de lo que ocurrió de una forma que no es sana para ninguno. No mentía cuando dije que no le culpaba de lo que hizo, por lo que Beck me contó, sus vidas fueron un infierno y él solo era un niño. Ahora bien, ¿cuánto de diferente es la perspectiva de Asher de ese momento?

He visto cómo se odia a cada instante, cómo no lo ha superado. Que tenga pesadillas cuando está estresado rememorándolo, es otro indicativo de que necesita curar sus heridas.

—Sí. A veces es de ese día y otros de... Toda la infancia. Las imágenes se entrelazan unas con otras, nunca sé muy bien cómo salir de ellas.

Se pasa la mano que no abraza mi cuerpo por el flequillo que cae a su frente. Aunque ha vuelto a respirar con normalidad, hay agitación en su forma de hablar.

—¿Qué es lo que más se repite?

No pierdo el contacto físico con él en ningún instante para que no tenga la sensación de que lo he abandonado.

Sus ojos recorren mi rostro. Me encantaría encender la luz para captar cada uno de los detalles de su mirada, pero si lo hago, perdería este momento que hemos construido.

—La vida con él era... Muy dura.

—¿En qué sentido?

—La forma en la que nos hizo invisibles al mundo, poco a poco, sin que mi madre pudiera hacer nada. Nos dejó sin oportunidades de crecer como niños corrientes. Lo teníamos todo, pero

a un precio imposible de pagar.

—Beck me contó que vivíais alejados de todos, en medio de la naturaleza.

—Sí, era una mansión muy similar a la vuestra, era inmensa, tenía de todo, incluso un circuito de karts para que Beck jugara. Por aquel entonces ya le llamaba la atención el mundo del motor. No había comunicación con nadie, no nos visitaban, él decía que era por nuestro bien. La sociedad cada vez estaba transformándose en algo de lo que huir, y nosotros podíamos protegernos en esa zona.

—¿Estaba...?

Quiero decir mal de la cabeza, pero no encuentro una palabra adecuada para ello.

—No, no tenía ninguna patología mental, tan solo era un ser celoso y posesivo que nos vendió una historia para tenernos bajo su control. Odiaba que mi madre saliera a trabajar, que tuviera amigos, que hiciera su vida como una persona normal. A ella fue a la primera que convenció de que la ciudad era un lugar del que huir. Desde el campo podría trabajar mejor, tener más tiempo para disfrutar en familia.

—Y ella lo hizo.

No sé si es una pregunta o una afirmación porque la respuesta la conozco.

—Sí. Creo que en algún momento lo quiso, aunque siento que el miedo era mayor a cualquier tipo de amor.

—¿En algún momento la agredió para llevarla a su terreno?

—Sí, de forma puntual, pero sí.

Se hace un silencio que no sé cómo romper porque Ash ha bajado la cabeza y ha roto el contacto visual conmigo.

»El maltrato físico es más reconocible, los demás se dan cuenta con facilidad, hay una muestra de lo que ocurrió, pero el maltrato psicológico te hunde, te transforma, te moldea al gusto de quien tiene el poder. Eso fue lo que ocurrió.

Se me rompe el corazón al pensar en todo lo que tuvo que sufrir Mai durante los primeros años de vida de los gemelos.

—¿Cuántos años teníais?

—Cuatro. Por aquel entonces él estaba en su mejor momento. Económicamente, nunca le había faltado de nada, venía de una familia adinerada, con padres muy mayores, porque nuestros abuelos fallecieron al poco tiempo de nosotros nacer, pero bien asentados. Lo tenía todo, control, dinero y capacidad para hacer con nosotros lo que le daba la gana.

—¿Es allí dónde te llevan las pesadillas?

Vuelve a conectar conmigo.

—Era un lugar muy bonito. El enorme jardín era de mis zonas preferidas, estaba rodeado de árboles muy altos y yo simulaba que eran gigantes con los que hablaba. Claro, no tenía la capacidad para darme cuenta de que era una barrera más que nos puso contra el mundo.

—¿Y qué ocurrió con esos gigantes?

Sonrí porque me imagino la carita de Ash siendo un niño, hablando con unos pinos enormes, y me enternezco al instante.

—Lo bonito se transformó en horror al poco tiempo. Empezamos a tener profesores que nos venían a dar clases a casa, no teníamos amigos, mi hermano y yo crecimos más rápido de lo que nos correspondía. Todo se volvió un infierno y...

Rompe a llorar y yo no lo puedo soportar más. Recorto la distancia y lo atrapo contra mi cuerpo lo más fuerte que puedo.

—Shh, ahora no es el momento.

Deja que nos tumbemos contra el colchón mientras suspira, buscando algo de alivio entre las lágrimas.

Me rompe en mil pedazos el sufrimiento que carga y la vida que, tanto él, como Beck, como Mai, han tenido que sufrir.

12. BUENA SUERTE.

BECK

Michael llegó ayer y ha pedido reunirse conmigo para comentar los términos en los que actuaremos.

—Necesito que me ayudes con esto.

Mi padrastro en pocas ocasiones utiliza la palabra «ayudar» dentro de una oración. El modo que siempre ha tenido de solucionar las cosas por su cuenta, incluida la forma en la que sacó a mi madre de la mierda, hace que tenga un gran respeto por él.

Ojalá fuese nuestro verdadero padre y no el que nos dio la vida.

Parpadeo para salir de los pensamientos. Su despacho huele a desinfectante y a menta, es una mezcla que jamás entenderé pero que rodea cada espacio en el que Michael se encuentra.

—Sí, claro.

—No, no me jodas, Beck. No nos podemos permitir tu pasotismo o tu chulería, esto es serio. Todo lo que tiene que ver con Iris es un tema con el que hay que tener precaución. Hasta que no sepamos más de lo que está sucediendo y quien nos quiere chantajear, hay que estar con cien ojos encima.

—Lo digo de verdad, joder.

Que poca credibilidad me he ganado con los años y cuánto me jode que sea así.

Repara en mi postura, se queda unos segundos contemplando mi rostro y al final asiente.

—Bien, quiero que conozcas cómo voy a actuar.

Tomo asiento cuando él lo hace.

—¿No vas a darme detalles de lo que tengo o no tengo que hacer con ella?

Sé que está al día de lo que aconteció entre nosotros, no es tonto.

Aprieta la mandíbula y ajusta la chaqueta del traje.

—No me voy a meter en tu vida personal, sabes que no es una más a la que puedas olvidar de un día para otro. Quiero recuperar el tiempo con ella y quiero que sea parte de esta familia.

—Lo sé.

No estaba por la labor hasta que vino, Asher era el único que contemplaba esta opción como genial. Al final, las tornas se han girado y soy yo el que está desesperado por volver a verla.

—Bien, más allá de eso, solo me ha pedido que no interfieras en el nuevo trato. Ya le he comentado que haré todo lo posible, pero no eres un perro al que pueda ordenar nada.

—¿Gracias por el paralelismo?

La forma seria y distante que tiene Michael de decir las cosas, en ocasiones me causa gracia. Siento que no es consciente de que, para los demás, está siendo un borde de mierda.

—Un placer. —Despega las manos de los papeles que tiene sobre la mesa, y abre la agenda por el día correspondiente—. El acuerdo consiste en ofrecerle una formación similar a la que tú tuviste. Dentro de tres años su futuro quedará decidido por su valía, y capacidad.

—¿Y para qué me necesitas en todo esto?

Si no quiere que me acerque a ella, dudo que me quiera como profesor particular.

—Necesito que hables con Tobías, que lo convenzas para que sea su entrenador. No hay nadie mejor que él, y tengo poco tiempo. ¿Puedo confiar en que lo harás?

—Tobías está trabajando a tiempo completo en el DRS —claudico.

Michael rueda los ojos ante el diminutivo que he utilizado para hablar del colegio y el centro formativo que tiene como parte de la empresa Douglas.

—Sé que está trabajando a tiempo completo, pero tendréis que llegar a un acuerdo para que Iris acuda.

—¿¡Quieres que vaya a clase con los chavales del instituto!?

El DRS, o también conocido de forma oficial como el Douglas Racing High School, reúne a aquellas y aquellos chavales que tienen claro desde muy jóvenes que se quieren dedicar al mundo del motor. Desde pilotos a ingenieros, todos ellos estudian en un colegio con horas extras destinadas a trabajar ya en su futuro. Solo las mejores familias se pueden permitir el colegio privado que mi padraastro tiene como negocio.

—No acudirá a las clases convencionales, sino a la formación específica. Ahí es donde deberás cuadrar los horarios con Tobías.

Tobías Corbin es un empresario que odia ser millonario y que dedica su tiempo a formar a las jóvenes promesas. Tuvo un pasado idílico en los circuitos hasta que un accidente se lo llevó todo por delante.

—¿Qué estás pensando? —pregunta Michael.

—Corbin es el tío con menos paciencia de este universo, van a saltar chispas entre ellos.

Suelta el bolígrafo para centrar toda su atención en mí.

—Tobías es la persona con más paciencia de este mundo, Beck.

Mi experiencia dice todo lo contrario. Si no hubiera despuntado tan rápido, yo mismo hubiera seguido la formación con él. Cuando empecé en el mundo del karting, él me acompañaba en la mayoría de las carreras, me enseñaba todo lo que sabía. Años después, cuando el DRS comenzó a estar activo, iba a hacer algún entrenamiento específico al circuito que tiene el edificio, después llegó el primer fichaje y todo se esfumó. Y menos mal, porque los gritos que tenía que soportar por su parte eran constantes.

—Eras un gilipollas de manual por esa época. Tú no lo recuerdas, pero nosotros sí.

Me gustaba salir de fiesta, era un adolescente con ganas de conocer mundo. No entendía la afición de mi entrenador de estar encerrado en una jaula para que al día siguiente todo saliera al pie de la letra. Rendía del mismo modo, porque era el mejor de la pista.

—Aun así, ¿piensas que es lo mejor para ella?

—Tiene un año más que alguno de los estudiantes, no notará diferencia.

Michael no es consciente de la clase de alumnos que hay allí. Son como pirañas de la alta sociedad. Iris jamás pertenecerá a esas esferas.

—¿Y la universidad? —pregunto.

—Seguirá acudiendo, es uno de los requisitos que puso su madre, pero tendremos que mirar cuál es la mejor forma de actuar. Ella no quiere perder el tiempo, y lo entiendo, es joven, pero no lo suficiente como para tomarse años sabáticos.

En este deporte con dieciocho años ya eres lo suficientemente mayor como para tener que elegir tu futuro. Las jubilaciones son tempranas, y la carrera profesional demasiado corta. Si tiene tres años para entrenar hasta conseguir resultados, no puede perder ni un minuto.

—Cuando se entere, va a montar en cólera.

Sé como actúa Iris Stars, y en su cabeza solo hay una opción de entrenamiento personal. Creo

que la sorpresita del DRS no le va a hacer ninguna gracia.

—No solo necesita formación en el circuito, también tiene que conocer los tecnicismos y todo lo que rodea este mundo. Para eso fundamos el Douglas Racing High School, para enseñar a los mejores a ser excelentes en su futuro trabajo.

—Está bien, ahora solo falta que ella lo entienda del mismo modo.

«Buena suerte».



Después de la conversación con Michael en la que me he comprometido a hablar con Tobías e intentar llegar a un acuerdo con él, bajo hacia el salón donde se encuentra mi madre con el ordenador portátil abierto, y buscando algo desesperada dentro del bolso.

—¿Ocurre algo, mamá?

Sé que está más nerviosa de lo normal, lo capto en los gestos constantes que tiene, y en la forma en la que nos pregunta a Asher y a mí cómo nos encontramos a cada momento.

—No encuentro las llaves del apartamento, y tampoco sé la clave para acceder al armario de seguridad, esto es...

—Tranquila, déjame ayudarte.

Reviso la información que tiene en la pantalla. Lo que está buscando es la contraseña para desbloquear la caja de seguridad de un apartamento que tiene la empresa Douglas a disposición de los trabajadores.

—¿Para quién es el apartamento?

Mientras hago la pregunta, apunto el código en uno de los post-its que tiene a su lado.

—Para Teresa Stars. Michael la va a contratar en la empresa.

—¿No se quedará en esta casa?

Ella niega con la cabeza.

—Es una mujer independiente, no le gusta molestar. Yo sabía que no iba a aceptar venir aquí, por eso le lancé la idea a Micki para que le ofreciera uno de los apartamentos.

En las pocas ocasiones en las que la he visto, solo tengo el vago recuerdo de que es muy joven y muy callada. Todo lo contrario a su hija.

—¿Quieres que te ayude?

—¿Lo harías?

Se le ilumina la mirada y me siento un gilipollas al instante. En los últimos tiempos toda mi vida sucede tan rápido, entre las carreras, los viajes, los secretos que nos asfixian, que me he despistado de lo importante de todo esto, la felicidad de los que quiero.

—Claro.

Me gusta ver a mi madre sonreír. No soy como mi hermano que tiene la paciencia de acompañarla a la compra, de tiendas, a la universidad, a organizar papeles para la asociación, vaya, a ser su ayudante en todo lo que hace, pero en mi forma de ser, me gusta hacerla feliz y pasar tiempo con ella.

—Venga, vamos. Quiero que todo esté preparado para cuando llegue. Las primeras impresiones son muy importantes.

Decidimos ir en el coche de mi madre, un todoterreno que a ella le encanta porque «con esta altura, tengo un buen campo de visión».

Alcanzamos los apartamentos, y me pide que saque del maletero las cajas que ha traído.

—Mamá, ¿has metido un muerto aquí, o qué es esto?

—Son cosas de decoración que no utilizo en casa, puede que a Teresa le sirvan para darle calidez al hogar. Los detalles son muy importantes.

¿Los detalles pesan más que las bolas de entrenamiento?

No digo nada, pero me fijo en que han elegido el ático para ella. El mejor de los espacios.

Saludamos a un par de trabajadores, uno de ellos sé que está en la fábrica de Aston.

—Y bien, ¿dónde dejo todo esto?

—Estoy indecisa en si colocarlo, o dejarlo en las cajas para que ella decida.

Da un paso al frente, revisa el espacio del salón y vuelve a la cocina.

—Mamá, ¿está todo bien?

—Te he dicho que sí, cielo.

—No me lo parece.

Me acerco hasta ella, poso ambas manos en sus hombros y espero hasta que mira hacia mí. Toma aire con fuerza.

—Solo quiero que salga bien, ¿vale? Tenemos una oportunidad, la tuvimos, mejor dicho, y no supimos aprovecharla. Ahora solo queda ser mejores que la versión anterior.

—Te sientes culpable y no debería de ser así.

Con los años he podido conocer bien a mi madre. No sé si todos los hijos tienen esa capacidad, pero después de todo lo que sufrimos los tres juntos, puedo apostar mis muñecas a que no me equivoco en los pensamientos tanto de mi madre como de mi hermano.

—En parte lo soy, hijo. Lo somos. Iris es una buena chica, y ha sufrido.

—No estaba preparada para conocer la verdad.

Parpadea y una lágrima sale disparada de su lagrimal. El otro está a punto de seguir el mismo patrón.

—Eso es mentira. La hemos subestimado porque no sabemos confiar en los demás. He intentado que crezcáis pudiendo hacerlo, pero, solo hay que ver los resultados para saber que he fallado.

—Oye, eso es mentira. Somos buenas personas después de todo y eso te lo debemos a ti y a Michael, ¿está claro?

Lo que antes era una lágrima solitaria, ahora se convierte en un circuito sin fin.

—Ella tampoco ha tenido una vida fácil y hemos sido injustos. Michael nunca debió caer en la tentación de Robert.

El padre de Iris era un cabrón. Por mucho que lo disculpen debido a su enfermedad, en su fuero interno no había una luz de bondad, siempre llevó al resto al límite, siempre buscaba caer de pie, le daba igual a quién afectará. De algún modo, me recuerda a la actitud de mi padre ante la vida.

—Debes de tener paciencia con ella, ¿me oyes? La quieres y se lo tienes que demostrar, Beck.

—Mamá, no vamos a tener esta conversación ahora.

A unos días de volver a verla.

No cuando los sentimientos están todavía a flor de piel.

Intento separarme, pero ella es más rápida. Me sujeta cerca de su cuerpo. Aun con la diferencia de altura, se ve quién tiene el poder en estos instantes.

—Hijo, tienes que aprender a ser sincero contigo mismo. No te va a llevar a ningún lugar bonito separarte de tus sentimientos, enterrarlos.

—Yo no soy como Ash.

Mi hermano no siente miedo de expresar sus sentimientos. Yo nunca he sido así.

—Claro que no, porque Ash no tiene miedo a perder, lo ha perdido todo, pero tú estás al borde del abismo constantemente. Se ve en el modo en el que pilotas, en el que llevas tu vida. El

desenfreno te causa adrenalina porque así no eres consciente de lo que sucede a tu alrededor. Lo podrás mantener unos años, cariño, pero no toda la vida.

Es duro escuchar tus pensamientos más intrusivos en boca de otra persona, mucho más si esa es tu madre.

—No creo que ahora sea el momento de decirle a Iris que estoy enamorado de ella. No me va a mirar a la cara.

—Si de verdad tienes ese sentimiento, harás todo lo que esté en tu mano para volver a construir su confianza.

—¿Es un reto?

Sonrío solo para aliviar algo de la tensión que se ha acumulado en mi mandíbula.

—Puedes verlo como quieras. Ambos os merecéis un camino más bonito y un final de los que te hacen sonreír, hasta este momento, ninguno de los dos lo habéis tenido.

13. VOY A HACER QUE ARDAN.

IRIS

—¿Has hecho ya las maletas?

—Tengo tiempo, quiero dar un paseo antes de que llegue el momento de irnos.

La mirada de mi madre es un claro indicativo de: «se viene charla, y de las profundas».

—No entiendo tu actitud, Iris. Creía que había educado a una mujer capaz de dar segundas oportunidades, de escuchar al resto.

—Solo quiero dar un paseo, no te pongas intensa.

—Siéntate conmigo, por favor.

—Mamá... —resoplo.

Claudico y voy con ella. Ambas tomamos asiento en el sillón del que hoy nos despedimos por tiempo indefinido.

—¿Por qué tienes esa actitud desde que tu tío vino a visitarnos? ¿No quieres que acepte la oferta de trabajo?

—¿Qué? No, por supuesto que quiero que aceptes la oferta.

La oportunidad que tiene de trabajar en la empresa de mi tío es un buen cambio de vida para ella. La única pega es que sus amigas, el único grupo que la ha apoyado durante toda su vida, ahora estará a kilómetros de distancia. Sé que estarán todo el día pegadas al teléfono móvil como adolescentes, ellas tienen esa manía de compartir todo unas con otras, más allá de eso, mi madre por fin podrá tener la calidad de vida que se merece.

—Entonces, ¿qué ocurre? Te noto apática, irascible, de mal humor, y tú no eres así. A ti te gusta el humor negro y llevar la contraria al mundo, eso no lo vamos a negar, pero te noto triste.

—No es nada.

—Habla conmigo, cariño, expresa tus sentimientos, no te quiero juzgar, quiero entenderte.

Suelto el agarre que tenía sobre mi mano y la llevo directamente al lagrimal.

¿Cómo puedo contar mis sentimientos si sé que nadie los va a entender?

—No es importante.

—Dame la oportunidad de valorar por mí misma si lo es o no.

—Me vas a decir que soy una cría a la que le queda mucho por madurar. Como eso ya lo sé, prefiero evitar esta conversación.

—No te cierres, Iris. No tragues la mierda porque años después te arrepentirás, ¿confías en mí?

—Por supuesto que confío en ti, mamá.

—Bien, porque el consejo que te pueda dar yo, será el único pensado con el mayor amor y respeto, de eso no te quepa duda.

Resoplo de nuevo y busco la mejor forma de narrar mis sentimientos.

¿Cómo me encuentro? Ni yo misma lo sé.

—Es extraño. Todo esto es muy extraño. Por una parte, me duele la mentira, me hace sentir inferior, como si mis sentimientos no importaran porque, de haber sido así, hubiera tenido la

decencia de explicarme lo que sucedía.

No es necesario que nombre a Beck en todo esto, ambas sabemos que es a él a quien me refiero.

—La mentira rompe muchos lazos de confianza, es normal que te sientas de ese modo.

—Sí, pero ¿qué hay de ese maldito sentimiento de echar de menos? ¿Cómo es posible que, después de todo, siga queriendo contarle cosas?

Me apetece levantar el teléfono móvil y contarle a Nate lo que he visto, el chisme que debería de conocer antes que nadie. También echo de menos los momentos a solas con el innombrable.

—No sé ni yo misma lo que me sucede, es un cúmulo de sensaciones que me hacen estar desconectada de todo. Tan solo soy capaz de centrarme cuando me coloco en la rabia.

Y, joder, lo he hecho en muchas ocasiones estas semanas.

Me encantaría entrar de nuevo en sus vidas y hacer que ardieran uno a uno, que cayeran con el peso de sus decisiones.

—¿En qué punto me deja esto? ¿Soy una mala persona?

La sonrisa de mi madre me transmite calma. Vuelve a rozar mis dedos con cariño antes de hablar.

—No eres mala persona, Iris, eres joven e intensa. Yo era del mismo modo, ¿lo sabías?

—Lo dudo.

Ambas reímos al mismo tiempo.

—Me gustaban las emociones fuertes, aunque no tuviera tu carácter explosivo.

—Eso me pega mucho más contigo.

—No quiero devaluar tus emociones, solo que comprendas que todos evolucionamos, y lo hacemos cuando tomamos una decisión, cuando vivimos una situación que nos hace aprender. Actúa como lo sientas, siempre y cuando no causes daño a otras personas.

—¿Por qué eres tan guay, mamá?

Me apoyo contra su hombro y sonrío.

La vida no me ha dado un padre al que aferrarme cuando las cosas se ponen feas, en cambio, me ha dado el mayor pilar, una madre que cumple las dos funciones sin bajar los brazos ningún día de su vida.

14. EL REGRESO

IRIS

En esta ocasión Núñez no acude a recogernos, lo hace otro hombre para llevarnos hasta el aeropuerto, hacemos un vuelo corto, y nos volvemos a meter en el coche. Lo que, en mi primer viaje fueron casi cinco horas de trayecto, se convierten en una hora y media aproximadamente.

—Esto es muy extraño —susurra mi madre cuando nos acercamos a la urbanización.

Aunque en el momento en el que estuvo con mi padre conoció el lujo, hace ya muchos años de esas experiencias. Cuando subimos al avión, le pedí en dos ocasiones que cerrara la boca para no dejarnos en evidencia, a lo que ella me respondió que los años le habían sentado bien a la empresa familiar.

—¿Estás nerviosa? —me pregunta ante mi mutismo.

Estoy ocupada revisando los cristales tintados del vehículo.

—Sí, porque no tengo ni idea de cómo voy a reaccionar.

No tengo que esperar demasiado por la respuesta, el coche accede a la finca de los Douglas y mi madre soporta un suspiro mientras tomo la decisión de abrir la puerta.

—Estoy contigo, esta vez no te voy a dejar sola, ¿de acuerdo?

Asiento porque las palabras se han atorado en mi garganta. Me acerco a ella, le doy un beso a la mejilla que responde con un breve abrazo, y abro la puerta por mí misma.

El conductor hace el amago de ayudarme a salir, pero con un gesto evito el contacto.

El primero que veo es a Núñez. Por algún motivo, su sonrisa me tranquiliza. Me hubiera gustado que él estuviese con nosotras durante el viaje.

—Bienvenida de nuevo, señorita Iris.

—Hola Núñez.

Lo que pretendía que fuese un saludo fuerte, sale con un susurro.

—Te presento a mi madre, Teresa Stars.

Ambos se dan la mano. Utilizo esos momentos para destensar mi cuerpo. Me he dado cuenta de que estaba apretando las manos a ambos lados de mis caderas.

Cuando elevo la mirada, al primero que me encuentro es a mi tío, seguido por Mai que está rodeada por su brazo. Ella da un paso al frente mientras sonrío. No se acerca más de la cuenta, dejándome un espacio prudencial.

—Iris, me hace muy feliz que estés aquí de vuelta.

Ya no hay la misma impresión que la primera vez que la vi. Ahora sé quién es Mai Douglas, qué esconde en su pasado. Que no haya descubierto el porqué, no resta importancia a su modo de actuar.

—Hola.

Sonrío de vuelta.

Como le prometí a mi madre, quiero actuar como mi cuerpo y mi cabeza pidan. Ahora mismo no le daría un abrazo a Mai, pero también me alegra volver a verla. A mi tío le hago un

asentimiento de cabeza, con eso es suficiente.

Por muchos vaivenes que nuestra relación sufra, creo que jamás le podré perdonar su modo de actuar, la forma en la que tuvo de alejarse de mí siendo una niña.

Paseo la mirada hacia la siguiente figura. Lo primero en lo que pienso es en «cobarde». Un mensaje de texto que se queda tan pequeño para lo que significó para mí.

Da un paso hacia adelante, al instante yo doy uno hacia atrás.

La misma reacción instantánea que he tenido al sonreír a Mai, en este caso ha sucedido lo mismo.

—Iris —susurra.

No quiero captar la forma en la que cierra los ojos con dolor, ni cómo extiende la mano para acercarse a mí. Ha tenido tiempo de ponerse en contacto conmigo y no lo ha hecho. Sabiendo cómo me siento ante el abandono, me parece más ruin su actitud.

Al separarme más de él, me percató que hay una figura a su lado que solo he visto una vez en la vida.

—Supongo que tú eres Asher.

Intento que no se note la tensión en mi voz, pero fracaso estrepitosamente cuando su manzana de Adán sube y baja con fuerza.

—Sí, me gustaría presentarme. Después de nuestro primer encuentro...

—No es necesario, por ahora prefiero dejar las cosas así.

Asiente y se lo agradezco con un movimiento de manos ascendente.

Es extraño y doloroso ver a dos personas con el mismo rostro. Joder, es que son como dos gotas de agua.

Beck no me suelta la mirada ni un instante. No sé si está cabreado, dolido, o quiere venir a abrazarme. Yo me siento así, es una mezcla explosiva que no sé manejar, por eso, clavo mi mirada en alguien en el que confiaba. En el que me sacó mis primeras sonrisas en medio de todo el caos cuando llegué.

—No has respondido a mis mensajes —dice con un tono de dolor que camufla con una sonrisa de medio lado.

—¿Me has echado de menos, Nate?

—Se ha hecho aburrida la estancia aquí, sin ti.

—Es lo que tiene ser unos mentirosos de mierda.

No me encuentro con un reproche, o con una mueca, me sorprende con un abrazo sincero por su parte. Me quedo tan anonadada que no soy capaz de retirarme hacia atrás. Tampoco se lo devuelvo, me quedo impasible.

—Todo se va a solucionar, confía en nosotros. No te odiamos, que sé que lo has llegado a pensar.

Se separa de mi cuerpo y observo todos los movimientos de su rostro. Algo me dice que hay verdad allí, que de todos, ha sido el único capaz de llegar a mí con el mensaje adecuado.

—Me habéis jodido pero bien —susurro para que solo él lo escuche.

—Y lo vamos a solucionar, danos tiempo.

—No todo se resuelve con tiempo, hace falta confiar en el proceso.

—¿Estás aquí, no? Algo confiarás, de no ser así, ambos sabemos que jamás hubieras dejado tu hogar.

Podría aferrarme a que tengo un trato con mi tío, que estoy de vuelta solo y exclusivamente para formarme como piloto, pero la verdad es que ni yo misma sé por qué he aceptado.

—Puedes odiar a ese idiota un rato más, pero a mí me puedes llamar cuando te aburras, ¿vale?

Me saca una sonrisa sincera, de nuevo.

El efecto Nate es verdad. No solo por esos ojos azules y redondos que eclipsan todo lo que miran, sino por la forma cercana que tiene de acercarse al resto, de ser él mismo.

Abandona mi rostro y se enfoca en la persona que está a mi espalda.

—Tú debes de ser Teresa, madre mía, ahora entiendo muchas cosas.

Ruedo los ojos ante el comentario de la belleza de mi madre en el que, creo entender, he sido también elogiada.

Ella no remolonea ante su abrazo, deja que la abrace y le dé dos besos como si esto fuese una presentación de lo más cordial.

—Me han hablado mucho de ti —dice mi madre.

—Espero que todo cosas buenas.

Me quedo en la forma en la que me guiña el ojo, en cómo la relación con él no ha cambiado. Echo un último vistazo hacia atrás. A los dos pares de ojos que no sueltan mis movimientos. Uno de ellos, Beck, porque es el de la mirada más cansada, da otro paso hacia adelante. Es mi momento de darle la espalda y entrar en la casa.

Creía que iba a ser capaz de perdonar el dolor cuando lo viera, de no sentirme traicionada no solo por su mentira, sino por la forma de actuar que ha tenido. No he sido capaz.

Mai camina rápido para alcanzarme, habla con mi madre con cautela, aunque se hubieran conocido, eran otros tiempos y otros términos. Ahora mismo mi foco está en enseñarle mi habitación, hablar con mi tío sobre lo que me espera el resto de la semana, y ver cómo puedo enfocar la nueva era que se viene encima.

15. LA ESPERA, DESESPERA.

ASHER

¡No! No puede dejar las cosas así.

Miro hacia mi derecha, mi hermano baja la cabeza derrotado. Ella camina en dirección al interior de la casa sin voltear a ver lo que ocurre detrás.

—Tengo que hablar con ella.

Beck me corta antes de que pueda dar dos pasos. Michael se une a su lado sin decir una palabra, con una mirada comenta más de lo que soy capaz de expresar.

—Déjalo estar, sabíamos que no iba a ser sencillo.

—¡No! Es que esa actitud derrotista es lo que no lo hace sencillo. —Retiro su mano con fuerza.

Quiero contarle que lo sucedido tiene una explicación, que toda mi familia me esconde porque he matado a mi padre y no quieren que vaya a la cárcel. Lo merezco, lo sé, sé que debería pudrirme en un agujero durante toda mi vida, pero me da miedo. No puedo negar que pensar en un futuro encarcelado desata una ansiedad incontrolable en mi cuerpo. Ella es una consecuencia de las malas decisiones. Beck debería de haber confiado en su silencio, pero la lealtad que tiene hacia mí no le deja ver más allá.

Solo le quiero decir que soy el culpable, que a él le dé otra oportunidad, pero cuando doy un paso más, no es el cuerpo de Beck el que me frena, sino Nate.

—No es el momento Ash, tiene que digerir toda la información.

—Eso es justo lo que no tiene. No podemos caer en el mismo error otra vez.

—Si está aquí, es porque quiere esa explicación a su debido tiempo.

Niego.

No quiero escuchar cómo me regalan los oídos una y otra vez.

No debería de haber venido.

No debí hacerle caso a Ada que me empujó a hacerlo.

Si no lo hubiese hecho, quizá ella hubiera abrazado a mi hermano y ahora él no tendría el corazón roto.

Los brazos de Nate me rodean y no deberían hacerlo porque me rompo por ese simple contacto.

—Tomamos una decisión errónea.

No estoy hablando de ella, ahora estoy visualizando el momento en el que cogimos un avión privado y huimos de la escena del crimen.

Debería de haberme presentado en una comisaría, decir lo que había sucedido. Tenía once años, la ley me hubiera separado de mi familia, hubiera estado en un reformatorio, pero ellos habrían podido seguir con su vida, ajenos a mis decisiones.

—No lo hagas, Ash. No pienses en el pasado.

No sé cómo Beck ha conseguido zafarse de los brazos de Nate alrededor de mi cuello, pero su voz me llega alta y clara.

Es más fácil decirlo que hacerlo, más cuando de forma diaria veo cómo los demás tienen que cambiar su vida para que yo esté con ellos.

He sido siempre el problema, y tengo que buscar la solución.

Hasta que no sepa que Iris está segura y que puede conocer toda la verdad, no voy a parar.

16. BIENVENIDA A TU INFIERNO PERSONAL.

IRIS

No sé qué cojones hago aquí, ni por qué he tenido que llegar a un acuerdo con ellos. Ver llorar a mi madre es un golpe bajo, la promesa de Michael es demasiado tentadora y, para ser sinceros, yo soy demasiado gilipollas.

Ayer me pasé el día deshaciendo la maleta, colocando mis cremas en el baño, y ayudando a mi madre a asentarse en su nuevo hogar. He de decir, que los Douglas tienen un punto positivo, porque le han dado un espacio precioso. Michael se reunía con ella esta mañana para presentarle a sus nuevos compañeros de trabajo y definir los términos de lo que deberá hacer dentro de la empresa. Se la veía ilusionada, con ganas de comenzar esta nueva etapa en su vida. Sé que, lo que tenga que hacer, se esmerará con toda su alma para que salga perfecto.

Al mismo tiempo que mi tío le comentó lo de la reunión, a mí me informó que: pasarían a recoger mi coche para traerlo de vuelta, y que tenía una cita con mi entrenador personal en el centro de desarrollo de pilotos que tiene su empresa. Uno ubicado a las afueras de Londres que cuenta con circuito propio. Todo un lujo, vaya.

El mismo en el que Beck estuvo haciendo sus primeros pinitos como piloto.

Además de ser un centro de desarrollo, también tiene una parte escolar básica para que los alumnos puedan estudiar y desarrollar sus habilidades al mismo tiempo.

Nunca he tenido la esperanza de llegar hasta aquí. Primero, porque solo los ricos lo hacen, y segundo, porque siempre he pensado que mi capacidad era superior a la que me podían ofrecer sus instalaciones, supongo que un golpe de realidad no me venía mal.

«La bofetada ha sido buena, muchas gracias, tito Michael».

El centro escolar es todo lo que un pijo representa en mi mente: dinero, poder, y estatus. El uniforme escolar es regio, podría parecer que algunos alumnos destacan por encima de los otros, pero más allá de la actitud de superioridad de ciertos estudiantes, a mis ojos son todos el mismo rebaño.

Accedo por la puerta principal hacia la oficina que Michael me indicó en un escueto mensaje. No sé cómo voy a lograr salir viva de una nueva convivencia con ellos.

Uno de los estudiantes choca contra mi hombro cuando pasa corriendo. Me giro para explicarle que, aunque no derrocho pedigrí de millonaria, existo, y me ha empujado. Para mi sorpresa, él tiene las manos en alto y me mira con una sonrisa.

—Lo siento, señorita, no sé cómo no he visto esta belleza en medio del pasillo.

El chico tendrá uno o dos años menos que yo. Si sigue en el instituto es porque ha alcanzado los últimos cursos.

—Es extraño que me llames de ese modo cuando podría ser tu hermana.

—O novia.

—¿Disculpa?

Abro la boca de forma inmediata ante su desparpajo. Esto no lo vi venir.

Reparo en su aspecto, es moreno, tiene una sonrisa muy bonita, y le encanta gustar. Lo sé porque el modo en el que cambia el peso de su cuerpo, por cómo mueve con maestría los hombros para ponerse a mi altura, y cómo tuerce la boca para hablar conmigo. Denota que el arte del cortejo lo tiene más que trabajado.

—Su belleza, me ha deslumbrado, de ahí el golpe. ¿Acepta una de mis disculpas?

—¿Y tú quién eres? —Este chico ha salido de la nada y más parece que habla como si estuviera en una de las series de época que mi madre ve en Netflix.

—Teddy Raven, para servirla.

—Deja de hablar así, me estás poniendo nerviosa.

Corta por completo su postura galante, aprieta la mochila contra su espalda y vuelve a bajar el cuello para quedar a mi altura.

—Yo no necesito preguntarte quién eres —¿por qué le ha cambiado hasta el tono de voz? Ahora es mucho más juvenil, adaptada a su apariencia física—. ¿Iris Stars, cierto?

—¿Perdona?

¿Pero quién narices es este crío?

—¡Raven, fuera de aquí!

Ambos pegamos un bote ante la aparición del mismísimo, el estelar, el gilipollas... Beck Hunter.

—¡Hunter! Es maravilloso verte de tan buen humor.

—¿Os conocéis? —pregunto al chico que se llama como mi oso de peluche de la infancia.

—Sí, es... —comienza a decir.

—Es el hermano de Derri Raven. —Contesta Beck cortando la explicación del chico.

Derri Raven es el hijo de una leyenda del mundo del motor.

No miro hacia Beck, mis ojos están clavados en la sonrisa tierna del chico. Sin lugar a dudas debería de ligar más con esta cara tierna que con la de antes. Ha sido extraño de cojones cuando se ha puesto a hablar de ese modo tan... ¿Refinado?

—Encantada de conocerte, Teddy.

—Lo mismo digo, Iris. Espero que en algún momento nos encontremos por el circuito, porque a eso has venido al Douglas, ¿verdad?

—Suficiente, Raven, no tenemos más cotilleos para ti.

—¿Y si yo quiero seguir hablando con mi amigo Teddy?

Es la primera ocasión en la que lo miro con detenimiento después de todo lo que ha sucedido. No quiero fijarme en el modo en el que sus manos están escondidas en los bolsillos delanteros de su pantalón, pero lo hago. No quiero captar el modo en el que sus ojos parecen cansados, como si hubiera dormido poco, pero lo hago. Tampoco quiero ser consciente de que está apretando la mandíbula, lo que asegura que está controlando su temperamento, pero, de nuevo, lo hago.

—Si quieres darle munición a tus posibles competidores, allá tú. Te espero en el circuito, no tardes.

Con las mismas, rodea nuestros cuerpos y nos deja al chico con nombre de peluche y a mí, solos en el pasillo.

—Mi hermano lo ganó este fin de semana en la pista, no se lo tengas en cuenta.

—Eso es mucho pedir...

El muchacho no tiene ni idea del trasfondo que hay en mi comentario, él sigue sonriendo a la espera de que, por algún extraño motivo, me convierta en su nueva amiga.

—Si necesitas un rescate por este lugar, Teddy Raven siempre está disponible.

Me guiña el ojo derecho y se va por el pasillo, en dirección contraria a la de Beck.

De lujo, acabo de tener la conversación más extraña con un tío, y otro, el que se supone que debería de ser mi nuevo guía en mi formación, ha desaparecido por alguno de los recovecos de este lugar.

Cuando consigo encontrar dónde se encuentra el circuito, he perdido más de diez minutos dando vueltas, y preguntando a los alumnos para tener indicaciones precisas.

—Ya creía que me habías dejado plantado.

Está apoyado en la estantería de las ruedas, con una postura chulesca y medida que debería de borrarle de un plumazo, pero no lo hago. Tengo un objetivo, y ahora sé que no voy a perderlo ni por él ni por nadie.

Algo ha cambiado desde mi llegada. El tinte de tristeza lo ha camuflado con su habitual chulería y no sé si me gusta esta cortina de humo, o si estoy esperando encontrar un recoveco por el que acceder al verdadero Beck.

—Yo no dejo a los demás en la cuneta, ni les engaño.

Eso no quiere decir que abandone mis píldoras de creatividad.

Me ha hecho daño. Me ha roto el puto corazón y no voy a dejar que lo pisoteé. Se acabó Beck Hunter, se acabó todo lo que en algún momento creí posible.

—Iris...

Prefería la postura chulesca que la mirada de corderito degollado a la que ha cambiado cuando, sus brazos caen a cada lado de sus caderas y da un paso hacia adelante.

Elevo la mano hacia el frente para hacerle saber que no quiero que se acerque más.

—A modo de comprobación, ¿cuál de los dos eres, el hermano que se esconde en el canapé o el que pilota en los circuitos?

La pregunta tiene un toque doloroso que me arrepiento de lanzar. Su cara se transforma en una mueca de pánico y dolor. Pasa a la rabia en dos segundos. Está claro que lo de la madurez deberé de trabajarlo para poder borrar el pasado, por ahora, solo quiero vivir tranquila y alejada de los pensamientos que este tío despierta en mí. Porque, que mi corazón esté destrozado, no quita para que mi cabeza siga apreciando lo atractivo que es y lo que echo de menos sus detalles bonitos.

—Deja a mi hermano a un lado, Iris.

—Es cuanto menos gracioso que digas esto, pero lo entiendo. He llegado a un acuerdo con tu padre, ¿no? Nada de hablar de los fantasmas.

—Michael no es mi padre.

Ruedo los ojos de forma automática.

—Para no serlo, te protege como a un hijo, así que, para mis ojos, es tu padre. Ahora bien, ¿qué estamos haciendo aquí?

Me guardo el dolor que destapa en mí el hecho de saber que mi tío ha protegido ante todo la mentira de los Hunter, incluso hasta el punto de reírse de mí.

Nunca he tenido su protección, tan solo un apellido, así que, una vez mi cabeza entienda que de Michael Douglas no conseguiré cariño, todo irá bien. Tampoco quiero ser la niña que se arrastra en busca de amor.

Jamás me haría eso a mí misma.

Trago el nudo de lágrimas que estaba a punto de instaurarse en mi garganta, elevo el mentón y me encuentro con una mirada de incompreensión por parte de Beck.

—¿Qué estamos haciendo aquí, Iris?

Copia mi pregunta, abandonando el aura de nostalgia e instaurándose en un vacío emocional que se proyecta en su mirada.

—Hasta donde yo tengo entendido, estás pagando el precio de tus mentiras. Más os vale, a ti y

a tu familia, que la formación esté a la altura de mi silencio.

17. HAY FUEGO EN SUS VENAS

BECK

Es jodidamente doloroso encontrarnos en esta situación. Cuando la he visto en el pasillo, hablando con uno de los idiotas Raven, me ha subido una bola de celos por la espalda que me ha hecho desear estar en otra realidad y que nada hubiera sucedido, empezando por la mentira con la que envolví a Iris en mi vida.

Debería de haberle dicho lo de Ash antes.

Y debería no haber aceptado el trato con Michael.

Me acerco a ella, ella da dos pasos para alejarse de mí. Aunque no lo quiera ver, la conozco mejor de lo que se piensa. Sé cómo va a actuar a partir de ahora, cómo la rabia la va a llevar al límite, nos va a llevar. Si algo caracteriza a Iris Stars es que nunca pierde sus batallas. Esa hambre por vencer la puede llevar lejos, aunque a nosotros nos va a enterrar, si es que no lo estamos ya.

Yo no estoy pagando ningún precio por mi silencio, estoy intentando acallar los demonios que se instauraron desde que nos encontró a los dos en el despacho.

El baile nos hace movernos por todo el garaje hasta llegar a la entrada. Las escaleras a la espalda de Iris son peligrosas, lo son mucho más cuando ella no ha reparado en su existencia.

—Y voy a darte un ultimátum, Hunter, —eleva el dedo para clavarlo en mi pecho— como vuelvas a jugar conmigo, te lo haré pagar con creces.

Siempre me ha atraído su forma de actuar, el fuego que hay en sus venas, aunque ahora me esté quemando por dentro.

Con el último comentario, da un paso hacia atrás que la hace perder durante unos segundos el equilibrio.

Soy tan gilipollas que he esperado que lo hiciera solo para estirar los brazos y tenerla cerca de mi cuerpo unos instantes.

Hasta este punto estoy jodido.

—Mierda —suspira ella ante el susto.

Bajo la mirada para captar cómo sus enormes ojos están clavados en mi rostro. Vagan por mis facciones hasta posarse en mis labios. La sonrisa tira de mis labios de forma automática.

—Suéltame.

Hace tanta fuerza para separarse de mi toque, que la dejo ir.

Como no tome el control de mis sentimientos, ella se va a ir. Nunca se ha atado a la pena, y no lo hará conmigo.

Me ha querido besar, lo he visto, pero ahora, quiere matarme. Como deje que entre con ese pensamiento debajo de mi piel, lo logrará.

Vuelvo a bajar la careta de frialdad ante ella.

—De nada por salvar tu cabeza de ser abierta por un afilado escalón.

Rueda los ojos y suspira con tanta fuerza que se puede escuchar a metros de distancia.

—¿A qué has venido, Hunter?

Ya no me gusta cómo suena mi apellido en sus labios. He pasado de ser alguien especial a uno más del montón, y eso duele.

—Tenemos un trato, lo sabes bien.

Clava su mirada en la mía. Algo ha cambiado.

—No. Yo tengo un trato con Michael, no contigo.

—El trato consiste en que tengas una posibilidad de competir. Por eso estás en el DRS.

—¿Y qué tienes que ver tú en todo esto? Michael me aseguró que tendría a los mejores entrenadores. Solo para mí.

Escondo como puedo la idea que se me acaba de ocurrir.

Su tío me envió a modo de presentador. Quería que le enseñara las instalaciones, que la acompañara emocionalmente en todo lo que supone un entrenamiento a alto nivel. Sé que me ha enviado solo para que consigamos arreglar las cosas, pero entre Iris y yo nunca nada sale como se espera, nosotros no nos adaptamos al molde, así que, mi nueva idea será la que atienda a partir de ahora.

Cruzo los brazos sobre mi pecho mientras ella espera una explicación por mi parte.

Le queda bien esa mirada de rabia.

—Los tendrás, arcoIris.

18. ESTO EMPIEZA.

IRIS

—¿Es Beck Hunter quien ve mis ojos?

Ante mi asombro por la confianza que está demostrando después de todo lo que ha sucedido, he pasado por alto que una persona ha entrado en el garaje con un uniforme negro, con varios patrocinadores a cada lado del mono de carrera.

El piloto cambia la expresión de superioridad que me estaba mostrando, y saluda al hombre con un apretón de manos.

—¿Cómo te va, Tobías?

—Me ha sorprendido la llamada de Michael, creía que ya no nos ibas a necesitar, después de ese contrato con Redari...

En ocasiones se me olvida que lo que ha logrado Beck es algo histórico.

El hombre, que rozará los treinta años, se acerca hacia la zona de las ruedas y coge una libreta que cuelga de entre medias de la balda superior.

—Lo que hacéis aquí es increíble, no hace falta que te regale los oídos.

Se le olvida comentar que no está al alcance de cualquiera, por supuesto. Al Douglas Racing High School, personas como yo jamás somos bienvenidas. Para mí nunca fue una opción, aquí solo hay hijos de familias adineradas. Muy adineradas. Podrías de dinero podríamos decir.

—Y bien, ¿qué tienes entre manos?

—Esta es Iris.

La atención de ambos cae sobre mí. Me siento intimidada por cómo hace un repaso a mi rostro y vuelve al de Beck.

—Tu prima.

—Primastra —detallamos ambos al unísono.

Se forma una sonrisa en el rostro de Tobías que tapa firmando uno de los papeles que hay dentro de la libreta. La cierra, y camina de nuevo hacia nosotros, más en concreto hacia mí.

—Me han comentado que tendremos entrenamientos personales contigo, ¿qué categoría dominas?

Así que, lo de tener un entrenador personal, no era una mentira más.

—Las carreras ilegales.

—¿Cómo?

Las cejas bailan sobre su frente ante mi afirmación. ¿Para qué voy a negar lo evidente?

—Nunca me he subido a un monoplaza de ninguna categoría. Lo que sé es de forma natural, un don, podríamos decir. Mi experiencia se basa en los karts y en las competiciones ilegales con coches tradicionales.

La boca del hombre se abre, vuelve a cerrarse, y retoma la actividad en dos ocasiones.

Pasa de estar alucinando con mis palabras, a buscar una explicación en Beck.

—Michael no me ha dicho nada de esto.

—Lo sé, por eso estoy aquí. Quiero que todo esto sea un secreto entre nosotros. No nos interesa que la historia de Iris aparezca en todos los tabloides.

—Gracias por la parte que me toca, idiota —susurro a la respuesta de Beck.

No sé si alguno de los dos me ha escuchado porque siguen inmersos en su conversación.

—¿Y pretendéis que consigamos resultados en unos pocos meses? No tiene formación.

—Estás aquí para cambiar eso, yo te ayudaré cuando no tenga entrenamientos.

—Beck, los chavales del instituto están más formados que ella.

—¡Eh!, estoy aquí, por si se os ha olvidado.

El tío este no conoce ni mis capacidades ni mis cualidades y está hablando como si fuera la mayor piedra que se ha encontrado en su carrera profesional.

Bajan el rostro hacia mí. Tobías repara en mi postura de defensa, ambas manos clavadas en mis caderas. Rápido corre a Beck a por una explicación. Él, en cambio, no suelta el foco de mí.

—Tiene talento, solo le falta formación.

—Es una locura —susurra Tobías.

No sé qué le habrá dicho mi tío para que este hombre esté tan agobiado.

—Puede hacerlo —asegura Beck.

Agradezco el voto de confianza por su parte, pero lo tiro a un lado antes de que me pueda encariñar con él.

«Una y no más, Iris».

—El trabajo que deberemos hacer será titánico. Michael ha puesto cinco meses, a lo sumo para su primera competición.

—Sí, es el trato que ha llegado con ella. Tienes tres años para que rinda al máximo nivel, ya sabemos lo que eso significa.

—¡No podré hacerlo solo! No tiene ni idea de lo que es un circuito.

Tobías ha pasado a mi lista negra después de este comentario. Doy un paso hacia ellos, pero la voz de Beck corta mi objetivo de dejar claras las cosas.

—Yo te ayudaré, estaré aquí el tiempo que tenga libre.

—No, no quiero tu ayuda.

De nuevo consigo la atención de ambos.

Tobías cierra los ojos, niega con la cabeza y se lleva los dedos al puente de la nariz.

—Estáis liados.

—¿Qué? —pregunta Beck desencajado por completo.

—Estas miradas —mueve el dedo índice entre uno y el otro—, las conozco. Aquí no hay familiaridad. ¿A esto se refería Michael con que, «hay tensión en el ambiente»?

—No hay nada —matizo.

—Venga ya, estoy curtido de luchar con críos cada día de mi vida. Sé ver la tensión sexual en el ambiente.

—No hay nada —asegura Beck bajando el tono de voz y evitando mi mirada.

—No voy a permitir que jodáis mi trabajo por un polvo, estáis avisados.

Yo me quedo en silencio porque no sé ni qué decir. Del mismo modo que no tengo ni la más remota idea de cómo ha descubierto nuestro *affaire*.

Beck, por otro lado, parece exhausto con las palabras de Tobías.

—Aviso recibido, pero él se va fuera de la ecuación. No estaba dentro del trato que siguiera aquí.

Tobías me mira, lo hace dándome un repaso de pies a cabeza, después cambia el foco hacia Beck con los mismos movimientos.

Estoy segura de que va a darme la razón cuando suelta:

—Si quieres llegar a la pista, lo necesitas.

Esto es increíble...

Abro la boca a modo de escudo para no gritar lo que de verdad estoy sintiendo.

Es una puta injusticia que todo empiece y acabe con él. El trato con Michael ha ido variando conforme a unas circunstancias que no me gustan una mierda.

No paso por alto que, más allá de las miraditas que me ha echado, no me ha pedido perdón. Los mensajitos se quedan vacíos cuando has mentido a la puta cara a otra persona.

Si, ni aun con esas, es capaz de bajar la cabeza y asumir su error, ¿qué puedo esperar de él?

Por algún motivo, mi corazón da un respingo cuando Tobías asume que mi silencio es una afirmación de mi conformidad.

Pasar tiempo con Beck es lo que menos deseo en estos instantes.

—Empezarás acudiendo a las clases básicas de ingeniería.

—Espera, ¿qué? Yo no he venido aquí para estudiar.

Es más, he aparcado mis estudios universitarios momentáneamente solo para poder lograr el objetivo de volver a los circuitos.

Mi madre me ha dado unos meses para centrarme solo en los circuitos, los mismos que tiene Michael para convertirme en un activo, del mismo modo que hizo con Beck. No estoy para juegos, para clases de primer curso, ni para volver al instituto.

Corro detrás de Tobías que parece que la salida le interesa más que mis palabras. Paso por delante de Beck que ni pestaña. Estoy muy cabreada por el giro inesperado de los acontecimientos.

Toco su hombro y él se gira.

—Lo harás. Nadie pilota bien sin conocer cómo funciona el coche.

Activa de nuevo su movimiento. Este tío es tan chulo como todos los pilotos que he ido conociendo.

—¡Sé como funciona un coche!

La espalda de Tobías se queda clavada en el sitio, gira la cabeza por encima del hombro y me quedo de inmediato en silencio.

Aunque no nos separen una cantidad significativa de años, parece que en su rostro hay mucha más sabiduría que en la mía.

¿Cómo habrá sido su vida?

¿Sería piloto?

¿Tendrá alguna lesión?

¿Quizá un ingeniero con mala suerte que no alcanzó las esferas altas de la Fórmula 1?

—Vamos a comenzar por tener una relación sana, Stars. Y eso, lo lograremos si me haces caso. Ahora bien, toma nota: aula número cinco. Ingeniería básica.

Con las mismas, se da la vuelta y desaparece del garaje.

—Como sea otra de tus estrategias para joderme, me las vas a pagar.

Enfoco la rabia en Beck antes de bajar la cabeza y dirigirme con los niños de parvularios a la clase que Tobías me ha indicado.

19. UNA EXCUSA DE ESTUDIO.

ADA

Noto que Asher está triste desde que Iris volvió. No acudió a la cena con su familia esa noche, y hoy se ha encerrado en el trabajo durante horas. Cuando he llegado, me ha sonreído de pasada, sin prestar atención a los juegos de Pantera.

No me gusta que piense que es el centro de todo lo que está sucediendo, ya que el contexto es jodido de cojones. Todos son culpables y ninguno. Podría decir que es la situación más surrealista de mi vida.

—¿A dónde vas con tanta prisa?

Lyn sale del vestidor con un vestido de gala en la mano. Hay una celebración privada en el próximo Gran Premio y tiene que ir en representación de la familia. Las cosas con mi padre siguen tensas, tanto como para hablar con él lo mínimo.

He estado meditando la idea de independizarme, buscar un trabajo que me permita pagar un alquiler e irme de esta casa de una vez por todas. Si no lo hago, es porque temo que la rabia la enfoque en ella.

—Quiero pasar un rato con Asher. Me llevo el proyecto a su casa.

—Desde que tienes novio, a penas te veo el pelo.

—No seas mentirosa. Estás poco tiempo en casa, y coincidimos menos, pero sabes que me tienes a una llamada de distancia.

No he sido la única que ha notado el mal ambiente familiar.

—He tenido que llamar a Nate para entretenerme esta tarde, es mentira que estás disponible, Ada.

El puchero no me lo trago.

—¿Has quedado con Nate porque estabas aburrida? ¿Seguro de que ese es el motivo?

No paso por alto la forma en la que se muerde el labio y aprieta los carrillos.

—Es divertido estar con él. El tiempo se pasa volando.

—¿Se puede saber lo que tramáis vosotros dos?

—No, ¿para qué vamos a poner etiquetas? Es Nate, todos conocemos su modo de actuar.

O no, puede que estemos subestimando en exceso los sentimientos de mi amigo. Nate es un tío de diez, un buen amigo, y el mejor avivando una fiesta, pero también es tenaz, tiene objetivos en la vida, y supongo que aspira a tener una estabilidad emocional.

—No juegues con él, es lo único que te pido.

Lyn es el polo opuesto de eso. Le gusta divertirse hasta desfallecer, no suele mirar a los demás mientras ella esté entretenida, y lo ha tenido todo. Nunca ha luchado por algo con uñas y dientes. Mi hermana es mucho más que el títere de mi padre, pero en los últimos tiempos no ha destacado por demostrarlo. En ocasiones, me duele esa actitud que tiene ante la vida.

—Si jugamos, lo haremos juntos, no te preocupes hermanita. ¡Ah!, y saluda a Ash de mi parte. Le puedes dar un apretón en el culo también, si quieres.

—¡No cruces la línea, Lyn Aston!

Si tengo que sacar las uñas por la exclusividad del culo de mi novio, lo haré.

Madre mía, ¿he dicho novio?

Lo peor de todo es que mi hermana ha asumido que somos pareja y a mí no me ha sonado mal.

¿En qué momento ha sucedido esto?

Si pienso en el transcurso de los acontecimientos, en el momento en el que Asher no me separó de su lado, sino que me permitió continuar el camino de su mano, algo cambió entre nosotros. No sé si a él tampoco le gustan las etiquetas, o es que tiene miedo de tener esta conversación seria conmigo, por el momento, me gusta pensar que tenemos un acuerdo especial entre nosotros.

Sonrío a mi hermana antes de desaparecer de su vista.

Cuando llego al apartamento, accedo con la llave de repuesto que tenemos en casa. Ash me mandó un mensaje cuando estaba conduciendo para avisarme de que estaba en la ducha.

—He llegado —aviso para que no se sorprenda. No me responde, así que entiendo que sigue debajo de los chorros de agua.

Amo las duchas calentitas, es lo mejor del mundo, y donde nacen las mejores ideas.

Sí, sin duda, si tengo que presentar un proyecto, me meto en la ducha, pongo la máxima temperatura y, *pum*, como una burbuja de jabón aparece ahí, ante mí.

—Hola, preciosa.

Pantera ronronea a mis pies para que la coja en mis brazos. Cada vez crece más y se le está poniendo un culo regordete. Asher no hace caso a mis indicaciones sobre la alimentación de la gata, y las consecuencias son estas, que cada día pesa más. Tendré que tener una conversación seria con él, aunque me gane unos *bufonazos* de parte de esta preciosidad.

—Te han dado demasiadas latas de atún últimamente.

Acerca los bigotes hacia mi cara y hago el mismo movimiento que ella para entregarle mi cariño.

—¡Has llegado!

Asher aparece por la puerta de su habitación ataviado tan solo con una toalla. Nunca entenderé cómo es capaz de que frene en sus caderas y no se abra cuando da un paso. Yo nunca he sido capaz de mantenerla sobre el pecho más de dos segundos.

—Hola.

No sé si me ha salido ese tono de voz por lo embobada que me he quedado con su cuerpo, o porque quiero convertirme en una gotita de agua y recorrer su cuerpo centímetro a centímetro.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Sí. ¿Por qué iba a estar mal?

—Estás actuando de forma extraña, y Pantera quiere bajar porque la estás apretando demasiado contra tu cuerpo.

Miro hacia la gata y me encuentro con que, sí, está empujando con su pata mi pecho para que la pose en el suelo.

«Traidora, solo me había despistado un poquito».

—¿Has traído el ordenador? —me pregunta.

La excusa que he puesto para venir tan temprano es que quiero que me ayude a preparar una presentación gráfica para el proyecto con Tirso. Sé cómo hacer una, pero dado que él es una máquina de la informática, me parecía la excusa ideal.

Elevo la tira de la mochila que guarda el ordenador y él sonríe.

—Ponte cómoda, vuelvo en un momento.

Me encantaría gritar un «no, quédate así», sin embargo, asiento sin mirar hacia él y preparo

todas mis cosas sobre la mesa de trabajo.

—¿Seguro que no te ocurre nada?

—Sí.

Tan solo mis pensamientos quieren quitarte la toalla, tranquilo, esto es como los resfriados, con un poquito de tiempo y espacio, se van solos.

La sonrisa no sale de forma natural, es impostada, y le extraña, pero no vuelve a preguntar. Se mete en la habitación y resopla aliviada.

—No debería de ser tan guapo —le susurro a Pantera que ha saltado con maestría hacia la mesa.

Cinco minutos después, Asher aparece con su chándal gris abrazando lo que antes era el cuerpo de un Dios griego.

Esas estatuas de mármol que se encuentran en cada esquina de Roma, pues ese es el cuerpo de Asher Hunter, una delicia para la vista de cualquiera que tenga buen gusto.

—Bien, ¿qué tenemos que hacer?

Debo estar muy jodida de la cabeza, si el pensamiento de querer besarlo y que me rodee con su cuerpo no ha cesado. No hay prenda más básica que la que lleva puesta, y yo sigo babeando como una adolescente.

Toca mi frente con preocupación cuando toma asiento a mi lado. Me separo extrañada por el movimiento.

—No tienes fiebre.

—¿Y por qué iba a tenerla?

—Porque estás muy rara, Ada «del bosque».

—Necesito tu ayuda —eso, Ada, el trabajo. Concéntrate en el trabajo—. Quiero darle un toque elegante a la presentación del proyecto y no se me ocurre ninguna idea.

—¿Has probado con las plantillas del programa que te descargué?

—Sí, pero son demasiado convencionales, necesito algo innovador, que esté a la altura de lo que tengo que mostrarle.

—Vas a ir a por todas, me gusta esa actitud, Aston.

Eleva la mano para que choque mi palma contra la suya y lo hago.

Me gano una sonrisa y más hubiera preferido que no lo hubiera hecho.

—Probaremos con algunas cosas que tengo en mente, tenemos tiempo, ¿verdad?

—Sí, he quedado en presentarle el proyecto cuando finalice la temporada, aún tenemos unos meses por delante.

El invierno es uno de los momentos más cruciales para todas las escuderías. El nuevo año marca un inicio que puede suponer un pequeño avance, o una nueva era. Me viene de perlas que Tirso quiera hacerlo para ese entonces, de no ser así, mi propuesta se hubiera quedado a medias y quiero conseguir ese puesto. Necesito hacerlo.

—Vamos a ello —dice Ash antes de abrir su ordenador.

20. NADA ES LO QUE PARECE, O SÍ.

ASHER

Siento su mirada sobre mí con cada movimiento de teclas que realizo. No quiero preocuparme, pero desde que ha llegado está muy rara. Quizá he dicho algo que le haya molestado y de ahí su frialdad. O puede que no le haya gustado que la recibiera en toalla. No debería de cruzar límites porque no hemos hablado de nuestra relación.

¿Qué etiquetas nos ponemos?

Sé que los jóvenes de mi edad odian este tipo de actuaciones, que ahora la mayoría son partidarios de ir por libre. Fluyendo por la vida, pero a mí me gustan, me despiertan paz. Saber lo que puedo alcanzar, hasta dónde puede llegar mi confianza con otra persona, es clave para el bien de mi salud mental.

Miro de soslayo hacia ella. Ha resoplado en dos ocasiones, incluso ha puesto a Pantera sobre la silla colindante para que no estuviera cerca de ella.

¿Y si quiere decirme que prefiere tomarse un tiempo y que lo dejemos todo profesional?

Lo entendería, tendría que entenderlo. Mi contexto es jodido y se ha podido sentir presionada por la situación. Todo el mundo se puede arrepentir de sus actos, cuando me pidió que no me fuera, quizá fue fruto de la efusividad del momento.

¿Se lo digo o dejo que sea ella la que tome la voz cantante?

Carraspeo para intentar tragar el nudo que se ha desatado en mi garganta.

—Si pongo colores más pastel, ¿crees que combinarán con el mensaje que quieres lanzar?

Profesional, Asher, tienes que ser un profesional.

Más allá de que me está haciendo un repaso exhaustivo con la mirada, espero a que finalice para volver a hacer la pregunta.

—Sí, huye del color verde, por lo demás está todo bien.

—Necesitas buscar una imagen que represente tu identidad. Me habías dicho que estabas haciendo bocetos, ¿los tienes listos?

Vuelve a tardar en responder, así que regreso a comprobar lo que está haciendo.

—¿Mmm? —pregunta.

—Ada, no quiero ser pesado pero, ¿está todo bien?

—¿Te puedo besar?

—¿Cómo?

Se le amplían los ojos y los míos siguen el mismo curso. Me ha pillado desprevenido la pregunta.

¿Ada Aston me está preguntando si me puede besar? ¿Ella a mí? O sea, ¿soy yo el afortunado? ¿O será una prueba?

—Eh... S...Sí, supongo que...

Dejo de tartamudear cuando ella lanza los brazos para rodear mi cuello. El impulso me clava en la silla, no me da tiempo a cerrar los ojos cuando posa los labios sobre los míos.

—¿Alguna vez te han dicho que eres perfecto y guapísimo?

¿Se habrá fumado algo? Ella no es así, nunca actúa así.

—Bueno, dado que no he tenido mucha vida social, no me lo han dicho a menudo. Mejor dicho, nunca.

Sonríó mientras la separo para comprobar cómo le sienta mi mensaje. El resultado es diferente del de hace unos segundos. Posa con delicadeza la mano sobre mi mejilla derecha y la cubre con ternura.

—Llevo media hora pensando en besarte hasta que desfallezcas, ¿estoy loca?

Si está loca me importa una mierda porque nunca he despertado esto en alguien al que a mí me encante en todas sus versiones.

No sé qué es estar enamorado. Siento las mariposas, y quiero que todo lo que le ocurra en su vida sea bueno, pero también siento miedo de que se vaya por la puerta, siento vergüenza por no poder pasear con ella por la calle como alguien normal. Me encantaría poder ofrecerle una experiencia de vida increíble, olvidar el pasado, enterrar los traumas, pero sé que no es tan fácil, ni siquiera si será posible, con todo, me gusta pasar tiempo con ella, ver cómo sonrío después de que bese sus labios, cómo se retira el pelo que cae sobre su frente rebelde, cómo lucha por sus objetivos.

No sé lo que es estar enamorado pero me encantaría conocerlo de la mano de Ada Aston.

—Si estás loca, a mí no me importaría cuidarte. La locura hay que erradicarla de raíz.

Me pongo en pie, ella, al tener los brazos rodeando mi cuerpo, se eleva conmigo, tengo que hacer malabares para apoyarla en mis caderas antes de que se caiga al suelo.

—¡Ash, nos vamos a matar!

Estar entre los brazos de Ada es similar a encontrar paz en el infierno. La calidez de sus brazos, junto con la confianza que siempre me transmite, es la mezcla perfecta.

—Creo que necesitamos un descanso después de tanto trabajo.

—Me parece una idea perfecta —afirma.

Camino con ella hacia el sofá sonriendo entre su cuello. El aire de mi aliento le hace cosquillas, consiguiendo que se apriete más contra mí.

Lo utilizó a mi favor, muevo las caderas y encajo perfectamente mi dureza en su centro. La utilización de ropa cómoda y holgada me permite no llevar calzoncillos la mayor parte del tiempo, ahora he descubierto qué beneficios puede acarrear dicha acción. En lugar de tumbarla en el sofá, la apoyo en el respaldo, así su cuerpo queda recto, mirando hacia mí.

Sus manos viajan por mis brazos hasta llegar a mis caderas, sus labios dejan mi cuello para retirar la parte de arriba de mi vestuario, y yo solo puedo dejarme hacer entre este mar de sensaciones.

Está en todas partes y a la vez en ninguna. Bajo la cabeza, buscando sus labios, estos ya me están esperando para entrar en mi boca con una pasión desmedida.

Me clavo un tablón del sofá en la rodilla, pero no me muevo ni un ápice. Todo lo que estoy sintiendo me resulta distinto, más pasional, más cercano, como si los miedos ya no fueran parte de nuestra vida y se hubiera dado paso a los sentimientos verdaderos.

Sujetó con ansias su cuello mientras con la otra mano aprieto su culo para acercarlo lo máximo posible contra mi cuerpo. Alarga las manos para dejar que le retire el jersey, y lo hago con rapidez. Cuando lo consigo, ella lo utiliza para lamer mi cuello de arriba abajo, despertando mil cosquillas en mi cuerpo.

Hace días que quiero dar un paso más en nuestra confianza sexual, dado que ha sido ella la que ha comenzado, puede que...

Me despego con cautela para que no comprenda mal mi mensaje. Cuando me agacho con una rodilla pidiéndole permiso para quitarle los pantalones, ella no me aparta, sino que se le encienden las mejillas.

—Ash, no es necesario, podemos ir a la habitación.

—Shh...

Me zafo de la prenda y retiro con cuidado sus braguitas. Ella simula estar comedida y con ganas a partes iguales. Sé que pierde la primera batalla cuando mi aliento se posa sobre su hendidura, rozo el clítoris y lo succiono a conciencia, prestando la atención precisa y la presión perfecta. Ella suspira con fuerza, apretando mi cabeza entre sus piernas como acto reflejo.

Nunca jamás había sentido este tipo de calor en mi cuerpo. Me aferro a sus caderas para no perder el equilibrio y me dejo llevar.

Cuando creí que debía de comenzar a darme placer a mí mismo para no explotar en el proceso, me alza los brazos para subir por su cuerpo, la dejo moverme a su antojo y me atrae contra su pecho. Lo que pensé que iba a ser un abrazo cariñoso, se convierte en una petición susurrada.

—Llévame a la habitación.

Lo hago sin dudar, la alzo mientras ella rodea las piernas contra mis caderas y tiendo su cuerpo con delicadeza sobre el colchón. Me retiro los pantalones en tiempo récord y la acompaño entre las sábanas en un visto y no visto.

Me gusta tanto la sonrisa que tiene en estos instantes que soy incapaz de frenar mis emociones y, en lugar de tumbarme a su lado, lo hago encima de ella. Midiendo mi peso para no aplastarla.

Los besos comienzan con ansias, y los movimientos de roce son mucho más intensos al estar los dos completamente desnudos.

Con ella he aprendido una cosa, y es que disfruto mucho más de los preliminares, y del troteo previo, que del fin del asunto. Me da vergüenza decírselo a ella, así que juego con su labio y su cuerpo reacciona al instante apretando todos los músculos.

Los ojos verde eléctrico de Ada se difuminan con un halo de pasión que hace que caiga más rendido a sus pies, si eso es posible.

—Eres increíble, Ash.

No solo hay pasión en su beso, también hay ganas y emoción.

Dejo que mi cuerpo ruede y sea ella la que tome el control. Se acerca hasta la mesita, y hace la pregunta silenciosa.

—En el segundo cajón.

Rompe el envoltorio con rapidez. Cierro los ojos para no quedar en evidencia al hacer descender la goma por mi miembro, cuando vuelvo en mí, ella rodea de nuevo mis caderas. Se acerca con tiento a mis labios, voy a devolverle el beso, pero se queda en el intento porque soy incapaz de evitar el gemido que mi cuerpo emite cuando se sienta sobre mí. Ambos sonreímos como dos idiotas antes de comernos la boca con énfasis.

Los movimientos comienzan siendo tímidos, hace tiempo que nuestros cuerpos no se encuentran y buscan fricción, incluso saludarse. Todo se va a la mierda cuando sujeto su culo con las manos y la mezo con más rapidez.

Se juntan las ganas, el placer, y el entendimiento de nuestros cuerpos...

Con un movimiento de caderas que tiene más que aprendido, se retira lo suficiente como para bajar con fuerza y los dos gritamos de placer. Yo porque soy incapaz de soportar el orgasmo que llevo minutos reteniendo, y ella porque se siente la creadora de este desenlace.

Cuando el éxtasis desaparece poco a poco, dejo que su cuerpo se tienda sobre el mío sin más pretensiones que la de sentir su respiración sobre mi piel.

Podría quedarme así toda la vida, pero a lo lejos, escucho el sonido de algo caer con fuerza.

—¿Has escuchado eso? —pregunta ella elevando la mirada hacia mí.

—Seguro que Pantera ha subido a la mesa del comedor y está tirando todo lo que encuentra como castigo por ignorarla.

Un nuevo estruendo nos separa, en esta ocasión, más prolongado y escandaloso.

—Iré a ver qué está tramando.

Pantera me las va a pagar por tener que separarme de Ada en estos instantes.

Cojo los pantalones del suelo, los pongo como puedo y busco a la gata entre el desorden que tengo en la cocina fruto de estar trabajando demasiadas horas al día.

No está, allí no hay nadie.

Miro hacia el sofá y tampoco se encuentra.

Corro hacia la zona de trabajo y la gata se sorprende de mi desasosiego.

Si ella no creó el alboroto, entonces...

Enfoco con premura la pantalla. Hay una alerta de un mensaje de Matías.

«Estoy dispuesto a hacer un trato para guardar vuestro secreto. Dile a Beck que hablaré con él en el próximo Gran Premio».

Mierda.

Joder.

Corro en busca del teléfono móvil.

21. ESTA PUÑETERA TENSION ME ESTÁ MATANDO

BECK

Ha sido una tortura tener que cubrir cada uno de mis ratos libres acudiendo a los entrenamientos de Iris. Intento que no me vea, que no le moleste mi presencia. Huelo su rabia, siento sus miradas clavadas en mi espalda cada vez que me giro. Esto no está siendo fácil, así que evitar se está convirtiendo en mi verbo favorito.

—¿Crees que es buena idea? —le pregunto por enésima vez a Tobías.

Ha sido el encargado de llevar a cabo un entrenamiento exhaustivo y concreto para ella. Parece que se llevan bien, pero el expiloto tiene poca paciencia, y mi arcoIris requiere de mucha, mucha paciencia cuando se enfoca en un objetivo. Es cabeza como la que más.

—No, sí, no lo sé, ya no tengo ni idea. Michael me va a tener que subir el sueldo después de esto.

—Venga ya, das clases a chavales desde los quince años.

—Y son todos unos gilipollas de manual, pero lo de esta chica se sale de todo lo conocido.

Tira la tabla planificada encima de la mesa y sale del despacho antes de que pueda rebatir sus palabras. Lo último que ha ocurrido es que Iris se ha negado a acudir con asiduidad a las clases de formación, para ella el simulador es lo más importante y donde debería de estar.

Sé lo que siente porque he estado en su posición. Las ganas de sentir el motor, la pista a tu paso, el olor de la competición. Todo eso es adrenalina pura que retumba en las venas cada vez que lo vives, pero es peligroso si no lo sabes controlar, y ella cree saber más de lo que hace. Sus test demuestran justamente esto.

Releo los informes que Tobías ha dejado sobre la mesa, y en uno de ellos se encuentra una alerta: Iris hace una semana se escapó de la clase para estar en los garajes.

Reviso la hora, he quedado con ella hace quince minutos, debería de estar con la clase pero los chicos han salido hace un rato...

Mierda.

Salgo corriendo hacia la zona trasera del edificio.

Donde los centros especializados, normalmente tienen un precioso jardín, el DRS tiene un circuito construido a medida de las necesidades de los alumnos. No es profesional, sino una pista para que los más jóvenes puedan comenzar su carrera.

Serpenteo por el pasillo principal, alguno de los rostros se hacen un borrón a mi paso pero ellos me saludan como si me conocieran. No tienen ni idea de quién soy en realidad, tan solo me siguen cada fin de semana en la pista.

Los garajes de entreno están al principio del circuito, algunos de ellos están ocupados con monoplazas, otros están libres porque hay prácticas en marcha.

—¿Has visto a una chica morena por aquí?

No conozco a esta mujer, no la he visto en mi vida, pero la placa indica que es una de las ingenieras de pista. Se retira los cascos de la cabeza que silencian el ensordecedor ruido que hay, y señala la parte trasera del garaje.

Como si de una película se tratase, veo como el cuerpo de Iris desaparece detrás de una puerta cuando miro hacia allí.

Pillada.

Me puede ganar en muchas cosas, pero no en mi forma física.

—¡ArcoIris!

Mueve las manos hasta subirlas a sus orejas, y niega mientras corre a través del pasillo oscuro que ocupa la parte posterior de los garajes. Las ruedas dañadas, los cartuchos rotos y alguna que otra caja que se interpone en mi camino, dificulta que llegue hasta ella. Cuando lo hago, tomo su antebrazo con cuidado para que baje los brazos y se rinda.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

La fatiga hace que mi respiración sea arrítmica y entrecortada.

—Nada.

—Tú nunca haces «nada».

Esa mente podría asegurar que jamás se encuentra en «modo avión».

La acerco más a mi cuerpo y ella se deja hacer. Tiene que elevar el rostro para no chocar contra mi pecho. La he pillado con las manos en la masa y no le gusta ni un pelo, por eso guardo la sonrisa para poder lucirla cuando le llegue mi mensaje.

—No tienes ni puta idea del peligro que corres si no haces caso a Tobías o a mí.

Sube las cejas con rapidez.

—¿O a ti? Creía que tenías más trabajado el egocentrismo.

No voy a bajar los brazos, no en esto.

—Estos monoplazas no son como un coche normal. Puedes poner tu vida en peligro por creer que sabes más que el resto.

Baja las cejas y traga saliva.

La distancia que nos separa la recorta al ponerse de puntillas. Nuestras bocas se encuentran en paralelo, sería muy fácil atrapar sus labios y morderlos hasta que me susurrara que pasara la lengua por encima.

—¿No será que te pone demasiado estar por encima de mí, Hunter?

No. Joder.

Suelto su brazo, no está entendiendo una mierda.

—Si fallas un milímetro contra esos muros a doscientos kilómetros por hora, estás muerta. M-U-E-R-T-A, ¿lo pillas?

Parece que lo hace porque baja los talones a su posición original.

»Esto no es una competición, yo tengo mi puesto asegurado, por si no te habías dado cuenta. Y Tobías más de lo mismo. Deja de tocar las narices, de comportarte como una cría, y demuestra que puedes ser la mejor.

Como no pille el mensaje, no tengo ni idea de cómo voy a hacer para que lo comprenda. Está jugando con fuego haciendo cosas que, no solo ponen en peligro su vida, sino que lo hacen con la de los demás.

Cabecea por un instante, pero vuelve a elevarse hasta mi altura. Hay fuego en su mirada. Me muero de ganas de rodear su cadera enfundada en el mono de carreras y no dejar que se vaya de mi lado hasta que lo haya retirado de su cuerpo con los dientes.

—Lo voy a hacer —susurra sobre mis labios.

Espero a que sea ella la que tome el control, a fin de cuentas, más allá del entrenamiento, no estoy en la postura de pedir nada.

Espera un segundo, revisa la posición de mis labios y, cuando se da cuenta de lo que está haciendo, se da la vuelta y se va.

Sale del pasillo y no regresa al garaje, sino que lo hace al aula de aprendizaje.

Suspiro lo más aliviado que puedo porque esta puñetera tensión me está matando.

22. SE ACABÓ VIVIR DE ILUSIONES.

IRIS

He estado a punto de besar a ese idiota.

He estado a punto de volver a besar a Beck.

Echo a correr cuando sé que él ya no me puede ver, me encierro en el vestuario.

Han sido dos semanas de auténtica locura. Mi madre no cesa de llamar para vernos en cada oportunidad que tiene, está feliz, pero ahora tiene más tiempo libre. Mai está en todo lo que hago. Verla junto a Michael, a los dos por casa, como si nada, es doloroso y extraño. Sobre todo extraño. Y luego está la formación en este colegio.

Me encanta cómo Tobías explica cada detalle del coche, cómo me aporta consejos, pero no soy capaz de concentrarme en las clases a las que me obliga a acudir. ¡Hay niños de quince años en esas aulas!

Estudiar las instrucciones básicas de la ingeniería no está dentro de mis necesidades esenciales, por más que intento razonar con el resto, nadie quiere escucharme y, por eso ocurre lo que ha estado a punto de suceder.

Cierro la puerta del baño privado de mujeres y desciendo hasta tocar el suelo. Me duele el pecho, me lleva doliendo desde que la bomba explotó delante de mi cara.

Es incómodo porque aparece en los momentos más insospechados, hace que me tenga que doblar a la mitad y que controle mi respiración. Tenerlo cerca es un recordatorio constante de lo que me hizo, de cómo me engañó.

Si hay algo que no soporto en esta vida es la mentira y, como paradoja, he estado rodeada de ella en cada paso que he dado.

Quien rija el mundo desde ahí arriba, debe de estar pasándolo en grande a mi costa.

La baldosa fría ayuda a que mi cuerpo baje de temperatura y me sea mucho más sencillo respirar. No sé qué le habrá dicho Tobías a Beck, pero cuando entré en los garajes, mi idea no era subirme en uno de esos coches y salir a la pista como una loca.

He estado en el simulador, el real, y tengo verdadero respeto por lo que puede suceder. Cuando apareció, debería de haberle dicho la verdad, que ni yo misma estaba tan loca como para hacerlo, pero entonces, volvió esa mirada de duda. Esa desconfianza hacia mí que me mata y me llena de rabia.

No debería de haber aceptado este trato. Si hubiera seguido las normas de mi madre, si me hubiera olvidado de un futuro ligado al mundo del motor, sería más feliz.

De verdad que estas últimas semanas he estado abrazando este pensamiento y cada vez tengo más claro que era el acertado. Mi cabezonería ahora mismo no me permite recular. Voy a conseguirlo, lo que sea que me depare mi destino, y no voy a caer nunca más en las tentaciones de esos ojos grises, de esa barba de dos días, ni en el modo que tiene de abrir la boca cuando estoy cerca de él, esperando lo mismo que yo deseo, que lo bese.

Se acabó vivir de ilusiones.

Con lo fácil que podía ser todo...

23. UNA NIÑERA Y UNA REUNIÓN.

BECK

Tengo cinco horas para preparar mi maleta, reunirme con Michael, y poner rumbo a los Países Bajos para disputar el Gran Premio de esta semana.

Zandvoort es de mis circuitos favoritos, este año, por problemas de disponibilidad, han tenido que cambiar la fecha en la que lo disputamos. El mal tiempo está asegurado, y, para ser realista, estoy cagado con lo que pueda ocurrir. Pilotar con un día de lluvia es la mayor locura a la que nos enfrentamos, no solo nosotros, sino también el equipo. Solo espero que no haya que lamentar una desgracia.

—No debería de disputarse, están avisando de fuertes lluvias.

Por algún motivo que no comprendo, Nate se ha sumado al viaje como mi acompañante. Tiene exámenes en la universidad, está entrenando duro para los posibles fichajes de fin de temporada. Su tiempo escasea, y no sé si está pegado a mí como una lapa porque teme que me vuelva loco con Iris rondando por la casa, o es porque trama algo.

—A ellos les da exactamente igual, hace tiempo que dejaron de protegernos, ahora solo existe el show.

Hablar de la organización del mundial en estos términos podría meterme en un problema, pero estoy en mi casa y aquí no tengo que medir lo que puedo o no decir. Es la realidad, hace tiempo que las normas deberían de cambiar y no lo hacen. En ocasiones pienso que están deseando que suceda una desgracia solo para ampliar su audiencia.

—Esa pista, va a ser un desfiladero de accidentes.

—Nate, tío, cállate un ratito, me estás poniendo nervioso.

Y yo solo quiero conseguir cerrar la puta maleta y dirigirme al despacho de mi padrastro, creo que no pido tanto.

Ambos escuchamos pasos por el pasillo, nos quedamos en silencio hasta que se escucha el portazo.

Saber que merodea por la casa y no puedo hablar con ella, me está minando mi buen humor, si en algún momento lo tengo.

—¿Cómo lleva las clases con Tobías?

—Se odian y se aman a partes iguales. No sé cuál de los dos es más complicado de entender.

—Le dijo la sartén al mango.

—Nate...

Los chistes que busca por internet no son buenos, alguien se lo debe de decir.

—¿Crees que tiene alguna posibilidad?

—Es muy pronto para decir nada, Michael le ha dado cinco meses para su primera competición, si consigue mantenerse estable con la dieta y los entrenamientos, lo logrará.

—¿Y tienes alguna esperanza de que lo vuestro...?

—Quiero centrarme en la carrera, no pienso hablar de ella en todo el fin de semana.

Nate asiente más comedido que antes. Algo de tensión debo de derrochar, cuando su habitual alegría sale de la habitación al mismo tiempo que suelta esa frase.

Michael nos ha citado a ambos antes de que partamos hacia el aeropuerto. He visto a Ash entrar en casa hace una hora, así que entiendo que él también estará.

Ambos nos dirigimos hacia allí en silencio. Michael suele enviarme como patrocinador de alguna de sus marcas, alguna reunión en su nombre, o un paseíto con algo que le interese para su empresa. No tengo problema en hacerlo, siempre y cuando no me descentre de mis quehaceres.

La puerta está abierta, no obstante, Nate da un toque para alertar de que hemos llegado. Ash está junto a nuestro padraastro señalando algo en el ordenador.

—Y bien, ¿qué va a ser en esta ocasión?

Debería de haber reparado en el tono sombrío de la mirada de ambos. Achaco ese despiste al cansancio que llevo acumulado de las últimas semanas. No he tenido ni un minuto libre entre mis entrenamientos y la ayuda que le estoy ofreciendo a Tobías con Iris.

—Tomar asiento.

Solo hay dos sillas a disposición, así que Nate toma la de la derecha, y yo sigo a la siguiente por inercia.

—¿Le pido a Alexa que ponga música de tensión? —pregunta Nate con su habitual sonrisa—, estáis todos demasiado serios, ¿no?

Mira hacia mí y no me queda otra que asentir.

—Tengo poco tiempo...—comienzo a decir, pero mi hermano me corta.

—El tal Matías quiere reunirse contigo.

Me levanto de la silla para quedar a su altura. Sé que ellos han estado investigando sobre el tema, pero hasta donde tenía información, no habían conseguido nada.

—¿Cuándo? ¿Cómo ha sucedido? Te pedí que me mantuvieras informado.

Asher asiente con pesar.

—Hace días recibí un mensaje, pero he tenido que descubrir si era real o no, no podemos caer en una estafa. Los tiempos son lentos en este caso.

—¿Y qué quiere?

¿Por qué conmigo?, esa debería de ser la pregunta principal.

—No ha aportado mucha información, solo que se quería reunir contigo en un punto del paddock. Ha enviado las coordenadas, las tendrás en tu teléfono móvil dentro de unos minutos.

Cambio la atención hacia Michael que está muy callado.

—¿Qué crees que va a suceder?

Retira el dedo como soporte de su mandíbula y mira hacia arriba para encontrarse con mis ojos.

—No lo sé, este tío me está jodiendo la salud porque no tengo ni idea de lo que quiere. Asher ha intentado dialogar, pero solo quiere hablar contigo. Creemos que sabe toda la historia, pero no estamos seguros de si es un farol o no, ándate con cuidado. Irás con el micrófono abierto para que nosotros podamos escucharlo y grabar la conversación.

—Espera, ¿esto se está convirtiendo en algo demasiado serio?

—¿Ahora te das cuenta de ello, Beck?

He estado desconectado, lo sé, joder. Parece que mi mente se ha bloqueado en algún punto del que no soy capaz de salir por más que quiera.

—Nate te acompañará, no a la reunión, ha pedido que solo estés tú, pero sí a todos los lugares de este fin de semana. No quiero que os separéis, ni que llaméis la atención, ¿está claro?

Miro hacia Nate que asiente confiado.

Ya entiendo por qué no se separa de mí, está siendo mi niño y ni me he dado cuenta.

—Bien, que tengáis buena suerte.

—La vamos a necesitar —susurra Nate de vuelta.

Yo no soy capaz de abrir la boca. Acepto el abrazo de mi hermano que deja su posición para acercarse a mí.

—Ella va a estar bien, la cuidaremos, no te preocupes.

Asiento en el espacio que forma su cuello y su abrazo.

—Y tu saca toda la información de ese tío antes de que nos joda, ¿vale?

Él hace el mismo movimiento.

Antes de que pueda procesar todo lo que está por venir, estoy subiéndome al avión privado de la escudería y poniendo rumbo a un nuevo Gran Premio.

24. ¿Y SI NOS CONVERTIMOS EN LOS PROTAS DE UNA COMEDIA ROMÁNTICA?

BECK

Nate toma asiento justo en frente de mí, quedamos cara a cara cuando podíamos tener un viaje de lo más pacífico.

—No me apetece hablar, Nate, ni lo intentes.

—Venga ya, ¿dónde está el Beck que yo conozco? No puedes estar así todos los días.

—Tampoco tú puedes besar el culo de Lyn cada día, y lo haces.

Ante su silencio, abro uno de los ojos y me encuentro cómo está soportando una risa con ahínco.

—¿Qué he dicho ahora? —pregunto.

—Me encantaría tener esa posibilidad, pero me temo que lo decías en un sentido figurado, ¿verdad?

—Eres de lo que no hay.

Ruedo los ojos a la par que él comienza a reírse en voz alta.

—Es una genia, me gusta tenerla como amiga.

Llama mi atención el modo cariñoso en el que ha dicho la frase. Recoloco mi cuerpo en el asiento y pongo toda mi atención en él.

—¿Amiga?

—Sí, Lyn es solo mi amiga.

—Nate todos sabemos lo que hay...

Esos dos se han liado en alguna ocasión, a mí no me va a engañar.

—Puede que todos creáis lo que os hacemos creer, pero no es así. Lyn más allá de todo, es mi amiga. Me gusta su forma de ser, entiendo por qué es como es.

¿Cómo es Lyn Aston? Pues joven, le gusta la vida que tiene, disfruta de las fiestas de lujo, un día está en una parte del mundo y a la mañana siguiente no sale de su casa. No tiene preocupaciones, conoce que su herencia es millonaria, y tampoco creo que tenga aspiraciones más allá de la de ser una imagen bonita para la empresa de su familia. Las hermanas Aston son dos polos opuestos, porque Ada es todo lo contrario, ella odia esa vida y está trabajando para salir de ahí.

—¿Estás enamorado de ella?

—No.

Mentiroso.

Siempre he creído que Nate estaba detrás de ella por el puesto en la escudería, pero en los últimos tiempos y viendo cuánto están el uno con el otro, puede que me haya equivocado y haya enfocado mal la película.

—¿Estás seguro?

—Sí, es solo una amiga.

Lyn está conociendo a una chica, me lo dijo Ada hace unos meses, quizá por ese motivo mi amigo está siendo más precavido que en toda su vida.

—Sea como sea, ten cuidado, Lyn no es de las que se casa con nadie.

Y Nate tiene el corazón blandito aunque no lo muestre.

—Y tú, ¿cómo llevas tener a Iris de nuevo por casa?

Los he visto tomarse un café juntos en la cafetería del DRS, no le he querido preguntar lo que hablaron porque sería entrometerme en su intimidad, pero la imagen no se me ha ido de la cabeza.

—Difícil. Me gustaría poder hablar con ella pero sé que no es el momento.

—¿Lo sabes?

Lo sé, estoy seguro de conocer la mente de Iris. Si ahora intento forzarla, se cerrará en banda.

—Solo espero que, cuando me vaya, las cosas estén más tranquilas.

Mi marcha se acerca, quiera yo o no. La mudanza a Italia es inminente, me quedan unos meses en casa, después, todo cambiará. Mi vida, mi rutina, mis momentos con ella.

—¿Tienes miedo de irte y que ella se quede con tus aposentos?

—Eres idiota —detalle.

—Ahora en serio, ¿por qué estás tan cagado últimamente?

—El fin de la temporada se acerca, voy a cerrar un ciclo, uno que me ha dado la oportunidad de mi vida, y no siento nada. Es como si estuviera viendo la vida de un desconocido a través de una pantalla de cine.

—Eso es porque no quieres ser consciente de todo lo que ha sucedido.

—Sé lo que ha sucedido, y asumo mis errores —aporte.

—En esta ocasión no se limita a asumir, Beck, sino a actuar en consecuencia. Piensas que Iris solo se merece una explicación, y estás alargando el momento hasta que sea el adecuado, pero, ¿y si ella necesita volver a confiar antes que nada?

—¿Te lo ha dicho ella?

—No, lo he sacado yo en conclusión. También he vivido este tiempo con ella, ¿sabes? Y sé leer entre líneas. Lo que os pasa a vosotros es una falta de comunicación con una solución muy sencilla.

—No, no es tan sencillo.

—No lo es porque tienes miedo, porque te has pasado la vida callando y ocultando, hasta que has encontrado la situación contraria.

—¿Ahora eres psicólogo y no me he enterado?

Estoy siendo un gilipollas y por eso elevo la mano a modo de disculpa. Esto es un sinvivir continuo.

—Aprovecha estos meses en casa para solucionarlo todo, de no ser así, te vas a arrepentir.

—¿Estás tirándome de las orejas? ¿Tú a mí, Nate Scoll?

—Quién lo diría —dice con una sonrisa triunfal que ilumina todo su rostro.



Bajamos del avión y una furgoneta nos lleva directamente hacia el hotel. En esta ocasión no he sido yo el que ha elegido la ubicación, sino el equipo. Tengo demasiado en la cabeza como para estar escogiendo qué hotel me gusta más.

En cuanto el vehículo estaciona cerca de la puerta, comienza a escucharse un murmullo

acalorado de fans exclamando mi nombre. Al abrir Nate la puerta, la locura se desata.

Me ajusto la gorra sobre el pelo para que la escasa lluvia no desordene mi look del día, y me acerco hacia ellos con una sonrisa que, en el día de hoy, es impostada.

Agradezco cada muestra de apoyo, en muchas ocasiones, sin ellos no tendría patrocinadores. Cuando les das lo que quieren, los fans te lo devuelven multiplicado por tres. Pero también hay que detallar la parte negativa, esa que sucede cuando tienes una temporada de mierda, o simplemente un día. Cuando te apetece estar en tu casa hecho una bola y que no te hagan una fotografía a traición que después correrá por internet como la pólvora.

Firmo pancartas, gorras, y alguna camiseta que sé que no es la oficial.

Los precios de estas están desorbitados, y con la cantidad de recursos que se comparten a día de hoy en redes sociales, la mayoría de los fans optan por las copias falsificadas.

Sonríó a cada uno de ellos, me hago fotografías y *selfies* con quien me lo pide, y después de unos minutos, consigo llegar al hall del hotel.

—Tienes trabajada esa sonrisita pícara, ¿eh?

—No me toques las narices, Nate.

—¿Y qué sucedería si te dijera que ahora tenemos que compartir habitación?

—¿De qué estás hablando?

Cojo mi maleta, la misma que uno de los trabajadores del hotel ha dejado cerca de mi posición.

—En las películas siempre sucede lo mismo. Cuando los protagonistas están ahí, ahí, casi a punto de caramelo, *pum*, tienen que compartir habitación ¡y cama!

—¿Me estás tomando el pelo?

Porque en mis planes no entra soportar los ronquidos de Nate durante tres días.

—¡Te lo juro! Es el mejor momento. Yo lo disfruto a tope.

—¿Y qué cojones tiene que ver eso conmigo?

Intento evitar su cuerpo para llegar a la recepción, pero no me lo permite.

—Puede ser el único modo de destensar tus nervios y que desaparezca tu mal humor. Podemos ir al spa juntos, tomarnos un batido con rodajas de pepinillo sobre los ojos...

—Nate, tío, estás peor de lo que pensaba.

Y me jode pensar que lo mismo que está diciendo mi amigo, lo pensaría Iris porque ella es una fanática de todas esas películas ñoñas. Y de los libros, no me puedo olvidar que suele estar perdida en una de esas historias con una portada sobria pero con un interior... de lo más llamativo. La ocasión en que leí uno de sus libros me quedé sin palabras.

Sonríó al pensar en esos momentos. También era un Gran Premio, tan solo han pasado unos meses y, míranos, ni somos los mismos, ni la tengo a mi lado.

Echo un vistazo a mi alrededor, el único que me sonrío es Nate a la espera de mi decisión.

—Me tendré que contentar contigo, pero nada de compañerismos de habitación ni de rodajas de pepino.

—Me rompes el corazón.

25. QUÉ FÁCIL ES HACERME FELIZ.

ASHER

Me he acomodado en el despacho de Michael para programar todos los micrófonos de cara a la reunión de Beck con Matías. Aún no nos ha confirmado una hora, tan solo el lugar y que será después de la carrera. Supongo que quiere evitar por todos los medios que haya fotografías a su alrededor. No estamos ante uno cualquiera, sabe lo que hace y cómo tiene que medir sus pasos.

Por más que Michael quiera cuidar todos los frentes, tengo la sensación de que algo no va a salir como esperamos.

—¿Lo tienes todo listo? —pregunta cerrando su agenda.

Escribo el último código y asiento.

—Tendré que revisarlo unas horas antes de que suceda, y le pediré a Nate que prepare el teléfono de Beck para que esté grabando en todo momento.

—¿Crees que se dará cuenta?

—No, el único problema es que sea más listo que nosotros y lleve un inhibidor encima. No quiero pensar mal, pero, es posible. No conocemos si ha realizado más extorsiones.

He intentado buscar información sobre él, pero no hay absolutamente nada. Ese es el mayor problema, que es como un fantasma. He revisado la plantilla de trabajadores que tuvo mi padre, y su nombre no aparece por ningún lado, es más, nunca tuvo un chófer. O ha mentido en su empleo, o lo conoce de otro lugar y de otros tiempos.

Mi madre ha intentado hacer memoria, le hemos enseñado las imágenes que hay grabadas cuando habló con Iris, pero ella tampoco lo reconoce. Es cierto que es una época tan oscura de nuestra vida que las líneas se han difuminado, pero es cuanto menos extraño que ninguno lo recordemos.

Como sea, el enlace que me hizo llegar con toda nuestra información, es verídica. Conoce lo que sucedió, con todo lujo de detalles, por consiguiente, algo tuvo que descubrir en estos años.

—Evita que tu madre conozca más detalles, no quiero que sufra más de lo que ya lo ha hecho.

—¿Qué le digo si me pregunta?

—Que no hemos encontrado nada. No puede saber que Beck se va a citar con él, se volvería loca y haría que un avión la llevase hasta él.

—Está bien.

Entiendo que la quiera proteger, sin embargo, en ocasiones vale más la verdad, que una mentira a medias, prolongada en el tiempo.

—Si no necesitas nada más, me voy, Ada me vendrá a buscar en unos minutos.

—Vete, no te robo más tiempo. Y, Ash, si encuentras algo, llámame de inmediato, aunque sea de noche.

—Lo haré.

Lanzo una despedida con las manos y salgo del despacho rumbo a la entrada. He quedado con Ada para hacer un pedido en una hamburguesería nueva. Antes de salir a la entrada de la finca,

cambio la dirección para despedirme de mi madre, con tan buena suerte, que me encuentro a una habitante muy silenciosa en la puerta de la cocina.

Iris se queda blanca al verme y yo copio su postura.

Ninguno de los dos abre la boca, tampoco ninguno somos capaces de dejar de mirar al otro.

¿Qué le digo?

Después de tanto tiempo con el discurso preparado, ¿va y se me olvida todo?

Una disculpa se quedaría corta y, además, ¿quién quiere una disculpa de alguien que no conoce?

—Hola —susurra ella indecisa con la postura que toma.

Lleva un bote de Nutella debajo del brazo, y con la otra mano sujeta una cuchara enorme que previamente estaba en su boca.

—¡Hola!

No mido el tono de voz y se asusta con mi respuesta.

—Debes de ser Asher —murmura.

—Esto... Sí, sí, soy yo. O sea, yo soy Asher. Claro, Beck está en el Gran Premio así que soy... yo.

Mierda.

Y doble mierda.

Me rasco la barba a modo de descargar los nervios pero no surte efecto.

A diferencia de lo que me esperaba, ella sonrío y se acomoda en el quicio de la puerta, para nada en una postura de defensa o rabia.

—Ya veo que no te pareces mucho a él.

—Hombre, salvando las distancias y lo evidente...

Somos dos gemelos idénticos, con el paso de los años hemos tenido un estilo diferente, pero si queremos despistar, lo podemos hacer. Por ese mismo motivo mi corte de pelo es el mismo que el de mi hermano, mi talla también lo es. El poco tiempo que he tenido de libertad, me he acomodado a su estilo de vida para pasar desapercibido.

—Asher Hunter, es todo un placer.

Evita mi comentario, cambia la cuchara de chocolate de mano, y la extiende hacia mí. Trastabillo para responderle con premura y me gano otra sonrisa.

Entiendo por qué Beck está loco por ella, es muy guapa y, cuando te habla directamente, mirándote a los ojos, genera un aura muy característica a su alrededor.

—Lo mismo digo, aunque, sabrás que en algún momento ya hemos coincidido.

Mueve las cejas y, ya con ese gesto, me pongo nervioso.

—Me gustaría pedirte disculpas. No fue de forma intencionada, la tapadera la llevamos trabajando durante un tiempo, aunque cuando se trataba de ti siempre íbamos con más cuidado. Quiero decir, que no me has visto fuera de la universidad. Vaya que...

—Que no te he comido la boca pensando que eras tu hermano, ¿quieres decir?

Suspiro con alivio.

—Sí, justo eso.

Es uno de los temas que más he querido hablar con ella, pero no veía el momento ni el modo. ¿Cómo le hablaba de esto sin meterme en un lío?

Al final lo he soltado sin sentido y me he ganado un silencio prolongado.

—Lo hubiera notado.

—¿Perdona?

—Que lo hubiera notado. No eres como él, ahora que lo sé, hay gestos que denotan que no eres

Beck. Escondes las manos más de la cuenta, y no tienes esa chulería innata que hace a tu hermano... Ser Beck Hunter.

Es mi momento de sonreír porque no puedo estar más de acuerdo con ella. Por mucho que le pese a Beck, es un chulo de manual. Tiene su corazoncito, eso no lo voy a negar, pero por más que intento copiar su forma de actuar, es complicada para cómo yo veo las relaciones sociales.

—A mí me gustan menos los círculos sociales. Él está más acostumbrado a la exposición.

—Y es más gilipollas.

Está hablando de mi hermano, pero lo evidente no lo podemos negar.

—Tiende a salirse más del redil.

Sonríe y lo hago de vuelta.

—Ya que nos hemos presentado, cuando quieras, puedes hacerme compañía. Puede que me caigas mejor que él.

—¿De verdad? Quiero decir... ¿No te molesta que te hable? Sé que mi cara ahora mismo no es de tu agrado por lo que hicimos pero...

—Te lo digo de verdad.

Pasa por mi lado, apoya una mano en mi brazo y desaparece del mismo modo que llegó.

Eso ha sido muy diferente a lo que esperaba y... Espera, ¿estoy feliz? Sí, joder.

Qué peso me acabo de quitar de los hombros.

Salgo corriendo de la casa cuando compruebo que ya no tengo tiempo para despedirme de mi madre, Ada debe de estar esperando por mí.

Cuando accedo a la parte por donde entran los coches, allí está ella, con una sonrisa que se agranda cuando ve mi felicidad.

—¿Ha habido buenas noticias?

Extiendo el brazo para rodear su cuello, la acerco hasta mí y le doy un beso de esos que te recuerdan que el día solo puede ir a mejor.

—Guau, creo que sí.

Justo cuando voy a dejar que vuelva a su postura, es ella la que planta un beso sobre mis labios, haciendo que los abra y que lo que empezó siendo un tierno contacto se vuelva algo más sensual.

—Voy a venir a recogerte todos los días.

Sonríe y me recoloco en el asiento justo cuando ella también lo hace.

—He estado hablando con Iris.

Sus ojos se amplían y espera a que continúe.

—Contra todo pronóstico, no me ha escupido, ¡ha sido maja! He metido la pata porque he empezado a tartamudear sin saber lo que estaba diciendo, y ella se ha reído. Luego me ha dicho que le caigo mejor que mi hermano y, que cuando quiera, puedo estar un rato con ella.

—¡Te lo dije! —Ada se une a la felicidad que irradia—. Parece borde, pero cuando la conoces, es maja.

—Tenía miedo de cómo iba a reaccionar.

—Lo entiendo, no sé cómo actuaría si estuviera en su piel. Es más, debería de hablar con ella, sé que no somos muy cercanas, pero puede que necesite un apoyo en toda esta locura. Me he centrado demasiado en mi proyecto y he olvidado su postura, ¿crees que lo entenderá?

—Supongo que si a mí me ha hablado, contigo también lo querrá hacer.

—Esto tenemos que celebrarlo —determina.

—Necesito la hamburguesa más grasienta de la carta.

Cuando dejo caer mi espalda contra el sillón, suelto un suspiro de tranquilidad. No me había

percatado que el peso de esta mentira, de cómo iba a reaccionar, me tenía tan tenso.

Ada arranca y mientras me pongo el cinturón de seguridad no puedo borrar la sonrisa de mi boca.

26. BIENVENIDOS, A LA EMOCIÓN DEL CIRCUITO DE ZAANDVORT.

BECK.

Después de unos entrenamientos y una clasificación de lo más reñida, el circuito de Zaandvort se extiende ante mí como un lienzo empapado. Conseguí alzarme con la segunda línea de parrilla, salgo por la parte derecha, el cuarto puesto es mío. El objetivo que hemos fijado con el equipo es lograr mantener la posición hasta la primera curva. A mi lado, con unos metros de distancia, está Cody, con su coche efecto bala dispuesto a robarme cualesquiera de mis ilusiones. Va a ser jodido porque los relámpagos destellan en el horizonte mientras el rugido ensordecedor de los motores se fusiona con el constante repiqueteo de las gotas que se estrellan contra mi visera.

El equipo se retira cuando llega la hora, hacemos una última comprobación por la radio antes de que se haga el silencio a mi alrededor. Los segundos antes de que el semáforo se apague son críticos. Todo desaparece, estamos yo y el monoplaza frente al mundo.

Sale el primer coche para hacer la vuelta de formación. La lluvia molesta en la visera, aún no ha comenzado el baile de máscaras, pero según el registro, pronto explotarán los fuegos artificiales.

Volvemos a la posición de salida y esperamos hasta que el último de los monoplazas ocupe su lugar. El semáforo de los cinco segundos ya está iluminado, seguido por los otros cuatro.

En cualquier momento, cuando la luz del semáforo de un segundo se encienda, todas las luces se fundirán a negro.

Mi reacción es instantánea, paso de escuchar el silencio más absoluto, a tener los oídos a punto de estallar por la presión de la velocidad inmediata.

El agua resbala por mi traje de carreras como un torrente, creando ríos que fluyen por mi espalda y mis piernas. Aprieto el volante con firmeza, y mi mirada se clava en el horizonte borroso. Cierro los ojos por un instante, sintiendo la lluvia golpear mi casco.

No entro solo en la primera curva, tengo a Cody a un lado y a Derri Raven en el otro. El coche se desliza sobre el asfalto mojado, y la sensación es como bailar sobre una cuerda floja suspendida sobre un abismo. La tracción es efímera, y cada curva se convierte en una lucha feroz contra la gravedad y el agua que amenaza con arrastrarme hacia lo desconocido.

No solo consigo mantener la posición, sino que rebaso y me alzo con el tercer puesto. A duras penas entro con tracción en la primera curva mientras veo por los espejos retrovisores cómo la lucha sigue entre ellos dos. Derri ha tenido que hacer una salida espectacular, ya que estaba en mitad de la parrilla tras la sesión de clasificación.

En la recta, el viento y la lluvia chocan contra mi casco. Cuanta más velocidad, las gotas se han convertido en finos cuchillos. El motor ruge con ferocidad, respondiendo a mis órdenes con una fidelidad que solo se encuentra en la pista.

Cada giro, cada aceleración, es un acto de malabarismo en el filo de la imprevisibilidad. La pista se vuelve traicionera. En lugar de frenar, las nubes cada vez se acercan con más fuerza, haciendo que cada charco se transforme en un escollo, y la visibilidad se reduzca debido al spray que forma el monoplaza de delante. En un parpadeo se ha convertido en un puto juego desafiante de sombras y reflejos en el parabrisas.

Mis dedos sienten la vibración del volante, una conexión directa con la máquina de la que ahora mismo tengo el poder. Cada vez que piso el freno, siento la tensión en mis músculos, la lucha constante contra la aquaplanificación. Aunque el coche se desliza, quiero pensar que cada movimiento es calculado, cada giro es una apuesta que espero ganar.

La competencia se desata a mi alrededor, pero mi enfoque se mantiene firme en la línea de meta que se desvanece entre la cortina de lluvia. Solo son setenta y dos vueltas por este mismo lugar, debo de pensar en que la lluvia no es solo un obstáculo, es una parte fundamental de la narrativa de esta carrera.

A medida que avanzo vuelta tras vuelta, se convierte en mi aliada silenciosa. Mi respiración se sincroniza con el ritmo del motor, y una sonrisa intrépida asola en mi rostro.

Estoy tan trillado de la cabeza, que en este escenario tumultuoso, encuentro la belleza en la lucha, la gracia en el desafío, y la determinación en cada gota que se interpone entre yo y la pista.

Compruebo cómo Derri ha ganado la posición a un Cody que está sufriendo con la tracción. Le pido a mi ingeniero de pista que me dé indicaciones de las distancias. Puede ser peligroso el manejo del mayor de los Raven en estos instantes.

En la recta principal, acelero con determinación, los neumáticos se aferran al asfalto mojado con tenacidad, y, al entrar en la curva, encuentro la línea perfecta, el lugar preciso para ejecutar mi movimiento.

En ese instante, el mundo se ralentiza. Mis dedos aprietan el volante con fuerza, y mis ojos se enfocan en la trayectoria óptima. El coche de Derri es mi único punto de referencia, y la humedad en el aire añade una capa adicional de tensión a la escena.

La curva se despliega ante mí, me lanzo por el lado interior cuando está a punto de adelantarme. Acelero pero no consigo mantener la posición. Se entromete en mi trazada y se pone delante. Aprieto el acelerador al máximo cuando entramos en la recta. Mi coche se coloca justo al lado del suyo. La adrenalina se mezcla con la lluvia que salpica mi visera. La recta se extiende ante nosotros, y mi acelerador responde con una urgencia renovada. El adelantamiento está casi completo, y el podio parece más accesible que nunca. El rugido de los motores se eleva, y finalmente, completo la maniobra. Mi coche se desliza hacia adelante, superando a Derri con una elegancia desafiante.

—Mantén la posición, Beck —escucho por la radio—, quedan dos vueltas para el fin de la carrera.

Hago lo que se me indica.

Hay un momento de tensión, ya que en la curva nueve me paso de frenada. No tengo a nadie detrás, por lo que el error no me cuesta la posición.

—La siguiente vuelta es la bandera a cuadros, Beck.

—Hoy toca champán, chicos...

Grito cuando veo los cuadros blancos y negros moverse a través del viento.



El rugido de los motores aún resuena en mis oídos mientras retiro la gorra del podio y tomo

aire con fuerza. Siempre es gratificante que te duchen en champán. Un chico del equipo me entrega una toalla para secarme la cara, y me acompaña hasta la *mobile home*. Nate se ha debido perder a la par que bajaba del podio, no está a mi lado. Cuando salimos de la zona delimitada para los campeones, los vítores de la multitud y los fans me envuelven. Aunque mi cuerpo está agotado, la adrenalina sigue fluyendo por mis venas, es una sensación brutal.

—¿Quieres saludar?

—Hoy sí.

Hoy estoy de buen humor para firmar todo lo que quieran, así que me dirijo hacia el área designada para saludar a los fans, ansioso por compartir la emoción de la victoria con ellos.

El gentío me rodea al instante. Veo rostros sonrientes y cámaras parpadeantes. Parece que todos estamos vibrando aún con la energía del evento. Unas jóvenes me toman del brazo para que pose entre ellas para un *selfie*. Algunos aficionados me piden que les firme una camiseta mientras me obligan a caminar para no generar un alboroto.

—Beck, ¡una foto, por favor!

Acerca el teléfono móvil y sonrío al tiempo que otra mano me retiene hacia el lado contrario para que copie el movimiento. No sé cómo sucede, pero en medio de la euforia, una figura emerge llamando mi atención. Un hombre con un sombrero oscuro y abrigo largo se abre paso entre los fans.

Mi primer instinto es elevar la cabeza y buscar a Nate.

No tengo el teléfono encima, él debería de estar preparado para este momento. Creo que ese hombre es «nuestro hombre».

Sintiendo una mirada intensa sobre mí, me vuelvo hacia él. Sus ojos, ocultos bajo la sombra del sombrero, parecen penetrar mi alma. Intrigado, pero también inquieto, dejo que se acerque mientras la multitud sigue ajena a lo que está ocurriendo por mi mente.

—Supongo que sabes quién soy —susurra con una voz grave.

Su tono es apenas audible entre los ruidos que nos rodean. Me estremezco al comprobar que estaba en lo cierto, ha sido más inteligente que nosotros, o por lo menos más rápido.

—No. ¿Quién eres? —pregunto, tratando de ocultar la ansiedad que empieza a apoderarse de mí.

Sonríe sutilmente, como si estuviera a punto de revelar un secreto oscuro.

—Sé todo, en concreto que teníais un plan para pillarme con la guardia baja, pero ¿eso no es lo que te interesa ocultar, verdad, Beck Hunter?

¿Cómo es posible que a nadie le llame la atención este hombre? Todos parecen ajenos a lo que está sucediendo cuando mi garganta se ha cerrado de tal manera que no soy capaz de respirar con normalidad.

La confusión y el miedo se entrelazan en mi mente.

—No sé de qué estás hablando.

—Digamos que tengo “conexiones” —responde con una sonrisa pícara—. Además de tener el control en todo esto, no te olvides que, si alguien descubre el secreto de Asher, podría arruinar su vida y la tuya. ¿Tendremos que tener cuidado para que no caiga en manos equivocadas, cierto?

Miro pasmado hacia él. Ya no noto cómo el resto de fans intentan tocar mis brazos, todo en mi cerebro se ha desactivado.

—Pero no te preocupes, estoy dispuesto a guardar tu secreto... por un precio.

Mi corazón martillea en mi pecho.

—¿Qué quieres?

—Un cheque, —dice sin rodeos—. Un generoso cheque con una cifra que decidiré en breve. Si

tu papi lo paga, guardaré silencio. Si no, tu vida cambiará para siempre.

La amenaza cuelga en el aire como la tormenta inminente que está a punto de romper el cielo de nuevo. Antes de que pueda reaccionar o llamar a Nate para pedir ayuda, el hombre se desvanece en la multitud del mismo modo que llegó hasta mí. Mis ojos buscan desesperadamente entre los cuerpos, pero solo quedan fans emocionados y ninguna señal del intruso.

La angustia se apodera de todos mis sentidos mientras me envuelvo en un torbellino de pensamientos.

Necesito avisar a Asher de inmediato.

27. EL OLOR DE LA VENGANZA

ASHER

Todos los micrófonos están preparados, solo queda que Beck active la cámara para que el vídeo comience a funcionar. Nate me ha avisado hace unos minutos que, en cuanto bajara del podio, iba a ir a buscarlo.

Michael está impaciente, no toma asiento y no cesa de preguntar si todo está correcto.

Pasan cinco minutos y nada sucede, las pantallas siguen en negro, los micrófonos no graban nada por lo que hay dos opciones.

—O Nate ha perdido el teléfono, o Beck no ha sido capaz de activarlo. Ha pasado demasiado tiempo.

Todos conocemos los protocolos que se siguen cuando un piloto termina la carrera.

—Puede que se haya parado a saludar.

No contaba con que el fin de semana fuese tan bueno para él, por lo que la celebración no estaba contemplada.

—Bien, esperaremos.

Antes de finalizar la frase, mi teléfono personal suena. El ordenador y las grabaciones no se mueven, todo sigue muerto.

—Ash... Ash, ¿me escuchas?

—Sí, Nate, ¿qué ha sucedido?

Está muy nervioso, diría que como nunca lo he escuchado.

—Beck se ha adelantado. Cuando estaba a punto de llegar hasta él, un tumulto de fans me ha retrasado para alcanzarlo. Creía que había sido mala suerte, pero él está ahí. Está con Beck hablando entre la multitud. ¡No puedo hacer nada!

Mi organismo entra en pánico.

—¿Está a solas con él?

—No, se está haciendo pasar por un fan más. No puedo hacer nada, tíos.

Mi hermano no está en peligro, no cuando una oleada de fans está a su alrededor. Escucho mi respiración aireada por los nervios a través del micrófono. Nate no cesa de decir cosas sin sentido, también se encuentra en un estado fuera de lo común.

—Voy a buscar las grabaciones, intenta sacarlo de ahí y recopilar toda la información.

Nate cuelga y al instante tengo la cabeza de Michael en paralelo a la mía.

—¿Qué se puede hacer?

—Esperar a que Beck nos dé los detalles y buscar de nuevo las cámaras de grabación.

—Joder, ¿nos ha pillado, Ash!

Sí, me temo que algo ha debido de oler para que actuase de este modo.

28. VUELTA A LA REALIDAD

BECK

Volver a casa cada vez se hace más aliviador. Nunca había sentido tantas ganas de que finalizara una temporada.

El trayecto desde casa de Nate en silencio ha sido gloria para mis oídos. Solo quiero encerrarme en la habitación y dormir hasta que llegue el miércoles y tenga que volver a hacer las maletas.

Es la vida que he elegido, eso no resta a que, en ocasiones, sienta que el peso del mundo esté sobre mis hombros.

Cierro la puerta de la entrada con cuidado, es tarde, tanto como las dos de la madrugada. Mi madre y Michael deben de estar en el quinto sueño.

Me dirijo directo hacia la cocina, necesito un buen trago de agua antes de meterme en la cama.

Las luces de la cocina están encendidas, no todas ellas, las de la zona de la mesa. Tienen un color más cálido y solo se encienden cuando mi madre está cerca. Es a la única a la que le gusta estar allí, los demás preferimos el comedor.

—Enhorabuena por el podio.

Iris tiene las piernas recogidas hacia su pecho, el pelo despeinado de haberse caído de la coleta, y los apuntes repartidos por toda la mesa.

—¿Qué haces aquí a estas horas?

—Estudiar, Tobías mañana va a ponerme a prueba. Si la paso con éxito, podré salir a pista.

Algo me comentó antes de que me fuera.

Cabeceo ante su alegría, que ella esté entretenida, facilita las cosas, aunque no consigue que el nudo de mi garganta desaparezca.

—Suerte, supongo.

Muevo los brazos de arriba a abajo con indiferencia.

—No la necesito.

Sonrío ante su comentario. Ni a las tantas de la madrugada es capaz de bajar los brazos. Si fuéramos otros, ahora mismo le pediría que me abrazara y que me hiciera cosquillas en el pelo. Sí, las cosquillas en el pelo creo que me gustarían. Se lo vi hacer a Ada con mi hermano y él parecía de lo más tranquilo y pacífico.

Me gusta como suena tener los dedos de Iris en mi cuero cabelludo haciendo círculos y...

—Voy a demostraros a todos quién es Iris Stars. Y te voy a machacar en la pista, Beck. Voy a acabar contigo.

No sé por qué me sale sonreír, pero es el movimiento instintivo que tiene mi cuerpo. Estoy cansado, mejor dicho derrotado. Las cosas con Michael están más tensas que nunca, todos estamos nerviosos por lo que pueda pasar a nuestro alrededor, y luego está el dolor sordo en el pecho. Las ganas inconmensurables de mandarlo todo a la mierda. De querer ser feliz y libre por una vez en la vida, sin mochilas, viendo a mi hermano sonreír.

Quiero reír y llorar al mismo tiempo.

Quiero tenerla cerca y a la vez que se vaya de mi vida porque duele demasiado cómo me mira, cómo piensa que le voy a volver a hacer daño.

Tengo el puto corazón roto y lo único que deseo es que me arropen como a un niño pequeño.

Ella se toma la sonrisa como un acto de rebeldía por mi parte. Será mejor que coja mi vaso de agua y salga antes de cometer un error.

Otro, de nuevo.

—No tienes que demostrar nada de lo que pudiste ser, Iris. Si alguien te admira, lo hará por lo que eres ahora, con tus cicatrices y con tus ganas de luchar, nadie conocerá tu historia. En este mundo la pena vende, pero lo hace por un tiempo limitado. Las alegrías no se comparten, porque generan envidias, así que mide muy bien cómo y por qué haces las cosas. De no ser así, cuando alcances la meta, no sabrás saborear la victoria.

Abro el armario, saco la jarra de agua fría de la nevera, lleno el vaso y salgo de la estancia sin mirar hacia ella.

Se ha quedado en silencio y yo me he quedado vacío porque, lo que le he dicho, lo estoy sintiendo en mis propias carnes.

29. UNA Y NO MÁS, HUNTER.

IRIS

Lo único que he conseguido con las buenas notas en los exámenes, y atendiendo a las directrices de Tobías, son más horas en el simulador. Nada de salir a pista.

«Todavía no estás preparada», eso es lo que siempre dice cuando le pregunto cada día por ello.

He dejado de ir a clase con los niños del instituto. El Douglas es un centro de estudios ordinario, son sus extraescolares las que los prepara para lo que se viene en el resto de su carrera. Ha llegado la época de exámenes y estas clases se han reducido. Todos los niños pijos, ellos con su corbata, y ellas con las minifaldas, se han encerrado en la biblioteca a estudiar a cada hora que pueden.

He visto a dos follando en los baños hace un rato, así que supongo que lo de aparentar también entra dentro del «estudio».

Cada vez que subo al simulador, Tobías me obliga a hacerlo con toda la equipación. Para él la preparación física y mental, es esencial, lo repite en cada oportunidad que tiene. Entre nuestras conversaciones aleatorias, he descubierto que rozó el sueño de ser piloto, pero algo salió mal en su carrera y por ello se alejó de los circuitos. Para ser un tío de treinta y dos años, en ocasiones su ceño fruncido y su aura melancólica lo asemejan a la edad de Michael.

—¿Nunca te has planteado ser un hombre de negocios?

—¿Qué te hace pensar que no lo soy? —responde mientras monta uno de los retrovisores del monoplaça que está en reparación.

—Quizá el mono de mecánico que llevas las veinticuatro horas del día.

—Iris, eres demasiado joven y me ves como un anciano, pero dentro de cuatro o cinco años descubrirás que, a mi edad, las personas seguimos tan perdidas como con dieciocho años.

—¿Esa es la explicación para tu hartazgo con la vida?

Tira lo que tiene entre manos encima del sillón, y se acerca a mí. Los calcetines especiales para las botas se estrechan cada vez que los lavan. Hoy parece que no quieran adaptarse a mi pie.

—Ahora entiendo lo que decía Michael con lo de «ten paciencia, puede ser complicada de entender».

Es maravilloso conocer por boca de otras personas que mi tío tiene esa opinión de mí.

—Vivo de mis negocios —aclara—, y hago esto por ocio. Me gusta ver la ilusión de estos chavales.

—¿Qué tipo de negocios?

—Negocios millonarios como los de tu tío, Iris. He ganado mucho dinero en mi época dorada y lo he sabido invertir.

¿Qué?

—¿Me estás diciendo que podrías estar en un despacho elegante, con un traje hecho a medida, y, en cambio, estás aquí?

—Exacto. Estoy donde me gusta porque tengo la capacidad de elegir, y tú deberías hacer mejor

tus elecciones, porque estás perdiendo un tiempo muy preciado.

Hace un sonoro «tic-tac» con la boca antes de salir del taller.

Es cuanto menos sorprendente conocer la doble vida de mi profesor particular. Para ser sincera, es demasiado maduro para mi gusto, pero el tío está tremendo en el mono de mecánico, no me lo quiero imaginar de traje.

—Buenos días, arcoIris.

Se me cae la bota al escuchar su voz.

—¿Qué cojones haces aquí?

Beck entra con parsimonia, dejando que sus dedos recorran cada una de las gomas colocadas en las estanterías.

—Me han dicho que estarías en el simulador. Llevo esperando unos minutos y no llegabas. Estaba ya con el corazón en un puño, pensando que la Tierra podría haberse abierto, y tú, casualmente, haberte caído.

Ruedo los ojos, parece que está de buen humor. El Beck del pasado ha vuelto.

—Como puedes comprobar, estoy completa y entera, así que ya te puedes ir por donde has venido.

—Me apetece conocer las técnicas que has aprendido estas semanas.

—¡No te las quiero enseñar!

La bota al fin entra en mi pie. Pego el velcro con chulería y me acerco hasta su posición. Es injusto que una simple sudadera blanca, combinada con unos pantalones de tiro ancho, le queden tan bien.

—¿Tienes miedo de que te digan que son una mierda?

—Sabes que no lo van a ser.

—Demuéstralo —me reta.

Sabe lo suficiente como para llevarme al límite.

—No tengo por qué hacerlo —salgo del paso como puedo. Lo dejo atrás y cojo la goma del pelo que he dejado en el banco para atar una coleta antes de entrar en el asiento del simulador.

—Huelo el miedo desde aquí.

Saco el dedo índice antes de desaparecer.

Una y no más, Hunter. No pienso caer en sus puñeteras redes ni una sola vez.



He descubierto que, de las clases técnicas a la práctica, hay un tramo tan grande que puede ser infinito.

La técnica que le comenté a Tobías que había visualizado, y las indicaciones de él, estaban muy nítidas en mi mente, ahora bien, con el volante entre las manos no soy capaz de realizarla.

—¡Joder! —grito frustrada cuando a la décima ocasión el error siempre es el mismo.

El muro del simulador tiene ya la marca de mis choques.

La sala en la que se encuentra es negra, toda rodeada de un croma y con la temperatura ambiental calculada al milímetro. Nunca hay nadie más que el piloto y uno de los técnicos. Hoy he tenido la suerte de que mi entrenador me ha dado vía libre para acudir. Creo que Tobías tenía cosas mejores que hacer que verme fallar una y otra vez. El muy listo tenía razón, parece que siempre lleva la razón.

—El error está en la fuerza que ejerces antes del giro.

—¡Mierda, qué susto me has dado!

Beck aparece de entre las sombras. Está justo detrás del croma de mi derecha. Su mirada está fija en mis manos y en el volante mientras se acerca a mi posición.

—¿Desde cuándo llevas ahí?

—El tiempo suficiente para saber qué error estás cometiendo.

Odio cuando le tengo que dar la razón, pero parece ser que su experiencia, en esta ocasión, me va a servir de ayuda.

Miro con tiento a su postura. Me gusta mucho la combinación de ropa que ha elegido hoy. Verlo siempre con el mono de carreras o con el traje de gala, me hace valorar la vestimenta normal que puede lucir un chico de su edad. Así, con unos simples pantalones vaqueros, aparenta los veintiún años que tiene.

Se acerca hasta el vehículo de entrenamiento y, cuando espero a que me indique cómo tengo que hacerlo, eleva la pierna y entra en el hueco conmigo.

—¿Qué cojones haces?

El espacio es reducido, no tanto como el de uno real, ya que en este tenemos que entrar todos, sin diferencias de edad o género. Eso deja un espacio superior, no lo suficiente como para que dos personas podamos estar sentadas plácidamente en él.

Las piernas de Beck rodean mi cuello, se desliza por mi espalda y, cuando comprueba que los dos culos no entran en el espacio, eleva mis caderas sin inmutarse y toma asiento. Me deja encima de él como si el tiempo y la mierda no hubieran sido derramados encima de nuestra historia.

—¿Qué cojones haces? —me giro hacia él mientras lo susurro.

No hay felicidad en su rostro, hay una pose de neutralidad que no me creo. Por mucho que quiera ir de niño bueno, que no rompe corazones, ambos sabemos que este movimiento lo lleva pensando durante días, semanas podría decir.

—Enseñarte cómo puedes hacerlo.

En lugar de mirarme a mí, se enfoca en el volante. Me toca los dedos y mi atención se va de lleno a ese nuevo roce.

Tener a Beck a mi espalda, estar encima de él, sentir su respiración en mi nuca no es nada de lo que esperaba que sucediera en la jornada de hoy. Todo en casa parecía tranquilo, en calma.

—Si haces el movimiento de este modo, —lleva nuestras manos hacia la izquierda para soltar el botón en un momento puntual— cuando tengas que cambiar de marcha, el vehículo perderá tracción y te irás contra el muro.

—Lo he pillado, ya te puedes ir.

—Pruébalo.

—¿Qué? —muevo de nuevo la cabeza sobre el hombro.

Está sonriendo, confiado en que su simple explicación y todo el circo que ha montado para tenerme cerca, van a dar resultados a la primera.

—No.

—Hazlo.

—Si lo logro, ¿te irás de aquí?

Clava su mirada en mis labios antes de volver la atención a mis ojos.

—Promesa. —Extiende el dedo meñique esperanzado en que me crea la sonrisa que me está lanzando.

—No pienso enlazar mi dedo con el tuyo.

Me giro antes de conocer su respuesta y activo de nuevo la simulación.

Es incómodo moverme con él siendo mi sillón, aun así lo hago. Sigo los pasos que Tobías me

indicó y, cuando llega el momento clave, sigo sus indicaciones solo para que vea que no tiene nada que enseñarme, que este paseo de confianza se lo podía haber ahorrado. Pero no ocurre porque libro el muro y los neumáticos tan solo chirrían.

—Cuando quieras —se acerca a mi oreja tanto que los pelos de la nuca se me crisan como si fuera un gato a punto de atacar— te ofrezco mis servicios para clases particulares.

—Eres un gilipollas.

—Y uno muy bueno, no lo olvides.

Pierdo la atención del circuito para lanzarle una mirada de odio. Me responde con un guiño que me jode aún más que tener que darle la razón.

30. ESTO ES UNA MIERDA.

IRIS

—¿Estás segura de que no quieres que me quede a cenar contigo? —pregunto por quinta vez.

—¿Quién es la hija y quién es la madre aquí?

Tengo serias dudas al respecto. Cierro la boca y dejo que mi madre termine la tarea de colocar las toallas según el tamaño.

—¿Y no puedes obligarme a quedarme contigo?

—Te han invitado a cenar con ellos, debes de acudir.

—¡A ti también!

—Es mi día de descanso, tu tío lo ha entendido, así que, señorita, quítese de mi camino.

De la cocina sale un olor a palomitas delicioso.

Una de nuestras costumbres es hacer un bocadillo de atún con mayonesa acompañado de un bol de palomitas. A esa maravillosa combinación le añadimos una película romántica y somos felices.

Nos contentamos con poco.

—Han puesto una novedad en Netflix que no puedes ver, debemos de estar las dos juntas.

—¿Esa película en la que sale Lindsay Lohan?

—¡Sí!

El día en el que esa mujer volvió al mundo cinematográfico a mí me hizo sonreír. Cuando era pequeña, mi madre tenía un reproductor antiguo donde poníamos sus películas. En todas las mudanzas hemos guardado los DVD como si de un hijo se tratase.

—Tengo muchas ganas de verla, no sé si te esperaré. La tentación pica a la puerta.

Se sienta en el sofá, mucho más cómodo y elegante que el que teníamos nosotras, y me arrastra hasta su lado. Caigo sobre ella a regañadientes, conociendo que va a sonreír ante mi bufido.

—¿Qué tal ha ido el entrenamiento?

Trago saliva intentando disimular con lo primero que cruza por mi mente.

—Bien. Tobías me ha obligado a estar de nuevo en el simulador.

—¿Y no ha sucedido nada más?

—¿Qué va a suceder, mamá?

Muevo la cabeza para mirar hacia el televisor de pantalla plana y no hacia ella. Ella me insta a volver y toca mi nariz con cariño cuando me tiene a su merced.

—¿Cómo van las cosas con Beck?

Resoplo ante su risa.

—No pienso hablar esto contigo.

—¿Por qué? Siempre hemos tenido confianza. Además, no hace tanto tiempo tenía tu edad. ¡Lo voy a comprender! Más cuando el chico es guapísimo, y tiene mucho talento.

—Mamá, por favor, no vayas por ahí.

—¿Le has perdonado?
—¡Por supuesto que no!
Tampoco me ha pedido perdón, ese es otro tema que hay que tener en cuenta.
—Pero hoy has estado con él.
—No.
—No me mientas. Sé cuando ha estado a tu alrededor y cuándo no. Los días en los que solo ves a Tobías, tu mal humor se huele a kilómetros de distancia.
—¿Y hoy no huelo mal?
—No. Hoy hay algo en tu mirada que me hace presagiar que debes ir a la casa de tu tío cuanto antes.
—¿Te das cuenta de que una madre convencional no debería de invitar a su hija a los brazos de un tío?
—Me alegra no ser una madre convencional porque mi hija tiene que vivir, enamorarse, equivocarse, sonreír, disfrutar...
—¡Lo he pillado!
Me giro para abrazar su pecho, pero ella baja el cuello, lo que nos deja en una postura complicadísima.
—Venga, ya es la hora de irse.
Deposita un beso en la frente, empuja mi espalda para que me levante y cuando me retiro, ella se va directa a por el bol de palomitas y el bocadillo.
—A mí me tocará cenar un guisante con *foie* de pato.



Cuando vuelvo a la mansión, todos los vehículos, menos el de Beck, están en su lugar de estacionamiento. A través de los cristales de la entrada, veo cómo Mai está preparando la mesa con mimo. No he tenido aún una conversación con ella y no sé si en algún momento llegará. Por más que la quiera mirar a los ojos y no sentir dolor por su traición, hay algo que me atrapa hacia la oscuridad. Coge mis pensamientos y los esconde de nuevo entre las sombras. Mi madre me ha pedido por favor, y en reiteradas ocasiones, que escuche lo que tienen que decirme, que preste atención a los detalles, que no caiga en el mismo error que con mi padre. ¿Pero cómo lo hago si ninguno está dispuesto a darme una explicación? ¿Cómo puedo mirarlos a la cara si han corrido un tupido velo para hacer como si nada ocurriera?

—Buenas noches, señorita Stars.

—Adiós, Núñez.

El dolor no solo va dirigido hacia los miembros de la familia, el conductor es otro más del entramado. Aún tengo muy vívida la mirada de desesperación antes de que descubriera por mi cuenta la presencia de Asher en este mundo.

Núñez nunca quiso ser un apoyo porque siempre les ha rendido pleitesía a los Hunter.

Quizá he sido demasiado gilipollas para creer que todo lo que estaba viviendo, todos los sentimientos que se habían despertado en mí, tenían el mismo sentido para cada uno de los integrantes. La respuesta corta es que he sido una gilipollas de manual por haber confiado, de nuevo.

Accedo al salón comedor donde descubro que mi tío ya está a la mesa, también Asher. O intuyo que sea él, ya que al lado de mi plaza había una moto y no ha elevado la mirada cuando he entrado.

—Buenas noches.

Mai aparece a mi espalda antes de que mi tío pueda abrir la boca.

—Iris, me alegra tanto que quieras cenar con nosotros.

No respondo a su sonrisa.

Puede que no sea la madrastra mala de las películas, que haya sufrido muchísimo como mi madre se empeña en decir, pero yo no me la creo. Ya no.

—¿Los señores van a querer comenzar ya?

El miembro del servicio le pregunta a Mai y Michael para comenzar a servir la cena. Es mi tío quien responde:

—Esperaremos a Beck, muchas gracias.

Utilizo el momento para contemplar los detalles del aspecto físico de Asher.

Es igual.

Es el mismo color de pelo.

La misma forma de la cara.

Todo es igual.

Quiero llorar y gritar al mismo tiempo.

—Se me ha hecho tarde, Nate es gilipollas.

Unos pasos entran corriendo a mi espalda. Todos nos hemos quedado en silencio. Yo mirando a Asher escudriñando su rostro hasta encontrar una diferenciación. Michael observa a su hijastro por encima de mi cabeza y puedo ver por el rabillo del ojo como Mai está midiendo mis actuaciones.

Beck busca la mirada de Asher. Algo se dicen entre ellos sin palabras. Supongo que eso que dicen que los gemelos tienen una conexión especial, es real.

Michael hace un gesto al mayordomo y la cena comienza a ser servida. Todo lo que ponen sobre mi plato tiene una pinta exquisita, pero soy incapaz de pensar en cómo voy a poder tragarlo.

Quiero irme de este lugar, quiero olvidarme de todo esto.

No pertenezco aquí. No quiero tener que comprender nada de lo que aquí sucede, porque la persona que me consoló cuando me sentí una mierda, es la misma que después me apuñaló por la espalda.

—¿Qué tal va la formación, Iris?

Parpadeo, enfoco el rostro de Mai para salir de mis pensamientos y medito mis opciones. Solo hay dos: abrazar la rabia o el hartazgo.

—Hasta que uno de tus hijos me interrumpió, todo iba a las mil maravillas.

—Te indiqué tus errores, no te interrumpí.

No giro la atención hacia él, la organización de la mesa me facilita que mi mirada se pose solo y exclusivamente en Asher. Él está concentrado en cortar el pollo, mueve con atención las manos, no está atento a lo que sucede alrededor de la mesa.

Va a ser verdad que, si prestas atención, ambos hermanos no se parecen en nada.

—Podrás alcanzar todas tus metas, cariño, seguro que cuando salgas del Douglas, conseguirás buenas oportunidades.

—Para eso está tu marido. Y, si no las encuentra, deberá crearlas, ¿a que sí, querido tío?

Michael aprieta la mandíbula con precisión. Mai posa una de sus manos sobre su rodilla. Sé que estoy siendo una niñata, pero es que he decidido abrazar la rabia para no hacerme más daño a mí misma con la mierda de pensamientos intrusivos.

Cuando todos se han alejado de ti, cuando siempre eres la última a la que eligen, y cuando se

rien en tu puta cara, es complicado confiar. Si después de dar el primer paso te vuelven a defraudar, ¿qué queda? No queda nada, y eso es lo que sucede en esta mesa.

Que ya no nos queda nada más que un trato para alejarme de todo y de todos.

—No hablemos de futuro —dictamina mi tío con cara de hastío.

Por unos minutos solo se escucha el sonido de los cubiertos al chocar contra los platos. Nadie está dispuesto a romper el hielo.

—Y bien, Asher, ¿cómo te encuentras?

El susodicho está de camino a introducir un bocado, cuando eleva los ojos hacia mí y espera paciente a que continúe con mi pregunta. Cuando descubre que no va a suceder, regresa sobre sus pasos y deposita los cubiertos sobre el plato.

—Todo bien, gracias por el interés ¿A ti qué tal te ha ido el día?

Es educado, más que su hermano.

Punto de diferenciación que puedo añadir a la lista mental.

—No vayas por ahí —susurra Beck a mi lado para que solo yo lo pueda escuchar.

—¿Por dónde? —Yo no soy tan cauta y hablo en voz alta como lo he hecho hasta ahora.

—No te metas con Asher. Él no ha sido el que ha elegido esta mentira, si quieres culpar a alguien lo haces conmigo.

—Le he preguntado por su día, ¿qué cojones te pasa?

Me parece que ha entendido mal mis intenciones, además de que no debe de tener ni idea del encuentro que tuve con Asher previamente.

—Te conozco, Iris, y no voy a permitir que lances tus dardos contra mi hermano.

—¿Ahora la mala de la película soy yo, Hunter?

¿En qué momento la tecla del pánico de Beck se ha apretado y no me he enterado?

—Tranquilos, estamos todos muy nerviosos —comienza Mai—, Iris tiene razón, cariño. Solo ha hecho una pregunta. Ella está dispuesta a conocer a Asher, ¿verdad?

—Por supuesto, —detallo— incluso puede que me caiga mejor que tú.

El dardo lo asume con un suspiro profundo y una mirada de odio que se me clava en el pecho.

—Mi hermano no es como yo —dice entre dientes.

—Menos mal —susurro de vuelta.

Ninguno de los dos suelta la mirada del otro. Nadie habla a nuestro alrededor. Todo ha vuelto a la casilla de inicio.

Esto es una mierda.

31. SEÑORITA, ¿NECESITA USTED DE UN ACOMPAÑANTE?

ADA

—Solo te he pedido que contases con mi agenda y mi tiempo.

—¿Tiempo?, hija, tienes todo el tiempo del mundo. A mí no me vendas la moto de que estudiar te quita todas las horas del día.

Es una falta de respeto como la mayoría que él tiene con el resto, aceptar una invitación a mi nombre para que sea la imagen de la marca en una reunión de gala que hay esta noche.

—No tengo vestuario, ni tiempo para arreglarme, habla con Lyn.

—Tu hermana acudirá a otra reunión. Tienes que estar lista a las diez, pasará un chófer a buscarte. Tu madre y yo nos vamos esta tarde con el avión privado, no intentes eludir tus obligaciones.

Con las mismas me deja plantada en medio del salón.

Cuando he llegado esta mañana a casa, me he encontrado con que mi padre quería tener unas palabras conmigo. La sorpresa fue mayúscula cuando me ha comentado que debo de acudir en su nombre a una cena.

Cada vez odio más esos lugares, me hacen sentir una muñeca sin cabeza de la que todo el mundo se ríe.

Subo hasta el vestidor cabreada. Ropa para acudir perfecta, tengo más que de sobra, el problema se inicia por el modo que tiene él de actuar.

En la puerta me encuentro con mi hermana, a diferencia de mí, muy sonriente.

—Te lo ha dicho —sentencia sin preguntar.

—Sí, lo ha hecho.

—Como sabía que no te iba a hacer gracia, he hecho varias combinaciones para ti. Las tienes en el primer armario.

Suelta un beso en el aire y se va guiñándome un ojo.

Que haya tenido ese detalle me hace amarla aún más. De todas las personas que hay en el mundo, tan solo ella comprende cómo me puedo sentir. Es cierto que Lyn actúa mejor con los deseos de mi padre, pero ya me ha dejado claro que, en cuanto tenga la oportunidad, buscará una escapatoria. Dudo mucho que mi hermana se convierta en una mujer de negocios, pero la excusa de conocer mundo o de viajar a modo solidario, es algo que podría adaptarse a sus planes más próximos.

De entre todas las combinaciones, un vestido negro, muy ceñido y de manga larga, con un ligero toque de color en los bajos, es lo que elijo para la noche de hoy. Los tacones de infarto son un requisito indispensable por más que me pese. Elijo unos que simulan ser unos tacones de cristal. No son los más cómodos del mundo, pero he de reconocer que son muy bonitos. Para el pelo tengo dos opciones, soltar la melena y hacerme unas ondas, u optar por un recogido tirante.

Hasta que no llegue la hora de la verdad no me pienso preocupar por ello.

Cierro la puerta de mi habitación con la pierna derecha y me tiro sobre la cama. La carpeta de mi proyecto con Tirso rebota contra mi cuerpo. En un lado tengo mi futuro en forma de carpeta, y en otro mi presente representado por el maldito vestido de esta noche.



El recogido me parecía demasiado serio para la noche de hoy, así que me he hecho unas ondas abiertas y un maquillaje sencillo para salvar mi apariencia.

Mi madre nos ha repetido en multitud de ocasiones, a Lyn y a mí, que las apariencias en este mundo lo son todo. Si queremos ser una empresa fiable, debemos de contemplar una imagen perfecta en cada salida que hagamos.

No soy esa clase de hija que, por ser rebelde, jode a su padre de la forma más vulgar. Me gusta el mundo de los negocios, del mismo modo que amo el mundo de los circuitos, no me quiero desligar de ello, tan solo salir del ala de mi padre. Esto quiere decir que mi imagen tiene que ser buena en cada aparición porque ahora soy la representación de la familia Aston, pero dentro de un tiempo seré solo la mía. Tan solo Ada.

Bajo con cuidado las enormes escaleras. Debería de haber calzado los tacones en la entrada, pero con todo el ajetreo ni lo he pensado. Echo un último vistazo a mi apariencia en el espejo del recibidor y salgo hacia la rotonda donde los vehículos esperan para que el chófer me lleve hasta la inauguración de cuadros a la que tengo que acudir.

El pintor es un inversor de la escudería de mi padre, está pensando en hacer una nueva campaña de publicidad, así que, cualquier evento que realice, allí debemos de estar nosotros a modo de apoyo.

El vehículo que me han asignado es un todoterreno de gran altura. Es uno de los nuevos modelos que ha sacado la marca. Mi padre no hace nada sin medir todas las consecuencias, que se vea este modelo por las calles de Londres es una publicidad maravillosa porque se ve precioso, elegante y deseable.

Aunque lo odie, porque a él lo odio con todo mi ser, no puedo negar que es un grandísimo profesional del que podría haber aprendido mucho si me hubiese dado la opción.

—Buenas noches —saludo cuando accedo a la parte trasera.

Junto las piernas para que no se me vea nada, ya que el vestido es muy corto, y elevo la mirada antes de pasar el cinturón de seguridad por mi pecho.

—¿Necesita usted un acompañante, señorita?

—¡Ash!

32. UNA SONRISA PA' LA CÁMARA

ASHER

Esta tarde, entre la montaña de trabajo, recibí un mensaje de Lyn. En un inicio creí que le había sucedido algo a Nate, supongo que mi mente se va a lo habitual, y tiendo a pensar que los demás se pondrán en contacto conmigo solo para darme malas noticias.

Lo único que me dijo Lyn fue que Ada necesitaba un acompañante para esta noche, que le pidiera a Beck que se encerrara en casa para ir con ella.

Llamé a mi hermano de inmediato. Cenaríamos juntos esta noche, pero no tenía más planes, y coincidió que uno de sus trajes había llegado de la tintorería, limpio y planchado.

Lo de hacer de chofer fue un último giro de los acontecimientos, supongo que me gusta demasiado el mundo peliculero y me parecía que iba a quedar una escena preciosa.

—¡Ash!

Por el espejo retrovisor capto su sonrisa, pero lo hago durante unos segundos porque deja su asiento y sale para ponerse en el lugar del copiloto.

No me da un beso, sino un abrazo que recibo con gusto. Hay dos trabajadores mirando hacia nosotros muy interesados en nuestro comportamiento. Se supone que soy Beck, debería actuar como tal y mi hermano no besaría a Ada con pasión como yo estoy deseando.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Es una sorpresa.

Me muerdo el labio a modo de distracción porque las ganas de besarla están presentes a cada segundo.

—Estás preciosa. Siempre lo estás, pero ese vestido es...

Aprieta mi rodilla a modo de respuesta.

—Nos vamos —determino antes de hacer una tontería delante de los trabajadores del señor Aston.

Subo el volumen de la música mientras activo el motor de nuevo. Es un vehículo cómodo de conducir, automático como a mí me gusta y con todas las comodidades que te puedas imaginar.

—¿Crees que a tu padre le importará que le robe su nuevo juguete?

—Eres un chico de moto, me gusta cómo te ves sobre ella.

Le guiño el ojo a modo coqueto, porque aunque la mayor parte del tiempo me muero de vergüenza, uno sabe tener presencia. Mucho más cuando mi hermano es el ejemplo de seductor nato.

—Sus deseos son órdenes.

Nos acomodamos en el ambiente que crea la música a nuestro alrededor. Es cómodo estar con ella, aunque no haya conversación entre nosotros.

Cuando llegamos a la fiesta los aparcacoches me indican el lugar donde puedo dejar el coche, ellos se encargarán del resto. Tengo que aparentar que hago esto todos los días, así que, cuando me calzo la chaqueta del traje, pongo la careta que he estado trabajando en los últimos tiempos.

La chulería caracteriza a mi hermano, así que la postura relajada se queda atrás. Suelto las llaves en la palma del chaval, que no debe de tener más de dieciocho años. He reparado en cómo se le han abierto los ojos cuando ha visto qué modelo es.

—Que tenga una buena noche.

Baja la cabeza y le aprieto el hombro cuando paso por su lado. Creo que piensa lo mismo que yo, ponerse al volante de ese vehículo es una delicia que está al alcance de pocos.

Espero a que Ada se ponga a mi lado, y ambos accedemos al edificio antiguo del cual no cesan de entrar y salir personas con sus mejores galas.

—Recuérdame a qué hemos venido esta noche, tu hermana se ha olvidado de detallarme eso.

Ella sonrío y quiero morder los hoyuelos que aparecen en sus mejillas.

—Es una galería de arte. Estamos apoyando al artista.

—Perfecto. Diré que todo es maravilloso, pero no me pidas que interprete los cuadros, soy nefasto para eso. —Bajo el volumen para que solo ella me escuche—. Soy más de robar información de los ordenadores, «ya tú sabes».

En algún momento, cuando acabe la universidad, podré decir orgulloso que soy ingeniero informático. Ahora, aunque mis conocimientos sean superiores a los de mis propios profesores, solo soy un simple hacker.

—Y no de forma legal —aclara Ada.

Antes de ascender por las escaleras, la marabunta de fotógrafos comienzan a rodearnos cegándome en el proceso.

Cojo de la cintura a Ada, ni muy bajo ni muy alto, un lugar medio en el que mi hermano pondría su mano. La acerco hacia mí para que no se caiga debido a la molestia del flash y caminamos hacia dentro. Ella sonrío y agradece a los fotógrafos por su trabajo, yo me mantengo serio con la mirada al frente.

Beck siempre actúa del mismo modo, sería muy raro que copiara la postura de Ada y me pusiera a sonreír.

Lo que a mí me parecen horas de sufrimiento, cesan cuando llega otra pareja detrás de nosotros y la atención cambia hacia ellos.

—Ha sido horrible —susurro.

—Te acostumbrarás.

—Jamás.

Le tiendo el brazo para que se pueda apoyar en mí para subir y en el camino saluda a un par de señoras que nos hacen un repaso digno de comentar «te estás excediendo, maja».

—¿Y ahora?

El edificio es precioso, de eso no cabe duda, pero los techos altos y la lámpara colgante distan mucho de ser una galería de arte.

—Tenemos que buscar el ascensor.

Ada observa cada recoveco con la mirada, hasta que señala la parte trasera.

—Por ahí.

Lo único que escuchan mis oídos es el repique de sus tacones contra la baldosa perfectamente pulida.

No hay nadie más a la espera del elevador, así que, cuando llega a nosotros y se cierran las puertas, suspiro aliviado.

—Eso ha sido intenso.

—Y no ha hecho más que empezar.

—No sé cómo lo soportas. —Sé lo que sufre con las decisiones de su padre.

No se enfoca en la energía negativa que acabo de lanzar, sino que se fija en su cuerpo a través del enorme espejo completo que hay en la pared del ascensor.

Busca el teléfono móvil que tiene en la mano derecha.

—Quiero tener un recuerdo de esta noche, sonrío.

Me coloco a su espalda, la diferencia de altura es mínima, con esos tacones se acerca a mí. Paso el brazo por encima de su hombro, ella toma mi mano delante de su pecho. La otra mano la escondo en el bolsillo delantero de los pantalones. Aprieto la mandíbula como haría Beck y ella pone «morritos». Escucho la captura, pero como esos dos que acaba de congelar en el tiempo no somos nosotros, bajo la cabeza, le hago cosquillas en el cuello, ella se ríe sin descaro y entonces sí, hace una foto que quiero enmarcar en mi casa.

—Gracias por acompañarme.

—Siempre.

Dejo un beso en su clavícula antes de que las puertas se abran y nos separen de nuevo.

33. CÁLLATE Y BÉSAME.

ADA

—Encantado de conocerte, los cuadros son preciosos, se ve el alma que pones en ellos.

Sonríó con *false río*. No porque no me guste su creatividad, sino porque no entiendo una mierda de lo que quiere expresar. Me gusta informarme de la persona que voy a conocer, en este caso no he tenido tiempo o no lo he querido hacer a modo de rebelión, no lo tengo muy claro.

Él acepta mi apretón de manos y sonríe de vuelta.

—Cuando queráis, estáis invitados al resto de presentaciones. Además, si os ha gustado esta sala, la número cinco os va a encantar.

El hombre es de lo más amable, así que le pido detalles. Estamos unos minutos hablando de su trabajo, cuando se va para seguir hablando con el resto de invitados. Utilizo su salida para pedirle a Ash que me acompañe a la sala cinco.

Nadie le puede quitar que es un artista completo porque no solo sigue un mismo estilo, sino que tiene creaciones de todo tipo. Cuando entramos en el pasillo número cinco, además de estar solitario, hay una ligera música marchosa de fondo.

—Anda, mira, Guliet ha querido que vengamos aquí a echarnos unos bailes.

Leo la placa que está señalando Asher. En ella se explica que estos cuadros deben de ser visualizados con música de fondo, una música en concreto que te recuerde a tus momentos de desfase, esas fiestas que nunca pudiste olvidar de tu juventud.

Ash comienza a mover la cadera de forma arrítmica. Lo hace con tanta soltura que me río sin cubrirme la boca. Extiende el brazo y lo rechazo.

—Nos pueden ver.

—Guliet no dejará que rompan nuestro momento.

—Venga ya, si piensa que eres Beck.

—Hazme caso, Ada «del bosque».

Acepto su mano y al instante me empuja con fuerza para que mi cuerpo de un giro de trescientos sesenta grados. Mi pelo se abre con la fuerza del aire y la risa pasa a ser una carcajada que se copia en su rostro.

—Esto es un puto tostón —dice.

—Ese comentario es de tu hermano.

—Lo he dicho en su boca, pero el pensamiento es mío, lo prometo.

Me apoyo en su pecho, elevo la mirada para encontrarme con sus preciosos ojos y entonces se me ocurre una idea.

—¿Y si robamos una botella de champán y huimos de aquí?

—¿Te estás pasando al lado oscuro, señorita?

—Una vez al año, no hace daño, ¿no?

Me separo confiada en que me va a seguir. Es mi momento de tender la mano a la espera de que él la tome, y vaya que si lo hace. Con una promesa en la mirada que indica que, o me meto

en un problema bien gordo, o rozaré la felicidad más plena a su lado.

Echo a correr dando un grito de alegría mientras me sigue de cerca.

No sé cómo logro coger velocidad con estos tacones, supongo que es verdad eso que dicen que, cuando estás enamorada y feliz, todo lo imposible parece posible.

—¿¡A dónde vamos!?

—¡No lo sé! —chillo plenamente eufórica por dejar escapar toda la presión con ese tono de voz.

Correteo por los pasillos hasta que alcanzo lo que me parecen las escaleras. Están recubiertas con moqueta, lo que puede ser un claro indicativo de que, la galería de arte finaliza aquí, y en adelante es el famoso hotel de lujo al que mi padre acude a menudo con sus amantes.

—Vamos, sé donde hay una terraza con unas vistas increíbles.

No dice nada, se acerca a mi cuerpo y me protege cuando estoy a punto de perder el equilibrio. Si mis recuerdos no me fallan, la terraza está en la última planta, la primera puerta a la derecha. La primera vez que acudí fue para acompañar a mi padre a una reunión, necesitaba aire después de un día de muchas emociones y uno de los camareros me acompañó hasta ese lugar.

Creo que él quería ligar conmigo, yo solo ansiaba la libertad del aire frío entrando en mis pulmones.

—Es por aquí.

Cuando empujo la puerta, esa brisa que recordaba se hace evidente sobre nuestros rostros.

El suave murmullo del viento acaricia nuestras mejillas mientras caminamos de la mano por el pintoresco lugar. Sostengo la botella contra mi pecho mientras ambos apreciamos como el tiempo se ha ralentizado después de nuestra carrera.

Ash aprieta mi mano, y sus ojos grises buscan los míos con una intensidad reconfortante. Nos detenemos junto a un banco y nos sentamos.

—No hemos robado unas copas —señalo.

—Compartir es vivir.

Me quita la botella, la descorcha y se la lleva a los labios. El líquido rebosa y tiene que frenar el trago cuando la risa lo atrapa.

Me la tiende y copio el movimiento con menos ímpetu.

La ciudad se despliega como un tapiz fascinante. Los rascacielos se alzan majestuosos, formando un perfil peculiar que se mezcla con la línea del horizonte marcada por emblemáticos edificios históricos.

Desde esta terraza, se puede sentir la energía vibrante de Londres, la diversidad de su arquitectura.

El escenario me hace introducirme en mis pensamientos más profundos.

—A veces me pregunto si estamos destinados a vivir nuestras vidas de acuerdo con las expectativas de los demás.

—Las expectativas, los miedos, las experiencias. Entiendo lo que quieres decir, pero también debes de recordar que estás luchando a contracorriente para salir del río.

Sus palabras resuenan en mi corazón, reconociendo la verdad que llevamos tiempo descubriendo juntos. Miro alrededor, observando cómo las hojas danzan en el aire antes de aterrizar en el suelo.

—A veces siento que luchamos contra corriente. Todos estos sueños y metas que perseguimos... ¿Valdrá la pena?

Entrelaza sus dedos con los míos y suspira, como si estuviera sopesando cada palabra antes de decirla.

—No lo sé, y nadie lo sabrá. Imagino que lo descubriremos en el camino, aunque dé un vértigo de la hostia.

Me recuesto sobre su hombro.

—De lo único que estoy seguro es que somos más fuertes juntos, Ada. Cada desafío que enfrentemos solo nos acercará más a nuestros sueños. No importa cuán difícil sea el camino, siempre estaremos el uno para el otro.

Las nubes opacan la luz de las estrellas, sumiéndonos en la penumbra. Nos abrazamos con fuerza, conscientes de que el camino por delante será desafiante, pero tendré a mi alcance las vistas de un chico maravilloso, con una sonrisa impresionante y con un corazón de oro.

Robo la botella de sus manos. Doy un largo trago y, cuando él quiere hacer lo mismo, niego con la cabeza y le pido que me bese.

Lo hace, elegante como siempre.

—Sabes a alcohol.

—Cállate y bésame.

34. DOS SIMPLES PALABRAS.

BECK

Hace dos semanas que ha llegado y caminar por los pasillos de esta casa desde que la bomba explotó es una agonía constante. Si no me quedase un año aquí, me independizaría ahora mismo.

Me dirijo hacia mi habitación cuando escucho un suspiro salir de la habitación de Iris. Estoy tentado a tocar en la puerta para comprobar si se encuentra bien, pero declino la idea en cuanto pienso cómo ella responderá.

Solo doy dos pasos más cuando se vuelve a escuchar el mismo sonido. No pienso en las consecuencias y doy un ligero toque en la puerta antes de hablar.

—¿Todo bien?

—Pírate, Hunter.

Está sana y salva.

Me quedo un segundo observando la puerta mientras mis pensamientos se alejan de la madera por completo, y cuando me doy cuenta de que estoy haciendo el ridículo, regreso sobre mis pasos.

La puerta se abre a mi espalda. La sorpresa me lleva a girar el rostro hasta allí y me encuentro a Iris con un albornoz cubriendo todo su cuerpo menos los tobillos y las pantorrillas. No mira hacia mí, se dirige hacia el otro pasillo por donde está la habitación de mi madre y Michael.

Doy un repaso a su cuerpo, y me encuentro que, entre la poca piel desnuda que muestra, hay una fea quemadura en su tobillo derecho.

Una que conozco a la perfección porque cuando estaba en su posición de aprendiz, me ocurría más de lo que creía posible.

Por mucho cuidado que tuviera, todos los tubos ardientes se topaban con mis tobillos o rodillas. Es una ley de la atracción extraña que solo los pilotos principiantes comprenden.

—¿Dónde te has hecho eso?

Ella frena en seco y gira todo su cuerpo hacia mí. No he pasado por alto que, aun sabiendo que me encontraba a su lado, no me ha mirado.

—No te importa.

—Sí cuando puedo tener la solución.

La piel quemada y las duchas de agua caliente son la peor de las combinaciones, sientes como la piel vuelve a quemarse y es un horror.

—¿Qué me puedes ofrecer?

Sonrío por el modo en el que hace un gesto de elevar la mandíbula. Me habla como si tuviéramos entre manos un contrato, no como si en el pasado hubiésemos sido algo mucho más especial.

—Una pomada que alivia el dolor.

Hace el amago de girarse, pero en el último instante mi silencio le llama la atención y se acerca hacia mí. Deja un espacio prudencial, ella está en albornoz, no quiero saber si hay algo de ropa

debajo de la tela, pero no deja de estar en una postura más vulnerable que la mía.

—La necesito.

¿Y si cambiara ese «la» por un «te»? Cuantas cosas cambian con dos simples letras.

Niego para borrar mis pensamientos. No sé qué me ocurre desde hace unas semanas, será porque la investigación me está volviendo vulnerable o porque cada vez me encuentro menos cómodo viajando. Me gusta volver a casa, me gusta tener un hogar y no quiero aferrarme a la idea de que es porque ella no viaja conmigo.

Eso no va a volver a suceder. La oportunidad, nuestra oportunidad, ya sucedió.

—Espérame en tu habitación, ahora vuelvo.

Sé cómo suena la frase y la he lanzado con la intención de que ella la cazara al vuelo. Lo hace porque sus ojos se entrecierran y me mantienen la mirada un instante.

Sin decir nada, entra de nuevo a sus aposentos.

Echo a correr por el pasillo para no perder tiempo. Cuando regreso, Iris ha tomado asiento al final de la cama, en una butaca acolchada, mientras revisa la herida con una mueca de dolor.

—Te quedará marca, pero con el tiempo se irá.

Me arrodillo sin dudarlo, quedando en una posición de lo más desvalida. No sé qué me ocurre hoy. El hecho de poder tener un ratito con ella, a solas, es aire para mis pulmones.

—¿Qué quieres a cambio?

—Nada. —No puedo mirarla, no quiero saber si me está retando o si hay las mismas esperanzas en su mirada que en la mía.

Me centro en tocar la zona quemada con cuidado y derramar la pomada con medida. Se escuchan suspiros por su parte. La crema está fría, la guardo en un lugar específico.

—En unos segundos el escozor se transformará en alivio.

—Parece que conoces muy bien todos los síntomas.

—Me ocurría lo mismo. Tobías no es de los que te prevén para que esto no ocurra, más bien lo ve como un aprendizaje.

Iris toma aire con fuerza cuando toco la parte más profunda de la quemadura.

—Ha sido un maldito tubo caliente que no vi en el garaje.

—Esto solo le pasa a los grandes que están todo el día entrenando.

¿En serio, Beck? ¿Desde cuándo mando indirectas dulces?

Dejo su tobillo en el aire mientras vago por su cuerpo hasta que llego a su rostro. Me está mirando con la misma hambre que siento yo en estos instantes.

—Tienes que dejarla unas horas hasta que la piel chupe por completo el líquido —declaro.

No es lo que quiero decir, y por su expresión tampoco es lo que ella quiere escuchar.

—¿Qué tal han ido los entrenamientos?

—¿Qué haces, Beck? No deberías estar aquí, preguntándome por mi día como si fueras mi amigo.

Nunca fuimos amigos.

Yo jamás he tenido las ansias de besar a Ada cada vez que la veo, y con ella sí.

—Venga ya, arcoIris, ¿no puedo preguntar por tu día?

Tomarlo a broma es una de las estrategias que me suele funcionar. Por su ceño fruncido y por cómo toma distancia de mí mientras abrocha más fuerte el albornoz contra ella, no es el caso.

—No. Lo primero de todo no te debería de interesar una mierda cómo he estado.

—Sí me interesa.

—Eres un mentiroso.

Se pone de pie y se aleja más de mí.

—Un mentiroso que ahora se siente culpable.

—Deberíamos hablar las cosas.

—¿Ahora?

No estoy preparado, joder.

No puedo decirle toda la verdad cuando ni yo mismo sé lo que está ocurriendo. Quiero decirle que, cuando Michael y Ash descubran lo que ha sucedido con ese tío, le podré explicar cada uno de los detalles. Hasta entonces, debo seguir protegiendo a mi hermano. Y a ella, aunque no se dé cuenta.

Extiendo el brazo para atraerla hasta mí, pero ella niega con rotundidad, así que dejo que caiga a mi lado.

—Llegas tarde, Beck. Ahora tus explicaciones ya no me sirven. No, cuando me has mentido en la cara, has jugado conmigo, y lo sigues haciendo.

—Todo tiene una explicación.

En el instante en el que la última palabra sale de mi boca, sé que no ha sido la mejor frase para utilizar. Es la misma que le dije cuando todo sucedió, por la que se desató todo lo bueno y lo malo.

—Vete.

¿Qué posibilidades tengo de que me entienda sin contarle la verdad?

Ninguna.

Echo un último vistazo a su rostro, al modo en el que sus ojos marrones me miran con furia.

Me doy la vuelta y salgo sin mirar atrás.

35. EL PUZZLE SIN FIN.

ASHER

Ha sido muy complejo conseguir las grabaciones, el ángulo era muy malo y la calidad pésima. He tenido que hackear el sistema de control de seguridad de varias escuderías con el objetivo de hacer un puzzle de ángulos.

Que Matías llevase un gorro lo diferenciaba del resto, y a la par lo tapaba de justamente lo que quiero conseguir: detallar todos los puntos de su anatomía con el fin de descubrir quién es y quién fue en el pasado.

Mi madre ha tomado asiento en el despacho de su marido al lado de Beck. Los hemos reunido a ambos para poder aclarar en familia los puntos que, por mi cuenta, he sido incapaz de detallar.

—Beck, necesito que me vuelvas a repetir todos los detalles del momento —dice Michael.

Está sentado en la silla de cuero, la más elegante de toda la casa y también la más alta para recoger toda su espalda.

—Ya os he dicho todo lo que sucedió. Salí de celebrar el podio, no vi a Nate cerca, me resultó extraño dado el plan que teníamos de actuar. Es Nate, creía que se había parado a dialogar con alguien y que en cualquier momento me alcanzaría. Como había fans a mi alrededor, me acerqué a firmar algunas camisetas y entonces él apareció. Cuando lo hizo, me bloqueé.

—Es normal, cielo, a todos nos hubiera sucedido lo mismo.

Echo un vistazo rápido a mi hermano. El comentario sobre Nate me duele. Es cierto que nuestro amigo tiende al despiste, y le gusta dialogar con cualquiera que se cruce en su camino, pero cuando debe de hacer algo importante, como era el caso, nada lo despista. Si lo hicieron, fue por un acto medido. Tengo la sospecha de que Matías, de algún modo, ha conocido los pasos que he seguido en internet y dilucidó el plan.

Me parece imposible que lo haya conseguido, soy muy cuidadoso con mi rastro. De ser así estaríamos ante alguien muy grande con el que luchar.

—¿Y después? ¿Sobre el dinero?

Michael está muy nervioso. Lo noto en la forma en la que trabaja sin parar, cómo ha evitado pasar tiempo con mi madre, o cómo me llama cinco veces al día para conocer si he descubierto algo nuevo. La respuesta siempre es la misma, no hay nada.

—Me dijo que el secreto tenía un precio, la cantidad me la diría en otro mensaje. ¡Fue una locura, joder!

—No eleves la voz, Beck —señala mi madre.

Él asiente y le pide disculpas posando la mano sobre su rodilla.

—Estamos todos muy nerviosos y no ayuda a que podamos ver más allá del muro —comienza a decir de nuevo. Ella, más que nadie, sabe el peligro que puede acarrear que nuestro secreto salga a la luz.

—Asher, ¿ha intentado ponerse en contacto con Iris de nuevo?

—No —respondo a Michael—. Tengo la sensación que asaltar a Iris fue la estratagema para

captar nuestra atención. Un cebo para comprobar nuestra reacción.

No ha vuelto a intentar acercarse a ella. Cuando le dijo que quería que corriese para él, era una burda mentira para recalcar que sabía también su secreto sobre las carreras ilegales. Ese tío en la vida ha pilotado un vehículo dentro de una competición, ni está relacionado con nada de ese mundo.

—No vamos a pagar ni un centavo —aclara Michael.

—¿Estás loco? —pregunta Beck muy sorprendido.

—No, no estoy loco. El dinero es un parche temporal que no podemos permitirnos. Cuando se le agote, regresará a por más. Este problema lo tendremos siempre si no lo erradicamos desde la raíz.

—¿Y qué propones, matarlo?

Ninguno se ríe de la broma de mi hermano. Ha tenido muy mal gusto de lanzarla en este contexto donde... En fin.

—Mierda, era una broma, ¿vale? Estoy un poco nervioso.

Michael resopla evitando reprenderlo por ello. Mi madre se ha quedado tiesa en la silla. Es mi momento de hacer la pregunta del millón.

—Mamá, —ella se gira hacia mí para atender— ¿qué relación crees que pudo tener Matías con nuestro padre? En los datos que encontré se podía asumir que fue su chófer, pero yo no recuerdo que tuviera uno.

Ni yo lo recuerdo, ni mi hermano tampoco, así que ella es la única que puede tener una visión más amplia del asunto.

He estado evitando hacerle la pregunta porque sé que sufre en exceso cuando recuerda esos momentos de su vida. Yo he sufrido después de todo lo que sucedió, pero fue un pago por lo que hice, la vida se tuvo que equilibrar de alguna forma conmigo. En su caso, el horror no estuvo justificado con nada.

Ella baja y sube la cabeza en un esfuerzo para tragar los malos recuerdos y enfocarse en lo que le he preguntado.

—Bien... Eh... Esto... Graham era un hombre muy controlador. No le gustaba la conversación, evitaba por todos los medios que el resto conociese lo que estaba pensando o los objetivos en los que estaba trabajando.

Se forma una bola de emociones en mi estómago al escuchar su nombre que me impiden seguir con la postura original. Tengo que apoyarme en la mesa para no doblarme a la mitad debido al sorpresivo dolor de estómago que ha resurgido.

—Antes de que todo sucediera, él se dedicó a despedir uno por uno a todos los trabajadores del hogar que había porque decía que le estaban robando. Por más que le grité que era algo que solo estaba ocurriendo en su cabeza, él no entraba en razón.

—¿Y recuerdas que tuviera chófer? —le pregunta Michael extendiendo el brazo para tomar su mano.

—¡No! —Al entrar en contacto con su marido, las lágrimas acuden a sus ojos al instante. Michael es su lugar seguro, pero los recuerdos son tan fuertes que ninguno de nosotros somos capaces de hablar de ellos sin que nos afecte—. Yo nunca escuché que tuviera uno. A él le gustaba el control, además le encantaba conducir. Si pudiera prescindir de un empleado, sería del chófer.

Quien introdujo el amor por el motor a mi hermano, fue nuestro propio padre. Era un lunático de las carreras, le encantaba el poder que le infundía el sonido de los motores al rugir. A mí nunca me llamó la atención, así que fue un motivo más para alejarme de él.

En algún fin de semana que estaba de buen humor, llevaba a Beck a las carreras de karts de las categorías infantiles. Todo se esfumó cuando descubrió que Michael financiaba dicho circuito con su empresa de motor.

Esto sucedió poco tiempo antes de que nos mudásemos al campo. En medio de la nada, era complicado que Beck pudiese desarrollar su amor por el deporte, y él sentirse orgulloso por ello, así que mandó construir un pequeño circuito en las inmediaciones.

En esa casa lo teníamos todo. Todo lo material que se pudiese imaginar, solo nos faltaba salud.

—Si nunca tuvo chófer —comienza mi hermano—, ¿quién cojones es Matías, entonces?

El puzzle nunca llega a su fin.

36. UNA DISCULPA A TIEMPO.

ADA

Debería de haber dado el paso antes, pero por algún motivo, hablar con ella despierta en mí unos nervios que de forma habitual no surgen cuando me encuentro con otra persona.

Iris Stars es la antítesis de mi personalidad. Me hubiera encantado nacer con su carácter, darme cuenta antes de que no se puede aceptar todo en esta vida con una sonrisa. También desearía tener su coraje para mandarlo todo a la mierda y seguir con mis ideales.

Si no he hecho esto antes, es porque, en parte, me siento culpable de la mentira. El día que ella se puso mala en la universidad y creyó que quien estaba conmigo era Beck y no Asher, me sentí la mayor mierda del mundo.

No sé si me dará la oportunidad de ser amigas, pero tengo que pedirle disculpas de forma personal para aliviar mi conciencia.

Hacía años que no entraba en el DRS. En ocasiones he visitado el centro para ver algún entrenamiento de Beck junto a mi padre, o algún piloto que destacaba por encima del resto. Hacen una labor exquisita en el lugar, y sé que, la formación que le puedan ofrecer aquí a Iris, será la mejor del panorama.

—¿Tú eres Ada Aston?

Una chica me frena por el pasillo cuando camino en dirección a los garajes donde me han indicado que se encontraba Iris.

—Sí, ¿nos conocemos?

Su uniforme y la juventud en su rostro me hacen sonreír. Parece ilusionada por verme y yo no tengo ni idea de quién es. Me encantaría que mi memoria no me jugase malas pasadas.

—¡Te sigo en redes! Me encanta tu estilo y lo que compartes. Ojalá seas la heredera de la escudería, sería un puntazo tener una mujer al cargo.

Vaya, esto no me lo esperaba.

—Muchísimas gracias, son muy halagadores tus comentarios.

—Cuando estés al mando, acuérdate de mí, voy a ser la mejor ingeniera de pista de este país.

Sonríe con tanta confianza que solo puedo rendirme ante ella.

—¿Cómo te llamas?

—Gianna Graces.

—Encantada, Gianna.

Aprieta mi mano de vuelta.

Estoy embelesada con su confianza cuando se despide con la misma intensidad que llegó hasta mí.

Tengo entendido que el potencial que hay entre estas paredes cada vez es mayor. Por algún motivo, los comentarios de Gianna me han elevado la confianza en lo que estoy haciendo. Si el resto lo ve desde fuera, solo queda creermelo que lo puedo conseguir, y trabajar para ello.

Ninguno de los alumnos frena mis pasos hasta que alcanzo el garaje donde está Iris. Se

encuentra sola, muy concentrada en comprender las piezas del monoplaza que están desplegadas por la mesa.

—¿Diseminando un coche de carreras?

Se asusta ante mi llegada. Espero un gesto de asco por su parte al comprobar que soy yo, pero éste no llega.

—¡Ada!, ¿qué haces aquí?

—Quería hablar contigo, y me parecía que la casa de los Douglas no era el mejor lugar. Una sensación mía, no lo tengas en cuenta, soy un poco extraña para esas cosas.

Me invita a tomar asiento a su lado y lo acepto.

—Te entiendo, a mí tampoco me despierta buenas vibraciones ese lugar.

Mi comentario estaba motivado por una cuestión de comodidad. ¿Cómo iba a pedirle disculpas en el mismo lugar donde todo se desencadenó?

—Y bien, ¿qué querías hablar?

Directa al grano, como siempre hace. Es más, Beck me ha dicho en algún momento que odia y ama a partes iguales ese aspecto de ella.

—Quería pedirte disculpas.

—¿Cómo?

Se recoloca en la silla pasando la pierna derecha por debajo de su culo.

—Sí, me gustaría pedirte disculpas por mentirte. El tema de los gemelos es algo que conocía, no pienses que desde hace mucho tiempo, para la relación que tengo con ambos lo descubrí poco antes de que tú llegarás. Sabiendo cómo lo viví yo, y el enfado que pillé por lo mal que me hicieron sentir, debería de haber comprendido mejor tu postura. Haberte apoyado de algún modo. Cuando te fuiste, ni siquiera levanté el teléfono y actué de forma errónea. No quiero tapar mis errores, pero en mi vida están ocurriendo tantas cosas que me he desviado de lo importante, así que, espero que me puedas perdonar.

Sus ojos se amplían y se quedan fijos en mí.

—¿Suced algo? —es mi momento de preguntar.

Quizá he dicho algo que le haya afectado sobremanera, o me haya metido en un tema que no corresponde.

Carraspea para salir del trance y niega con la cabeza.

—No, no ha sucedido nada, tan solo me ha sorprendido tu arrepentimiento. Eres... Eres la única que me ha pedido disculpas y no sabía que necesitaba este momento de alivio.

Me sale una sonrisa natural que intento camuflar. No debería de reírme, no cuando tenemos esta situación peliaguda sobre nuestras cabezas, pero es que es tan sincera, tan «de verdad» que la admiro solo por la naturalidad que tiene.

—Supongo que cada uno tenemos un ritmo a la hora de asumir nuestros errores. Sé que no somos amigas cercanas, y que para ti no ha sido sencillo desde que has llegado, por eso me gustaría tenderte la mano. Intentar que, en la medida de lo posible, te pueda ayudar a encontrar un hueco en este mundillo.

—Gracias, Ada, aunque yo jamás perteneceré a este mundo.

—¿Al mundo de los pijos, quieres decir?

Suelto el comentario con algo más de desparpajo para aliviar la tensión. Lo consigo porque de su frente se borran las arrugas y suelta una carcajada.

—No quería expresarlo de ese modo, pero sí, el mundo de los pijos no es mi mundo.

—Te voy a ser sincera, yo he nacido en él y ahora quiero huir para encontrar algo de libertad y paz, así que mi consejo es que no te dejes vencer. No es el mundo ideal.

—¿Te vas a rebelar ante la élite londinense?

—Podría decirse que sí.

Me quedo en el instante en el que ambas sonreímos, cómodas la una con la otra. Nunca he sido capaz de tener amigas cercanas. La confianza ha sido un punto de partida complejo. Siempre he tenido a mi hermana cerca, Nate estuvo conmigo para protegerme desde la infancia, y después llegó Beck. Me he sentido tan cómoda con ellos, tan comprendida, que olvidé que fuera de nuestros muros también podía haber personas maravillosas.

—No quiero robarte más tiempo. Solo venía a disculparme.

—Disculpas más que aceptadas.

Asiento y me levanto para volver a casa con una energía diferente. Más tranquila y sobre todo más feliz.

—¿Quieres quedarte al entrenamiento? —me pregunta.

—¿Sí?

Sale como una pregunta porque no quiero que se sienta presionada por mis actuaciones. Hubiera entendido que no quisiera que formara parte de su círculo cercano.

—Tobías es un grano en el culo, pero le encanta fanfarronear de sus habilidades de entrenador. No tendrá problemas en que estés aquí, y a mí me gustaría.

Sé quién es Tobías, trabajó como piloto para mi padre unos años. Es cierto que tiene un ego bien trabajado, pero me cae bien. Es de los pocos reales que hay en la esfera del paddock.

—Me quedo, entonces.

—Genial, así me ayudas a comprender de dónde narices viene este tornillo porque, te juro, que no es de mi cabeza.

La carcajada sale para aliviar cualquier nervio que había acampado en mi estómago.

37. UN TRATO DE CONFIANZA.

IRIS

He encontrado el punto intermedio entre hablar con Mai como si nada hubiese sucedido, y evitar que la rabia me lleve por dentro.

—Señorita Iris, Michael quiere verla en su despacho.

—Núñez, no me hables como si fuera la reina. Me haces sentir vieja y acabo de llegar a la mayoría de edad.

Camufla la sonrisa como hacía antes. Antes de la mentira, quiero decir.

Me siento gilipollas al odiar al pobre hombre. Es un simple trabajador que le debe su sueldo a los dueños de esta casa. Solo en una película se hubiese puesto de mi parte y me hubiera salvado del engaño de los Hunter.

Como esto es la vida real, me ha tocado hacer borrón y cuenta nueva con él, aunque ambos somos conscientes de que la relación está tirante.

—¿Y se puede saber para qué me quiere ver?

—No tengo esa información.

—Bien, tendré que abandonar los estudios para atenderle.

Mai, al ser la directora de la universidad, ha conseguido reducir mi matrícula y dejar que curse tan solo las asignaturas básicas y a distancia. Deberé acudir al centro para los exámenes y en determinados momentos, pero lo puedo compaginar con los entrenamientos. Me encantaría mandar a la mierda los libros, centrarme solo en la pista, no obstante quiero darle el gusto a mi madre de verme con un título universitario. La mujer se merece sonreír y no tantas penas como le he hecho sufrir.

El despacho de mi tío tiene la puerta abierta, extraño en él, así que meto la cabeza con cuidado para no llevarme una sorpresa.

—Adelante, Iris. Te estaba esperando.

Los trajes entallados que le hacen parecen siempre los mismos, los colores oscuros, serios y sombríos, pero todos ellos tienen detalles que marcan la diferencia. El de hoy es el símbolo de la empresa bordada en la solapa en un tono grisáceo más claro que la americana.

—Y bien, tú dirás.

—Acudiremos este fin de semana al Gran Premio de España.

—¿Acudiremos? Yo no lo haré, tengo entrenamientos.

—Acudiremos. He conjugado el verbo en su persona correcta. Debemos de coger distancia con Londres y mi equipo de seguridad necesita que todos estemos juntos.

—¿Equipo de seguridad?

¿Qué coño me he perdido?

Michael ni siquiera tiene guarda espaldas, ¿ahora tiene a todo un equipo?

—Así es, han surgido ciertos cambios que me han hecho tomar una decisión.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Toma aire con fuerza, no la suficiente como para que el suspiro sea molesto. Es un experto en medir sus actuaciones, admiro esa elegancia y saber estar que tiene, ojalá lo hubiese heredado.

—Matías —comienza a decir—, ¿lo recuerdas?

—Como para olvidar a ese gilipollas. Sabía todo mi pasado.

—¿Has tenido comunicación con él?

¿Qué?

—Por supuesto que no. ¿A qué viene esto?

—Nos está chantajeando. Asher tiene la sospecha que la conversación que mantuvo contigo fue una mera toma de contacto. Algo que nos alertó de lo que se venía.

—¿Chantajeando con mi pasado?

—No, con el nuestro.

Mucho más jodido, eso sin lugar a dudas.

Me quedo muda, me recuesto en la silla y espero a que él continúe. Parece que le afecta lo que está a punto de decir.

—Conoce nuestros secretos más oscuros, y está dispuesto a hacerlos públicos si no hacemos un pago. El equipo está intentando solucionarlo, pero por el momento no está teniendo buenos resultados. Entenderás que, tras un imprevisto en el Gran Premio de los Países Bajos, tengamos seguridad.

¿Imprevisto?

Beck no dijo absolutamente nada de eso. Aunque, tampoco he hablado con él.

Mierda, ¿y a mí qué me importa?

—Tu seguridad está en mis manos desde el instante que aceptaste nuestro acuerdo. Si te cuento esto es porque quiero trabajar en la confianza que necesitamos. No ha cambiado nada desde nuestra conversación.

—A mí me parece que ha cambiado todo.

Siento que ha pasado una vida desde que me contó el secreto de mi padre. Con todo lo que descubrí en esa conversación, he dejado de recordar que una de las intenciones de Michael era tener un contacto familiar estrecho.

No sé cómo lo ha tratado la vida para ser tan frío, lo que tengo claro es que él no ha puesto de su parte para que nuestra relación cambie. Estoy aquí por un nuevo trato, como si fuese otro más de sus negocios.

—Quiero que entiendas que esto no es sencillo para mí. Para ninguno de los dos, por eso te pido que entiendas esto como un acto de confianza. Nadie más que la familia conoce lo que Matías está haciendo, me gustaría que así siguiera y que extremases las precauciones.

Es la primera ocasión que lo escucho tener un tono cercano conmigo.

—Está bien.

—Y, si en algún momento se vuelve a poner en contacto contigo, por favor, avísanos cuanto antes.

—¿Tan grave es?

—No sabemos a quién nos enfrentamos, puede ser un lunático o algo mucho más serio.

«Mucho más serio...» —repito en mi cabeza.

Bien, me parece que, además de volver a visitar el avión privado y el paddock, también me toca tener cuatro pares de ojos a mi alrededor.

38. EL CRONÓMETRO NO MIENTE.

IRIS

No es solo que el viaje sea caótico para las dos horas que dura, es que la seguridad que ha contratado Michael no me deja ni respirar tranquila.

Deseo preguntar si vendrán conmigo al baño cuando me entren los retorcijones para cagar, porque entonces tendremos un serio problema. No puedo hacerlo si conozco que alguien me está escuchando o esperando. Es algo que bloquea a mi mente y, por tanto, a mi culo.

Reviso por enésima vez el teléfono a la espera que el trayecto del aeropuerto al hotel se haga más ameno. Mai y Michael hablan de sus cosas, en concreto de un negocio que mi tío está cerrando y que será satisfactorio para la empresa. Su mujer lo escucha atentamente y también aporta consejos y modos de actuar.

—Iris.

Elevo la cabeza hacia él al escuchar mi nombre.

—Irás directamente a ver la clasificación, nosotros tenemos una reunión a las cinco.

—¿Sola?

No sé por qué me entra un miedo repentino a hacerlo, será fruto de que, junto a nosotros, vayan tres hombres del mismo tamaño que Hulk.

—No, irás acompañada por uno de ellos, por supuesto.

—Está bien.

—Toma —Saca una caja verde del bolsillo interior de su chaqueta y me la entrega.

No es de gran tamaño, pero sí lo suficiente como para contener algo interesante. Tiene los colores verdes de la escudería, y el nombre de la misma en el centro.

La abro con sumo cuidado y me encuentro una tarjeta de identificación dorada con el día de la semana en la que estamos y algunos patrocinadores que tiene Beck.

—Podrás entrar en todas las partes, puedes hacer lo que quieras. La clasificación comenzará en unos minutos.

—Gracias, supongo.

—Disfruta —suelta Mai con una sonrisa antes de que el conductor frene a la entrada del paddock.

—Gracias. Lo mismo digo, aunque, si vais a una reunión, os deseo paciencia y que el Dios de la cafeína esté con vosotros para que no os entre el sueño.

Si se ríen de la broma no me entero porque mi guardaespaldas abre la puerta por mí y desciendo de la furgoneta con brío.

Los tornos de acceso se yerguen ante mí con el logo rojo de la F1. Hay tres de ellos y solo uno está disponible.

—Espera, ¿tú puedes acceder?

—Sí, señorita, tengo acreditación como agente de seguridad.

Agente de seguridad. Madre mía, eso suena como si me acabase de convertir en alguien

superimportante.

—Bien.

Camino hacia allí y acerco la acreditación al lector digital. La luz verde indica que puedo acceder al recinto. El hombre «agente de seguridad», realiza la tarea más veloz que yo y se coloca a mi espalda sin darme tiempo a reaccionar.

Luce una ropa casual, nada que llame la atención a no ser el pinganillo que luce en la oreja derecha.

Mi tío me ha pedido que no hable con ellos más allá de lo estrictamente necesario. No sé si es una manía de él por mantener a los trabajadores a raya, o por si ellos mismos lo prefieren de este modo. Dado que no deja de observar cada rincón que nos rodea, evito molestarlo.

El día ha refrescado, así que, ya que tengo el pase vip, busco la forma de acceder a la zona de la escudería donde me encuentre refugiada del viento y del aire. Debería de haberme traído ropa más calentita, el frío de Barcelona está calando mis huesos con la chaqueta de cuero que he elegido para la ocasión.

A la entrada de la zona reservada para contemplar la carrera, una de las trabajadoras me ofrece unos cascos para escuchar la retransmisión y para evitar así que el ruido constante de los trabajadores moleste. Los acepto. Cuando se los ofrece al guardaespaldas, él lo desestima con un movimiento de mano seco.

—¿Está bien si nos quedamos aquí?

—Donde usted diga.

—No me llames de usted, por favor.

Qué manía tienen. Con mi tío lo comprendo, pero podría ser la hermana pequeña de este muchacho, ¿es que no ve el colágeno que corre por mi rostro?

La transmisión emite la previa de los programas dedicados a hablar de la Fórmula 1, ninguno de ellos me llama especialmente la atención, así que me dirijo hacia la zona más cercana a los cristales, desde donde se ve todo lo que sucede con los monoplazas. Varios mecánicos están trabajando con las mantas térmicas. Uno de ellos está pegando las pegatinas extras en el coche.

Beck aún no ha llegado, o si está por aquí, se encuentra camuflado entre el mar de trabajadores con la equipación verde eléctrico.

Todos parecen muy interesados en los detalles, así que paseo con tranquilidad a la espera de que dé comienzo la carrera de clasificación para decidir en qué orden saldrán mañana en la carrera principal.



Fijo toda mi atención en la pantalla de televisión que parpadea con la emoción de la carrera de Fórmula 1. El zumbido de los motores y el estruendo de los neumáticos llenan el ambiente, haciendo más necesario si cabe la utilización de los auriculares.

Beck ha entrado en Q3, el último tramo de clasificación, pero le ha costado horrores hacerlo. La competición este fin de semana parece más feroz que nunca.

En la cámara *onboard* de su monoplaza, se distingue su característico casco con el arcoíris cruzando los colores llamativos que siempre luce. En algún momento tendré que hacer la pregunta del millón para conocer por qué lo lleva siempre, no quiero hacerme ilusiones, más cuando hacía años que no teníamos contacto, pero es llamativo, solo eso.

Por la forma en la que mueve el volante, algo parece no estar bien. Puedo sentir la tensión en el aire mientras los cronómetros marcan cada vuelta. Mis dedos se retuercen en mi regazo. Quiero

que me importe una mierda y al mismo tiempo sé que eso no sucederá jamás.

Los comentaristas hablan de las habilidades de los pilotos, todos concuerdan que Beck tiene el potencial para estar en la cima, pero hoy, el coche parece rebelarse contra él. Las curvas que normalmente domina con elegancia, se vuelven desafiantes, y cada intento de acelerar se encuentra con una resistencia imprevista.

Me hundo más en la silla con cada posición que pierde en la clasificación. Siento la frustración y la impotencia crecer en mí. Giro mi mirada hacia el reloj, contando los segundos que determinarán su posición final.

No le da tiempo a hacer otra vuelta, y la que ha marcado anuncia que no escalará más allá de la octava posición, aun faltando dos pilotos más por cruzar la línea de meta.

Cuando estos lo hacen, la posición de Beck no varía, mañana saldrá desde la octava posición.

Si yo estoy cabreada con el resultado final, no me quiero imaginar cómo se encontrará él.

39. ¡SORPRESA!

IRIS

—Será mejor que esperes junto al equipo de Beck. Tengo que ir a atender un asunto de suma urgencia.

El agente de seguridad se lleva los dedos a la oreja, justo donde se encuentra su pinganillo, cuando asiento, huye de mi lado sin darme tiempo a reaccionar. Hubiera preferido acudir con él antes que tenerme que encerrar en la sala privada de Beck.

Una marabunta de personas me empujan hacia la pared de la *mobile home*, cuando me siento agobiada por dichos movimientos, entiendo que no tengo otra opción que, enseñar mi identificación, y entrar.

El color verde es el predominante junto con un ligero toque de blanco. Hasta las flores decorativas están combinadas en este lugar.

Los preparadores físicos pasean por la zona con cintas de estiramientos, y el fisio camina regio hacia una de las salas con la camilla a cuestas.

Si veo el lado positivo, hay suficientes personas como para que me tenga que encontrar con...

—¿Te has perdido, arcoIris?

Pego un salto y me separo del cuerpo que me ha rodeado por la espalda.

—No te pega una mierda hablar de ese modo dulce.

El susodicho está sudado, con el mono de carrera anudado a la cintura y mirando hacia mí con una sonrisa bobalicona que le borraría en un instante.

Lo más jodido de todo es que se me ocurren varias ideas para lograrlo, algunas más sensuales que otras.

Parece que a él no le afecta mi tono cortante porque le pide a su ayudante que le guarde el casco y mueve la mano para que lo acompañe a su habitación.

—Aquí estoy bien, gracias.

—No te hagas la dura, arcoIris, aquí está mirándote todo el mundo.

Dejo vagar la mirada a mi alrededor. Una de las mujeres, las que hace los cafés al equipo, observa cómo Beck me toca el brazo.

El cocinero, que ya recoge la comida sobrante, también mira hacia nosotros. Por el otro lado, la representante de prensa toma nota mientras cambia la atención de su libreta a nosotros.

Mierda.

Doy un simple paso hacia él y consigo otra sonrisa de medio lado.

—Solo porque odio a los chismosos.

—Lo que tú digas.

Caminamos hacia su guarida. He estado en muchas ocasiones en esta sala y me sigue pareciendo claustrofóbica y lujosa como el primer día. Los materiales se ven de calidad, hay detalles que aportan esa diferencia de lo convencional a lo extravagante. Eso no quita a que la cama, la mesa y el baño estén comprimidos en muy pocos metros.

—Y bien, ¿no vas a decir nada?

—Estoy aquí obligada, no sé si conocías dicha información.

Poder ver el Gran Premio desde las gradas es una oportunidad que no dejaría pasar, pero ahora, tal y como están las cosas, el viaje más ha parecido una condena que un regalo.

—Lo sé, me refería a la clasificación. ¿No vas a dejar patente tu opinión sobre mi actuación?

Baja el mono con chulería, ni siquiera me pregunta si me encuentro incómoda. Las mallas ignífugas son lo siguiente que está a punto de retirar de su cuerpo, así que me giro antes de comprobar cómo se introduce en la ducha.

—Podría decir que ha sido una actuación pésima.

Y lo diría con hechos y pruebas.

—Podrías decirlo, es cierto.

Al perder el contacto visual, su voz parece que está más cerca que antes. Como si se hubiese pegado a mi cuerpo.

—¿Y lo vas a hacer? —pregunta.

Por algún motivo ha perdido la gracia. No está siendo un fin de semana sencillo y su bajo rendimiento despierta en mí tristeza.

Es un sentimiento de vacío, como si quisiera ayudarlo, pero supiera que no es lo correcto.

Algo está sucediendo, ambos lo notamos.

Estiro la cabeza por encima del hombro, me encuentro que, mi percepción era cierta, se ha acercado a mí.

—¿Y bien?

—Hoy no me apetece.

Entiende el significado real de mi comentario porque deja atrás la sonrisa ladeada de chulo y me mira con lo que siento que es cariño.

No sé a qué estamos jugando, qué estamos haciendo, o cómo va a resultar todo esto. Lo que está claro es que, como no nos perdamos en el camino, seremos ya unos supervivientes.

Un toque en la puerta nos desconcierta a ambos. Beck abre sin miedo a quién se va a encontrar, cuando lo hace, el segurata que me acompañó durante todo el día está acompañado de otro.

—Tenemos que irnos antes de que los fans se acumulen.

Beck asiente y busca mi mirada para comprobar si estoy lista.

Lo estoy, y con ganas de salir de este cubículo tan pequeño que está confundiendo mis ideas.

—Sus padres le están esperando en el hotel, nos vamos directos hacia allí.

Uno se posiciona tras mi cuerpo y el otro copia la postura con Beck. Cuando estamos a punto de salir de las oficinas, me sujeta por el brazo para hacer que cambie de trayectoria. Vamos abriendo camino y también cubriendo a Beck de las miradas de los fans.

—El coche nos espera en la parte trasera, señorita.

No me voy a meter en su trabajo, me dirijo donde él indica y subo a la furgoneta sin mirar hacia atrás. Sé que Beck viene tras de mí, escucho sus gruñidos desde hace un rato.

—No soy un puto crío, no hace falta que me lleves en volandas.

—Es por su bien. Los fans están muy alterados.

El circuito de Barcelona es de los que más fans suele atraer. La gente es cariñosa, adora a cada uno de los pilotos, y quieren tener muestras de cariño con ellos. Entiendo en cierta parte el enfado de Beck porque lo separen de sus fans, debe de ser halagador que te cuiden y te admiren de esa forma.

Nos mantenemos en silencio durante todo el trayecto. Yo porque tengo demasiados nubarrones sobre mi cabeza, y él... No tengo ni idea. Supongo que la mala clasificación tendrá algo que ver,

o lo que ha sucedido en el cuarto, que ha sido muy extraño.

En el hall del hotel hay un grupo de fans que Beck saluda con el permiso de los guardaespaldas. Yo accedo a través de la puerta acristalada que no cesa de girar, para mi sorpresa me encuentro con Mai.

—¿Iris! ¿Cómo lo has pasado?

—Mucho mejor que tu hijo, eso sin lugar a dudas.

Tapa la boca con la mano derecha y creo atisbar un intento de sonrisa.

—Todos tenemos días malos.

—Sí, la diferencia es que no lo ven millones de personas

—¿Cómo está?

—Creo que un poco nervioso.

Por no decir abatido. Si él le quiere contar sus sentimientos a su madre, es su decisión.

Escuchamos los gritos de los fans cuando accede al hotel. Se sorprende del mismo modo que lo he hecho yo con la figura de su madre.

—¿Ocurre algo?

—No, no te preocupes. Quería informaros de que ha surgido un evento social con patrocinadores al que debemos de acudir los cuatro.

—Mamá...

—Es importante, Beck. Estás en un año de tu carrera crucial, piensa en esto como parte de tu trabajo.

Me mantengo al margen, aunque no entiendo qué pinto yo en todo esto.

—¿Cuándo es?

—Esta noche —responde Mai muy confiada de que su hijo acepte.

—¿Está noche? Tiene que ser una broma.

—No lo es. En la sala de vestuario tienen varias prendas para que podáis elegir. ¡Poneros guapos!

Con las mismas se gira y desaparece en el primer ascensor.

—Estoy teniendo una especie de recuerdo peligroso... —admito ante el silencio de Beck.

Mira hacia mí, vuelve a haber esa mirada triste que no comprendo de dónde procede.

—Nos vemos.

Agacha la cabeza y escoge el otro ascensor que su madre evitó.

40. NI YO TU ARIEL NI TU MI ERIC.

IRIS

En la sala de vestuario que Mai referenció, no había una o dos prendas, había cientos de combinaciones a mi disposición. Las modistas me explicaron que era un vestuario que el hotel alquilaba, yo tan solo tenía que escoger algo de mi gusto y el resto correría a cargo de la escudería, o de mi tío, no me quedó del todo claro quién iba a pagar la cuenta. Puede que me haya acostumbrado algo a la vida de pija, porque no miré la etiqueta con el precio, directamente busqué algo que encajara con mi estilo y me hiciera sentir cómoda. Me he decantado por unos pantalones de traje anchos de color granate, y una americana a conjunto. Debajo llevaré una blusa negra preciosa que encontré. Es una combinación sencilla y que me hará sentir elegante en el mar de hombres con los que vamos a tener una velada esta noche.

Lo de simular ser una princesa, con el vestido precioso, tener al príncipe a mi lado... Esa historia ya pasó, ese barco se ha hundido. Y, como ni soy la Sirenita, ni Beck es mi Eric, hemos seguido nadando hasta olvidarnos de todo.

¿Por qué mi mente tiene que comenzar una frase pensando en la Sirenita y acabar enfocando a Nemo y sus aleteos? En fin.

Después del encuentro en la sala privada, voy a necesitar más de una hora de arreglos con maquillaje para que se me borren por completo las sensaciones que se han adherido a mi cuerpo. Es el magnetismo del mono de carrera, lo tengo comprobado.

Tiro la ropa que estoy utilizando sobre la cama, y me voy directa hacia la bañera. Tengo que esperar desnuda a que ésta se llene, y aun con esas, es mucho mejor enfocar mis pensamientos en cómo el chorro de agua cada vez hace más ruido, que en cómo se veía Beck hace unas horas. La última vez lo empotré contra las ruedas del garaje y lo besé como si el mundo se fuese a ir a la mierda. Parece que ha pasado un siglo, y en realidad han sido unos pocos meses.

«Esto de ser joven y tener que vivir con tanta intensidad está dañando nuestra generación».

Solo hay que ver cómo...

Cuando soy consciente de la reflexión en voz alta que estoy teniendo conmigo misma, corto por lo sano, me meto en la bañera y espero hasta que el agua cubre por completo mi cuerpo.

Cerrar los ojos, respirar y relajarse. ¿Parece sencillo, verdad? Pues para mí no lo es.



Dos horas después, y con un maquillaje de lo más básico, salgo de mi habitación revisando en cada espejo que las ondas del pelo me hayan quedado bien hechas. Como no tenía ni idea de a qué hotel íbamos a acudir, me he traído mi moldeador favorito, me deja un pelo increíble y...

—Estás muy guapa.

—Ni lo menciones.

Sabía que iba a suceder. Lo conozco más de lo que él me quiere permitir creer. Salvando las distancias de su secreto, claro está.

Cuando me estaba vistiendo, he hecho una apuesta conmigo misma, porque es así de triste, no tengo con quién compartirla. Aposté a que Beck estaría esperando por mí en el hall para tirarme algún caramelo a ver si volvía a caer en sus redes.

Las redes del engaño y la mentira.

—Se lo he dicho a la moqueta. —Miro hacia él pasmada por su salida. En lugar de mirar hacia mí, lo hace al suelo, a la alfombra roja que cubre parte del parquet.

—Eres gilipollas.

—¿Creías que iba por ti, verdad? No pasa nada, arcoIris, puedes ser la segunda belleza de esta sala.

Cierro los ojos para pensar la mejor frase y salir airosa de la situación, pero nada llega a mi mente. Me he quedado en blanco y con ganas de reírme.

Maldito Beck Hunter.

El timbre del ascensor nos indica que ha llegado a nosotros. Ambos soltamos la mirada del otro y enfocamos nuestros pasos hacia el cubículo, con tan buena suerte de que lo hacemos a la par y las puertas no son lo suficientemente amplias como para que podamos acceder al mismo tiempo.

—Los idiotas delante, por favor.

—No, las señoritas delante.

—No me vas a mirar el culo —empujo con delicadeza su hombro hacia el interior del ascensor y él se deja hacer.

—¿A qué ha venido eso?

—Venga ya, esa caballerosidad tiene un motivo. Ser un baboso como la historia ha demostrado que sois.

—¿Nos metes a todos en el mismo saco, Stars?

He de reconocer que el traje a medida le queda demasiado bien.

Y sí, he dicho demasiado porque nadie debería de ser tan guapo como este chico.

—Deja de tirarme indirectas, Hunter, no voy a caer en tus redes como en la última ocasión que estuvimos en un hotel.

—Sobre eso...

Respirar su colonia significa que está muy cerca de mí. Cambio mi posición lo más lejos que puedo de él, nos dejó frente a frente. Cada uno batallando con su lucha.

—Deja la mierda en el cajón, no hemos venido a esto. Estamos aquí para convencer a los patrocinadores que puedo ser un activo interesante, fin.

Resopla, se lleva los dedos al puente de la nariz y vuelve a mí.

—Esa gente está acostumbrada a que les hagan la pelota, ¿estás preparada para eso? Te noto demasiado irascible.

—¿Qué sabrás tú?

Suelto la frase y me arrepiento.

Se le escapa una risa floja que casi, ¡casi!, se me contagia.

—No lo digo yo, lo dice tu expresión física.

—Es cierto, no estoy acostumbrada a estas mierdas.

—Déjame a mí. Esto es importante. Michael tenía razón, de ellos dependerá tu carrera.

Lo sé, joder, lo sé con el suficiente peso como para que me estén temblando las piernas.

—No necesito tu ayuda.

—Sí, la necesitas —aclara—, y no es malo reconocerlo.

—Si es uno de tus juegos para hundirme...

—¿Qué voy a ganar con eso, Iris?

Ha soltado mi nombre como si ese simple hecho no transformase la atmósfera que nos rodea. Es mucho más sencillo cuando ninguno se sale de su papel, cuando todo sigue como siempre. Odiar es fácil cuando me lo sirve en bandeja de plata.

—Nada, ya te lo aclaro yo. No gano nada. Confía en mí.

No puedo confiar en alguien que me ha mentido en varias ocasiones. Como esto sea una nueva jugarreta, va a arder la mansión de los Douglas en cuanto regresemos a Londres.



Cada uno de los integrantes de la mesa derrocha dinero por cada poro de su piel. No es solo por sus vestimentas, son las joyas, la forma de relacionarse que tienen, no hablan de cambiar el coche porque se les ha quedado pequeño, hablan de hacer una inversión millonaria para poder ganar el doble con la venta.

Un mundo del que no soy partícipe y que me siento tan fuera de lugar como incómoda.

Aunque suene extraño admitir esto, echo de menos a Nate en este tipo de eventos. Su vena más cordial y dicharachera ayuda a que mi mente no comience a generar escenarios ficticios. En todos ellos, el resto me mira como si oliera mal, se ríe de mí por la forma en la que camino, o estoy en riesgo vital a cada paso que doy de romperme un diente contra el suelo.

—¿Todo bien? —pregunta Michael cuando toma asiento a mi lado.

La mesa está dispuesta de tal forma que Beck y yo estamos sentados uno frente al otro, y Mai y Michael también. Los cuchicheos de este modo se evitan. Y lo agradezco, hoy no es un buen día para pedirle ayuda por lo bajini a mi enemigo.

—Sí.

Cambia la atención cuando escucha mi confirmación. El hombre de al lado señala su nombre, por lo que se va directo a responder su duda.

Durante el primer plato intento evitar por todos los medios las preguntas hacia mi persona. Sé que debería caer bien a alguno de ellos, ampliar mis horizontes, conseguir medios para mantener mi carrera, pero nunca he sido capaz de destacar por mi inteligencia en este asunto, y eso no va a cambiar ahora.

—Y la señorita Stars, alguien me ha comentado que está haciendo prácticas en el Douglas Racing High School.

—Ha escuchado bien.

No soy yo la que respondo, ni incluso mi tío, ha sido Beck el que ha tomado la palabra. El director de prensa de una conocida marca de ropa, así lo anuncia su credencial sobre la mesa, asiente ante su afirmación.

—¿Y cómo se presenta la temporada? ¿Hay alguna posibilidad de acceder a las categorías inferiores? Tengo entendido que eres muy joven.

—En nada la verás en algún circuito, Lowin. Las clases con Tobías darán sus frutos, ella tiene un talento innato.

Cuando Beck suelta la mirada de ese tal Lowin, intento susurrar un: «¿Qué coño haces?», pero, o él no me quiere escuchar o pasa por alto mi comentario.

No necesito que nadie ensalce mis galardones, primero porque no los tengo. Y segundo, porque los Hunter me han vuelto a engañar trayéndome aquí.

Esto no es un paseo para conseguir patrocinadores, esto más parece un ensalzamiento a su

escuela y a lo que están haciendo por mí.

—Está entrenando con Tobías Corbin. El mejor.

Se escucha un sonido «oow».

—¿Has pensado en que pueda participar en las pruebas de la categoría media, Michael?

—Tenemos todas las opciones abiertas —vuelve a responder Beck.

Que hablen de mí como si no estuviera presente, y como si fuera un objeto al que pueden manejar a su antojo...

—Si me disculpáis.

Dejo la servilleta sobre la mesa y me retiro con sigilo. La rabia hierve en mi interior, así que no sé hasta qué punto mi salida está siendo elegante.

El murmullo que se forma, el comentario de mi tío diciendo «se pone nerviosa en estos eventos», y Beck señalando mi nombre a modo de alarma para que frene, es demasiado para sostener en un acto rodeada de personas que no conozco de nada.

—¡Iris!

Corro lejos de Beck por el primer pasillo que encuentro.

Menos mal que he elegido unos pantalones y no un vestido de princesita.

41. ¿MENTIRAS O VERDADES?

IRIS

—¡IRIS!

—¡No me sigas! —grito cuando alcanzo la enorme terraza con jardín que tiene el restaurante.

—¿Qué ha sucedido?

Me giro hacia él. El traje no se ha movido de su sitio, su respiración no está acelerada como la mía. La careta sigue tan perfecta como siempre. De nuevo el error aquí soy yo, la que está loca de la puta cabeza, la que debería de seguir las órdenes.

—Estoy hasta las narices de la tirita que habéis puesto. Como si nada hubiese sucedido, ¡como si os preocupaseis de mí o de mis sentimientos!

Su rostro se dulcifica y de forma instantánea doy un paso para alejarme de él. Sé lo que se viene ahora, una mirada de pena que no deseo vivir como protagonista.

—Vete, Beck, no me interesan tus explicaciones.

—¡Estaba intentando ayudarte! Deja de una puta vez de iniciar una y otra vez la guerra.

—¿Qué yo inicio la guerra? Qué cara más dura tienes.

Camino sin rumbo, encontrándome que los maceteros de las plantas pueden ser un buen refugio para estar lejos de él.

—No he utilizado una buena combinación de palabras, ¡pero ahí dentro sí lo he hecho!

Por más que me alejo, él me sigue. La chaqueta del traje se le ha abierto, no sé si el botón ha salido disparado con sus aspavientos, o lo ha abierto él mismo.

—Lo que has hecho ahí dentro es un claro ejemplo de lo que representáis.

—¿Y qué se supone que representamos?

—Mentiras.

Mis labios se aprietan cuando digo la palabra.

—No he dicho ninguna mentira.

—¡Sí, lo has hecho! Ensalzar la realidad es mentir. Y lo peor de todo es que aún se me hiela la sangre cuando te veo hacerlo.

—Este mundo no es como tú te imaginas, como nos imaginábamos de pequeños. Tanto Michael como yo llevamos los suficientes años luchando como para conocer lo que tenemos que decir y cómo debemos hacerlo. El ensalzamiento era necesario, joder.

Deja que sus brazos caigan con fuerza hacia sus muslos. Cuando choca contra ellos, el ruido de la tela al ser aplastada me hace dar un respingo.

—Queréis que sea vuestra nueva marioneta para tenerme con la boca cerrada, ¿creéis que soy idiota?

—Estás sacando conclusiones equívocas.

—Si entro en vuestro clan, todo saldrá bien. Si sigo vuestras indicaciones, todo saldrá bien. ¿Sabes qué te digo? Que no me creo ya una mierda de lo que decís.

Me acerco hacia él a medida que hablo.

El dolor y la rabia son una constante desde que llegué a la mansión de Londres, porque me duele que ni mi propia familia crea en mí. Ninguno me ha dado la oportunidad de demostrar que sé guardar un secreto.

La garganta se me empieza a cerrar y lo que menos quiero es derramar una lágrima delante de él, por eso, trago saliva con dificultad y bajo la cabeza para centrarme en su pecho y no en su mirada.

—Habríamos sido un buen equipo, capullo.

Sin poder retenerla, la gota fría camina por mi mejilla. Imparable y sincera.

—ArcoIris...

Toma contacto con mis brazos, me acerca hacia él, pero me alejo antes de cometer una idiotez.

—Deja de hablar de mí como si fuera uno de tus proyectos, Beck. No me hagas más daño —susurro.

Me giro para volver al salón, sin embargo, con la fuerza de la inercia de su agarre, vuelvo a toparme contra su pecho.

Antes de que me dé cuenta, las manos de Beck rodean mi cadera y mi espalda. Sus labios chocan contra los míos. No es un roce carismático, la presión es igual a la pasión y a la rabia que fluye por mis venas. Tras la sorpresa, en lugar de separarme, me aprieto más contra él. Dejo que mis labios se abran lo suficiente como para que los suyos entren en mí.

Ninguno de los dos se separa, dejamos que toda la presión se concentre en ese punto compartido, las sensaciones, las manos recorriendo el cuerpo del otro y..., como viene, se va.

Corto por completo la unión.

—No vuelvas a hacer eso.

—Perdona ha sido...

—Ha sido una nueva estrategia de despiste, no soy gilipollas.

Sus ojos abandonan mi boca para irse directos a los míos. Hay sorpresa, y quizá también una mezcla de dolor.

—Jamás lograré entender cómo puedes pensar tan mal de mí, Iris.

—¡Me has engañado en la puta cara!

Evito decir el nombre de su hermano. Estamos gritando y, como el resto no sean sordos, serán capaces de escuchar nuestra discusión desde el salón.

—Tuviste la capacidad de confiar en mí y no lo hiciste. Y no solo con un tema, con muchos.

Recordar a mi padre en estos momentos no es lo más acertado. Michael me ha hecho creer durante años una mentira de mierda que ha generado una desconfianza en mí, brutal.

Ser una paria a la que ni su propio padre quiere, crea una herida interior que no es fácil de curar. Enterarme años después que el motivo tenía muchos matices, fue aliviador, por una parte, y por otra, desató una oleada de furia.

¿Cómo hubiera sido mi infancia si lo hubiera sabido?

¿Habría podido hacer más por él?

¿Mi madre hubiera tenido la posibilidad de contar con su ayuda en mi crianza?

Las respuestas a todo eso son siempre las mismas, los demás han elegido por mí y no pienso permitirlo.

—Ha sido un error.

—Cuando tengas la capacidad de pedir perdón como me merezco, podremos hablar.

No quiero continuar con esto, no hoy. Me giro y echo a correr lejos de él. No regreso a la mesa, me voy directa a mi habitación a dejar que las lágrimas vaguen libremente por mi rostro. De alguna forma es liberador dejarlas enfriar mi piel.

El pasillo se estrecha a mi paso, la chaqueta del traje me asfixia, como no llegue cuanto antes a un escondite, les daré carnaza a los que me ven como un eslabón débil.

He visto como algunos de ellos me miraban por encima del hombro, parece mentira que estemos en pleno siglo veintiuno y todavía por ser mujer tenga que quedarme callada, tener una presencia de florero para que el resto negocien por mí. Si a esto le sumo la mirada falsa de orgullo de mi tío y Beck, y el beso que acabamos de compartir... Es demasiado.

Cuando introduzco la tarjeta en el lector automático, siento un alivio instantáneo.

Retiro la chaqueta, la dejo tirada de camino a la cama. En el instante en el que siento las sábanas debajo de mi rostro, suelto toda la rabia en un grito que se queda atrapado entre el colchón.

Esto es una mierda que parece que no tiene fin.

¿Cuándo dejará de doler el pecho de esta forma?

¿Y por qué narices me ha tenido que besar después de todo?

42. EL PESO DE LOS RECUERDOS.

ASHER

Llevo unos días con tal presión que soy incapaz de conciliar el sueño por las noches. Pantera ha llegado a odiarme yéndose a dormir al sofá, lejos de mí. No quiero recurrir a las pastillas, hace años las necesitaba cada noche, y fue una época lo suficientemente oscura como para no querer regresar. Ada me ha invitado a su casa esta tarde. Ya que Beck no está, tenemos que extremar las precauciones, lo que es lo mismo, no salir a lugares en los que pueda ser visto. Así de sencillo y triste.

Aparco la moto en el lugar de siempre y entro en la casa con el casco puesto. Si a los trabajadores del hogar les resulta extraña mi actitud no me lo hacen saber. Solo consigo zafarme de la protección cuando estoy en la habitación de Ada junto a Lyn que ha sido la que me ha rescatado en la entrada.

—Así que, ¿eres el novio de mi hermana?

—¿Me vas a hacer un tercer grado para conocer si estoy a la altura?

Ella sonrío enseñándome todos los dientes. Envidio la vitalidad que tiene, siempre está feliz, con ganas de vibrar con buenas energías.

—Podría, pero me fío del criterio de Ada. Es la mejor en todo, aunque eso tú ya lo sabes.

Guiña el ojo y separa los labios para lanzarme un beso. El *gloss* que utiliza hace ruido con el movimiento.

—Me voy antes de que me vea mi padre, he quedado con unas amigas.

—¿Todo bien? —pregunto.

Me ha sonado extraño que aludiera a la presencia de su padre. Por muy complicado que sea para ellas, Lyn es la que mejor convivencia tiene con él. Desde el quicio de la puerta responde.

—Está muy nervioso estos días, creo que tiene que ver con un asunto de la empresa. No he querido tener más detalles, cuanto menos sabes, menos esperan de ti.

Es una buena filosofía de vida.

Me despido de ella con un ligero movimiento de manos y espero paciente sentado en la cama de mi novia.

«Novia».

Me sube un torrente de sensaciones por el pecho cuando lo pienso. Me hace sentir especial, como si mi corazón estuviera contento.

Los minutos continúan y cada vez es más extraño que Ada no venga a sus aposentos cuando conoce que he llegado. Le envié un mensaje cuando me bajé de la moto y lo ha marcado como leído.

Me acerco hasta la puerta y saco la cabeza para comprobar que no haya nadie por el pasillo. Como esperaba, no descubro a ninguna persona, pero sí una fuerte discusión a lo lejos.

Si mis sentidos no fallan, tiene que estar sucediendo en la planta baja. Camino hasta el comienzo de la escalera, y me encuentro con que estaba en lo cierto. Ada y su padre están

teniendo una fuerte discusión. Ella parece nerviosa, eleva el tono de voz a medida que él le rebate sus palabras.

—No pienso hacer eso. No soy una muñeca de goma a la que puedas manejar. Esos tíos son unos babosos de mierda.

—Quiero pensar, Adalia, que a los hombres que referencias son los mismos que invierten millones de euros para que el negocio familiar siga en pie.

—Puedes moldear la idea a tu gusto, el mensaje sigue siendo el mismo. No quiero que me expongas como un atractivo sexual.

—¿Quién está hablando de esa soez?

—¡Tú!

—No, jovencita. Has leído entre líneas lo que te ha interesado, tan solo te he recordado tu labor en la empresa.

—No soy una de tus trabajadoras.

—¿Ah no? Tenía entendido que querías tener peso en las decisiones. Que ibas a cambiar el mundo para las futuras generaciones.

Sé que Ada se está mordiendo la lengua por el modo en el que respira.

—Nunca has querido escuchar lo que tengo que mostrar. Asumes mi rol sin ni siquiera preguntar.

—Es como se ha hecho toda la vida y no va a cambiar. O, si lo deseas, puedes coger esa puerta e irte. Sin nada.

—¡Estoy deseándolo!

—Pero nunca lo haces, —se acerca a ella dejándole poco espacio— ¿por qué es Adalia? Yo respondo, se vive muy bien teniendo todo lujo de comodidades.

—No son comodidades y no es lujo, son imposiciones.

—Te gusta señalar al resto, pero jamás te veo realizar un ejercicio de ego propio. Deberías ser consecuente con tus actos, hasta entonces, harás lo que se te pida. Acudirás a esa fiesta junto a tu hermana.

—¿Y me pondré un vestido corto y escotado, señor Aston?

La mirada de su padre se llena de furia, acorta aún más la distancia y mi corazón comienza a latir de forma apresurada.

No me gustan los enfrentamientos, me traen muy malos recuerdos. Ada debería de ser consciente de quién es su padre, dónde están los límites. No es la forma de enfrentarse a él, no cuando está trabajando en un proyecto para Tirso.

Las manos me tiemblan mientras me apoyo con fuerza en la barandilla.

—Si es necesario, lo harás. Tu madre y tu hermana son buenos ejemplos en los que te puedes fijar.

—Porque haces con ellas lo que te da la gana.

Es el último paso del señor Aston el que me lleva a inclinarme hacia adelante. Un reflujo agrio sube por mi garganta.

¿Para qué se enfrenta a él?

No parece que su integridad física esté en peligro, Ada nunca me ha dicho que él...

—O haces lo que se te dice, o te largas de esta casa. No he criado a una niñata en vano. Si vives en mi casa es para ser útil.

—Qué pena que nunca hayas tenido un varón al que adoctrinar, ¿verdad, papá? Ni en el matrimonio ni fuera de él. Es mala suerte.

La toma de la barbilla con la suficiente fuerza como para que el cuerpo de ella se quede rígido,

a su merced.

Doy un respingo y quiero moverme, pero algo me paraliza.

«Ahora, no».

—No me hagas limpiarte la boca con jabón —escucho con una voz cortante y tensa.

No sé lo que ocurre a continuación. Todo se vuelve borroso, mi respiración se entrecorta y tengo que apoyarme en la barandilla para que mi cuerpo no caiga hacia delante. Mis rodillas ceden y las ayudo para que el golpe no sea grande.

En un segundo estoy en el suelo buscando aire. Intentando que la sensación de agobio me abandone, pero no lo hace.

No debería de estar sucediendo esto.

Ada no debería de ponerse en peligro.

Yo debería de poder hacer algo y...

—¿Ash?, ¿qué haces aquí?

Está susurrando y corriendo hacia mí.

Mis manos intentan bajar el cuello de la sudadera que me aprieta como si fuera el nudo de una horca.

—Ven, tenemos que ir a mi habitación.

Tira de mi cuerpo, me apoyo en ella y caminamos por el pasillo.

Ahora me parece angosto y largo. Metros de sufrimiento hasta que cruzamos la puerta.

Lo primero que hago es retirar la sudadera, me quedo en manga corta y el frío ayuda a que mis ideas se vayan moldeando.

Me mareo y no escucho bien del oído derecho.

—Ey, —me ayuda a tomar asiento sobre su cama—, ¿qué te sucede? Respira Ash.

Lo estoy intentando.

Toma mi cara entre sus manos. Revisa que no tenga fiebre, niego para explicarle que no estoy enfermo, esto es...

Esto es un ataque de pánico.

Como los que me sucedían hace años.

Los que se desataban cuando algo se escapaba de mi control.

—¿Qué ocurre, amor?

—No puedo... T... ¿Tú...?

—¿Yo? Yo estoy bien, mira.

Hace que mis manos recorran su cuerpo. Deja una encima del corazón, late con fuerza, sano y sin tener una respiración atascada como la mía.

—La pe...pelea.

—¿Con mi padre?

Asiento.

Comienzo a escuchar de forma nítida, pero mi cuerpo sigue temblando y ahora me abrasan las ganas de llorar y de tumbarme para hacerme un ovillo.

Soy una mierda.

—Estoy defectuoso. No deberías ver esto —consigo decir.

—Oye, no digas eso.

Salta a mi lado, los muelles del colchón le permiten utilizarlo para acercarse a mí. Antes de que pueda hacer nada, me está rodeando con sus brazos, acercándose a su cuello.

—Sí. Debería haberte ayudado.

Sacar la cara por ella, ayudarla a que su mensaje llegue al señor Aston. No sé a lo que le

obligará ahora, pero si Ada se ha puesto de ese modo, nada bueno puede ser.

—Ha sido una discusión más, Ash. No pasa nada.

Me hace cosquillas en el pelo pero hoy no me relajan.

Mi cuerpo tiembla con más fuerza, es su forma de soltar los nervios acumulados, los que bloquean mis músculos.

—Te ha hecho daño —afirmo.

—No.

Asiento y al hacerlo ella me separa de su cuerpo.

—Es como él —susurro cuando tengo su mirada clavada en mis ojos—. Y yo no he sabido hacer nada.

Las lágrimas corren por mis mejillas derrotando mi estabilidad.

—Amor, no es como él. No te preocupes, yo estoy bien.

Niego con fuerza.

—No lo estás.

Su ceño se frunce y hace fuerza por mantener mi cara entre sus manos, al alcance de su mirada.

—¿Esto te recuerda a...?

—Sí.

—Ash, no va a pasar nada.

Rompo todo el control que poseo. Incluso su agarre.

—¡Ese día tampoco iba a suceder nada y acabé matándolo!

Mierda.

Los recuerdos se entremezclan. La cara del señor Aston se confunde con la de mi padre.

Niego para salir de ellos, pero soy incapaz. Todo de repente está muy vívido.

—Cuéntame qué sucedió ese día.

—No.

Es una carga que solo yo debo soportar. Las consecuencias de mi actuación ya hacen que mi hermano y mi madre tengan que guardar las imágenes en su memoria.

—Conozco el desenlace, quiero saber lo que sucedió para poder ayudarte.

La colcha de su habitación es bonita. Como toda ella.

—Ash, por favor.

No deja que me centre en la belleza de la tela, me vuelve a llevar a ese lugar. A la casa de nuestra infancia.

—Nunca me mirarías del mismo modo.

—Eso es mentira, sigo aquí, ¿no lo ves?

Pega su cara a mi hombro. No sé si está llorando ella también o son los espasmos de mi tembleque.

—Es... —comienzo, pero no puedo seguir.

—¿Él te pegó ese día?

—A mí no —susurro.

Acabábamos de cumplir los once años. Mi madre nos había hecho una tarta de cumpleaños para cada uno. La de Beck era roja y tenía un coche de carreras, y la mía era azul con círculos en color blanco. Así la había querido, por aquel entonces me encantaba mirar las formas geométricas, me obsesionaban.

Él llegó a casa más pronto de lo habitual. Mamá estaba feliz, venía a celebrar con nosotros el cumpleaños, pero no era así, estaba de mal humor, algo había surgido en la empresa, algo que le puso de muy mal humor.

Llevábamos años aislados del mundo. Me gustaba la casa del campo porque teníamos de todo, pero echaba de menos poder ir al colegio con el resto de niños, jugar con otros niños que no fuesen mi hermano. La profesora que venía todos los días no era agradable con nosotros, le gustaba que mantuviéramos el silencio y nos mandaba muchísimos deberes.

Beck gritó emocionado al verlo. Estaba feliz con su tarta y se la quiso enseñar.

—Recuerdo los ojos de emoción de mi hermano. Estaba pletórico porque mi madre hubiera conseguido recrear un coche de carreras con un bizcocho.

—¿Y qué sucedió?

Las manos de Ada cubren las mías. No sé dónde comienza su cuerpo y dónde acaba el mío, nos hemos tumbado sobre la bonita cama tan juntos como si fuésemos uno.

Él sonrió.

Recordaré esa sonrisa toda mi vida.

Caminó hacia Beck y, cuando señaló la tarta con ilusión, él lo cogió por el cuello y lo aplastó contra ella. Todo se desmoronó en un segundo. Una obra de arte y de ilusión se rompió con un golpe seco.

Nunca nos había tocado. Él nos decía cómo teníamos que actuar, nos castigaba si nos portábamos mal. Mi madre estaba constantemente al tanto de que no lo molestáramos, pero lo de ese día fue algo extraordinario.

Beck siempre tuvo fuego en las venas. Quizá menos que ahora, pero ya era un niño peculiar, no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer y, conforme su tarta se rompió, él de algún modo lo hizo también.

Cuando pudo sacar la cara del pastel. Lo empujó con toda la fuerza que un niño de once años puede tener. Él no se esperaba esa reacción, y actuó sin pensar.

Le cruzó la cara con tanta fuerza que lo tiró al suelo.

Mi madre gritó.

Yo lloré.

Y él se volvió loco.

Cuando Beck cayó al suelo, se dio la vuelta y estampó a su alrededor la decoración de cumpleaños. Fue como si una máquina de destrucción arrasara con nuestras vidas, con nuestras sonrisas.

Mi hermano estaba en el suelo, sangraba por la boca, y no se levantaba. Estaba conmocionado por cómo mi padre le había maltratado. Él, al ver que no podía destrozar nada más porque todos los muebles estaban rotos, volvió la mirada hacia el niño.

Lo vi muy claro.

Lo iba a matar.

Y yo podría vivir sin muchas cosas, pero no sin mi hermano.

Fui más rápido que él. Me arrodillé ante Beck y me impulsé con el brazo en alto para que el golpe no le afectase.

—Sucedio en unos segundos. Mis nudillos impactaron contra su nariz, él dio un salto hacia atrás y cayó contra la mesa que se hallaba destrozada en el suelo.

—¿Murió por el golpe? —pregunta Ada en un susurro.

—Se desnucó por mi culpa.

43. UNA PROMESA.

ADA

De todas las cosas que me imaginaba, esta era la que más peso tenía en mi pensamiento.

Un accidente que Asher asume como un asesinato a sangre fría.

No puedo contener las lágrimas al pensar en cómo dos niños tuvieron que sufrir un descorazonador suceso.

Pienso en ambos, el día de su cumpleaños, emocionados. Me imagino la cara de Beck, contento por el regalo de Mai y cómo un mini Asher lo respaldaba con una sonrisa.

Y después esto.

Este nubarrón negro que tapó toda su vida.

—Debería de estar en la cárcel —susurra.

—¡No! Fue un accidente.

—No, no lo fue —asegura—. Beck se levantó y no cesó en transformarle la cara en un borrón de carne rota y sangre. Hubo muchos gritos, desesperación, todo fue...

«Un horror» digo para mí misma.

Cierro los ojos y me aprieto más contra su cuerpo. Todo lo que pueda estar cerca de él en estos momentos es poco.

Eran unos niños.

Y Mai...

No me quiero imaginar lo que tuvo que sufrir.

Los espasmos de su cuerpo hacen que me sienta aún más nerviosa. No por su revelación, sino cómo le pueda afectar.

—Nos tenemos que ir —determino.

—¿A dónde?

—A casa.

No estamos seguros aquí, tampoco yo estoy cómoda con lo que aconteció con mi padre hace unos minutos. Esta casa cada vez se está convirtiendo en una condena y no en un hogar.

Ahora mismo, el único lugar al que deseo ir, es al apartamento. La pequeña casita que ambos estamos construyendo. Con nuestras manías, con nuestros detalles. Con Pantera caminando por encima de nuestros cuerpos cuando estamos tumbados en el sofá.

Ha llegado la hora de dejar atrás lo que creí que era mi vida. El relato de Asher me ha hecho entender que no quiero ser un producto. Me gusta mi vida y me encantaría ser una mejor versión de mí misma. Para eso, no puedo estar aquí.

No hago las maletas, le pediré el favor a mi hermana después. Me levanto de la cama, el cuerpo de Asher tiembla ante la pérdida de mi calor. Rodeo lo más rápido posible el mueble y llego de nuevo hasta él.

—Nos vamos —repito.

Busco con la mirada dónde ha dejado la sudadera, la cojo al tiempo que él se sienta en la cama

con los pies en el suelo.

—¿No me odias?

¿Odiar?

No he odiado en mi vida, pero lo que Asher Hunter se merece no es que le responda con una simple negativa.

—Te quiero más que nunca, y estaré encantada de repetírtelo todos los días a partir de hoy. Hasta que te lo creas, hasta que dejes de pensar que eres un monstruo, porque eres luz, aunque tú no lo veas.

Niega y llora sin abrir la boca.

Tiro de su brazo para que se ponga en pie, me rodea los hombros y se apoya en mí.

Cuando salgo de mi casa, no miro atrás.

Algo se ha roto en mí y al mismo tiempo algo ha nacido.

No debería conformarme con el desprecio, sino con el amor elegido. Mi sitio ahora está lejos de estas cuatro paredes.

Activo el mando de mi coche y ayudo a Ash a sentarse en el asiento del copiloto.

Nadie sale a buscarme.

Ni una sola persona del servicio mira hacia mí.

Porque, donde no importas, nadie te echa de menos.

Lamaré más tarde a Lyn para que pase por el apartamento. Ella sí se merece una explicación, y se la daré, ahora me toca construir mi propia historia.

Cuando tomo asiento y cierro la puerta, busco la mano de Ash sobre la palanca de cambio.

Encuentro su mirada entre la oscuridad, hay miedo. Miedo a que, si entrelaza mis dedos con los suyos, me esté condenando a lo mismo que ha vivido él.

—Encontraremos la forma de seguir adelante —le prometo.

No sé ni cómo ni cuando, solo tengo claro que estaremos juntos y con las personas que sí nos quieren.

Cuando sus dedos recorren los míos, un calor se instaura en mi pecho.

—Te quiero —susurra.

—Yo también te quiero.

Visualizo un momento futuro, quizá nunca suceda. En él, todos sonreímos. Asher está a mi lado, con Pantera en los brazos, mientras miramos como Lyn y Nate traman una de las suyas. Beck está a su alrededor, y creo intuir que Iris lo hace a su lado.

Los sueños no se esperan, se trabajan y yo voy a levantarme cada día para que esas imágenes sean reales.

Esto es una promesa de futuro.

Activo el motor y doy marcha atrás hasta que mi antiguo hogar se convierte en un borrón por el espejo retrovisor.

44. EL MALDITO DRS.

BECK

Después de todo lo que ha sucedido, la visita al DRS va a ser un gran dolor de cabeza. Si no tuviera un trato con Tobías, la masterclass a los chicos de último año la cancelaría.

A la hora del desayuno, soy el primero en coger sitio, seguido por Michael, que sostiene el periódico diario, y de una Iris con el ceño constantemente fruncido.

—Buenos días.

Es lo único que dice, el resto del tiempo se concentra en el yogur que tiene entre las manos y en remover el café como si el azúcar no se hubiera derretido hace minutos.

En el momento en el que mi madre entra, toda la atmósfera cambia.

—Buenos días, familia, ¿cómo habéis dormido?

Aunque ninguno le responde, todos sonreímos, hasta Iris hace el amago de mover los labios hacia arriba.

—¿Hoy tienes que ir al colegio, verdad?

Entre nosotros solemos llamar al DRS como el «colegio» por el simple motivo que es muy extraño nombrarlo del mismo modo que el marido de mi madre. Cuando lo creó, podía haber sido menos egocéntrico y buscar una alternativa más alejada a la familia.

—Sí, he quedado con Tobías en... —reviso la hora en el teléfono móvil—, una hora y media.

—Iris, ¿irás con él?

—No.

No aporta más detalles. También me quedo con la duda de saber si conocía que iba a acudir al centro. Ella lo hace cada día, no ha faltado ni un día a las clases particulares con el ex piloto.

—¿Acudirás a la charla de Beck?

—Si necesita que le aplauda para inflar su ego, lo haré.

El ataque hacia mí, causa gracia en mi madre que se ríe del comentario de Iris sin reparos.

—Muchas gracias, mamá.

—Hijo, la entiendo. Es extraño que después de desayunar contigo, tenga que escuchar cómo hablas.

—Daré una charla como un profesional, deberíais separar los límites entre familiaridad y profesión.

Agradezco el comentario de Michael que no espera mi respuesta, regresa al periódico tenso por la reacción de su sobrina.

Para él, la profesión es parte de su vida. Si ha alcanzado la fama que tiene, además de que sus empresas son las más exitosas del mercado, es por el simple motivo de que trabaja a destajo con una mente fría que me encantaría poseer.

Iris, de forma inusual, se queda callada. Centra su atención en el café y no mira hacia ninguno de nosotros hasta que ha finalizado. Toma las llaves del coche que su tío le compró, y sale de la casa dejándome con las ganas de descubrir cómo hubiera sido un paseo hasta el Douglas School

juntos.



—Los chicos están muy emocionados, intenta no ser un gilipollas egocéntrico. Tienen demasiada autoestima y después se creerán los reyes del mundo.

Sonríó ante la petición de Tobías.

Entrenar a chicos que lo han tenido todo durante toda la vida, no es sencillo. Entre los pasillos del DRS se percibe poderío y soberbia en cada uno de los rincones. Algunos de ellos llegarán a ser grandes pilotos o ingenieros, otros se quedarán en el intento.

Ya que he tenido una semana de mierda, quiero enfocar parte de la charla en ese aspecto. La Fórmula 1 es un deporte mordaz con plazas limitadas. Los sueños no tienen cabida si no van de la mano del talento, la suerte, y los padrinos. Así de simple.

Cuando entro en la sala, todos ellos observan cada uno de mis movimientos. Hago un repaso a las caras que me miran sonrientes. Algunos los he visto, sé que hay talento en sus pasos, otros, como el último rostro que me mira sin sonreír, sé que la vida le ha hundido los sueños.

Tener a Iris en última fila me pone nervioso. He jodido las cosas con ella, ha malentendido mis propósitos en la gala, y ahora no tengo ni idea de cómo solucionarlo.

—¡El gran Hunter!, ¿qué tal, tío?

Teddy Raven es la simbiosis perfecta de todo lo que representa el Douglas Racing High School. Una mezcla de soberbia, unida al talento, y en su caso a la herencia de una generación de grandes pilotos. Solo tiene una cosa que mejorar: dejar de ser un puto crío.

Lo saludo con un apretón de manos y me centro en lo que he venido a hacer. Enviarles un mensaje claro y conciso que no les hunda en la mierda, pero les abra los ojos.

Una de las chicas que está sentada al lado de Teddy, le da un pescozón cuando comienza a moverse sin sentido en su silla. En lugar de centrarme en cómo el hermano de uno de mis contrincantes me puede tocar las narices desde primera hora de la mañana, mi cabeza se va directa a ella.

Odia las miradas de pena, lo sé, pero por más que lo intento no sé cómo narices salir de esta situación sin que los dos suframos en el proceso.

Abandono por completo el pensamiento y me centro en el mensaje. Estos chicos se merecen mi mejor versión, no una descafeinada con el corazón roto.

Tobías me ayuda a matizar las ideas principales. Él mejor que nadie conoce lo que es triunfar y tener que despedirte del sueño antes de tiempo. Siempre he creído que lo que le sucedió, lo hizo el hombre exitoso que a día de hoy es. Si está en estas aulas es por pura pasión, porque es uno de los activos que trabajan mano a mano con Michael cuando suelta el mono de mecánico.

—De nada sirve creerse el mejor si no lo demostráis en vuestro puesto de trabajo —finalizo.

La charla motivadora ha tenido unos tintes tanto positivos como demoledores, como no quiero que se queden con esta imagen, les propongo un reto.

—Y para demostrarlo, ¿habrá que pasar a la acción, no?

Gano unos vítores de alegría por parte de la audiencia que me hacen sonreír. He evitado mirar hacia ella para no desconcentrarme, en esta ocasión lo hago. Es la única que no aplaude, tiene los brazos cruzados sobre su pecho y hay tirantez en la forma en la que me mira. Necesito aclarar de una vez por todas lo que ocurrió.

—Tobías os dará las indicaciones del proyecto que tenéis que hacer, el equipo que logre salir vencedor, pilotará conmigo en la pista. O contra mí, por supuesto.

El susodicho toma el control de la revolución que he creado. Me gusta la admiración que tienen hacia mi carrera, no hace tanto tiempo mis ilusiones estaban en la misma posición que la de ellos.

Se forman de inmediato unos grupos de trabajo que dejan a Iris libre de cualquier organización. Ella no es una alumna al uso del DRS, tiene una formación especial con alguna clase teórica que, por lo que ha comentado, odia con todo su ser.

—Iris, ¿me puedes acompañar, por favor?

Intento ser paciente, pero la mirada que me echa me deja en silencio. No camina hacia mí, se dirige hacia la puerta sin comprobar si la sigo. En el camino, Tobías soporta una sonrisa.

—Ni una palabra —susurro.

—Oír, ver y callar.

—Idiota. —Le aparto con el hombro mientras él se ríe de mi postura.

No tardó ni cinco minutos en cazar lo que había entre nosotros, y eso es mucho decir teniendo en cuenta que yo no le di ningún dato.

Iris está apoyada en la pared, de nuevo con los brazos cruzados y con la mirada perdida en un punto más interesante que mi persona.

—¿Podemos hablar?

—Si no tiene relación con mi formación, no hay nada de que hablar.

Me acerco hacia ella, toco su codo, y hago que descruce los brazos.

—Por favor.

En pocas ocasiones digo esta palabra. Ahora mismo, y dada la situación, es más que necesaria. Algo en ella se despierta porque repara en mi presencia con la atención puesta al completo.

—Lo del otro día en la gala, fue un malentendido. No eres una muñeca a la que queramos manejar a nuestro antojo.

—¿De esto vamos a hablar?

—¿No puedes dejar por un instante la actitud chulesca?

—No, porque si lo hago, vuestras intenciones de mierda me adelantarán por la derecha.

Suspiro.

Por más que intentamos decirle que está segura bajo nuestra ala, que no le vamos a volver a hacer daño, no le entra en esa cabecita loca.

—Tenemos que llegar a un punto de entendimiento. Si queremos que esto funcione, para los dos —matizo—, no podemos estar así. Tienes que confiar en mí y yo en ti. Tenemos un trato, y lo vamos a cumplir.

Asiente sin estar del todo convencida de que debe hacerlo. Hay una reticencia en su movimiento de cuello que me llama la atención.

—Venga, arcoIris, no abracés el drama.

La utilización de su mote, ahora que conoce el significado que tiene para mí, destensa parte de su rigidez.

—¿Qué propones?

—Un pacto.

Su sorpresa la lleva a elevar las cejas a la par.

—¿Otro?

—Sí, uno solo entre nosotros.

—Soy toda oídos.

Y parece interesada de verdad porque se separa de la pared, y se acerca unos centímetros a mí.

—Cuando estamos unidos, las cosas salen mejor que cuando nos peleamos. Quiero ayudarte a

ser la mejor, como lo hace Tobías o el resto de entrenadores. Déjame entrar, y te aseguro que no será en vano.

—¿Me aseguras que no hay una doble intencionalidad?

Me duele que piense de ese modo, aunque al mismo tiempo sé que merezco su desconfianza.

—Te lo prometo.

Extiendo la mano, ella tarda unos instantes en tomar acción.

Echa un vistazo a mis dedos, pasa la mirada hacia mi muñeca, algo le llama la atención pero no dice nada. Acaba estrechándola con la que creo es una sonrisa.

45. MISIÓN FALLIDA.

IRIS

En cuanto me he subido al coche, he cerrado la puerta y he dejado que la sonrisa pasease por mi rostro.

¿Cuánto de ingenua soy? ¿Y cuánto de embobada me tiene el idiota de Hunter?

Acabo de volver a firmar un pacto con el diablo.

Enciendo el motor y salgo disparada hacia casa antes de que por el espejo retrovisor me encuentre su Redari intimidante.

Solo tenía una misión: no caer en sus redes, y me ha sobrado una charla de motivación para volverme una blanda.

Si es que soy de lo que no hay.

Me incorpore a la autopista, y por unos minutos la música a todo volumen alivia mis pensamientos. Me encanta poder tener esta libertad de gritar lo mismo que dice la cantante, hacerlo desgarrando mi corazón y mi voz, y que nadie me juzgue. Que seamos yo, el coche, la velocidad y la carretera. Todos formando una simbiosis perfecta.

Poco a poco me voy acostumbrando a tener delante la mansión y no sentirme una extraña que llega nueva al lugar. Sigue imponiendo como el primer día, y jamás será un hogar para mí, pero supongo, que a todo se acostumbra una. Lo que el primer día era la mayor maravilla jamás vista, ahora es un adorno más de esta vida de lujo que tiene mi tío y su familia. En la que me incluyo de forma momentánea, por supuesto.

Antes de que pueda accionar el mando para que la verja se abra, el coche de Beck aparece a mi espalda. No ha utilizado el mismo camino que yo, de haber sido así, lo hubiera encontrado por los espejos retrovisores.

¿Dónde te has metido, pequeño Hunter?

Niego porque no debería de interesarme. Dirijo el vehículo hacia mi plaza de garaje y recojo los apuntes que Tobías me dio esta mañana. Con las curvas, se han desparramado por el asiento del copiloto.

Un toque en la ventana, me hace llevar la atención hacia allí. Los papeles que había rescatado se caen a la moqueta debido al susto. Tras ver la cara que me espera, saco el dedo índice y me tomo mi tiempo en recoger de nuevo los papeles.

Cuando acciono la puerta, él me ayuda a abrirla.

—Has sobrepasado el límite de velocidad.

—Mentira.

No jugaría con la vida de otras personas dentro de una carretera convencional.

Sonríe de medio lado y por algún motivo capto el gesto y deseo retenerlo para mí por unos minutos más.

—¿Qué quieres, Beck? Esperar por mí no entra dentro de tus funciones como mentor, o entrenador, o como quieras verte a ti mismo.

—¿No puedo preguntarte si quieres tomar un café?

La carcajada es limpia y seca.

—¿Cuándo nos hemos tomado un café?

Jamás. Y es muy triste pensar en ello después de todo lo que hemos vivido.

Baja la cabeza y parece pensativo.

—Además —comienzo de nuevo—, no me has pedido perdón por lo de la gala.

—Sí.

—No. Quiero que te arrodilles, beses mis pies, y prometas que jamás me vas a tratar como una muñeca a la que dirigir. También deberás añadir la palabra mágica.

Tomo una postura cómoda de superioridad, aunque sea más alto que yo.

Parpadea, está a punto de hablar, pero se piensa mejor lo que va a hacer. Mueve el rostro hacia un lado, luego al otro, sin soltar mi mirada.

—Quiero pedirte disculpas por mi actitud. No fue la más adecuada.

—Te has olvidado de arrodillarte —indico.

—ArcoIris...

—Puedo perdonarte si lo haces. Lo prometo de corazón.

Soy idiota, lo reconozco, pero este juego me gusta mucho. Hace que mi sonrisa aparezca sola, natural.

—Tengo una idea mejor.

—No me la vas a colar.

Extiende la mano. No lo hace como una hora atrás a la espera de que firmemos un pacto, sino que está pendiente de que mi palma se pose sobre la suya.

—Quiero enseñarte una cosa.

—¿El qué? —No me muevo, no me fio de sus intenciones, por mucho que me guste este tira y afloja.

—Confía en mí.

—Me pides demasiado.

Asiente, retira la mano y se aparta unos centímetros de mí.

—Michael tiene algunos monoplazas antiguos en el museo. Los van a llevar al Douglas School en unos días. Podemos verlos de cerca, si quieres.

—Joder, haber empezado por ahí.

Paso por su lado corriendo, no quiero pensar más de dos minutos en el modo en el que su rostro dolido me ha afectado.

Al darme cuenta de que no tengo ni idea donde está el museo que indicó, freno mi carrera y espero a que llegue hasta mi altura. Lo hace con una sonrisa de superioridad, con las manos metidas en los bolsillos delanteros de su vaquero, y con ese toque de «soy el puto amo» que me pone a cien y odio a partes iguales.

—Es para hoy, Hunter.

—Las prisas no son buenas compañeras, Stars.

Caminamos más tranquilos de lo que a mí me gustaría hasta una zona de la casa que desconocía. Está ubicada cerca de los garajes, es más, una de las entradas es por allí, nosotros accedemos por una adyacente que Beck tiene que accionar con un código.

—¿Desde cuándo está esto aquí?

—Llegaron ayer. Michael antes tenía una bonita colección en este lugar, hace tiempo que la llevó al Douglas y ahora todos los coches se quedan allí de exposición. Los chavales adoran pasar tiempo observando cada uno de sus detalles y aquí, solo cogían polvo.

Cuando la puerta se eleva para dejarnos entrar, lo que menos puedo llegar a pensar es que en un lugar como este, algo coja polvo.

Con un suelo que se va reduciendo con una mínima inclinación, hay cinco monoplazas antiguos colocados de tal forma que, verdaderamente, parece un museo. La iluminación acompaña a ese pensamiento, no hay focos con mucha intensidad, más bien pequeños destellos medidos que salen de las paredes, del suelo y del techo.

—Esto es una pasada —susurro.

Beck espera paciente a que entre de lleno en el espacio. Es enorme, y huele a coche nuevo. Odio el olor a coche nuevo. Evito el pensamiento porque la joya que tengo delante de mis ojos es impresionante.

—¿Es de los años 2000?

—Sí, el padre de Terry Raven ganó el mundial con este monoplaza.

—¿Raven? ¿El mismo que es tu contrincante?

¿Por qué tendría Michael el coche de carrera de un antiguo piloto?

—Así es. Es una larga historia que se puede resumir en que Michael hace negocios con todos. La empresa es mediadora de muchos contratos, ya sabes.

No, no sé, no tengo ni idea de lo que parte de mi empresa hace, pero no es el momento. Ahora mismo solo quiero disfrutar.

Paso al siguiente coche, uno azul y amarillo que destaca de entre los demás.

—¿2005? —pregunto.

—Así es, Adam Blaze machacó a todos los corredores con esta joya.

—¿Otro trato con la familia?

—Algo así.

La herencia que dejaron ambos pilotos, los Raven y los Blaze fue histórica. Todos los que amamos este deporte conocemos lo que hicieron, y cómo lo lograron. Me cuesta mirar a Teddy en clase y no pensar en cómo se sentirá tener un padre varias veces campeón del mundo. Aunque el chaval tampoco es que sea muy cuerdo como para tener una conversación seria...

Me arrodillo para poder ver los detalles del alerón.

—Ha cambiado tanto la mecánica de los coches...

Beck copia mi postura, sus rodillas no llegan a tocar el suelo, tan solo se pone de cuclillas y aun así es más alto que yo.

—Dos años de diferencia entre los coches, y podríamos decir que ha pasado toda una vida —asegura—, es increíble.

Me muevo para apreciar las pegatinas de los patrocinios que tenían por aquel entonces. Hay marcas que siguen siendo de lo más conocidas, otras ni siquiera están en pie o me suenan.

—¿En qué estás pensando?

Beck se ha acercado a mi espalda. Sigue mi mirada, y roza con suavidad una de las pegatinas que yo también estoy tocando.

—Por primera vez en días, no tengo ningún pensamiento ocupando mi mente.

—¿Eso quiere decir que para no ver tu ceño fruncido, solo tenía que enseñarte un monoplaza antiguo?

Me giro para que vea la sonrisa que ha nacido tras su comentario.

—Eres un narcisista. Tu mera presencia no interfiere nada en mi día a día. Puedo estar feliz o enfadada sin que seas tu el motivo.

—¿Estás segura de eso? No he tenido esa sensación estas últimas semanas.

—Porque, como te digo, eres un narcisista de manual.

Él copia mi tono burlón y sonrío de vuelta.

—¿A qué llamas ser un «narcisista de manual»?

—Aquellos que piensan que son mejores que los demás, únicos y especiales.

—No me creo mejor que nadie, arcoIris. Todo lo que tengo que demostrar, lo hago.

El muy burlón guiña el ojo derecho con maestría.

—No seas chulo, te tengo muy calado, Hunter.

—Es verdad, puedes hablar con experiencia de mis dotes de...

—¡Cállate! Hombre tenías que ser, llevando todo al terreno sexual.

Con el sulfuro, Beck pierde el equilibrio y lo ayudo a no caer encima del monoplaza. Con ello consigo que su brazo repose en mi estómago y que haya caído al lado de mi cuerpo. Muy cerca.

Se queda tumbado mientras mis rodillas gritan porque cambie la postura. Al sentarme, me quedo aún más cerca de él.

—Lo decía en serio —aclarar.

—No sé de qué estás hablando.

Mueve la atención de mi rostro hacia el museo.

—Me gusta poder compartir contigo esto. Es bonito verte feliz, sin pensamientos en tu mente que te hagan levantar las espadas contra el mundo.

—No vayas por ahí, Beck.

No cuando él, más que nadie, hace que todos mis escudos se eleven con sus actos.

—¿Sabes? Me hubiera gustado tenerte en mis inicios como profesional. Tuve muchas experiencias que fueron una pasada. Al comienzo todos quieren instruirte, te regalan viajes y vivencias que no tienen precio. He ido a museos de expilotos que son auténticas joyas, me invitaron a pilotar con monoplazas que jamás podrías imaginar. Y conocí a gente muy guay en el camino. Después, cuando te defines hacia un bando, cuando firmas un contrato y pasas a ser un activo, pierdes el interés del resto, creen que ya lo sabes todo y, lo que no, nadie te lo enseña, tienes que luchar por encontrar la información necesaria. En todo ese proceso, solo Nate me acompañó, sé que lo hubieras disfrutado del mismo modo que nosotros lo hicimos.

Asiento y guardo la mirada para no encontrarme con la suya.

Es injusto pensar que él fue el culpable cuando era tan niño como yo. Cuando comenzó a ser profesional, ¿qué tenía?, ¿dieciséis años a lo sumo?

—No hace que duela menos, pero me gusta saber tus pensamientos.

Me pongo de nuevo la coraza y soy capaz de encontrarme con ese color grisáceo que aparece en mis pesadillas y en mis sueños más ardientes.

—¿Alguna vez has pensado cómo hubiéramos sido, si nada de esto hubiese sucedido, si no nos gustase este tipo de vida?

Me dejo caer hacia atrás, dejando mi cabeza al mismo nivel que la suya y apoyándome en el codo.

—¿De qué sirve crear escenarios paralelos si no vamos a vivir en ellos? No regresarán esos tiempos, nadie puede hacer nada para devolvérmolos. Por eso me duele tanto el rechazo, porque tengo muy presente que he perdido oportunidades y que, quizá, jamás las consiga cuando las podía haber tenido muy cerca de la mano.

—¿Crees que soy el culpable de eso?

Pestañea nervioso por mi respuesta.

—No. No te culpo de las decisiones que los adultos tomaron por nosotros. Éramos unos críos sin definir, ya teníamos nuestro genio, pero nos llevábamos bien. Eras mi compañero de faenas en los circuitos. Nunca me hubiera imaginado que desearas besarme, supongo que la inocencia,

es lo que tiene.

—¡Serás mentirosa! La primera que besó al otro fuiste tú, Stars.

Beck se sienta, lo que me obliga a copiar su postura. Elevo el dedo para tocar su pecho de forma acusadora.

—Tú hacías comentarios para que yo fuese la que diera el paso. Ya por aquel entonces eras un cagado.

—¿Qué yo era un cagado?

Se acerca a mí y con la fuerza, el dedo acusador pasa a ser aplastado contra sus pectorales.

—Sí, lo eras. Lo eres.

—Tienes un segundo para cambiar de opinión.

Me cruzo de brazos muy segura de lo que digo.

—Eras un picotero. Ibas probando suerte hasta que yo di el primer paso.

—¿Has dicho picotero?

—Por supuesto. Un cagado que no era capaz de decir que se moría por mis huesos y...

Salta sobre mí como una gacela y comienza a hacerme cosquillas por encima de las costillas y la cadera.

—¡Beck, para!

—Retira lo que acabas de decir.

—¡Jamás!

Con la fuerza de su cuerpo sobre el mío, consigue enlazar mis brazos por encima de mi cabeza, y las retiene allí mientras él sopla en mi cuello.

—Estoy en una clara desigualdad de condiciones.

—Mala suerte —reza con sigilo sobre la tierna piel de mi oreja.

Antes de que se dé cuenta, rodeo sus caderas y lo atrapo tan cerca de mí que ninguno de los dos puede respirar si el otro no suelta su agarre.

A no ser que compartamos el mismo aire.

Su mirada pasa de estar en mis ojos, a observar mis labios, y de nuevo a mis ojos. Es un claro indicativo de lo que va a suceder y ya cometimos este error hace unos días.

No puede volver a suceder.

Descruzo los tobillos y su cuerpo se libera al instante.

Lo que en un segundo era una atmósfera especial, se convierte en algo incómodo que él corta carraspeando y separándose de mí.

Me ayuda a levantarme antes de poner una excusa y salir del museo.

46. UNA SOLUCIÓN INMEDIATA.

BECK

Sería gilipollas si no la quisiera besar en estos momentos. Aunque, puede que lo sea, a fin de cuentas, pero desde hace un tiempo quiero hacer las cosas bien. Todo lo correcto que no lo he hecho hasta ahora.

Una relación sana no puede comenzar con la clase de secretos que cargo a mis espaldas. Ella se merece saber lo que ocurrió, lo que nos llevó a esta situación, por eso tengo que hablar con mi hermano.

Asher fue el primero que nos señaló a todos por no contarle la verdad a Iris, sé que me va a apoyar en el proceso, no obstante, necesito su beneplácito para hacerlo.

Esto no es una historia de vida dura, esto es una historia de muerte que necesita muchos matices para ser comprendida. Asher no es un asesino, o sí, dependiendo de quién lo mire y cómo lo haga. Para mí es mi salvador, puede que, si él no hubiese hecho lo que hizo, yo no estaría aquí en estos momentos.

Con las vivencias que tuvo Iris con su padre, guardo la esperanza que nos comprenda. Que sepa ver más allá de lo obvio.

Saco las llaves del coche para ir directo al apartamento de Ash cuando me vibra el teléfono móvil. Tenemos una especie de telepatía que al resto le sorprende y le intimida a partes iguales, no sería de extrañar que fuese mi hermano quien me enviara un mensaje.

Busco el teléfono móvil en el bolsillo trasero de mis pantalones, y lo sujeto con una sonrisa hasta que la pantalla se ilumina. En ella no aparece el nombre de Ash ni de nadie familiar, es un número oculto con un mensaje muy claro.

Quiero un millón de euros en esta cuenta bancaria a las ocho de la tarde. Si cambiáis de opinión, alguien pagará las consecuencias.

La mano que sujeta el teléfono comienza a temblar con tanta fuerza, que tengo que apoyarme con la otra para no perder el control.

No puede estar pasando esto en estos momentos.

No puede ser posible, joder.

Releo el mensaje.

Nada ha cambiado, y a la vez, nada es igual.

Trago saliva con fuerza sabiendo que, aunque mis planes han cambiado, el objetivo de hablar con mi hermano no se ha modificado.

Abro la puerta y me siento notando cómo las piernas no dejan de temblarme. Ya no sé si es fruto de la presión, de los nervios, o de la rabia que fluye por mis venas.

Cuando parece que quiero hacer las cosas bien, llega algo que lo desequilibra todo, que me hace perder de nuevo el norte.

La distancia con el apartamento de Ash es corta, más cuando pongo el vehículo a una velocidad no permitida.

En la entrada no solo está la moto de mi hermano, sino también el coche de Nate, me vendrá bien que el ojitos bonitos se encuentre en la ecuación porque en estos instantes el nubarrón no me deja ver.

No toco al timbre, entro con el juego de llaves que tengo y me encuentro con que ambos están tumbados en el sofá, riéndose y jugando con la PlayStation. Tienen el volumen tan alto que no se dan cuenta de que he entrado hasta que doy un sonoro portazo.

La gata se acerca, me huele los zapatos y salta de nuevo hacia la mesa de trabajo de mi hermano. Tiene varios ordenadores abiertos, con infinidad de números que para mí no tienen sentido, pero parece que a él le aportan mucha información.

—¿Beck?

Ambos se giran hacia mí, sorprendidos con mi llegada.

—Tenemos un problema —digo con un tono cortante.

No sé por qué mi cabeza hace esto. Cuando estoy en un momento de tensión, de nervios, fuera de control, me convierto en un ser borde, cortante, incluso arisco. Me encantaría poder expresar todos mis sentimientos, gritar que tengo miedo, que quiero un abrazo. No puedo, por más que lo intento, no lo consigo.

Nadie me entiende, y está bien, lo de ser una florecita marchita no es lo mío.

He tenido que sostener la cordura de mi familia durante todo este tiempo. Cuando sucedió lo que sucedió, mi madre y mi hermano se rompieron por la mitad. Michael nos ayudó a escapar, aportó luz a nuestra era más oscura, pero el único que estuvo para el resto fui yo. Crecí más rápido de lo que me correspondía, creé una coraza que nadie entiende, pero que me ayuda a seguir en pie.

—Y por la cara que traes, no son buenas noticias —asume Nate dejando el mando encima de la mesa.

Asher copia sus movimientos y se pone en pie.

Busco de nuevo el teléfono. He cambiado la funda protectora y ésta me pone la tarea difícil al hacer presión con la tela del pantalón. Cuando lo consigo, el mensaje sigue en el mismo lugar de antes. No se ha movido ni modificado.

Giro el dispositivo y ambos lo leen al mismo tiempo.

El primero que me transmite sus sentimientos es Nate. «Hay problemas de los gordos», dicen sus ojos. Ash es otra historia. Se lleva la mano a la frente, toma aire con fuerza y rebasa mi cuerpo para alcanzar uno de sus ordenadores.

—¿Dime que tiene solución, Ash!

—No es tan simple, ¿vale?

No debería de elevar el tono de voz, todos estamos nerviosos y no va a ayudar en nada, pero, de nuevo, no lo logro.

—Michael debe de conocer esto —indica Nate a mi lado—. Él dijo que no pagaría nada, que dar dinero es...

—¡Cállate, Nate! ¿Es que no has leído la última parte del mensaje?

Los ojos azulado de mi amigo parpadean confusos.

—Beck... —me castiga mi hermano desde la lejanía.

—Ni Beck, ni nada. Tenemos que pagar a este tío lo que nos pide, ¿o es que queréis que alguno de nosotros muera por un millón de euros?

No solo Michael tiene el dinero, todos podemos asumir esa cantidad.

—No es tan simple, él tiene razón. La cuestión del dinero siempre va reñida con otros intereses, una vez lo consiga, querrá más porque nos tendrá comiendo de su mano.

—Llevas más de un mes intentando descubrir quién es ese tío, que esconde, y no has encontrado nada. Estamos en peligro, ¿es que no os dais cuenta?

Cambio la atención de Asher a Nate y vuelta a empezar. Ambos parecen alterados con la noticia, pero ninguno de ellos me aporta la información que quiero o que necesito en estos instantes.

—Me voy a hablar con Michael.

Él es un hombre de palabra. Me prometió que nos protegería, lo hizo hace años, y lo repitió cuando este tío apareció de la nada. Sabrá lo que tenemos que hacer, tendrá la cabeza fría para sobrellevar esta situación.

Sí, Michael es la clave.

Salgo de la casa ante la atenta mirada de ambos. Nate me grita para que regrese, evito frenar mis pasos. Ahora mi foco está puesto en encontrar una solución inmediata.

47. SE HACEN LLAMAR LAPAS, PERDÓN, GUARDAESPALDAS.

IRIS

¿En algún momento me acostumbraré a que mi tío me haga llamar a través del servicio y no acuda él o me pegue un grito?

Puede parecer una tontería, pero el cambio de vida que he sufrido, lo percibo en estos pequeños detalles. Mi madre no dudaría en utilizar el teléfono móvil si no atiende a sus gritos. Los mensajes que en ocasiones me envía, son del todo reveladores. En el caso de Michael, una persona del servicio acude para darme el aviso de que él quiere que me reúna en su despacho.

Camino con tranquilidad hacia allí. Estaba ordenando los apuntes de Tobías para mañana cuando recibí el mensaje. Si él tiene sus tiempos, yo los míos.

Me llevo una sorpresa cuando me encuentro que, no solo él está en el despacho, Beck, Asher y Nate también lo acompañan con rostros serios.

—¿Me habéis llamado? —pregunto sin saber muy bien qué decir.

Todos se giran para mirarme. Me siento pequeña por un instante, como si ellos tuvieran más información de la situación y por ese motivo tuviera en una desigualdad de condiciones. No es de extrañar que así fuera, es como suele actuar esta familia.

—Sí, toma asiento, por favor.

Hay dos sillas libres, dado que todos están de pie, es incómodo que yo tome asiento, así que hago una negación rápida con la cabeza.

—Tengo prisa, ¿para qué me has hecho llamar?

No paso por alto el suspiro de mi tío, ni la forma en la que Beck no me ha quitado el ojo de encima.

Hace unas horas estábamos viendo unos monoplazas antiguos, y ahora ni me ha saludado. Esta es la misma mierda de siempre, el círculo del que parece que no podemos salir porque no tiene fin. Un día te odio, al siguiente te amo, después me saco de la chistera una información que desconocías y vuelta a empezar.

—Bien, esto eh...

De entre todas las características que definen a mi tío Michael, la confusión a la hora de hablar no es una de ellas. Él siempre tiene una frase guardada para decir en el momento indicado. Directa, sin opción a réplica. Bien es sabido por todos que es el jefe de esta manada, nada se sale de su control, todo es bajo sus órdenes. Y, si algo se le escapa, busca hacer un trato como si se tratase de otro negocio más. Véase mi caso, o el de mi madre.

—Mañana no es necesario que acudas a la formación con Tobías.

—¿Por qué? ¿Le ha ocurrido algo?

Le he cogido cariño a mi profesor particular, no es que me lo haya puesto fácil, pero una es débil en cuanto a sentimientos hacia los demás.

—No.

—Michael, es mejor que... —Comienza a decir Asher.

Es fácil diferenciar a los gemelos cuando uno de ellos siempre viste ropa cómoda y ancha con respecto al otro. También su modo de expresarse es un indicador de quién es quién. Donde Asher evita el contacto más cercano, Beck es un seductor nato, además de un insolente. Con una mirada puedes diferenciar el carácter de cada uno.

—Sé lo que tengo que hacer, Asher.

El reproche hace que pegue un salto en el sitio. Hay hostilidad en el ambiente, y el hecho de que Nate solo me haya sonreído cuando he entrado, sin hacer el amago de acercarse a mí o tirar alguna broma, ya debería de hacer saltar mis alarmas.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

Michael cierra los ojos, se lleva los dedos al puente de su nariz y repara en mi presencia con confianza.

—He decidido frenar tu formación debido a una amenaza. Hasta nuevo aviso, no entrenarás ni saldrás de casa sin la autorización del equipo de seguridad.

—¿Es una broma, verdad?

Una broma sin gracia, pero tiene que serlo.

—No.

—¿No? ¿Y ninguna explicación más?

Cambio la atención hacia Beck. Parece conforme con lo que su padrastro acaba de decir.

—¿Es por ese tal Matías, verdad?

—Iris, no es un asunto al que debas de prestar atención.

—Yo decidiré a qué presto atención. ¡No soy una niña!

—Escúchalo, arcoIris.

Me giro hacia él con fuerza, elevo el dedo índice y saco todo mi mal humor con él.

—No me digas lo que tengo que hacer, decir o pensar.

—Es una decisión por el bien de todos. En cuanto la situación cambie, te lo haré saber.

—¿De qué vas? No soy un activo de tu empresa, no puedes apartarme cuando te molesto. Quiero tener información, igual que todos vosotros.

—Es un asunto de seguridad, ya te lo he dicho.

En esta ocasión las explicaciones vagas de Michael no me convencen.

—A ese tío yo no le intereso una mierda, ¿es que no lo veis? Solo me utilizó como un cebo para llegar a vosotros. No se ha puesto en contacto conmigo porque yo no le puedo ofrecer nada: ni dinero, ni información.

—Eso no cambia mi decisión.

—¿Tu decisión? —acuso a Michael.

—Así es.

Escucho un suspiro que proviene del lado izquierdo. Miro hacia allí y encuentro miedo en los ojos de Beck. No sé si a mi respuesta, o a lo que está aconteciendo y no me quieren decir.

—Es por lo de antes, ¿verdad?

Ya no sé si me estoy volviendo loca o me están dando motivos para hacerlo.

—No tiene nada que ver con nosotros. Michael te está diciendo la verdad, Matías nos ha amenazado y por tu seguridad es mejor quedarse en casa.

—No te creo. Algo así no surge de la noche a la mañana. Yo nunca he estado en sus miras.

—¡Iris, la decisión está tomada!

Todos nos quedamos en silencio ante el grito grave que ha salido de Michael.

—¿No vas a decir nada, verdad?

Ignoro a mi tío. No me da miedo su actitud, no me rindo ante él ni ante nadie. Beck parece que sí que le ha afectado su comentario, o el mío.

—No.

—Claro que no, porque puede que esto también esté motivado por el resquemor que ha sufrido tu ego, ¿verdad?

No me responde.

Vuelvo la atención uno a uno. Todos me miran y ninguno dice una palabra.

—Estoy harta de que sea la última en enterarme de todo. No me sirve la vaga excusa de que ese tío os ha amenazado para cortar lo único que me ata aquí.

Me doy la vuelta y corro hasta mi habitación.

Esta noche me voy a dormir con mi madre, al final, es todo una ventaja tenerla cerca.



Tengo que agradecerle que no me hiciera preguntas. Intuyo que sus pensamientos están más enfocados en que tuve una discusión con Beck, que en la nueva reprimenda de mi tío.

Dado que no voy a hacer lo que él me obliga porque no tiene ni pies ni cabeza, me dirijo como todas las mañanas hacia el DRS. Aparco en el mismo lugar de siempre, y sonrío al pasar por la recepción y ante algún alumno con el que comparto garaje.

Un día rutinario, ajeno a las decisiones incomprensibles de mi tío y sus vasallos.

Tobías está en la entrada de los vestuarios. Me sonrío pero no dice nada.

¿Puede ser que a él no le hayan comentado las nuevas actualizaciones? Es posible ya que, si mi tío le hubiera trasladado el mismo mensaje que a mí, Tobías me echaría a patadas. Es un buen trabajador, de eso no me cabe duda.

—Buenos días.

—¿Has traído los apuntes?

—Sí —respondo confiada para que no perciba mis nervios.

—Bien, nos vemos en el garaje en media hora.

Asiento y voy directa a cambiar mi ropa por el mono de carrera. Una de las lecciones inexplicables del expiloto es que las clases las tengo que tomar con la equipación de correr, aunque no me deja entrar en el circuito.

Con el mono puesto, y los apuntes a mi alrededor, espero paciente la llegada de mi entrenador personal.

Pasan cinco minutos y no llega.

Diez.

Quince.

Y cuando han transcurrido veinte, sé que algo ha sucedido. Una llamada de Michael o una visita inesperada.

Como si el destino se quisiera reír de mí, un alumno de primer año abre la puerta y me busca con la mirada.

—¿Eres Iris?

—Sí.

—Tobías me envía para decirte que hay un cambio de planes que «ya conocías» —cambia el tono de voz para imitarlo—, así que ya os veréis otro día.

—Bien. ¿Ha dicho algo más?

El chico niega y se va sin añadir más información.

Quiero gritar y mandarlo todo a la mierda.

Hago un repaso a mi alrededor. Todo el esfuerzo no sirve de nada. Las semanas que llevo en esta puñetera formación y no me han dejado ni probar el precioso coche de Fórmula 3 que hasta los alumnos de segundo curso utilizan para sus prácticas rutinarias.

Parece que el esfuerzo por hacer las cosas bien en esta familia, jamás tiene su recompensa.

«A la mierda».

Sé que estoy actuando como una niñata, pero ya no puedo controlar esta tensión constante que tengo en el pecho. La desconfianza, el saber que puedo hacer las cosas mejor de lo que me permiten.

Elijo un casco y me pongo la protección antes de que cubra con él mi cara.

Ha llegado el momento.

48. EL SUEÑO SE CONVIRTIÓ EN UNA PESADILLA.

IRIS

El ronroneo del motor parece un latido acelerado que se mezcla con los frenéticos de mi propio corazón. Mis manos sudorosas sujetan el volante con firmeza, mis dedos se hunden en el cuero mientras trato de controlar el temblor. La cabina del monoplaza es un caos de luces parpadeantes y controles que parecen reírse de mi comprensión. He hecho esto antes en el simulador, debo de confiar en mis habilidades y olvidar todo lo que han dicho de mí. Una mirada rápida a los retrovisores, nada que pueda ser un peligro. El casco ajustado sobre mi cabeza me recuerda que estoy a punto de vivir algo que solo había imaginado en mis sueños más salvajes.

Activo el motor y salgo hacia el circuito. Como es tan temprano, nadie más está en la pista, aunque en dos garajes hay pilotos preparándose para salir.

Mis ojos escanean el tablero, intentando recordar cada indicador, cada interruptor.

«Respira, Iris. Siente el coche, conéctate con él».

Es lo que Tobías no cesó en repetirme en cada oportunidad que tuvimos. El coche debe de ser una extensión de mi cuerpo y de mi cerebro. Debo de estar conectada a él con todos los sentidos.

Cierro los ojos por un momento, inhalo profundamente, y el olor a gasolina y caucho me envuelve.

Cuando los abro de nuevo, estoy lista, en el lugar de salida. Con un acelerón entraré al circuito.

Piso el pedal del acelerador y el rugido del motor se intensifica, convirtiéndose en un estruendo atronador que retumba en mi pecho.

Tengo unos metros hasta alcanzar la primera curva, pero la velocidad me golpea como una ola. La fuerza G presiona mi cuerpo contra el asiento, y todo a mi alrededor se convierte en un torbellino de colores y sonidos. Siento el viento furioso cortando el aire, una sinfonía de potencia y velocidad.

Estoy apretando más de lo que puedo controlar.

La primera curva se sucede, y grito con tal emoción que estoy a punto de sentir una lágrima de felicidad rodar por mis mejillas. Mi mente se esfuerza por anticipar el próximo movimiento del vehículo. La concentración se convierte en mi aliada, pero la euforia también se filtra en cada rincón de mi ser. Es un equilibrio enloquecedor entre control y desenfreno, entre la realidad y el éxtasis de la velocidad.

Tengo estudiado el circuito, lo he repasado cientos de veces en mi mente y en las simulaciones. Lo que se viene ahora es la clave para comprobar si soy capaz de lograr mi sueño o no. Hago el amago de frenar sin bloquear las ruedas, pero la curva se acerca más rápido de lo que mi mente puede procesar. El mundo se torna borroso y mis manos giran el volante con desesperación. No entiendo lo que está sucediendo porque el monoplaza se siente como si tuviera vida propia e hiciera los movimientos a su antojo.

Mis dedos se tensan sobre el volante, y el corazón late en mi garganta. Piso los frenos, pero la respuesta es más lenta de lo que anticipé. La inercia conspira contra mi voluntad de detenerme. Las ruedas chillan en protesta, el sonido metálico del roce con el asfalto se mezcla con el rugir del motor.

La curva se cierra más rápido de lo que puedo reaccionar.

La adrenalina que antes era mi aliada, ahora se convierte en una gran amenaza. Cambio el volante con desesperación, las ruedas luchan por encontrar tracción.

El impacto es inevitable. El ruido del metal retorcido y el crujido sordo del chasis resuenan como un eco doloroso. La fuerza del choque me arroja hacia adelante y luego bruscamente contra el asiento. El mundo gira, una sensación mareante de desorientación se apodera de mí.

Es una explosión de sonido y fuerza que reverbera a través de mí. El choque parece durar una eternidad, pero en realidad, es solo un instante que se extiende como un doloroso suspiro.

Parpadeo con cansancio y lo primero que veo es el humo rodeándome mientras intento entender lo que acaba de suceder. El dolor se filtra gradualmente, desde un zumbido molesto hasta una punzada aguda en mi cadera. Intento moverme, pero la presión en mi pecho y el dolor en mis piernas me lo impiden. El miedo se apodera de mí cuando me doy cuenta de que algo está mal.

El sonido de voces distantes se mezcla con el pitido constante en mis oídos. Mi cuerpo tiembla, no solo por la conmoción, sino por el miedo que se instala en cada fibra de mi ser. El sueño se ha convertido en una pesadilla y no sé ni cómo, ni cuándo, ni por qué ha sucedido.

—¿Iris? ¿Iris, me escuchas?

Quiero decirle a Tobías que lo oigo pero de mi boca no es capaz de salir nada.

—Estoy aquí, ey, abre los ojos.

Su voz se difumina y vuelve con fuerza. Creo que me he mareado de forma momentánea.

—Dime que te duele. No te duermas, dime que te duele.

—N... No... No sien...

Mierda. Estoy confusa.

Tengo miedo y no sé lo que me está ocurriendo. Mi cabeza va más rápido de lo que puedo expresar con palabras.

El mayor dolor viene de la cadera y no siento las piernas. Vuelvo a intentarlo de nuevo mientras Tobías hace aspavientos delante de mi casco. No me toca. No me mueve, está a la espera de que venga el equipo sanitario.

—No siento las piernas.

Si Tobías dice algo, no lo escucho porque, de nuevo, pierdo el conocimiento.

49. ¿QUÉ COJONES HA SUCEDIDO?

BECK

No sé por qué mi cuerpo se alerta cuando suena el teléfono móvil encima de la mesa con el nombre de Tobías, pero lo hace.

No entiendo por qué mi mano tiembla cuando descuelgo, pero lo hace.

Y no tengo ni puta idea de por qué tengo un mal presentimiento antes de que comience a hablar, pero ocurre.

—Beck. Ha tenido un accidente. Está de camino al hospital, puede ser grave.

Aunque quiera, no soy capaz de pedirle más detalles. Todo se ha resumido en una frase.

El miedo a que ocurriese una desgracia.

El temor de que ella no nos escuchase cuando quisimos mantenerla a salvo y lejos de todo lo que estaba aconteciendo.

Salgo de casa con una idea muy clara: llegar antes que nadie para comprobar la gravedad del asunto.

¿Qué ha podido suceder?

Debería haber preguntado.

¿Cómo de grave es?

Si Tobías se ha parado a detallar ese aspecto, es que tiene que ser una gravedad real.

«¡Joder!»

Pego un golpe en el volante intentando evitar las lágrimas sin mucho éxito. Tengo uno de los mejores coches del mercado, me puedo permitir saltar los controles de velocidad y todo lo que se interponga en el camino de esa ambulancia y yo.

¿Ambulancia?

Tobías no ha reparado si es la de soporte vital o una convencional. La diferencia es abismal. Si está en la primera es porque...

No, joder, no. No puedo pensar en que le ha ocurrido algo de tal calibre.

Doblo la velocidad permitida en la autopista, e introduzco el vehículo en dirección al hospital más cercano al DRS.

Ni siquiera me fijo en el tráfico, aparco en la primera plaza libre que encuentro y salgo disparado en busca de una respuesta.

A su vez, llegan dos ambulancias y dos coches, uno de ellos lo conozco bien, es Tobías.

Si él sigue a esa ambulancia, supongo que...

Corro hacia las puertas. Dos sanitarios lo hacen a la par que yo para ayudar a la camilla a bajar.

Es ella, es su pelo tendido sobre una camilla. Es el contraste entre la vida y el blanquecino final.

—Iris —grito.

Me empujan para que no pueda llegar hasta ella, pero soy más rápido y consigo acercarme a su lado.

Está consciente, parpadea confusa, pero tiene los ojos abiertos. Cuando me ve, busca mi mano. Está muy fría y tiembla, pero respira.

Está respirando.

—Las piernas, Beck. No las siento.

Sus lágrimas cubren todo su rostro. Está muerta de miedo, y aunque en estos momentos no lo puedo admitir, yo la acompaño en el proceso.

—Todo va a salir bien.

No tengo ni idea de cómo ha llegado a esta situación, aunque, por la ropa que lleva, entiendo que estaba en el circuito.

Quiero pensar que no han trampeado los monoplazas porque...

—Me duele mucho la cadera y no siento las piernas.

Me lo dice a mí y a los médicos que nos empujan hacia el interior del edificio. Camino con rapidez, al lado de la camilla. Aprieto su mano como si fuese mi salvavidas, o yo el suyo, no lo tengo claro.

—Vas a estar bien. Te lo prometo.

—No lo sabes.

Lo lanza en un susurro, clavándome una mirada de angustia que se quedará grabada para siempre en mi retina.

Está en lo cierto, en estos instantes no tengo ni idea de nada.

—Tenemos que irnos. No puedes entrar.

Una de las sanitarias pone una mano en mi pecho para frenarme, con el embiste, pierdo la mano de Iris que cae a un lado. Es lo último que veo de ella cuando desaparece a través de la puerta corredera de urgencias.

¿Qué cojones ha sucedido?

50. EL BLANCO DE LA MUERTE

IRIS

A medida que el blanco de las paredes se intensifica, siento cómo mis párpados se van cerrando, llevándome a una luz clara y pacífica a la que no quiero acceder.

Si esto es la muerte, la quiero evitar a toda costa.

No estoy preparada para decirle adiós a los años que se suponía que tenían que ser los mejores de mi vida.

No quiero perder la oportunidad de cumplir mis sueños. De sonreírle a mi madre cuando los logre y hablarle a todo el mundo de que, si he alcanzado mis metas, ha sido gracias a su educación.

No estoy preparada para no haber vivido la intensidad del amor como una experiencia completa y de vida. Quiero viajar enamorada, quiero sufrir, llorar y reír por amor.

Odiaría que mi entierro estuviera vacío porque no haya sido capaz de escuchar a mi familia. Aunque hayan cometido errores, aunque no hayan sido los mejores. Desearía que en estos instantes estuvieran conmigo, empujándome a salir de esta puta luz blanca.

«¿Para qué?» —me pregunto.

¿De qué han servido las horas sin dormir, los enfados o los lloros si a fin de cuentas parecía que mi destino ya estaba escrito?

Supongo que he elegido mal mi camino de vida. No por haberme subido a ese coche por una perreta tonta, sino por todas las decisiones anteriores. Cada uno elegimos sentir y vivir nuestros contextos y nuestras circunstancias de una manera que delimita nuestras acciones. Las mías se han quedado cortas, ancladas en la rabia y en las traiciones. No he sabido ver más allá.

He odiado en lugar de haber querido.

He luchado para crear una corriente, en lugar de enfrentarme a la que ya había.

Mi contexto me limitó a vivir mi sueño, pero, si lo hubiera trabajado, si hubiese sabido enfocar mi mente en ello, lo habría logrado de otro modo.

No quiero irme de esta vida con la pena de no haber sido mi mejor versión.

Pero algo está sucediendo a mi alrededor, algo pita con mucha fuerza. La cadera ya no me duele, y el dolor en el pecho, esa angustia, por arte de magia está desapareciendo. Lo que antes me anclaba en la cama, ahora me hace volar. Siento que levito en el mar blanco.

Noto que mis ojos cada vez tienen más peso, y que no puedo mantener la vista enfocada.

Escucho un vip angustioso, seguido de otro, otro y otro...

51. UNA NUEVA VISIÓN

NATE

Estoy a punto de subirme al coche para ir a casa de Ash y Ada cuando el teléfono comienza a vibrar con intensidad. En la pantalla me salta una imagen de Beck con los ojos cerrados y con una considerable afección debido al alcohol de aquella noche. Cada vez que la veo, sonrío, por eso la elegí. Mi amigo es el tío más borde que puedas escuchar a través de un teléfono. Corta la línea cuando aún estás respondiendo.

—Ya puedes ser veloz porque...

—Iris ha tenido un accidente. Trae a todos, le han inducido al coma.

En esta ocasión no es él quien corta la llamada, es que el teléfono se me cae de las manos.

No hay imagen sonriente que me saque del shock de su frase.

Michael dejó caer ayer que temía por la vida de su sobrina. No conocíamos el alcance de lo que Matías podía hacer. A ella fue a la primera que interceptó, todos entendimos que la veía como el eslabón más débil y puede que, por su forma de actuar, su falta de madurez e información sea así. En estos instantes, nada de eso importa, está en peligro.

Recojo el teléfono que ya no tiene disponibilidad con la línea de Beck y llamo a Ada para informarle de lo que ha ocurrido. Nuestra sesión de PlayStation queda relegada al olvido. Uno de nosotros ha sido atacado, y eso para mí es el golpe más duro que se me puede dar.

El resto me la suda, pero con mi familia no se mete ni el mismísimo rey de este circo llamado vida.

Llego al hospital a la par que la moto de Asher. No tengo ni idea de cómo deberíamos de actuar en este tipo de situaciones. Él no puede ser visto, pero ¿cómo se le dice a un alma pura como él que se quede en casa a la espera de noticias?

Se baja Ada y retira el casco con rapidez para llegar hasta mí, cuando lo hace, me toma de la mano y comienza a hacerme preguntas, una tras otra, sin que yo pueda dar una respuesta fiable. Me quedo clavado en cómo Ash se retira el casco y coge una de las gorras que tiene escondida en el maletero angosto de la motocicleta. Se pone la gorra, encima la capucha y su rostro queda encajonado en las sombras.

—No sé nada más, Ada. No tengo ni idea.

—Vamos.

Asher la toma de la mano y tira de ella hacia las puertas. Yo he decidido esperar a que Michael y Mai lleguen junto con la madre de Iris. La llamada al padrastro de los gemelos fue... Digamos que un marrón al que no hubiese acudido por gusto.

Cinco minutos después aparcan al lado de mi vehículo, Teresa se va directa al hospital y Mai la sigue corriendo tras ella.

—¿Ha sido él?

—No tengo ni idea. No sé nada más.

Michael es un tío que impone, no solo por su físico o la frialdad que destaca en sus facciones,

también por el tono grave de su voz y la forma de expresarse.

He crecido junto a él. Mi padre y él son como hermanos. Se han tenido en todos los baches de la vida. Para mí nunca hubo opción en no admirar a este hombre que, más allá de su fachada, ha sufrido, amado y tenido que superar vendavales.

—Tienes que ser la mente fría en este asunto, ¿puedo confiar en ti?

No quiero esa responsabilidad ahora. Deseo llorar del mismo modo que gritar, pero conozco mi lugar, y todos necesitan un rescate. Yo seré el salvavidas hasta que se me permita hundirme.

—Por supuesto.

Mi padre está al tanto de lo que tiene que hacer. Será el encargado de mover la seguridad de la familia Douglas y Hunter a raíz de los acontecimientos que han transcurrido.

Sigo sus pasos para introducirnos en último lugar a la sala de urgencias.

Cuando lo hacemos, me encuentro con un Beck totalmente devastado. Su rostro es la representación del puro dolor. Está tumbado sobre los brazos de Ada, llorando desconsoladamente. Ha sido un gilipollas al no admitir delante de Iris sus sentimientos. Hace meses que debería de haber superado esa fase, ya no es un niño, aunque haya actuado como tal. Porque lo conozco, sé lo que está pasando por su mente en estos instantes.

Se siente culpable, desea que el tiempo se paralice para dar marcha atrás, cambiar todo lo vivido y solventar los errores. Ojalá se pudiera hacer, yo mismo lo haría para eliminar ese dolor que cae con cada una de sus lágrimas.

Mai y Teresa también se abrazan. Dos madres que conocen el dolor que supone que uno de tus hijos sufra hasta el punto de temer por su vida. Mai ha vivido la cara más dura de la vida, ha soportado un secreto y ha intentado que la vida de uno de sus hijos siguiera después de una mala decisión. Ella no es consciente de que ha conseguido criar a dos personas maravillosas. Cada una a su modo, pero con un corazón puro y leal. Teresa, por su parte, tiembla desesperada sin conocer lo que le puede suceder a su única hija, la misma por la que lleva luchando toda su vida. No la conozco de forma personal, sin embargo, por cómo habla Iris de ella, se entiende que es una mujer maravillosa que merece un futuro más alentador que su pasado.

Y luego están ellos.

Silenciosos.

Escondidos en las sombras.

Asher se esconde tras la espalda de Michael que, aunque no parece ser consciente de ello, protege al hijo que nunca tuvo pero que siempre crió.

Beck se aferra en recordar a cada oportunidad que se le presta que él no es su padre. Creo que porque lo desea con tantas fuerzas, que es el único argumento al que se abraza para no perder la cabeza.

Michael no es el padre biológico de los gemelos, pero sus actos y su protección lo catalogan como tal.

Jamás he conocido una historia tan bonita y dura como la de Michael y Mai, y, por consiguiente, la de mis amigos.

—Nate, ¿se sabe algo?

Me giro hacia Tobías que tiene dos tilas en sus manos.

—No.

—Ha sido culpa mía. No estuve atento, salió al circuito antes de que la pudiera frenar.

—¿Estaba pilotando?

No estaba preparada para ello. A diferencia de mí, Iris lleva mucho tiempo sin conducir un monoplaça. Yo no he conseguido un asiento en las categorías del motor por un motivo muy

concreto, no por falta de experiencia. En su caso, fue un sueño que soñó siendo una niña y mantuvo en el tiempo. Sin formación no podría pilotar a una alta velocidad.

—Me temo que sí.

—¿Sabes si el error fue de ella o del coche?

No quiero meter a Tobías en esto, no obstante, Michael me ha puesto una responsabilidad que pienso asumir.

—No tengo ni idea, tío. Todo sucedió de forma muy veloz. Entró mal en la curva y se fue directa contra el muro. No tuvo tiempo de reacción, el coche iba a gran velocidad y las ruedas se bloquearon ante su frenada.

Sea como sea, mi amiga está luchando por su vida cuando debería de estar encerrada en casa estudiando unos apuntes de aerodinámica.

52. LA QUIERO EN MI ESPEJO RETROVISOR

BECK

Las horas transcurren y nadie nos da noticias de cómo está.

Al poco de que se la llevaran, uno de los médicos nos indicó que por su bien debían de inducirle el coma. Podría ser por un par de horas o unos días, necesitaban una valoración completa del golpe que su cabeza había sufrido.

Le intenté explicar que su dolor venía de la cadera, no sentía las piernas, pero ninguno me hizo caso.

Me dejaron tirado en el pasillo llorando como un crío pequeño al que se le ha cumplido su peor pesadilla.

Me sentí como ese día.

Justo como ese día.

Mi hermano me rodea los hombros. Es gratificante que pueda estar aquí. La sala de espera está casi vacía, la llenamos todo el grupo que espera por noticias de mi arcoíris.

—Si ha perdido la sensibilidad de las piernas, ¿sabes lo que significa, no?

No puede tener una lesión medular. No puede perder en un segundo la posibilidad de correr, de hacer una vida normal. No así, no de esta forma tan fría.

Sería injusto, muy injusto.

—No pienses en eso, los médicos están con ella.

—Llevan cinco putas horas con ella.

Asher me da un toque en el hombro para que baje la voz. La madre de Iris está desesperada, le han tenido que dar un calmante para tranquilizarla.

He reparado en cómo Nate está llevando toda esta situación, más tarde le agradeceré ser el punto de cordura en la locura.

—¡El médico! —dice mi madre—. Viene el médico.

Todos nos levantamos a la espera de que un hombre, con bata blanca, sin signos de sangre, y dos mujeres, se acerquen a nosotros. En la placa de él se puede leer que es el jefe de cirugía del hospital.

Cirugía.

¿Habrá estado en quirófano y nadie nos habrá avisado?

Los brazos de mi hermano siguen rodeándome para mantener mi cuerpo cerca del suyo.

—¿Familiares de Iris Stars?

—Somos nosotros —dice Teresa.

—Bien, las noticias son favorables, aunque el golpe ha sido muy fuerte. Hemos revisado con varias pruebas la patología que la paciente padecía, así como el traumatismo que ha sufrido. Puedo transmitirte que la falta de sensibilidad en las piernas se ha debido al pinzamiento de uno de los nervios por el golpe que el hueso de la cadera derecha sufrió. Debemos de valorar más adelante con un fisio las posibilidades de una recuperación rápida en esa zona, por el momento

controlaremos su dolor con analgésicos y realizaremos más pruebas cuando la hinchazón en la zona disminuya. Con respecto al traumatismo craneoencefálico, está fuera de peligro, en unas horas se recuperará de la sedación, hasta entonces, os pedimos por favor que guarden la calma a su alrededor. Este tipo de accidentes son traumáticos para el paciente, es por ello que el equipo de psicología del centro estará a su lado en todo momento.

Desconecto de las informaciones que aporta el doctor. Asher me tiene que mantener erguido para que no me caiga redondo.

Cuando he escuchado que está fuera de peligro, todo mi cuerpo ha respirado con alivio. Ahora siento los músculos de las piernas cansados. Quiero tumbarme a su lado y llorar todo lo que no me he permitido. Decirle que he sido un idiota, aunque no sé ser de otra forma.

Y que, sea lo que sea, lo que haya ocurrido, no debe coger miedo porque en un futuro próximo la quiero en mi espejo retrovisor dando gas.

53. LA SITUACIÓN LO MERECE

ASHER

Saboreo las buenas noticias durante unos minutos. Todos parecen aliviados por lo que acaba de decir el médico menos Michael que mantiene la mirada fija en el suelo. Cuando le dan la opción a Teresa de acompañar a su hija, me levanto para acercarme a él.

—¿Ha ocurrido algo?

He dejado los ordenadores encendidos y conectados a mi teléfono por si entraba alguna alerta, pero no ha sido así. Lo he revisado en reiteradas ocasiones.

Abandona la baldosa y clava la mirada en mí. Hay una gran diferencia entre el Michael empresario y el Michael protector de su familia, este segundo puede ser voraz.

—Ha llegado el momento, Ash, no lo podemos alargar más, lo siento mucho.

Asiento, aunque sigo por unos segundos digiriendo su mensaje.

—No podemos dejar esta situación solo con un hombre investigando. Ya no sirve que dediques todo tu día a buscar una explicación, necesitas un equipo completo.

Sabía que podía llegar este momento, más cuando mis resultados han sido nulos.

—Lo sé.

—Intentaré protegerte del mismo modo que hasta ahora, pero no te prometo nada.

Llevo trabajando para su empresa desde que tenía uso de razón. La informática siempre se me ha dado bien y él confía sus secretos empresariales en mí, en nadie más de su equipo. Eso me ha hecho invisible para el resto de la oficina. Soy un nombre de usuario que se ocupa del trabajo más personal del jefe, nada más, pero si tenemos que trabajar todos juntos... Las caretas desaparecerán.

No sé si me siento aliviado porque al fin ha llegado este momento, o estoy cagado de miedo porque el secreto de mi existencia esté en peligro.

Todo el mundo se sorprende de mi físico como es normal, Beck nunca ha referenciado que tenga un hermano, mucho menos un hermano gemelo idéntico. Eso me deja en una posición de diana bastante incómoda e indeseada por mi parte.

—La situación lo merece —digo con fuerza para seguir adelante.

Puede que haya llegado el momento de enfrentar mis actos del pasado, que se me juzgue por ellos, y pagar el castigo que merezco.

Miro hacia Ada de forma automática.

Ha sido precioso compartir casa con ella. Un sueño que jamás había imaginado. Despertarme a su lado, ver cómo cuida a Pantera en sus ratos libres, poder contarle cómo ha ido mi día en el trabajo y que ella me cuente todos los planes que tiene en el futuro. Ada nunca me ha presionado para que, en ese futuro, yo tuviera que ser o actuar de un modo que no soy. Ella siempre se refiere como si pudiera seguir viviendo entre las sombras y, aunque es lo más bonito que han hecho nunca por mí, ella no se merece vivir escondida por el resto de su vida por mi culpa.

Quizá esto sea lo mejor al fin y al cabo, o lo que merezco.

54. NO HAY MARCHA ATRÁS.

ADA

Después de lo que le ha sucedido a Iris, tengo una mala sensación instaurada en mi cuerpo. He crecido rodeada de velocidad, sé los peligros a los que se enfrentan los pilotos, pero después de esto, de vivirlo desde tan cerca, solo puedo pensar en cómo Beck va a tener que enfrentar un Gran Premio dentro de unas semanas, y cómo en un visto y no visto puedo perder a un amigo.

Dicen que en los momentos más cruciales es donde te das cuenta de lo que es importante en tu vida. Ahora mismo, si elevo la cabeza, sé que todas las personas que me rodean quiero que estén en cada día de mi vida. Tan solo hay una que no está aquí y sin la que me faltaría el aire, mi hermana Lyn.

—Ash, tengo que hacer una cosa, ¿crees que Nate podrá llevarte a casa más tarde?

Las buenas noticias nos han llevado a todos a respirar aliviados. Ha llegado el momento que llevo reteniendo en el tiempo, ya no hay marcha atrás en mi decisión.

—Sí, ¿dónde vas?

—A mi casa, quiero hablar con mi padre.

—¿Ahora? —pregunta sorprendido.

—Sí, tiene que ser ahora.

Debo hacerlo para soltar de una vez por todas la cuerda que me une a él. La continua voz que no me deja crecer porque me repite una y otra vez que no soy merecedora de ello.

—Claro, sí. Iré con Nate, no te preocupes.

Dejo el asiento y antes de que pueda alejarme, Asher me toma de la mano. Llevo mi atención hacia él.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, esto tengo que hacerlo sola.

—Está bien. Llámame si necesitas un rescate.

—Lo haré.

Dejo un tierno beso sobre sus labios y salgo disparada hacia el aparcamiento en busca de la moto de Asher. No es mi medio de transporte favorito para conducir, a pesar de ello, será de gran ayuda en estos momentos.

Mientras me pongo el casco y me subo al asiento, vuelvo a ver muy claro cómo será mi vida a partir de ahora. He visto la luz sin estar a punto de morir, y eso debe de significar algo. Tengo que darle un maldito significado de una vez por todas.

Acelero y recorto la distancia con mi casa dentro de los límites de velocidad.

El mayordomo me da la bienvenida, aunque, también reparo en que se lleva la mano al pinganillo y dice unas palabras en clave. Entiendo que mi llegada, después de cómo me fui, es un acto que debe de ser reportado al señor de la casa, también conocido como mi padre.

Subo las escaleras para ir directa a mi habitación. Hay algo que quiero coger, es un simple detalle, una bola de cristal.

Lleva decorando mi mesita desde hace años, es preciosa. Tiene una base llena de figuras de cerámica en 3D. Se puede distinguir una tortuga, varios corales, peces exóticos, y en medio del cristal, hay dos figuras abrazadas. Dos mujeres que sonríen cuando notan sus brazos entrelazados. No cuenta con purpurina, sino con arena de Australia. Este fue el regalo más especial que me entregó Lyn de uno de sus viajes. Para ella fue una aventura que la transformó, no volvió siendo la misma, aunque meses después mi padre lograra convertirla en la muñeca de siempre.

Australia para mi hermana fue un antes y un después. Se marchó siendo una niña, y volvió con las ideas claras. Recuerdo cómo me dijo que quería ser feliz como en aquel lugar, y que aquí nunca lo había conseguido. No entendía si la ciudad era la que la retenía o nuestro padre. Nunca lo supimos porque el cambio completo no llegó a efectuarse gracias a la influencia de él. Como siempre.

—¿Te vas?

Me giro con la bola en la mano. Hay tristeza en el rostro de Lyn. Creo que siempre pensó que mi decisión era revocable, que volvería en algún momento.

—Sí. Y tú puedes hacer lo mismo.

—Sabes que no —susurra.

—¿Por qué?

Me acerco a ella, deja que tome una de sus manos con la que tengo libre, y suspira con fuerza.

—Yo no soy como tú, Ada. Me gusta la comodidad.

—Pero no puedes ser libre, no con sus mandatos. En cuanto me vaya definitivamente por esa puerta, caerá sobre ti un gran peso. Podemos irnos, podemos ser lo que nos dé la gana.

Niega con fuerza.

—Lyn, escúchame.

—No, escucha tú. A mí me gusta mi vida. Me gusta poder ir a fiestas, no tener más responsabilidades que ser guapa de cara a la galería. No estoy preparada para cambiar mi futuro, no cuando no tengo ni idea de lo que soy o de lo que quiero hacer. Me siento una hipócrita por pensar de este modo, siempre tengo la sensación de que te defraudo por ello, pero yo no estoy lista, Ada. Yo no quiero perderlo todo.

Sus palabras son un duro mazazo.

Me ha demostrado que no es lo que está diciendo. Que tiene opinión propia, que es una mujer fuerte, pero tiene razón en una cosa, no puedo obligarla a seguir mi estela.

—Nunca me has defraudado. Solo quiero lo mejor para ti.

—Entonces no me lo pidas y no me juzgues, por favor.

Me rompe el modo en el que me está pidiendo esto.

—No pienso que seas menos por quedarte aquí con él, Lyn. No pienses ni por un instante que vas a dejar de ser mi persona favorita, pero yo no soy...

Se me corta la voz al finalizar la frase.

—Tú no eres como yo, lo sé. —Así que es ella quien lo hace.

—Exacto. Necesito aire, no ser la hija de él. Conseguirlo por mí, ¿lo entiendes?

Asiente con pesar. Me atrae hasta su cuerpo y junta nuestras frentes.

—Te voy a echar de menos —susurra.

—Voy a estar a tu lado de igual modo.

Aunque ambas sabemos que no va a ser así. Él va a delimitar una línea entre nosotras que tendremos que batallar para que no nos haga morir en el intento.

Lo conozco mejor que nadie, necesita de sus esbirros para mantener la apariencia, si yo me

voy, si dejo de ser un activo para su apariencia, Lyn se convertirá en su muñeca preferida. La llevará al límite y...

No quiero adelantarme a los hechos. Mientras cierro los ojos y abrazo a mi hermana, observo de nuevo la bola que reposa en mi mano izquierda. Lucharé para que nuestra unión no se rompa, aunque será una guerra difícil de batallar.

Cuando me separo de ella, seco las lágrimas que han cubierto mi rostro.

—¿Vas a hablar con él?

—Tengo que hacerlo —admito.

—Bien, está en su despacho.

Muevo la cabeza de arriba hacia abajo para asumir que ha llegado la hora.

—Te llamaré, ¿vale? —prometo a Lyn.

No miro hacia ella cuando me giro decidida a acudir al encuentro con mi padre. Tengo miedo de ser débil si la veo llorar, así que camino en línea recta recordando los motivos que me llevan a tomar esta decisión.

Quiero ser libre.

Quiero ser yo misma.

Me lo merezco y voy a trabajar para conseguir cada uno de mis objetivos.

—Adalia, benditos los ojos que te ven. Has estado sin trabajar unos días, supongo que vienes a compensar tu desaire.

No soporto lo cínico que es. Cómo sonrío cuando te está apuñalando, el modo que tiene de moldear a los demás a su antojo.

Filip Aston no quiere a nadie.

—He venido a despedirme.

No emite palabras de sorpresa, aliento o necesidad, lo que me hace llegar es una carcajada seca muy habitual en él.

—¿Te has levantado con ganas de soltar chistes, hija?

—No, he visto como una amiga ha estado a punto de perder la vida, y eso ha sido más que suficiente para darme cuenta de que no quiero lo que tenía, que necesito algo mejor.

—¿Algo mejor que tener todo el lujo en tu poder?

—Nunca ha sido una cuestión de lujo, sino de calidez, de familia. De tener un hombro sobre el que llorar. Lo que tú nunca has hecho.

—Llorar es para los débiles. Está visto que he hecho un mal trabajo de crianza contigo si tienes esa visión.

—¿Trabajo de crianza? ¡Nos adoctrinaste!

—Ese tono no lo quiero en mi despacho, Adalia.

Resoplo.

No he venido aquí a hacer el show, he venido a cerrar una etapa para comenzar otra que espero que sea mejor.

—Lo que yo no quiero a mi lado es a alguien tan ruin como tú, padre. Has subestimado mi valía, has creído que nunca iba a ser capaz de dar este paso. Me has hecho creer que no servía para nada, y puede que en algún punto haya dudado, pero ya no.

Algo le llama la atención porque se levanta de la silla y queda a mi altura, con la mesa de su despacho entre nosotros, simulando la gran brecha que siempre ha habido entre nosotros.

—¿Esto tiene algo que ver con los Douglas? ¿Ellos te han prometido ser parte de su clan?

—No tiene nada que ver con ellos.

—¿Estás segura de eso? ¿O tiene algo que ver con el proyecto que estás a punto de presentarle

a uno de mis socios?

Mierda.

Creía que Ferretti iba a ser más elegante e iba a mantener en silencio nuestro acuerdo.

Se vuelve a reír de mi silencio y toma la palabra con más poder y fuerza.

—¿Creías que no me iba a enterar, cierto? Una pena que haya una gran diferencia entre tú y yo, Adalia. Y es que mis pasos, siempre van adelantados. Siempre sé más que el resto, y mucho más si es mi hija la que quiere traicionarme.

—Lo que tengo con Tirso no tiene nada que ver con una traición, sino con un proyecto.

—¿Un proyecto? —se ríe con intensidad.

Aprieto el puño derecho al lado de mi cadera.

—Para comenzar un proyecto, hay que tener ideas, dinero y poder. Lo que te haya propuesto Ferretti es un espejismo de lo que te vas a encontrar fuera de mi protección, querida hija.

¿Y si estoy cometiendo un error y tiene razón? Tirso lleva años siendo socio de mi padre, no es un activo indispensable en su empresa, pero colaboran en un objetivo en común. Puede que me haya tendido una trampa, que esté perdiendo todo para conseguir nada, pero entonces, ¿qué? ¿Vuelvo a la jaula de cristal? ¿Hago como si no hubiera ocurrido nada?

No, volver atrás no es una opción.

—Lo que tenga que ocurrir, lo asumiré. Solo quería tener tu atención durante unos segundos para asegurarte que no volverás a verme en esta casa. Que los trabajos a los que me obligas a ir, se han acabado por mi parte y, que, quien pierde aquí, eres tú no yo.

Con las mismas, me doy la vuelta y dejo que grite a mi espalda.

—¡ADALIA! Regresa aquí de forma inmediata.

—No te vas a salir con la tuya, ¿me oyes?

—Cuando no tengas dónde caerte muerta, no te daré ni un vaso de agua.

Las lágrimas corren por mis mejillas hasta juntarse en mi cuello.

Puede que acabe de perder un lugar seguro en el que dormir, pero, ¿qué hay aquí que no pueda encontrar en otro lugar?

No deseo que se me devalúe en cada oportunidad que surja, ni que mi madre me mande callar porque no debemos tener opinión. Solo espero que Lyn no tenga que pagar las consecuencias de esto.

Cierro por mí misma la puerta con un sonoro golpe. El trabajador que siempre está al lado de ella, se queda pasmado ante mi paso.

Esto es un adiós definitivo.

55. PON UN NATE EN TU VIDA.

IRIS

Estar una semana en el hospital es lo mismo que perder cinco años de vida de golpe. Las horas son interminables, el sueño no llega, hay que recurrir a las pastillas, y tengo tantos pinchazos en el cuerpo que parezco un colador andante.

—Sálvame, por favor.

Nate entra sonriente con un ramo de flores, en concreto tulipanes rojos.

—Una flor, para otra flor.

—¿De dónde las has robado, Scoll?

La carcajada es tan sonora que hasta él se sorprende.

—Se las he tomado prestadas a Asher. Estaban muy bonitas en uno de los jarrones del apartamento y me ha parecido todo un detalle que tú también las vieras.

—Asher es el verdadero Golden Retriever de novio que todas merecemos.

Nate toma asiento con cuidado en la cama mientras frunce el ceño.

—¿Qué es eso?

—Nada que te interese, no entras en los parámetros.

Parece que no le importa en exceso mi comentario porque hace lo que le pido.

—Y bien, ¿cómo se encuentra hoy la enferma?

—Hasta las narices de estar enferma.

Fui gilipollas.

Lo sé y lo admito.

No estaba preparada para pilotar a esas velocidades, tampoco debería de haberme saltado las restricciones de mi tío en cuanto a mi seguridad, pero llevo una semana con sus siete días postrada en una cama, con cientos de antiinflamatorios y con un equipo médico que me trata como si fuera la reina del país, intuyo que es por la influencia de mi tío.

Mi madre ha estado conmigo todos los días. La mujer quería incluso dormitar a mi lado, sin embargo, conociendo lo incómodo que resulta dormir en la propia cama de enfermo, no me quiero ni imaginar lo que sería hacerlo en el sillón de mi derecha que tan solo se reclina hacia atrás.

Mai le ha hecho los relevos, y parece que nuestra relación vuelve a estar en el mismo punto de antes porque he hecho el esfuerzo de no pensar en el rencor.

A fin de cuentas, cuando estaba a punto de morir, o eso creía yo, fue la reflexión que más peso tuvo. Yo no vi una película de mi vida, sino los errores que había cometido. Aunque esté fuera de peligro, sigo queriendo y deseando las explicaciones que aún no han llegado. Supongo que no es el momento.

Beck ha venido en dos ocasiones. Ha actuado de una forma extraña, con miedo por mi reacción y hablando muy pausado y suave. No parecía el Beck Hunter que yo conozco. Supongo que no es el momento de preguntar lo que le sucede.

La parejita de enamorados también se han pasado, Asher solo vino una vez porque según Ada, está trabajando cada hora del día en conocer lo que sucede con el hombre que conoce sus secretos. En un primer momento, creyeron que él había sido quien desencadenó mi accidente, pero no ha sido así. Tuve la mala fortuna de irme contra el muro porque no tengo las tablas necesarias, no porque un loco hubiese cortado los frenos del coche, hubiera sido demasiado peliculero.

Creo que podemos ser buenas amigas. Me gusta que sea tan diferente a mí. Es una chica tímida, le gusta escuchar y a mí me gusta hablar. Tiene criterio propio, no es la estirada que siempre creí que era, y está enamoradísima de un tío que tiene la misma cara que...

Mierda, si lo pienso de este modo es muy tétrico que Ada y yo estemos pilladas por dos tíos que tienen ¡la misma cara!

—¡Iris!

—¿Qué? —Sacudo la cabeza para conectarme con Nate.

Él ha sido quien más ha estado conmigo. Según sus palabras, no tiene nada mejor que hacer que alegrarme los días con su presencia. Le he instado a que vaya a la universidad, pero su excusa es que sin mí, nada es igual.

Es idiota, pero es mi idiota.

—Te has ido a otro mundo, ¿en qué estabas pensando?

Me quedo tiesa durante unos segundos, no sé si será buena idea que le diga lo que estaba pensando.

—Si quieres admitir ante Beck nuestro romance secreto, ahora es el momento, nena. Aquí, con todos los tubos que te rodean, con tu vida pendiente de un hilo, él lo entenderá.

—¡Nate! —Doy un golpe en su brazo y ambos nos ponemos a reír.

Mi risa se corta rápido cuando el movimiento de mi abdomen hace que grite por las heridas y los moratones que tengo por todo el cuerpo.

—Eres imbécil, pero te echaba de menos.

—Yo a ti también, Stars. Llegaste como un terremoto a nuestras vidas y, sin ti, me aburría de la hostia con esos muermos que dicen ser mis amigos.

Me sigue doliendo que no confiaran en mí, y puede que esa herida requiera de mucha comunicación y tiempo en conjunto para sanar. No obstante, si me pongo en su postura, también entiendo por qué lo hicieron. Desconozco los motivos escabrosos por los que Asher se ha escondido toda la vida, pero no soy idiota, y sé que han tenido que ser lo suficientemente duros como para que tengan que actuar de ese modo.

El resto lo único que ha hecho ha sido protegerlo, pese a tenerme engañada.

—¿Crees que en algún momento todo volverá a ser como antes?

Lanzo la pregunta deseosa de que Nate me aporte algo de esperanza a mi batiburrillo de malos pensamientos.

—No. —Se pone muy serio—. Creo que va a ser mucho mejor.

No puedo resistir el instinto de darle otro golpetazo en el hombro.

—Eres de lo que no hay.

—¡Al fin una mujer que me lo dice!

—Pero serás...

—Espera, espera, porque tengo otra sorpresa con la que gemirás de placer.

—Nate... —Me sonrojo por la intensidad que ha puesto en decir esa frase.

Salta de la cama, se va a coger algo del perchero que no vi cuando entró y de repente, lo hago, gimo de placer y con una intensidad que nos deja a ambos tiesos.

—¿Eso es chocolate? —pregunto.

—Así es. Chocolate belga, ¿qué me dices? ¿Soy el mejor, o no?

Corre de nuevo hacia mi cama y me entrega la tableta.

Como buena adicta al dulce, rompo el plástico y lo acerco a mi nariz. Ya el olor es una maravilla para mis sentidos.

De entre todas las compañías, Nate Scoll es el mejor compañero para los días tristes, lo tengo comprobado.

56. LO TENEMOS.

BECK

No como, no duermo y estoy obsesionado con descubrir lo que está sucediendo. He visitado a Iris junto a mi madre. He estado muy tímido, silencioso, aún no estoy preparado para enfrentarme a ella.

—Ash, tenemos que encontrar algo sobre lo que tirar.

—¿Qué crees que llevo haciendo todo este tiempo?

Lo único que tiene mi hermano en la nevera son mejunjes con color pastel y comida en diferentes tupperts, no hay cerveza, ni vino, ni nada que me haga olvidar por unos instantes la presión que tengo en el pecho.

La gata salta hasta la encimera y se queda mirando hacia mí, contemplando mis movimientos, como si ella fuera la dueña de todo lo que hay en el refrigerador.

—Pantera me mira mal, Ash.

—Imposible, es el felino más bueno que conocerás en tu existencia.

Observo con detenimiento a la gata negra. Parece que, en lugar de leer yo su comportamiento, lo hace ella conmigo. Es aterrador.

—Lo digo en serio, voy a limitar las visitas porque en esta casa hay un aura que me pone los pelos de punta.

—Y, si en lugar de meterte con nuestro palacio, ¿pones dirección hacia el hospital?

Cambio la atención hacia mi hermano que tiene la cadera apoyada en la encimera.

—Sé lo que estás pensando —comienzo.

—No, no lo sabes.

—Me has dicho cincuenta veces en esta semana que tengo que ir a visitarla y hablar con ella.

—Es que debes hacerlo, no entiendo por qué no puedes abrirte a ella, expresar lo que sientes. Lo va a entender.

—Ni yo me expreso bien cuando hablo de mis sentimientos, ni ella necesita ahora que le vayan a llorar.

Niega y se separa de mi lado para volver hacia la zona de trabajo. Previamente era el comedor, pero Ash lo ha ocupado con varios ordenadores y papeles que solo él entiende.

—Lo digo en serio. Hasta que no cerremos esto, no voy a ser capaz de hablar con ella.

—Pones de excusa lo primero que tienes a mano, a mí no me engañas.

Cierro la nevera con fuerza y evito mirar hacia el felino. Puede que mi hermano tenga razón y soy un cobarde por no enfrentarme a mis sentimientos pero, ¿qué le voy a decir?

«Lo siento, puede que un obsesionado con nuestra familia haya cortado los frenos y por eso casi te matas».

O algo así como «tu padre era un ser despreciable que nos sumió en una oscuridad de la que jamás nos recuperaremos porque hemos perdido demasiados años».

Hay tantas cosas entre nosotros y tantos secretos que dudo que esto pueda tener un final feliz.

—Escucho tus pensamientos desde aquí —grita Ash.

Camino hacia él, tomo asiento a su derecha, y dejo que el cuerpo tendido sobre la mesa exprese mi estado de ánimo. Con él no tengo que disimular, puede que en muchas ocasiones sonría para que no sufra por mí, pero es mi hermano gemelo, tiene una conexión directa con mis pensamientos, aunque no lo quiera.

—Si quieres, puedo contarle cómo lo viví. Lo que sucedió esos años.

—No, lo tengo que hacer yo, Ash.

Aún no tienen confianza, Iris se merece que sea yo quien le diga lo que ocurrió.

—Bien, y, ¿qué hay de tus sentimientos hacia ella?

—No hay nada Ash.

—¿Estás negando que estás coladito por sus huesos?

Me yergo para tirarme contra el respaldo de la incómoda silla.

—¿Desde cuándo te has vuelto un tocapelotas?

Sonríe y me hace feliz cómo sus facciones se transforman. En los últimos tiempos tiene una luz mucho más bonita. Desde la muerte del padre de Iris, Robert, todo parece que se ha ido colocando en su sitio, y más desde que está viviendo en el mismo lugar que nosotros.

—Paso mucho tiempo con Nate —afirma.

—Sí, por ahí van los tiros, no lo dudo.

Vuelve la atención hacia el ordenador, teclea algo, y regresa a mí.

—Lo digo en serio, ¿por qué no te abres a ella?

¿Por qué?

Porque no tengo ni puta idea de gestionar mis emociones. Ha sido más sencillo canalizarlos según el contexto que hablar de ellos, solucionarlos desde la raíz.

¿Que la situación se ponía tensa y el mundo a mi alrededor estaba a punto de hundirse? Entonces competía más rápido, era más feroz dentro de la pista, y el resto elogiaba cada una de mis victorias.

¿Que me reencontré con la persona que debería de odiar? Entonces la llevé hasta el extremo para que se fuera por donde había venido, pero entonces ocurrió, algo se salió del mapa de mi control.

—Está bien no tenerlo todo controlado, Beck, más si hablamos de amor.

—Yo no soy un romántico como tú.

—No estoy diciendo que le lleves flores y bombones cada día, me refiero a que ambos os merecéis ser sinceros. Si aún no le quieres contar lo de su padre, háblale de lo que te hace sentir.

—¿De lo que me hace sentir?, ¿me lo estás diciendo en serio?

—Sí, joder, te lo digo de corazón. No me gusta que te fustigues de esta forma, y mucho menos que nos tomes por locos a los que queremos frenar tus actos. Mereces ser feliz, ¿no es lo que me dices a mí todos los días? Es incomprensible que el discurso sea solo en una dirección, ambos estamos en este barco, no lo olvides.

Para ser sincero con mi corazón debería de borrar los últimos años de mi vida. Ser consciente de que mi familia ya no está en peligro, que podría ser feliz, pero la conclusión siempre es la misma. El peligro ya ha pasado y nosotros seguimos igual. Mi hermano en las sombras, intentando encontrar paz en su mente, mi madre temerosa de que todo vuelva a ocurrir, que lo que estamos viviendo sea un espejismo. Y luego estoy yo que, por protegerlos a ellos, me perdí en algún punto de la historia.

Si nunca me permití mostrar mis debilidades por miedo a que los demás los utilizaran en mi contra, ¿cómo voy a hablar de amor?

—¿Alguna vez tienes la sensación de que Ada está contigo por un motivo ajeno al amor verdadero?

Conozco la opinión de mi mejor amiga sobre esto, pero la respuesta de mi hermano es la clave para comprender cómo funcionamos nosotros. Lo jodidos que estamos.

—Cada día. Siempre me levanto con la sensación de que me va a abandonar porque se ha dado cuenta de que merece algo mejor.

Lo sabía.

—¿Y merece la pena vivir de ese modo? ¿Con ese miedo continuo?

No quiero ser preso nunca más de las inseguridades, del miedo. Si conseguimos solucionar lo que ese tal Matías tiene sobre nosotros, podría finalizar el cuento de terror. Podría...

—Sí, creo que sí. Hay momentos que nunca me imaginé vivir y que ella me está enseñando a apreciar.

Pero Iris se merece que la cuiden a ella, no al revés. Si abro mi corazón ante ella, se caerá la figura chulesca y prepotente que tanto le gusta, porque sé que le gusta. Conocerá unas debilidades que puede que no le interesen. Si me abro ante ella conocerá a un nuevo Beck, y eso trae consecuencias.

—Olvidalo, Iris es diferente, la paciencia no es su punto fuerte.

Enfoco la mirada en el ordenador a la espera de que Asher haga lo mismo, pero se ha clavado en mí.

—Quien debería elegir eso es ella con toda la información, no tu por ella.

—¿Me lo dices tú a mí, Ash?

—Sí, te lo digo porque cometí ese error, y casi pierdo la felicidad por ello. Te mereces que te cuiden, aunque sea de ese modo tan efusivo que tenéis vosotros.

Sin duda, la relación con Iris se parece poco a la que Ada y Asher tienen. Ellos son dos pasteles de fresa, dulces y de los que nunca te empachas, y nosotros podríamos ser más similares al fuego de un dragón. Nunca sabes si existe, si es real, pero se palpa la tensión en el ambiente. Tengo ganas de que me dé la razón a cada instante y a la par quiero que me lleve la contraria solo para poder rebatir durante horas.

—En fin, ¿qué estamos buscando? —pregunto.

Ash resopla. Sabe que, una vez he dado carpetazo al tema, no va a poder rascar nada. Quiero cerrar este tema para tomar una decisión.

La decisión.

—No lo sé. Michael ha puesto a parte del equipo a trabajar, pero esta mañana aún no tenían información interesante. Parece que estamos delante de un fantasma, creo que me voy a volver loco con esta investigación.

Que sea tan personal hace que todo el entramado nos tenga más nerviosos de la cuenta. Por este mismo motivo he querido venir a pasar tiempo con él. Conozco a mi hermano, y se ha enfocado tanto que puede que se le esté escapando lo más obvio delante de sus narices. Cuatro ojos ven más que dos, así que repasaremos cada fragmento para ver si podemos sacar una conclusión.

—He seguido el nombre por todos los lugares del mundo y no he encontrado nada, lo que me hace presagiar que no se llama Matías.

—Entonces, es como buscar una aguja en un pajar.

—Eso, da ánimos, Beck.

No es el momento de reírme, pero la situación lo merece.

Menos mal que se me da bien eso de pilotar, porque está claro que la CIA nunca va a levantar

el teléfono para ponerse en contacto conmigo.

—He buscado por todos los lugares de Italia, en carreras ilegales, algo que me llevara hasta él, pero no hay nada. Es un fantasma.

Le dijo a Iris que la quería como piloto de sus carreras ilegales pero, ¿y si era parte de su fachada?

—No creo que, alguien que aparenta estar bien posicionado, sea el que realice las propias carreras ilegales, ¿entiendes por donde voy?

—¿Crees que tiene a alguien que le hace el trabajo sucio?

—Piénsalo por cómo funciona la Fórmula 1, hasta llegar al jefe, pasas por muchas entrevistas.

Es así, hasta el propio Michael tiene personas que le hacen el trabajo de campo.

Algo se enciende en el cerebro de mi hermano porque amplía los ojos y sonríe.

—Eso es, los negocios de la Fórmula 1 nunca se hacen en el campo de batalla, ahí se cierran tratos pero...

—Hay un previo —determino yo.

—¡Exacto! Pero, ¿dónde harías esos previos?

—Cenas de lujo, bares de noche donde no haya mucha luz, casinos, eventos...

Asher se pone a teclear hasta el punto de no volver a hablar durante horas.



—¡Beck! Mira esto.

Parpadeo ante su llamada. Me he quedado dormido, tendido sobre la mesa. Mi cuello grita de dolor cuando me muevo, pero la emoción de mi hermano es un buen indicativo, así que lo ignoro.

—¿Qué te dice esta cara?

Me enseña la imagen de un registro con el sello de un casino conocido. La persona que mira hacia la cámara intenta aparentar seriedad, altanería, pero sus facciones se diluyen en un gesto poco imponente, como si fuese alguien diferente al que aparenta.

—¿Ese no es?

—Sí, es Matías.

—Pero no es su apariencia actual.

—Es un registro de hace años, supongo que la vida o los años lo ha tratado mal porque, no, ahora no luce del mismo modo.

Está mucho más joven, guarda algo de alegría en su gesto, aunque lo tape tras la seriedad.

—Y, ¿sabes lo mejor de todo?

—Suéltalo de una vez.

—No se llama Matías, sino Mario Logitif.

57. TODO AL ¿ROJO O AL VERDE?

ASHER

Mi hermano se despide de mí tras varias horas de trabajar mano a mano. Tiene que ir a entrenar y, según sus palabras, no soy una buena compañía cuando me vuelvo un ratón de la informática.

Conocer el nombre real de Matías, ahora Mario, es un punto clave. Si no es otro mote que ha creado, podré encontrar más información sobre él, podré cerrar esto...

Siento ganas de llorar de felicidad y eso que no he alcanzado la meta.

La cerradura se abre y tras ella aparece Ada con el rostro lleno de lágrimas.

—Ey, ¿qué ha pasado?

Olvido el ordenador y corro hacia ella. Se deja mecer en mis brazos cuando nota mi cercanía. Cierro la puerta con cuidado mientras ella me abraza.

—He cortado definitivamente con él.

Mierda.

—¿Ha sido muy duro?

—Ha sido muy él.

Con eso ya me lo dice todo. Filip Aston no está entre mis personas favoritas del mundo.

—¿Y cómo te sientes?

Hay que ser idiota para hacer esta pregunta cuando llora desconsoladamente, pero quiero que se exprese.

—Aliviada. Sí, —se separa y puedo ver su rostro— debía de haberlo hecho antes. Ahora solo quiero... Llorar y reír, y vivir y...

El llanto la vuelve a acercar a mí.

Deja que la lleve hasta el sofá y que le haga cosquillas en el pelo hasta que se queda dormida sobre mi pecho.

De todas las cosas que me hacen admirarla, el que sea capaz de seguir adelante pese a conocer las consecuencias y el miedo que puede acarrear la decisión, me hace estar a sus pies.

Recoloco su cuerpo sobre la almohada para poder seguir con mi investigación. En este tiempo, no he estado pendiente de la película, sino de los mensajes que el equipo informático ha estado enviándome.

La ficha del casino que encontré, demuestra que Matías/Mario, era un asiduo de dicho local, del mismo modo que tuvo varios escándalos en el interior. El que más ha llamado la atención fue el último, por el que le vetaron la entrada, pero no he logrado sacar más información.

Cuando compruebo que tanto Ada como Pantera se han quedado a gusto en el sofá y que ambas están tapadas, vuelvo a mi mesa de operaciones.

¿Qué tipo de escándalo lo pudo alejar de su mesa de negocio?

No me creo que fuera un aficionado al juego, ahí tenía que haber algún tipo de interés más goloso.

Busco la historia del casino.

Las primeras búsquedas son muy vagas, tengo que buscar en la dark web para encontrar más información.

Las horas pasan y, aunque pongo en aviso al equipo, parece que ninguno damos con la tecla.

Ada remolonea en el sofá, y en algún punto de la noche se levanta casi zombi y se va directa a la cama. Me pide que la acompañe, y le aseguro que lo haré en unos minutos.

De eso ya hace cinco horas.

El café se ha convertido en mi bebida favorita.

Cada vez que el sueño está a punto de asolar, me tomo una taza cargada y espero a que haga efecto.

No es lo más saludable del mundo, pero tendrá que funcionar, tengo la sensación de que estoy cerca de algo.

Lo único a lo que me puedo aferrar es a un cutre aviso por parte de la empresa, para que ningún casino de Palermo admita la entrada del susodicho.

El teléfono vibra a mi lado. Le he quitado el sonido para no despertar a Ada.

En la pantalla se muestra la hora. Está a punto de amanecer y ni siquiera he dormido.

—Asher, —uno de los compañeros, el jefe de la sección de informática de la empresa de Michael, es el que me saluda—, ¿cómo te suena «malas compañías, malas decisiones, y una enorme deuda con nada más y nada menos que la mafia italiana»?

—¿¡La mafia italiana!?

Este giro de los acontecimientos no me lo esperaba.

—Así es, te envío un documento con todo lo que hemos recabado. Según las fuentes, tuvo un problema serio con un miembro importante del clan. Al parecer era de su completa confianza hasta que dejó de serlo. Ya sabes cómo actúan ante estos casos... Lo extraño es que siga vivo.

—¿Habéis descubierto algo más?

—No hay nada más. La relación con el tal Graham Harrington no figura por ningún sitio.

Nadie sabe que Graham Harrington era mi padre. Michael comentó que era importante conocer si habían estado relacionados en algún punto, sin ofrecer más detalles.

Trago saliva con dificultad, hacía años que no escuchaba su nombre completo, y le doy las gracias.

—Si descubro algo más, te devuelvo la llamada.

Con ello corto la comunicación y me pongo a investigar sin cesar.



He dedicado la noche a descubrir dónde pudo coincidir con mi padre, en qué momento de su vida trabajó para él, pero nada los sitúa en el mismo punto. Conociendo cómo actuaba mi padre y tras lo que mi madre nos contó sobre que en sus últimos tiempos estaba obsesionado con que alguien le robaba, este hombre jamás hubiera entrado a trabajar para él.

—Ash, amor, necesitas dormir.

Pantera sale de la habitación junto a una Ada dormida. Si tuviera tiempo, me levantaría, haría que rodease mi cuerpo con el suyo, y la volvería a tumbar en la cama, pero no puedo, no cuando estoy tan cerca de descubrir quién narices es o era el tal Mario Logitif.

—Si tuvieras que esconder tu identidad de la mafia italiana, ¿qué harías?

—Guau, buenos días a ti también.

Me río de cómo su pelo se ha vuelto salvaje debido a la batalla que ha tenido con las sábanas y

espero hasta que llega a mí, me dé un beso tierno en los labios y se vaya con el poco café que queda en la cafetera después de mi actividad nocturna.

—Cambiaría mi nombre y borraría mi pasado.

Es una chica lista, por eso estoy enamorado de ella.

—¿Y después de eso?

Lleva la taza de café a la boca y ayuda a Pantera a subir a la encimera. Le ha preparado un bol de su comida a la par que calentaba la leche para ella.

—Pues no lo sé. ¿Esconderme en otro país?

—¿Y si ya hubieras hecho eso?

—Ash, no tengo ni idea, acabo de despertarme, ten consideración.

—He descubierto que Matías hizo todo eso, en realidad se llama Mario, pero he llegado a un callejón sin salida. Nada lo une con mi padre, no hay un punto en el que lo sitúe cerca de nosotros para conocer el secreto.

Parece que he llamado su atención porque deja la taza al lado de la gata y se acerca hacia mí.

—¿Y si él no estuvo cerca? ¿Si otro le hizo llegar la información?

—Eso complicaría muchísimo más la investigación.

—¿Qué tipo de hombre es? Más allá de la ropa hortera y la elegancia que quiere demostrar.

¿Cuál es su verdadera identidad?

—Un fanático del juego. Tiene vetada la entrada en varios casinos.

—Bien. ¿Algo más?

—Nada más.

Es desesperante. Tengo a mi cargo a cinco de los mejores hombres de Michael, pero ninguno de ellos ha descubierto nada nuevo.

—Bueno, sí hay algo más. Tuvo que suceder algo gordo en una de las salas privadas de este casino, mira. —Giro la pantalla para que lea la procedencia del lugar—. Es un casino de Palermo con una gran fama debido a sus salas privadas.

—A esos lugares solo accede gente con mucho poder.

—Sí, Michael ha cerrado tratos empresariales en ellas. Y ha ganado unos millones más, como extra.

Se le da bien el juego del engaño, e incluso...

Mierda.

—Robert —digo a la par que se me ilumina la bombilla.

—¿Quién? —pregunta Ada.

—Robert, el padre de Iris, vivió en Palermo durante una temporada. Era un tipo con dinero, fanfarrón y...

—Que conocía vuestro secreto.

—Exacto. Tenía la suficiente rabia en su interior como para querer joder a Michael de cualquier modo.

—¿No crees que sería demasiada coincidencia?

—En el mundo de los negocios no hay coincidencias, Ada, no creo que te tenga que explicar cómo funciona.

Es triste, pero así es.

Ella asiente, aprieta mi hombro con cariño y regresa a la cocina mientras tecleo lo más rápido que puedo.

58. MERECIÁAMOS OTRO FINAL.

IRIS

Hoy me han dado el alta médica y, aunque he querido ir con mi madre, el poco espacio del apartamento y la insistencia de Mai me han hecho regresar a la mansión.

—Estarás bien, no seas exagerada.

Mi madre me da un beso en la cabeza y regresa al coche que me ha traído hasta casa.

—La cuidaremos como una reina —aporta Mai.

Cierra la puerta con delicadeza mientras ambas comparten una sonrisa. Mi madre lleva sin acudir al trabajo desde que sucedió el accidente. Eso de ser amiga del jefe tiene sus ventajas, porque Michael le ha permitido hacerlo, pero ya que estoy bien, ella se sentía mejor acudiendo a su puesto de trabajo.

—He hecho unas galletas, ¿te apetecen?

—Dime que tienen chocolate, en el hospital me han alimentado a base de agua con sabor a pis.

—Las sopas son muy nutritivas.

—Mai, te lo suplico...

Pongo las manos delante de mi cara para enfatizar aún más mis palabras.

—Las he hecho con virutas de chocolate y se han derretido en el horno.

Madre del amor hermoso, nunca una frase despertó en mí una mezcla de olores, sensaciones y... babas. Sí, estoy salivando.

Me acompaña hasta la cocina y, para mi sorpresa, no estamos solas. Un Beck cabizbajo está sentado a la mesa.

—Hola, arcoIris.

—¿Qué hay?

Sé que estuvo cuando todo sucedió, que me vio en un momento de debilidad, pero ¿después? Después volvimos a lo de siempre.

A hacer como si no hubiera sucedido nada. Estoy tan confusa que ya no sé si lo odio, lo quiero, o qué ocurre en mi cabeza.

—¿Crees que podemos hablar?

—Ahora no, hijo, va a comer.

Algo le dice Mai, pero al estar a mi espalda no llego a captar su gesto. Beck asiente en silencio.

—Más tarde, supongo.

No me gusta cuando está de este modo, como si fuese tímido conmigo. Prefiero al tío que me dice las cosas a la cara, que me lleva al límite. Siento que no es real, que nosotros no somos estos.

—Supongo.

Y debería de ser sensata con lo que pensé en el hospital, dar mi brazo a torcer, pero ahora mismo no tengo ganas.

Sale de la cocina y me deja a solas con su madre.

La bandeja de galletas recién horneada borra cualquier pensamiento intrusivo en mí.



Con la barriga ya llena, Mai me aconseja ir a dormir un rato. No recordaba lo cómoda que era esta cama. Es como si una nube te atrapase y te recogiera para llevarte al quinto sueño.

Pienso dormir durante dos días completos por todo lo que no pude hacerlo en mi estancia en el hospital.

No me han quedado más secuelas que los moratones en el cuerpo y el miedo a que nunca alcance mi sueño. También tengo unas disculpas preparadas para Tobías, pero eso puede esperar.

Me tapo con el edredón hasta la nariz y tomo aire. La sensación de las sábanas calentitas me encanta.

—ArcoIris.

Pego un bote y abro los ojos asustada por la intromisión de Beck en mi plácido descanso.

—¿Qué haces aquí?

Tiene un color oscuro debajo de los ojos que habla del poco descanso que ha tenido en estos días y que antes no he apreciado. La temporada está a punto de finalizar y los Grandes Premios se han acumulado en el calendario. Acaba de llegar, y dentro de unos días volverá a irse.

—Quería venir a verte.

En el hospital me susurró que odiaba tener que irse cuando yo estaba postrada en una camilla.

Ahora que parece que todo se ha solucionado, ¿dónde nos encontramos? ¿En qué puñetero punto de la historia estamos?

—¿Por qué siempre tengo la sensación de que queda algo por decir y ninguno de los dos lo hace?

Puede que los medicamentos me hayan dado la fuerza que no he tenido hasta ahora.

—Quizá porque es así y aún no he tenido las narices de venir y contarte lo que sucedió.

No estamos hablando de un secreto pequeño, lo que está en juego, o estuvo, fue la vida de su hermano, el porqué lo han escondido durante toda su vida. Aunque el accidente me haya hecho más reflexiva, sigo teniendo tantas preguntas sobre mi cabeza que...

—Siento que tengo que explicarte lo que sucedió aquel día para que decidas si me odias o no, arcoIris.

¿Podría odiar a Beck?

Lo he intentado y no he conseguido nada, así que me parece que el amor es más fuerte que...

Espera, ¿he dicho amor?

Esto es culpa de los medicamentos, seguro.

—No creo que sea el momento.

—¿Y cuándo lo es? Nunca será el momento indicado para conocer que somos unos asesinos, pero tiene que suceder.

¿Asesinos?

Descubro mi cuerpo del edredón y me siento en la cama para quedar frente a frente con él. Me ha sabido tan mal esa palabra que mi cuerpo ha reaccionado con un suspiro ahogado.

—Escúchame, ¿vale? Y después puedes decidir nuestro futuro.

No me gusta esta postura derrotista de Beck, así que asiento y espero paciente a que comience.

Lo primero que me cuenta es cómo era su vida junto a Asher y Mai en el campo, parece la vida contraria a la que lleva actualmente. Sin nadie alrededor, con tiempo para disfrutar de la naturaleza.

—La convivencia con mi padre era insoportable, pero Ash y yo creábamos una burbuja para que no nos hiciera daño. Mi madre ayudaba a que siguiera siendo así, tan solo éramos unos niños.

Mientras él sigue relatando sus vivencias, intento pensar en cómo se veían cuando lo conocí. Era alto, mucho más que yo, y tenía una sonrisa que me encantaba porque hacía que en sus mejillas se formara un hueco en el que quería meter el dedo.

Por aquel entonces era muy competitivo, tanto que no comprendía cómo podía tener amigos con esa clase de carácter. Ahora puede que las cosas vayan encajando mejor.

—El día de nuestro cumpleaños mi madre siempre hacía algo especial. A ella le hubiera encantado que tuviéramos todo a lo grande, que fuésemos los niños más felices del mundo. Pero ese año no ocurrió.

La oscuridad que va tiñendo el relato me hace imaginar cómo ambos se tenían el uno al otro pese a las circunstancias.

—Fue horrible, creía que me iba a matar. Solo podía pensar en que no debería de haberlo empujado, que debía de ser paciente porque él tenía mucho trabajo y estaba agobiado.

—Yo hubiera actuado del mismo modo, Beck, no te sientas culpable.

Rompo la postura de apoyo que tengo contra el cabecero, y me acerco a él. Tiende su mano y la tomo entre las mías. Puede que no me guste lo que venga ahora porque, si estamos en esta situación, es que el desenlace no puede ser bueno, pero no me gusta el modo en el que sus ojos se han vuelto rojos debido a las lágrimas que está reteniendo. No me gusta que haya sufrido en su infancia, por qué sé lo que significa, sé cómo te marca para el resto de tu vida.

—Nunca supimos si lo mató Asher al golpearlo y que su cabeza impactara contra la mesa, o si fui yo con los golpes posteriores. Sea como fuere, entre ambos acabamos con la vida de nuestro padre.

Me llevo las manos a la boca y la suya se queda sola, tumbada sobre la cama sin vida.

No sé por qué surge en mí la necesidad de gritar y llorar al mismo tiempo. No sé si es por él o por el secreto que cargan entre ambos.

—Asher siempre ha creído que fue él, quizá por eso tuve ese instinto de hacer que sus ilusiones se transformaran, de dejar salir la rabia de alguna forma.

—¿Por eso...?

—¿Si por eso se esconde?

Asiento.

Mi cuerpo se ha quedado tenso y por más que quiera romper con ello, no puedo.

—Sí, en cierta forma, sí. Después de eso, mi madre llamó a Michael desesperada. Su historia es un tema aparte, ellos estaban enamorados cuando mi padre apareció para casarse... En fin, algo que no tiene cabida en estos momentos. Él nos ayudó a deshacernos del cuerpo.

Madre mía. Estamos hablando de la vida de una persona.

Miro hacia él. Está afectado, diría que roto de dolor, pero hay una pizca de entereza que no le había visto hasta ahora.

Si no le afecta la pérdida de su padre es porque, de no ser ese el desenlace, él, su hermano o su madre, habían sido los enterrados.

—Michael trabajó con él y era amigo de mi madre. Sabía lo que sucedía en casa, no sé si ella se lo llegó a contar, pero es un hombre inteligente, solo había que ver cómo había llevado a mi madre al extremo para que no fuera persona, sino su muñeca. Cuando apareció en la casa ni siquiera se asustó, su mirada fría la tengo clavada en la retina. Asher no paraba de llorar, a mí me temblaba todo el cuerpo y mi madre estaba llena de sangre, era dantesco, solo él podía sacarnos

de allí...

Tenía once años.

Por aquel entonces debería de estar jugando, yendo al colegio e imaginando lo que quería ser en un futuro, no sumido en esa situación.

—Simulamos un accidente de coche en el bosque —finaliza.

—¿Y nadie sospechó nada?

Niega.

—No sé cómo lo hizo Michael, pero no, nunca nadie sospechó que había muerto antes de ese accidente.

¿Pero cómo es posible?

¿Y Ash?

—Entonces, ¿por qué tu hermano se esconde?

No estoy entendiendo nada. Estoy muy nerviosa y quiero que me diga que esto es una broma, que ha dejado de competir para dedicarse a ser guionista o algo así.

Entrelazo mis dedos y los siento fríos. Parece que no solo mi mente se ha quedado en blanco, todo mi cuerpo reacciona del mismo modo.

Él no ha cogido distancia conmigo, pero no me toca, y yo lo agradezco. En estos momentos necesito aire.

—Después nos fuimos a vivir a un lugar lejos de todo. Michael nos llevó a un sitio precioso, se llama Lellos. Compró una casa con terreno y nos pidió que simulásemos ser una familia feliz con la necesidad de salir de la gran ciudad. Interpreté bien el papel, por un lado deseaba olvidar lo que había sucedido, para mí fue sencillo porque una vez llegamos, todo cobró color. Mi madre lloraba mucho, pero Michael la hacía sonreír al menos una vez al día. Regresé al colegio y, como era una zona tan pequeña, éramos pocos en clase. Empecé a disfrutar de ese ambiente hogareño, de las montañas rocosas que rodean el lugar. Allí la naturaleza era diferente, olía diferente. Encontré un lugar donde ser feliz, pero Ash no lo logró. Se sumió en una oscuridad que ni los profesionales podían solventar porque, en parte, no decía la verdad. Fueron años muy duros.

Es increíble cómo, de una misma situación, dos personas la acatan de diferentes modos.

Beck sorbe con fuerza y se separa para tener una vista más completa de mi persona.

—Cuando Michael tuvo que regresar a Londres y todos lo acompañamos, Ash no lo pudo soportar.

—¿Estás diciendo que... se intentó...?

—Sí, lo intentó.

—Madre mía, Beck.

Ahora mismo quiero abrazarlo muy fuerte.

—Tenía la convicción de que, cuando llegásemos a Londres, nos iban a atrapar y se lo iban a llevar preso. Mi madre intentó que entrase en razón pero no lo hizo. La depresión lo había hundido en un pozo que ninguno de nosotros podía ayudarlo a salir. Dos días antes de que nos mudásemos, nos pidió que comenzáramos una vida sin él. Necesitaba tiempo y estar en soledad.

No me quiero imaginar el sufrimiento que tuvo que vivir.

—Se fue con una familia a vivir en el campo y pasó allí la mayor parte de su adolescencia. El problema vino cuando tu padre comenzó a sobornar a Michael con el secreto. Nadie conoce cómo lo descubrió, pero lo hizo. No tenía ni idea de lo que hicimos con el cuerpo, a pesar de ello, sumó dos más dos y entendió que, si tenía un hermano gemelo escondido, era por un motivo.

¿Mi padre?

Hostia puta.

—Cuando mi carrera comenzó a despuntar, él siempre estaba presionando. Más dinero, más poder, más y más. Si llegaban a Asher, él podía hacer que estallara el mundo.

Por eso me odiaban.

—¿Creíais que estaba de su lado? ¿Que yo lo sabía?

Hay desconcierto en su mirada.

—¿Qué? No, por supuesto que no.

—Entonces...

Tengo tantas preguntas.

—ArcoIris, las heridas de Michael con tu padre eran profundas, yo siempre he entendido su postura. Para él era muy difícil tenerte en casa y no tener miedo a que él se pusiera en contacto contigo y que toda nuestra vida se hundiera.

Sí, joder, claro que es entendible.

—Sé que ahora no volverás a mirarme con los mismos ojos, pero lo necesitaba. Necesitaba con toda mi alma que supieras la puta verdad que nos ha hundido. Cuando era un niño me fascinaba estar contigo, eras tan... Tan tú, tan igual, tan perfecta, que creí que había encontrado la felicidad, pero después crecí y entendí que el mundo jamás nos iba a dar un final feliz, así que decidí odiarte. A mi manera, sin mucho sentido. Puede que toda mi vida no tenga sentido.

Sube y deja caer los hombros con derrota. Al mismo tiempo, varias lágrimas caen disparadas hacia el edredón, con tanta fuerza que ni rozan sus mejillas.

—Lo siento.

Nunca creí que, al decir lo que siempre ansíe, me iba a romper en dos.

—Dime algo, por favor.

Los ojos grisáceos que clava en mí, remueven tanto dolor y pesar que soy incapaz de abrir la boca. Muevo la cabeza en forma de negación.

Necesito... Tiempo, comprensión. No tengo ni idea de lo que necesito, pero ahora no estoy preparada para esto.

Él entiende que lo estoy rechazando y, en lugar de copiar mis movimientos, hace justo lo contrario, asiente y se pone en pie.

—Tenías razón en una cosa, arcoIris, en otra vida hubiésemos sido un gran equipo.

Con las mismas, me deja el corazón roto, se da la vuelta y sale de mi habitación.

No recuerdo un instante en el que unas lágrimas doliesen de este modo.

59. SIGUE NADANDO, SIGUE NADANDO.

ASHER

Trascurren las horas y nada da resultado, ni para mí ni para el resto del equipo.

Algo me dice que, si he pensado en Robert, es por un motivo. He sentido como las piezas encajaban. Siempre me he dejado llevar por mis sensaciones porque, estas, en raras ocasiones se equivocan.

Cierro carpetas, abro otras nuevas, y siempre encuentro lo mismo.

Tocar el nombre de Robert Douglas despierta en mí diferentes emociones. Mi familia ha sufrido mucho por sus chantajes. Sé que era un hombre enfermo, pero hay una parte de mí que siempre ha pensado que disfrutaba haciendo daño, ajeno a su enfermedad mental.

Cuando comenzó a chantajear a Michael, yo seguía siendo un niño. No entendía cómo un familiar de nuestro salvador podía querer hacernos sufrir, pero así era.

De aquella época tengo vagos recuerdos.

Después de la partida de Lellos, mi madre quiso que creciera con una familia de la confianza de Michael. Trabajaban en el campo y tenían más hijos. Mayores que yo, pero al fin y al cabo eran una familia acogedora.

Respetaron siempre mi espacio, y me dieron las herramientas para ser buena persona, pero la oscuridad nunca me soltó.

Cada noche rememoraba lo que había sucedido. La escena se transformaba dependiendo de mi estado de ánimo. En ocasiones, mi padre me gritaba monstruo antes de morir, en otras, se agarraba a mi cuerpo para no caer pero yo mismo lo empujaba.

Era como convivir con dos personas dentro de mi cabeza, quien tenía los recuerdos, y quien los creaba.

Cuando sonreía por algo que me sucedía durante el día, me castigaba por hacerlo. Nunca me creí merecedor de la felicidad después de lo que hice, me costó mucho tiempo darme cuenta de que, quizá, en algún momento lo pagaría, pero ya que estaba viviendo, debía de hacer una vida lo más normal posible.

Y entonces llegó Robert.

Su chantaje me hizo sentir de nuevo un monstruo. Cada vez que salía a la calle tenía miedo de que la policía viniera, me atrapara y me encarcelara de por vida.

Cuando Mai o Beck me llamaban, los engañaba diciendo que estaba bien, que entendía que debía quedarme en la casa de campo para que ellos pudieran continuar con su vida, pero en realidad, ansiaba que volvieran. Estar con ellos era un sueño que Robert Douglas me arrebató.

Las pantallas del ordenador se refrescan y con ello aparece nueva información.

Parece que Robert no estaba en Palermo al tiempo que Mario.

El teléfono suena encima de la mesa.

—Dime.

Es el tío que está llevando desde las oficinas todo el seguimiento del plan.

—Sobre la información del hermano de Michael, Robert Douglas...

—Sí.

—He descubierto que hace ocho años se hizo un tatuaje en las costillas.

—Bien.

Cuando Ada se fue de casa para pasar el día con Lyn, me puse en contacto con él para que buscasen algo sobre la mafia italiana y sobre Mario y Robert.

—Es la insignia que utiliza la familia Locuesse para fichar a sus apoyos.

¿Robert Douglas también estaba fichado por la mafia italiana?

—Eso quiere decir...

—Puede que fuera una muestra de apoyo, o un pacto, no lo podemos detallar, lo que sí hemos logrado descifrar es que ninguno de ellos tuvo contacto alguno con Graham Harrington. Es imposible que coincidieran en tiempo o lugar.

Si Matías/Mario no coincidió nunca con mi padre, pero sí con Robert, no puede saber nuestro con detalles, solo lo que él se inventó para completar la historia.

Las piezas encajan de forma mágica en mi cabeza.

—Gracias, tengo que ponerme en contacto con Michael, te cuelgo la llamada.

Me levanto con rapidez y corro hacia el vestidor para cambiarme de ropa. Tengo que hacerle una visita a Michael, pero antes... Marco su número y responde al segundo tono.

—He encontrado la conexión.

60. COLORÍN, COLORADO...

BECK

Me odia.

Está claro que no va a volver a mirarme del mismo modo nunca más.

Debería de habérselo dicho antes de sentir este puto revoloteo en el pecho cada vez que entra en una sala. Hubiera sido más sencillo despedirme de ella.

Necesito salir de esta casa cuanto antes, incluso me he planteado dormir en casa de Nate.

—¿Beck? ¿A dónde vas con tanta prisa?

—¿Qué haces aquí?

Mi hermano tiene las mismas ojeras que yo. Lo de la conexión mental de los gemelos es cierta, ahora, la física no. Sé que ha estado trabajando mucho, pero su cara es un fiel espejo de la debacle.

—Se lo he dicho.

Hila mi comentario con el lugar de donde procedía y asiente.

—¿Se lo ha tomado mal?

—No. No lo sé. Me odia, me ha mirado con cara de asco.

—¿Qué le has dicho?

—La verdad —confirmo.

—No es cierto, le has contado tu verdad.

—Mi verdad es la verdad, Ash. No intentes moldear lo que sucedió.

—¡Es que fue mi culpa!

—No hay culpables, hay consecuencias, ya está.

—¿Y vas a dejar que ella sea otra consecuencia?

Me quedo en silencio.

En ocasiones, un silencio tiene más fuerza que cualquier palabra. Este es el mejor ejemplo.

—No estás siendo justo contigo mismo ni con tus sentimientos.

—Decías lo mismo cuando no quería contarle la verdad. Ahora ya está hecho, ella ya ha tomado la decisión, y es muy válido que no quiera saber nada de mí.

—El asesino soy yo.

—Y yo tu encubridor, no me hace ser mejor, a fin de cuentas.

Miro derrotado hacia mi hermano. Con el rostro tan idéntico como si me estuviese mirando a un espejo.

Cuando crecimos, tomé el rol de ser el fuerte del grupo, el que no lloraba porque tenía que tirar hacia adelante. Puede que incluso yo me haya creído mi papel y, hasta que no temí perder de verdad, no asumí que era tan débil como una hoja en un otoño ventoso.

—Ada me perdonó, quizá ella...

Niego.

No quiero pensar en las posibilidades que me pueden esperar.

—Es mejor asumir que se ha ido.

Apoyo mi frente contra la suya. Él se deja hacer, siento que sabe que necesito cubrir mi dolor cuidando del suyo para que no me rompa en mil pedazos.

—Estamos a punto de lograr salir de esta, es mejor que nos centremos. —Repito el mensaje con otras palabras a ver si así logro que entre en mi cabeza.

Haría cualquier cosa por Ash, pero siento que ha llegado un momento en el que la tortilla se ha volteado. Nada es tan sencillo como hace unos años. Mi hermano se merece ser feliz, hace una pareja jodidamente buena con Ada. Están encerrados en un armario por culpa de unas circunstancias que no deberían de haber acontecido. Es su momento de brillar, y tengo que conseguir que lo haga.

Rompe la postura y me abraza contra su pecho.

—Saldremos de esta —me susurra.

—Seguro que sí.

Aunque lo diga con el corazón roto.

Maldito amor y maldita perfección de Iris Stars.



Han pasado dos días y no he tenido noticias de ella. Ni una llamada, ni un mensaje. Nada.

Si no me había quedado claro que no quería saber nada de mí, debería de ir meditando la idea.

Michael nos ha hecho llamar a todos a su despacho, cuando digo todos, es Teresa e Iris incluidas.

Nate me ha dejado dormir en su casa hasta que encuentre un lugar donde quedarme. Creo que alquilaré un pequeño apartamento hasta que tenga que mudarme. Será lo mejor para que el dolor deje de ser tan agobiante.

Entro en el despacho y a la primera que saludo es a Ada. Desde que vive con mi hermano está más guapa de lo normal. No quiero sacar conclusiones de niño gilipollas, pero tiene un cutis perfecto y relajado. Se ha ido la tensión que había en su rostro cuando vivía con el señor Aston, también conocido como mi jodido jefe.

—¿Qué hay, Aston? ¿Todo bien por el nidito de amor?

Me da un beso en la mejilla cuando me agacho hasta su altura.

—Mejor que bien, tienes que venir un día a cenar.

—Debo de cuidar la dieta que tu padre me obliga a seguir, ¿o es que lo has olvidado?

El fin de la temporada está muy cerca, y nunca he tenido tantas ganas de que se acabara un campeonato como este año. Estoy lejos de conseguir el mundial, soy el quinto piloto de la parrilla, y el equipo tampoco ha conseguido un buen puesto en el mundial de escuderías, así que tomará tiempo hacer un análisis de todo lo que ha sucedido para llegar a esta situación.

—Buenas tardes.

Michael entra en la sala haciendo que todos nos callemos, cuando digo todos, somos mi hermano, Nate, Ada y yo. El resto entra junto a él.

Miro un segundo hacia ella, me encuentro con que también repara en mi presencia.

¿Qué hago?

¿Sonrío?

¿Me acerco a saludarla?

Ninguna de mis intenciones se hace posible porque se pega a Nate y se aleja de mí en cuanto a

espacio se refiere.

—Bien, os he reunido a todos por un motivo.

—Esto parece una boda —susurra ella.

Compruebo que ya no hay moratones en su cuello, eso es una buena señal de que se está recuperando rápido.

Michael obvia el comentario y continúa con su mensaje que, por cómo se está preparando, siento que ha ensayado de algún modo lo que va a decir.

—Queremos haceros partícipes de cómo se va a resolver la situación con Matías.

Bien, eso son buenas noticias.

Sé lo que Ash encontró junto al equipo de Michael, parece que la amenaza ha desaparecido, pero con los entrenamientos de estos días no he preguntado por los detalles.

—A Matías/Mario, le hemos dado de su propia medicina. Asher y el equipo han descubierto que, con quien tenía relación era con Robert, y no con el padre de los gemelos. Su versión distaba de la verdad, no obstante, tenía información importante que podía meternos en problemas. Una vez caí en el chantaje, pero no lo haré una segunda ocasión. Me he puesto en contacto con él, le he dado protección de sus deudas con la mafia a cambio de su silencio. Os puedo asegurar que no volverá a chantajearnos a no ser que quiera pagar sus deudas al modo italiano.

No veo a mi padrastro hablando con la mafia italiana, pero ya no me sorprendería nada de eso.

—Menos mal. —Teresa toma aire y lo suelta con fuerza.

—Sin embargo, hay otro tema del que Asher y yo os queremos hablar.

¿Ha dicho Asher?

Muevo la mirada hacia mi gemelo. Él ya me espera paciente. No tengo ni idea de lo que va a suceder a partir de ahora.

—Asher ha decidido hacer un cambio de vida, quiere dejar atrás su escondite. Podríamos decir que, lo presentaremos en sociedad como se hacía antiguamente en Londres.

—Espera, ¿qué?

Soy el primero que deseo que eso ocurra, pero ¿ahora?, ¿cómo? y ¿cuándo?

—Ya no es peligroso para él, hemos atado todos los cabos sueltos. Iremos dando a la prensa la información que nos interese que conozcan. Para que no os pille desprevenidos, os informo que mentiré diciendo que Asher ha estado viviendo en el extranjero. Ahora que su hermano va a comenzar una nueva vida, regresa como «un apoyo para una nueva era».

—¿Y estás de acuerdo con eso? —le pregunto directamente a él.

Podía haber hablado conmigo, no sé, comentarme que iba a dejar de estar escondido. Es mi persona favorita en el mundo, creía que yo también era la suya.

Deja de rodear los hombros de Ada y se acerca a mí.

—Quería que fuera una sorpresa —me dice directamente.

—Sí, —comenta Michael con el tono rasposo— Asher ha esperado a comentar su actuación porque era yo quien quería proponeros algo.

Miro hacia él.

—He estado hablando con vuestra madre —ella se acerca hacia él, le toma la mano derecha y apoya su cabeza en la espalda de Michael—, me gustaría proponeros formar una familia, una familia real. Esto... Bueno, sois adultos y no necesitáis un padre, pero hay la posibilidad de realizar una adopción antes de hacer público ante los medios la aparición de Asher. Digamos que, conforme haya más noticias, él pasará desapercibido y...

Dejo de escuchar por un segundo.

¿Acaba de suceder lo que creo que ha sucedido?

Michael ha sido el padre soñado para mí. Es frío y tiene un palo metido por el culo, pero ha estado en cada carrera, no ha dudado ni un segundo en mi valía, y me ha dado lo que nunca he tenido: estabilidad. Hace sonreír a mi madre, y ha protegido a mi hermano ante todo y todos. El único en el que podría delegar, si no estoy en este mundo, es en él. Porque confío con los ojos cerrados que quiere a los míos del mismo modo que lo hago yo. Ha cometido errores, y ha sabido reaccionar ante ellos. Ninguno de los dos puede dar una clase magistral sobre ello, no obstante, las buenas intenciones siempre están detrás de nuestros movimientos. Dar el paso de hacer legal un deseo sabe como... Como un sueño.

Miro hacia mi hermano y cuando me encuentro con su mirada descubro que él lo sabía. Por la sonrisa que se diferencia en su rostro, su respuesta es afirmativa.

—Beck, podrías seguir corriendo y utilizando el apellido de tu madre, simplemente es para...

—Sí, quiero que seas mi padre, Michael. Lo llevas siendo desde que tenemos once años.

Asiente y creo percibir agua en sus ojos.

Mi madre deja de sostener a su marido y corre hacia nosotros. No sé si es ella la que nos cubre a nosotros o nosotros a ella. Todo es un lío de abrazos, besos y lágrimas.

—¡Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado! —grita Nate ganándose las carcajadas de Iris, su madre y Ada.

Si esto fuese un cuento, me encantaría que tuviera un final tan bonito, pero como es la vida real, reparo en cómo Iris me mira con pena o en cómo Nate aún no ha alcanzado su sueño. Aún queda mucha tela por cortar, pero daré mi mejor versión para que el resultado sea bonito.

—Os quiero mucho —susurra mi madre en el hueco de nuestros cuerpos.

—Y nosotros a ti —le responde mi hermano.

Yo solo puedo asentir y esperar a que las ganas de llorar cesen.

61. ESTE CUENTO AÚN NO SE HA ACABADO.

IRIS

El grupo se va disolviendo hasta que llega el turno de Beck de salir junto a su hermano.

—Ash, ¿te puedo robar a tu doble un segundo?

El susodicho sonrío ante mi comentario. Extiende la mano para que choque la mía contra ella, y lo hago ante el asombro de Beck.

—¿Qué? —le pregunto—. Ya que estamos en el estado de ánimo para dar noticias, ¿no puedo tener una conversación contigo?

No tengo ni idea de cómo llevar esto. Llevo dos días repitiéndome que nuestro cuento se ha acabado, pero el destino ha querido llevarme la contraria.

En redes sociales no para de salirme su cara.

Mai ha estado hablando conmigo de cómo sus hijos no saben hablar de sus sentimientos por todo lo que vivieron.

Y luego está mi opinión sobre «el gran secreto». He querido sentirme mala persona por pensar que lo quiero pese a lo que hizo. Intento odiar a Asher por ese empujón que acabó con la vida de una persona. Pero no puedo. Ese es el puto tema, que quiero señalar lo ocurrido, y mi corazón no me deja.

—Claro, ¿vamos a...?

—El jardín —aclaro.

Ambos caminamos en silencio hasta el lugar. Cuando elevo la cabeza para mirar a mi alrededor, no hay nadie que nos escuche, nadie más que nosotros.

—Quiero que sepas que soy consciente de que sois asesinos.

«Di que sí, Iris, lo de decir las cosas con tacto se te da de lujo».

—A ver, quiero decir que... Lo que hicisteis es un delito. Está penado por la ley. No se debería...

Resoplo y me giro hacia él. Corto el caminar de ambos para encontrarme una mirada llena de emociones.

—Mira, yo no tengo ni puta idea de hacer las cosas bien. Ninguno de los dos somos unos maestros de las buenas decisiones. Yo debería de haber entendido a mi padre, tú no deberías de haber golpeado al tuyo, pero es que ninguno elegimos estar en esta situación de mierda. Supongo que somos el resultado de muy malas decisiones y ahora estamos en un callejón sin salida.

—Es un laberinto —susurra.

Al hablar, me doy cuenta de que su tormento no solo está en su mirada, sino también en su voz.

—Es un laberinto que marea, agobia, y que quizá no tiene salida.

Bajo la cabeza, mis pies están muy cerca de los suyos, parece un símil de la vida para que tome una decisión cuanto antes. O doy un paso hacia adelante, o hacia atrás.

—Ambos hemos cometido errores, y si hablamos de nosotros dos, hemos sido muy gilipollas.

—Viene en nuestro ADN, ¿no?

Se me copia el intento de sonrisa que hace.

—Quiero ser feliz. —Doy un pasito hacia adelante—. Quiero dejar de pensar constantemente si lo que he hecho está bien o mal. —Otro movimiento me acerca más a él—. Y quiero entender si lo que siempre nos ha unido, es especial. Si nosotros somos especiales.

Poso la mano sobre su pecho. Estoy tan cerca, que nuestras cabezas se tocan.

—¿Te estás declarando, arcoIris?

—No. Yo no me declaro.

Pero sonrío enseñando todos los dientes.

Nosotros no somos un jarrón de rosas, perfecto, bonito, con espinas que revelan nuestros puntos débiles. En cambio, somos ese ramo de flores silvestres, que cada día tienen un color, el tamaño nunca es el mismo porque crecen en los lugares más insospechados y, cuando las juntas, crean algo diferente, bonito, incluso especial.

—Ha sonado como que querías dar una oportunidad al amor.

—¿Amor? —pregunto elevando el mentón para acercarme a su rostro.

—Después de llamarme asesino, me ha sonado que definías tus emociones.

—No frivolices, Hunter.

Cambia el rostro y traga saliva alejándose unos centímetros de mí.

—Quiero que nos hagamos una promesa —digo.

—Pensaba que tú no hacías esas cosas.

Recuerdo cómo le dije eso en el simulador, pero puede que haya cambiado de opinión.

—Prométeme que intentaremos dejar el pasado atrás y ser nuestra mejor versión.

—Solo si lo hacemos juntos.

Extiende el dedo meñique y deja la pelota en mi tejado.

Dicen que del amor al odio hay un paso. No sé si en algún punto llegué a odiarlo, si lo hice, fue por el modo que me saca de quicio, de cómo hace que mi cuerpo reaccione. Ahora que entiendo sus imperfecciones, que conozco su sufrimiento y sus puntos débiles, no quiero utilizarlos en su contra, quiero darle la mano y comenzar un camino nuevo que cure todos esos baches.

Así que, supongo, que es el momento de levantar el pañuelo de la rendición y empezar de nuevo.

—Mi nombre es Iris, encantada de conocerte, ¿Beck, verdad?

Dejo que mi cadera caiga contra la suya al tiempo que aprieto mi meñique con el suyo.

He dicho nuevo comienzo, no que me olvide de mi forma de ser.

Beck saca a relucir una sonrisa con tanta vida, que estoy a punto de soltar una lagrimita. Suelta nuestro agarre y lleva ambas manos a mis caderas. No nos podemos pegar más, o sí, porque sus labios se posan sobre los míos con énfasis.

No pide permiso, llega y arrasa con toda mi cordura. Nos convertimos en un lío de movimientos, de gemidos, de sensaciones.

Puede que esté loca, pero es mi locura. A fin de cuentas, este cuento aún no se ha acabado.

62. HAZ LAS MALETAS, EMPIEZA UNA NUEVA VIDA.

ASHER

Salgo muy emocionado de la reunión. Han sido días duros, de ni siquiera dormir. Cuando hablé con Michael y mi madre y me contaron lo que querían hacer, solo pude pedirles la libertad de que hicieran pública mi existencia.

Mi madre se emocionó como lo ha hecho en el despacho hace unos minutos.

—¿Nos vamos a casa? —Le pregunto a Ada.

Estiro la mano para que ella la coja.

—Tengo que hacer unos recados con mi hermana, vete tú.

Asiento, le doy un beso rápido y cuando cojo la moto, ya no siento miedo a que el casco esté en su sitio. Aún no ha empezado el destape y ya me siento bien conmigo mismo. No sé si en algún momento de mi vida me perdonaré, pero por el momento, voy dando pasitos hacia adelante.

Cuando llego a casa, Pantera está en el sofá acostada sin miedo a que la eche de ese lugar. Se ha adueñado de cada rincón, así que es muy común que tenga que estar yo incómodo para que ella no se mueva.

—Hola, princesa bonita.

Le rasco la oreja y con eso me gano que se acerque a mí. En un parpadeo, la tengo encima de mi pecho ronroneando para que le dé más caricias.

—Dónde hemos empezado y dónde hemos acabamos, ¿eh, pequeñaja?

Hace unos meses ella no tenía casa, era una gata recién nacida abandonada a su suerte. Yo era un desecho que solo intentaba sobrevivir al día a día sin pensar en el futuro.

Me da un ligero beso con su lengua en el dorso de la mano y se va hacia los cojines de Ada. Sé que le huelen a ella porque el otro día tuvimos un accidente. Estábamos viendo una película, de los pocos ratos que me permití descansar, la cosa se puso caliente y el batido de fresas y plátano se derramó por el cojín. Lo lavamos a mano, pero no se ha quitado del todo.

—¿¡La prefieres a ella!?

Me hago el ofendido con la gata como si no conociera la respuesta. El amor que se tienen mis chicas es evidente, pero desde que Ada se ha mudado al apartamento me han olvidado por completo.

Pantera mueve la cabeza, sin embargo, se recuesta ignorando mi pregunta.

Lo que me faltaba...

Dos horas después, Ada entra en casa con una bolsa enorme de una firma de ropa muy conocida.

—¿Has ido de compras?

—Mi hermana me ha obligado, o más bien me ha engañado.

Está tirando de sus ahorros y de los trabajos como modelo para sobrellevar la independencia con su padre.

—¿Y para qué es?

No ha acudido a ninguna gala, ya no tiene a nadie que la obligue, y tampoco es que yo la invite a ninguna cita...

Uno de los motivos que me llevó a tomar la decisión de cambiar mi vida fue este, el poder tener un día a día normal con ella. Poder decirle al llegar a casa que he reservado en un restaurante para cenar, y que después podemos ir a donde quiera y como quiera.

—Esto...

Se mueve nerviosa por la cocina. Llevo la atención hacia ella, no es propio este comportamiento.

—¿Ocurre algo?

He estado desaparecido unas semanas, pero ella conoce el motivo.

—Sí, bueno, no. No debes preocuparte.

Deja la bolsa sobre la encimera, se acerca al sofá donde estoy tumbado, me da un beso rápido y se esconde en la habitación.

Hay algo que no me gusta de esta situación, está muy dispersa, y no es propio de Ada.

Voy hasta la bolsa, quizá no debería hacerlo, pero miro lo que hay en su interior. Es un conjunto de traje muy bonito, aunque también serio para su forma de vestir habitual.

Antes de que me dé tiempo a descubrir más, ella aparece y se ve sorprendida por mi intromisión.

—¿Tienes una cita y no me has invitado?

El toque de humor a mi hermano le suele funcionar... En mi caso no surte efecto porque ella cruza los brazos y retira la mirada de la mía.

—Esto... No, no es una cita al uso.

—Ey, puedes confiar en mí, ya lo sabes.

—Ya, es solo que, creo que te has olvidado del día que es. La semana en la que estamos, mejor dicho.

Hago memoria y sé perfectamente en qué día de la semana estamos. No encuentro nada que llame mi atención.

—La reunión con Tirso es este fin de semana en Arabia Saudí.

Mierda.

Lo había olvidado por completo.

Algo ve en mi rostro cuando recorto la distancia, que responde antes de que yo pueda hacerlo.

—Pero no voy a acudir. Es una mala idea. La compra del traje fue para que Lyn dejará de meterse en mis planes, ya sabes lo intensa que es.

—¿Cómo que no vas a acudir?

Ha trabajado muchísimo en su proyecto. Sé que lo tiene desde hace semanas, la he escuchado decir una y otra vez el discurso que ha preparado.

Se remueve bajo mi toque, nerviosa.

—No, ya no hay tiempo para preparar el viaje y no estoy muy segura de que sea una buena idea.

—Ada, vas a ir a esa reunión.

Me agacho para quedar a su altura. Aunque no quiera decirlo con palabras, en su mirada noto alivio ante mi comentario. Me siento un idiota por haberme olvidado de esto que es tan importante para ella. La mierda de ese tío me ha opacado todas las neuronas.

—Llamaré a Beck para ir con él al Gran Premio.

—¿Estás loco, Ash? Aún no se ha revelado tu secreto.

—Será un buen momento para hacerlo. Michael hará los honores con la prensa.

No he tenido algo tan claro en mucho tiempo. Quiero hacer feliz a Ada. Quiero que ella sea feliz consiguiendo sus logros, y deseo ser una de las personas elegidas para celebrarlo con ella.

EPÍLOGO.

ESTE VIAJE VA A SER ALUCINANTE.

IRIS

—¿Qué cojones llevas en esta maleta?

Beck arrastra mi equipaje con pesadez por la pista de despegue. Nos han indicado que el carrito se ha averiado y que debemos de acudir a pie hasta el avión. En este caso no vamos a usar el avión privado de la escudería, sino el de Michael.

—Un buen novio no haría ese tipo de preguntas, arrastraría la maleta, echaría la cabeza hacia atrás y sonreiría.

—Y una buena novia llevaría ella solita la maleta y no iría revisando el teléfono móvil.

—Te he dicho que tengo que mantenerme en contacto con mi sorpresa.

—ArcoIris, que Nate se vaya a unir no es ninguna sorpresa.

Freno en seco. Él, al ir unos pasos por delante de mí, no se da cuenta hasta pasado unos segundos. Gira la cabeza hacia atrás y me lanza una de esas sonrisas pícaras por las que perdí la cordura hace ya unos meses. O años. Bueno, no pienso matizar desde cuando estoy pillada por él, quiero pensar que es reciente.

—¿Cómo lo has descubierto?

—El ojitos bonitos no es muy dado a ser discreto, creía que ya te habías dado cuenta.

—¡Si me aseguró que ibas a flipar en colores!

—Nate es más evidente que una peluca de plástico.

—¡PASAJEROS!

El susodicho sale de la cabina del avión, se planta en medio de las escaleras y eleva ambos brazos con brío. No mira hacia nosotros, su foco está a unos pasos más atrás. Tanto Beck como yo nos giramos cuando nos damos cuenta de ello, y entonces los vemos... Ada y Asher corren por la pista con dos maletas.

Lo que más llama mi atención no es el hecho de que se unan, sino que Asher no está tapado, no lleva la ropa de Beck, es simplemente... Ash.

—¿Tú sabías que...? —pregunto señalando a la pareja.

—No tenía ni idea.

Parece impresionado, así que opto por creer sus palabras.

—¡VA A SER ALUCINANTE! —grita Nate por encima del ruido de las turbinas.



Tomamos asiento a medida que accedemos al aeroplano. Asher y Nate se sientan juntos, van hablando de un nuevo juego que quieren probar, Beck ha dejado mi maleta a cargo del personal de vuelo, y Ada es la última en entrar.

—Le he dicho a Asher que no hacía falta venir, pero ahora, como no tengo avión privado...

—¿Cómo llevas ser una desterrada de los Aston?

Las cosas con Filip Aston están más tensas que nunca. La temporada está llegando a su fin y el hombre no solo ha perdido a uno de los mejores pilotos de la parrilla, su hija mayor también lo ha dejado en la cuneta.

—Bien, tendré que acostumbrarme a que no me relacionen con él porque el apellido no lo cambiaré, pero por el momento estoy acomodándome a todo. Se ha juntado con lo de Asher y no quiero pensar demasiado.

—Me han dicho que en el hotel hay una discoteca privada. No hay mejor lugar para olvidar las penas.

Ada es fina y elegante, puede que le parezca una aberración mi plan, pero por el modo en el que sonrío pícaro, me da a entender que no es así.

Beck rodea sus hombros antes de que pueda responder.

—No dejes que te lleve al lado oscuro, Ada, después no podrás salir.

Ruedo los ojos mientras que ninguno perdemos la sonrisa. Es extraño tener este tipo de sintonía. Todos tuvimos que hacer un borrón para comenzar de nuevo. No tengo ni idea de cómo resultará, por ahora, mi objetivo está puesto en trabajar para ser feliz, lo demás, ya llegará.

—Como nos hemos añadido en el último momento, seremos nosotros quienes compartamos habitación con Nate.

Beck se separa de ella ante la afirmación. Parece indignado.

—No hay otra opción viable, Aston. Yo no pienso cargar con el niño cuando estoy de luna de miel.

Muevo las cejas sorprendida por su afirmación, pero la sorpresa me dura lo mismo que tarda él en acercarse a mí, morderme el labio inferior y luego besarlo.

Me viene el olor a su desodorante de chocolate con una mezcla de perfume masculino que me encanta. Del mismo modo que llega, se va junto a su hermano.

—Guau, eso ha sido intenso —afirma Ada.

—Sí, inesperado.

Me ahorro decir que me encanta este Beck inesperado.

—Y bien, ¿qué tal por el DRS?

Le hago un resumen de lo que ha sido volver a las clases. Creía que Tobías me iba a odiar, que ni siquiera me iba a dirigir la palabra, en cambio, me he encontrado con un profesor más carismático y cauteloso. Tiene paciencia cuando me explica un término y me ha prometido que pronto subiré a un monoplaza para que no coja miedo. Eso sí, tendré que seguir todas sus indicaciones.

El susto sigue presente en algún punto del día, sin embargo, procuro no pensar a menudo en él. Ayer tuve una conversación sobre esto con Beck. Él ha tenido varios accidentes, uno de ellos serio. Su vida no peligró porque parece que los pilotos siempre están rodeados con un halo de superhéroes. Para él, la clave es seguir el día a día como si no hubiera ocurrido, enfocarse en el objetivo y no mirar hacia los lados. Así que es lo que voy a hacer. Aprenderé del error, pero no quiero abrazarlo, coger miedo y que mi carrera se hunda antes de que haya empezado.

—Beck ha dicho que, tras la rueda de prensa, ¡hay fiesta!

El grito de Nate corta nuestra conversación.

—No seas gilipollas, Scoll, las fiestas no están permitidas hasta después de la carrera.

El mencionado frena en seco su alegría y hace la pregunta que a todos nos está rondando por la cabeza.

—¿Y cuándo haces lo que se debería, Hunter?

ASHER

Aunque sonría ante Nate y mi hermano, por dentro, estoy temblando de nervios. Antes de subirme al avión tuve una conversación con Michael.

—¿Crees que es el momento de decir la verdad? —pregunto.

—Seguiremos el ritmo que tú desees. Nunca te hemos presionado, no vamos a empezar ahora.

Por una parte, quiero mostrarme al mundo tal y como soy, y por otra, los demonios del miedo me aprietan hacia las sombras.

Michael ha conseguido que Matías/Mario salga de la ecuación. Ha hecho un acuerdo con él para no darle su ubicación a la mafia italiana. La información que tenía nunca la podría demostrar, ya que no tenía pruebas, solo la palabra de Robert. Llegó a sus oídos que, uno de los hijos de Mai Douglas había matado a su padre, que habían hecho pasar el asesinato como un accidente.

Siempre tendré la duda de si su opinión cambiará, y si mi secreto saldrá a la luz por su culpa, pero mi madre y Michael parecen muy confiados en que no va a ser así.

—Nunca he estado rodeado de tanta gente siendo yo mismo, no sé si seré capaz.

Michael recorta la distancia que nos separa, coloca las palmas de la mano sobre mis hombros y hace un amago de sonrisa tranquilizadora.

—No será la única noticia que se dará a los medios. Tu presencia llamará la atención, pero el equipo de prensa lo tapará en la medida de lo posible. Cuanto más natural lo hagamos, mejor será para ti.

—¿Qué tipo de noticias?

—Hay varios escándalos en la empresa que he tapado, los sacaré a la luz a la par que mandaré un comunicado hablando en nombre de toda la empresa y mi familia, mi mujer y mis hijos.

Se forma una bola de emoción en mi garganta que no tengo forma de tragarla.

—Llamará la suficiente atención como para que, el hecho de que Beck Hunter tenga un hermano gemelo no sea tan llamativo.

Asiento confiado en sus palabras.

—Pero... Si esos escándalos...

—Están controlados, el tema de los negocios, déjame a mí.

Vuelvo a mover la cabeza de forma ascendente y descendente. Michael me atrae hasta su pecho y me da un escueto abrazo.

—Ahora bien, que tu novia sea la hija de Filip Aston no va a ser tan sencillo de tapar.

Me guiña un ojo y vuelve hasta su silla de cuero.

Si todos mis problemas se resumen en hablar de mi amor por Ada, puede pararse el mundo que a mí me da exactamente igual.

—Es increíble los planos que le han puesto al videojuego. Son muy parecidos al simulador — continúa Nate ajeno a mis pensamientos.

Miro hacia él. Tengo muchas cosas que agradecerle en estos años, pero las últimas semanas han sido claves para darme cuenta de que Nate Scoll es ese amigo que te hace sonreír en los días

en los que solo quieres llorar. También es el que escucha cuando los pensamientos negativos te invaden, y es el que está cada día si necesito un rescate.

—Nate, te quiero mucho.

Se sorprende tanto con mi afirmación que deja de hablar.

Me levanto del asiento y me tiro encima de su cuerpo.

—¿Ash? ¿Qué coño te has fumado?

Se ríe y hace que bote con su cuerpo. Eso me hace gracia, pero no me muevo. Quiero agradecerle todo el apoyo que nos da constantemente.

—¡Eh! El ojitos bonitos es mío.

Beck se tira encima de nosotros sin medir que pesa una tonelada.

Tanto Nate como yo nos quejamos de su golpe, pero él no se mueve, dejándonos en un sandwich humano un tanto incómodo.

NATE

El circuito de Baréin no es de mis favoritos, pero donde haya un buen espectáculo de fin de temporada, ahí voy a estar yo.

Bajamos de la furgoneta que nos ha llevado hasta él, y nos dan la bienvenida con un cóctel que solo acepto yo, el resto está muy centrado en saludar y poner rumbo al paddock.

—Esto está de muerte, admito.

Ninguno escucha mi comentario. Asher parece muy concentrado en coger de la mano a Ada y evitar que el flash de los periodistas no lo ciegue en el camino.

Cuando bajamos del avión, Michael ya había lanzado la bomba. Con unas horas en la red, los usuarios ya han tenido tiempo para alucinar, pedirle matrimonio a Asher, e incluso pasar página.

Los medios lo han vendido como que ha vivido parte de su vida en el extranjero debido a su afán de conocer mundo, y que ahora, cuando el futuro de su hermano está a punto de transformarse, vuelve para apoyarlo.

Cuando se enteró vomitó de los nervios hasta en tres ocasiones. Una hora después, cuando fuimos a comer, nos tuvimos que ir del restaurante porque se puso muy nervioso cuando le comenzaron a pedir fotografías junto a Beck. Ahora parece más tranquilo, Ada le asegura un anclaje que todos agradecemos.

—A ver, déjame probar.

El olor a chuchería de la colonia de Iris opaca el sabor dulce de mi cóctel. Se lo entrego pero le señalo que la pajita que he utilizado es mía, no quiero sus babas en mi camino.

—¿Ahora eres escrupuloso, Nate?

—No quiero tragarme las babas compartidas de Beck y tuyas.

Me sube un escalofrío por la espalda que hace que ella se ría, también es cierto que lo he exagerado para conseguir este resultado.

—Pues sí que está bueno.

Sin mucho más que añadir, se gira en busca de su cóctel y me deja con la mirada de Beck clavada sobre mis pasos.

Elevo la mano libre para asegurar que, quien ha sido atacado por la señorita Iris, he sido yo, no al revés.

—Te estoy vigilando, Scoll.

Saco el dedo corazón y como respuesta, me gano otro de su parte. Se gira cuando una manada de fans con el pase VIP del circuito le piden un autógrafo.

Tomo aire con fuerza y observo cada rincón de este lugar.

Llevo años manifestando en mi mente que volveré, y no como acompañante, sino como piloto. Es triste pensar que de los veinte asientos, ninguno es mío pese al esfuerzo. Otro año más sin conseguir el objetivo, y otro año más en el que mi mente sigue enfocada en ello.

Lo pienso conseguir.

Miro hacia mis amigos. Me siento un espectador de lo que están sintiendo en estos instantes.

A ninguno de ellos les he comentado que, pese a no haber conseguido un contrato para la Fórmula 1 para este nuevo año, sí que tengo un contrato para otra modalidad del motor. Una menos exigente, con menos carreras al año, sin embargo, puede aportarme ese chute de experiencia que me falta y llamar así la atención de patrocinadores.

No tengo ni idea de cómo puede salir, la competición en IndyCar nunca ha estado en mi radar, pero mi padre cree que todo lo que recoja de esa experiencia, será de provecho en un futuro.

Quiero estar preparado cuando les cuente la noticia, y sobre todo, quiero grabar al idiota de Beck que ha creído todo este tiempo que le estaba haciendo la pelota a Lyn Aston solo para que me enchufara en el asiento que él deja libre.

Puede que la vida se ponga jodidamente bonita a partir de ahora.

ADA

Me encantaría vivir la carrera con la misma efusividad que todos están demostrando, pero es que por dentro los nervios me van a comer viva.

Tengo una reunión con Tirso Ferretti en menos de media hora. No sé si va a cerrarme la puerta en la cara después de la conversación con mi padre, o si le va a dar una oportunidad a mi proyecto. Sea como fuere, quiero que pase de una vez.

—Respira, va a estar todo bien.

Aunque debería de ser yo quien apoyase a Asher en estos momentos, el tembleque en mi mano lo ha alertado de que no podía hacerlo.

—¿Y si me echa de su despacho?

—Es un hombre muy elegante, no va a hacer eso.

Nos desviamos del grupo para dirigirnos al punto en el que me ha citado. Es una oficina que el circuito le ha ofrecido para llevar a cabo sus reuniones durante todo el fin de semana.

—Si no quiere escuchar tu propuesta, otro lo hará, confía en ti, eres la mejor.

—Eso lo dices porque me ves con buenos ojos.

Reposo la cabeza en su hombro.

No solo ha salido su nombre a la palestra, también se ha hecho pública nuestra relación y mi bandeja de mensajes en redes sociales ha explotado.

—Tienes que crear el mejor equipo de la parrilla, ¿no ves que Iris y Nate aún no tienen asiento?

Sonrío solo por comprobar lo guapo que es y lo bonito que habla.

—Esa promesa es demasiado grande.

—O no.

Posa sus labios sobre los míos. No deja que me aferre a él, sale disparado mientras cruza los dedos en el aire para enviarme suerte.

Bien.

Es el momento.

Tomo aire con fuerza, aprieto el maletín con toda la información que tengo en mi poder y toco la puerta para aceptar mi futuro. Sea lo que sea, estoy esperanzada que será mucho mejor que lo que dejé atrás.

—Ada, bienvenida.

La sonrisa de Ferretti calma mis nervios, del mismo modo que no haya utilizado mi apellido.

BECK

Ayer hice una clasificación espectacular. Derri Raven me adelantó en el último segundo, por eso no estoy en el primer puesto, pero tengo en mente arrebatársela la victoria antes de la primera curva.

—¿No crees que sonreír a la cámara de ese modo es demasiado hasta para ti?

Tener a Iris en el garaje es extraño y a la vez no quiero que nunca se vaya de aquí.

—¿Celosa, mi coliflor preferida?

Arruga el ceño y pone una mano delante de mi boca.

—Nunca, jamás, me digas este tipo de mierdas.

Suelto la carcajada sin control. Alguno de mis mecánicos se ríen porque también han escuchado la interacción.

—¿Es que no te gusta mi modo cariñoso?

—No, ese modo es... —sigue poniendo caras, creo que ha entrado en trance—, no te pega una mierda. No somos... Nosotros.

¿Quiénes somos nosotros? Supongo que hemos empezado el camino para descubrirlo.

—Venga, dame un besito para infundir ánimos.

Me acerco a ella poniendo morritos y, en lugar de conseguir el objetivo, da un paso hacia atrás haciendo que la tenga que coger de la cadera para que no se caiga.

—¡Beck, para!

—Un besito, mi amor.

Dobla la espalda para alejarse de mis intenciones hasta que ya no puede hacer nada más que rendirse. Es entonces cuando hago que rodeé mi cuerpo y la subo a la mesa de recambios del garaje.

—Eres imbécil —afirma.

—Por ahí dicen que soy TU imbécil.

—Todavía estoy a tiempo de cambiar de opinión. La garantía aseguraba quince días para realizar un reembolso.

Si es que... Es de lo que no hay.

Le hago cosquillas en los puntos que conozco que son su debilidad y no ceso hasta que ella toma mi cara entre sus manos y me besa.

No solo dejo que tome el control al separar los labios, sino que agarro su cuello con la misma pasión.

Estamos rodeados de gente y, aún con esas, ella ha conseguido lo que siempre logra, que me olvide de todo y de todos. Iris devora, muerde y controla el ritmo de nuestras lenguas. Elevo el mentón porque, en esta ocasión, al estar subida a la mesa, es ella la que tiene altura y yo el que eleva los talones para no perder el contacto. Tengo que aferrarme a su cuello y a su cadera para no perder el equilibrio porque me está besando con la misma intensidad que lo realiza todo.

Muerde mi labio y después pasa la lengua con pasión.

—Parece que por aquí —susurra haciéndome cosquillas—, no eres el campeón, Hunter.

Echaba de menos las puñeteras competiciones con ella. Mi sonrisa desequilibra su intención de besarme, así que tomo ventaja. No me quedo atrás, me introduzco en su boca ganándome un gemido por la sorpresa. No me gusta perder, mucho menos cuando mi contrincante es tan desesperadamente atractiva y me vuelve loco en todos los aspectos de la palabra.

—Estoy a punto de poner un coche a trescientos kilómetros por hora, ten piedad.

Le pido juntando nuestras frentes.

No quiero que estas sensaciones acaben nunca.

—Supongo que es mi forma de desearte suerte hasta que no pueda competir contigo en la pista.

Estoy a punto de decirle que se tome con calma el asunto. No quiero volver a sufrir lo mismo del accidente, cuando mi ingeniero de pista me llama por el altavoz.

—Beck, ¡al monoplaza, ya!

Le guiño el ojo, me separo de ella y salta de la mesa sin requerir de mi ayuda.

Me pongo la balaclava de color blanco, ajusto el HANS por encima de mi cuello para que reduzca los golpes, y por último hago descender el casco. Presiona mis mejillas y reduce de forma considerable mi percepción del exterior.

Los mecánicos me ayudan a subir al monoplaza, colocan los cinturones de seguridad y, cuando ya estoy listo para salir a la pista, hago llamar a Iris.

Ella se acerca con una sonrisa iluminando su rostro. Se agacha hasta mi posición. Solo puede verme los ojos, será suficiente para lo que tengo que decirle.

—Nos vemos en el podio, arcoIris.

Bajo la visera y salgo disparado hacia la pista.

Puede que, dentro de unos años, no solo tenga que preocuparme por mis contrincantes actuales, sino por tenerla a ella en el espejo retrovisor, y no delante de mi monoplaza.

Miro por el cristal que refleja lo que he dejado atrás y me encuentro con que Iris Stars tiene el dedo índice de una mano enfocado hacia mí, y con la otra me lanza un beso.

Entro a la pista riéndome como nunca lo he hecho.

A fin de cuentas, este final sí es el que merecemos.

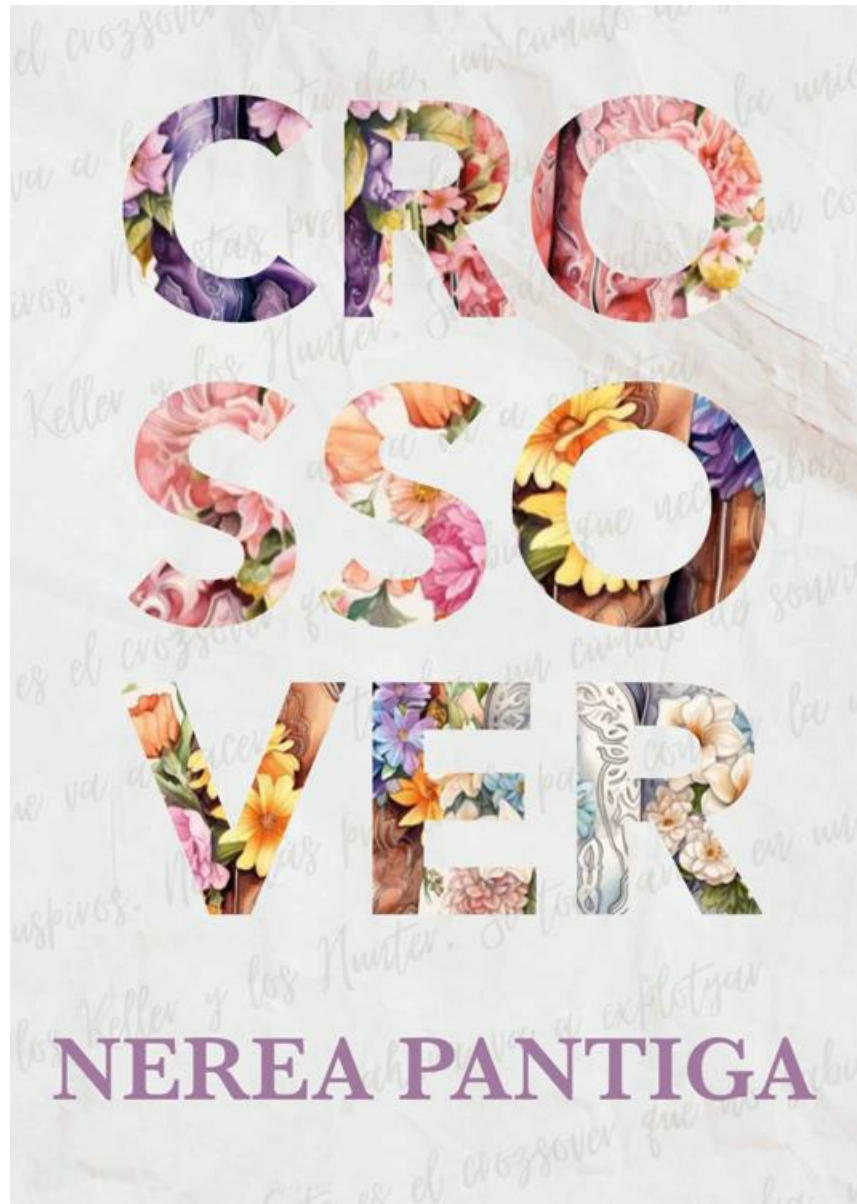
FIN

Quizá el futuro que les depara, lo puedas ir descubriendo en las historias que se vienen.

Atentamente, Nere :)

Si quieres seguir leyendo sobre estos personajes de forma gratuita, te hago saber que el relato "Crossover" está disponible en mi página

web: www.nereapantiga.com



No olvides dejar tu opinión, me ayudas mucho a seguir creciendo.
Nos vemos muy pronto.
Con cariño, Nerea.